

EL  
BUENOS  
AIRES  
DE  
ENRIQUE  
HORACIO  
PUCCIA  
(1910 - 1995)

Luis Forz

*Auspicia*



Comisión para la Preservación del Patrimonio  
Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires

SECRETARÍA DE CULTURA

**gobBsAs**

*El Buenos Aires de*  
*Enrique Horacio Puccia*  
*(1910-1995)*

Junta Central de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires  
(Federación)

Mesa Directiva  
Presidente  
*Anibal Lomba*

Vicepresidente 1°  
*Arnaldo I. Miranda*

Vicepresidente 2°  
*Alberto Gaché*

Secretaria General  
*Leticia Maronese*

Tesorero  
*Ramón Pisos*

Comisión de Homenaje a Enrique Horacio Puccia

Presidente  
*Luis Alposta*  
Secretario  
*Carlos Manuel Trueba*  
Vocales

*Graciela Pérez Villamil - Anibal Lomba - María Angélica Maidana - Alberto Gabriel Piñeiro - Angel O. Prignano - Graciela Puccia - Edgardo José Rocca - Gregorio Traub*

**Comisión de Honor**

Historiadores Porteños 1996 2004

*Juan Arias Divito - Liliana G. Barela - León Benarós - Sonia Berjman - Hebe Clementi - Antonio J. Costa - Juan José Cresto - Arnaldo Cunietti Ferrando - Eduardo Mario Favier Dubois - Aquilino González Podestá - Enrique G. Herz - Rafael Longo - Enrique Mario Mayochi - Arnaldo I. A. Miranda - Jorge Ochoa de Eguileor - José María Peña - Diego A. del Pino - María Rosa Pugliese - Carlos Rezzónico - Edgardo J. Rocca - León Tenembaum- Carlos M. Trueba - Alcira G. Zarranz*

**Instituciones**

Academia Argentina de la Historia - Academia de Historia de la Ciudad de Buenos Aires - Academia Nacional del Tango - Academia Porteña del Lunfardo - Asociación de Ayuda a los Niños Escolares Teniente General Rosendo M. Fraga - Asociación Cultural Barracas al Sur - Asociación de Mujeres de los Barrios del Sur - Asociación Amigos del Café Tortoni - Asociación Fraternidad Artesana - Ateneo Cultural Barracas - Ateneo Popular de la Boca - Casa Cultural de Barracas - Circuito Cultural Barracas - Club Atlético Barracas Juniors - Club de Leones de Barracas - Club Social de Santa Lucía - Colegio de Escribanos de la Ciudad de Buenos Aires - Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires - Distritos Escolares N° 4 y 5 - Instituto Nacional Browniano - Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires - Junta Central de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires - Mujeres 2001 - Museo Histórico de Buenos Aires “Cornelio de Saavedra” - Museo de Bellas Artes de la Boca - Periódico “A los cuatro vientos” - Periódico “Buenos Aires Sur” - Periódico “Rumbos” - Rotary Club de Barracas, la Boca - Rotary Club del Parque Pereyra - República de Barracas - Sociedad Luz

## Indice

Compilación: Alberto Gabriel Piñeiro

Corrección y revisión técnica: Aníbal Lomba

Diseño Gráfico: María Eugenia Lisio

Diseño de Tapa: Luis Zorz

Impreso en Argentina

La Buenos Aires de Enrique Horacio Puccia - 1a ed. - Buenos Aires:  
Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2005.

237 p. ; 22x16 cm.

ISBN 987-1037-46-5

1. Patrimonio Histórico.  
CDD 363.69

Fecha de catalogación 14/12/2005

© Copyright 2005 by Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico  
Cultural de la Ciudad de Buenos Aires  
Todos los derechos reservados  
ISBN N° 987-1037-46-5  
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Este libro no puede reproducirse, total o parcialmente, por ningún método gráfico,  
electrónico, mecánico u oralmente, incluyendo los sistemas fotocopia, registro  
magnetofónico o de alimentación de datos, sin expreso consentimiento del autor.

Prólogo <b>Dr. Gustavo López</b> , Secretario de Cultura.....	9
Prólogo <b>Dip. Norberto La Porta</b> , Presidente de la Comisión de Cultura y Comunicación Social, LCABA.....	10
Prólogo <b>Lic. Leticia Maronese</b> , Secretaria Gral. Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires.....	11

<b>Introducción:</b> Comisión de Homenaje a Enrique Horacio Puccia.....	14
--	----

**Capítulo I:** *Academia Porteña del Lunfardo. Comunicaciones  
Académicas de Enrique Horacio Puccia, titular del Sillón  
Santiago Dallegri.* (Compilador: Luis Alposta)

N° 515 (23 de abril de 1972) - Juan Manuel Pintos.....	22
N° 536 (15 de mayo de 1972) - El lunfardo a principios de Siglo.....	26
N° 628 (1 de junio de 1974) - Caló, calito, galo y galito.....	30
N° 906 (2 de mayo de 1981) - Acerca del término “mopio”.....	32
N° 1.125 (2 de octubre de 1986) - Santiago Dallegri.....	36
N° 1.162 (7 de mayo de 1988) - Francisco Reyes.....	38
N° 1.195 (1° de abril de 1989) - Armando Ronchetti.....	42
N° 1.205 (2 de diciembre de 1989) - Luis Melquíades Bernaldo De Quirós.....	46
N° 1338 de setiembre de 1994 - Ricardo M. Llanes.....	50
N° 1.373 (30 de junio de 1995) - El arte del filete y un cultor de real jerarquía: Luisito Zorz.....	54

**Capítulo 2:** *Semblanzas de Enrique Horacio Puccia*

Hebe Clementi: <i>Enrique Horacio Puccia</i> .....	60
Juan José Cresto: <i>Evocación de Puccia y los orígenes de la Junta Central</i> .....	66
Edmundo del Barrio: <i>Enrique H. Puccia en su Historia</i> .....	78
José Gobello: <i>Puccia en la Academia del Lunfardo</i> .....	88

**Capítulo 3:** *El Buenos Aires de Enrique Horacio Puccia (1910-1995)*

<i>Personalidades de Villa Urquiza. Luis Alposta</i> .....	98
--	----

<i>El destino de la Ciudad de Buenos Aires (desde el siglo XVI hasta el XIX). Liliana Barela.....</i>	112
<i>Las plazas porteñas del siglo XX. Sonia Berjman.....</i>	120
<i>Puentes y ferrocarriles de Barracas. Luis O. Cortese.....</i>	126
<i>Las misteriosas ruinas bizantinas del Jardín Zoológico de Buenos Aires. Diego A. del Pino.....</i>	138
<i>Enrique Puccia y el arte plebeyo del porteño. Natalio Etchegaray, Roberto Martínez y Alejandro Molinari.....</i>	144
<i>El barrio Cafferata en Parque Chacabuco. Mauro A. Fernández.....</i>	154
<i>Buenos Aires y dos acontecimientos relevantes (1910-1913). Arnaldo I. Miranda.....</i>	164
<i>El bañado de Flores en el siglo XX. Ángel O. Prignano.....</i>	172
<i>Leónidas Anastasi: de maestro de la Boca a creador de las primeras revistas jurídicas en Buenos Aires, en el primer tercio del siglo XX. María Rosa Pugliese.....</i>	182
<i>La poesía del tango y la ciudad. Jorge Quiroga.....</i>	190
<i>El Buenos Aires que vio y vivió Enrique Horacio Puccia. Edgardo José Rocca.....</i>	200
<i>Todos los relojes: un reloj. León Tenenbaum.....</i>	212
<i>El edificio de la Facultad de Derecho de la avenida Figueroa Alcorta. Primeras sedes de la facultad. Carlos Manuel Trueba.....</i>	216
<i>Un añoso y noble roble en el barrio de San Nicolás. Origen e historia del Club del Progreso. Luis José Vicente de Urquiza.....</i>	226
<i>La Cruz Roja Argentina. Actuación en la Revolución del 80. Sedes en la Ciudad de Buenos Aires. Alcira Zarranz.....</i>	232

## PROLOGO

Publicar un libro de homenaje al historiador Enrique Horacio Puccia es recordarlo tal vez como él hubiera querido.

Un hombre como él, comprometido con la historia de la ciudad, quien por eso dedicó su vida a trabajar en incontables instituciones con un desapego material inusual con generosidad y calidad profesional y con la convicción de trabajar para mejorar el presente que le tocara vivir.

Para lograr esto eligió la historia para volver a encontrar hechos, lugares, personajes y memorias que mejoraran la comprensión.

Eligió la historia y la divulgó en todos los niveles ya que supo mejor que nadie que esta disciplina es la herramienta que facilita la formación de ciudadanía comprometida y responsable.

Fue promotor y hacedor de instituciones, concursos, proyectos de leyes que fomentaran el estudio y el conocimiento de la historia de la Ciudad de Buenos Aires. Esta publicación que hoy auspicia la Secretaría de Cultura es prueba de adhesión a su fecunda y noble tarea.

Dr. Gustavo López, Secretario de Cultura

## PROLOGO

Miembro de la Academia Porteña del Lunfardo (donde ocupó el sillón “Santiago Dallegri”), Académico de Número de la Academia Nacional del Tango, Ciudadano Ilustre de la Ciudad (1990), periodista e historiador, Enrique Horacio Puccia (1910/1995) dedicó su vida a indagar en la historia y las historias de Buenos Aires. Porteño de ley, se preocupó por desentrañar los misterios que configuraron los rasgos identitarios de nuestra ciudad. Su prestigio en este campo le permitió acceder a la Presidencia de la Junta Central de Estudios Históricos, cargo que ocupaba al momento de su fallecimiento.

En reconocimiento a esa tarea, tuve el honor de realizar las gestiones correspondientes en el ex Concejo Deliberante, para instituir el 14 de noviembre, fecha de su nacimiento, como el “Día del Historiador Porteño” (Ordenanza Nro. 51.088).

El legado de Enrique Horacio Puccia sigue presente en todos aquellos que, trabajando en las distintas Juntas Históricas, perseveran en la tarea de investigar el pasado porteño. Prueba, además, del respeto que su figura concita, es el esfuerzo realizado por las personalidades de la cultura que lo conocieron o leyeron sus trabajos, para publicar este libro en su homenaje.

Adentrarse en las páginas que siguen será una manera de reencontrar a Enrique Horacio Puccia y, al mismo tiempo, recuperar alguno de los infinitos matices que tiene la historia porteña. No es poco mérito.

Diputado Norberto La Porta  
Pte. *Comisión de Cultura y Comunicación Social*  
*Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires.*

## PROLOGO

Al cumplirse el décimo aniversario de fallecimiento Enrique Horacio Puccia, la Junta Central de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires dispuso la realización de varias actividades recordatorias. Este libro, que cuenta con el auspicio de la Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural, forma parte de esos homenajes.

Con rigor histórico y, al mismo tiempo, con profunda admiración hacia la personalidad de Enrique Horacio Puccia, se ha conformado un texto donde confluyen desde sus Comunicaciones Académicas en la Academia Porteña del Lunfardo, hasta semblanzas de su trayectoria, además, como muy bien sugiere el título de uno de los capítulos, recorrer su vida es evocar el Buenos Aires que él vivió a lo largo de ocho décadas (1910/1995).

Este “calidoscopio” -con un hilo conductor definido- acerca tanto al lector iniciado como al neófito, una variedad de visiones y opiniones para reconstruir el pasado mediato e inmediato de Buenos Aires. Son, muchas veces, las pequeñas historias barriales las que permiten ubicar en su contexto exacto la “gran” historia de la ciudad.

Tal como afirma Alberto Gabriel Piñeiro, la obra de Puccia “... *no ha sido la de un arqueólogo ni la de un historiador engolado, sino la de un estudioso enamorado de la ciudad y de la lírica viva*”. No fue un defecto poner de manifiesto en cada tema ese amor por Buenos Aires; fue, por el contrario, un mérito que caracterizó toda su trayectoria.

Así, con toda porteñidad a flor de piel, Enrique Horacio Puccia se proyectó desde su Barracas natal a toda la ciudad para escribir sobre el lunfardo, el arte del filete, Francisco Reyes o Ricardo Llanes, por citar sólo algunos de los textos de su autoría incluidos en el libro.

Lic. Leticia Maronese <sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Secretaria General de la *Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires*.

## **Introducción**

Recordar a Enrique Horacio Puccia y rendir homenaje a su trabajo es la justificación de este libro cuyo título es una paráfrasis deliberada de una de sus obras más queridas. La expresión de “maestro”, tan difundida, solo recupera su verdadero significado, el cabal contenido de idealismo y de conducta que la hicieron respetable y respetada, al aplicarse a personalidades como la de Puccia.

Su obra no ha sido la de un arqueólogo ni la de un historiador engolado, sino la de un estudioso enamorado de la ciudad y de la lírica viva. Enrique Horacio Puccia (y esto es quizá su mayor virtud) lejos de ser un historiador convencional, se sintió convocado por otras inquietudes que las habituales en esta profesión. Su motivación principal no fue el simple conocimiento de las cosas pasadas sino la nostalgia. Y es a partir de esa nostalgia como Puccia construye el pasado de una ciudad que tal vez no haya existido, pero en la que todos quisiéramos haber vivido.

Escribió Puccia: *“Existen etapas cruciales en la vida, horas de amargo desencanto, en las cuales creemos muchas veces que el corazón va a desprenderse, a fuerza de sufrir. Como buscando reparo para esa angustia, para tanta tristeza, se conjuran entonces, en agrídulce amalgama, ideas y sentimientos, que se agolpan en la mente y nos hacen retroceder a los tiempos de la infancia lejana, transcurrida sin sombras ni pesares... a ese sonreír de primavera que fueron los años de la adolescencia, o bien soñar al conjuro de los relatos que nos legaron nuestros mayores, que siempre emocionan, porque marchan aferrados al recuerdo de los seres queridos.”* (“Horas de ayer. Cuando la ciudad era canto...”. En *Definitiva Buenos Aires*, 1986).

Esta es la motivación principal de un hombre que encontró en la historia de su ciudad la vía por donde llegar a ese paraíso perdido; pleno de poesía e historias. La historia menor, cotidiana, doméstica -o como quiera mal llamársela-, en Enrique Horacio Puccia dejaba de ser indigesta disciplina de inventario para convertirse en el camino hacia el palpitante ayer de una ciudad. La suya ha sido siempre la postura de un iniciado que supo arrancarle al tiempo sus profundos secretos. Fue un historiador nato que ha sabido reforzar su don de observación de las costumbres y tradiciones porteñas mediante el incesante estudio y la investigación seria.

Puccia era, además, un lector muy expresivo. Las numerosas conferencias que dio a lo largo de su vida sumían, por su voz y entonación, en una cadencia de placentera nostalgia. De ello resulta (para quienes tuvimos el privilegio de escucharlo) casi imposible leer sus libros sin recordar aquella entonación.

Puccia fue también un delicado hombre de familia. Refleja muy bien ese espíritu cuando escribe en la dedicatoria de uno de sus libros: *“A mi esposa Adelina, a quien solo pude brindar un mundo de sueños e ilusiones... Sueños e ilusiones que siempre aceptó como la mejor de las riquezas”* (*El Buenos Aires de Ángel G. Villoldo 1860-1919*, 1976).

Pero además de sus méritos intelectuales, Puccia tenía otros títulos más íntimos a nuestra consideración y nuestro cariño. Su sentido de la amistad, su trato amable y deleitoso, nos lo hacía particularmente dilecto. Hombre de afectos profundos, cultivó la amistad (ese sentimiento universal) de la manera tan particular que los porteños le asignamos.

Su presencia era un regalo en cualquier parte y su encuentro casual deparaba siempre la más grata sorpresa. Se le veía llegar con el rostro sonriente y de inmediato nos atrapaba con su conversación, en la que se juntaban la anécdota sabrosa, la referencia erudita y la evocación admirable de personajes y hechos.

Finalmente, es necesario resumir una biografía que destaque aquellos datos de una actividad amplia y fecunda, no solo como historiador, sino como hombre de activa participación en diferentes instituciones de la vida porteña.

Enrique Horacio Puccia nace en Barracas el 14 de noviembre de 1910, en una casa de la calle Pinzón y Patricios. Su infancia y adolescencia transcurren, no obstante, en la calle Vieytes, frente al Hospital Moyano. Los relatos de su padre, acompañados por los recorridos que juntos realizan por la ciudad, despiertan en él las inquietudes por la indagación y conocimiento de la Ciudad de Buenos Aires.

Desde muy joven actúa como directivo de instituciones deportivas y colabora con diversos periódicos abordando temas relacionados con la historia y las tradiciones de la ciudad. A partir de 1936, y durante diez años, organiza una serie de actos culturales para los que convoca a importantes figuras nacionales y extranjeras del arte y la cultura. Incursiona también en el periodismo como cronista teatral.

Desde 1938 colabora en el periódico barrial *Rumbos* donde publica alrededor de mil ochocientas notas. Integra en este año la comisión que procede a la erección del monumental mástil que se levanta en la plaza Colombia, obra del escultor Julio César Vergottini. Al mismo tiempo, en su querido club Sportivo Barracas, desempeña las funciones de Bibliotecario, Secretario de Cultura y Secretario General.

En 1945 y 1946 organiza los primeros salones de pintura sobre “Motivos de Barracas”, convocando importantes figuras de la plástica porteña y, al año siguiente, el Primer Salón Fotográfico sobre el mismo tema. Desde 1947 a 1950 participa en numerosas actividades artísticas y culturales presentadas en los teatros Colón, Nacional y Cervantes y en establecimientos educacionales, como relator (ad honorem) de los espectáculos organizados por la Dirección de Institutos de Enseñanza Superior y Artística a cargo de Leopoldo Marechal.

En 1960 crea, junto a otros vecinos, la República de Barracas, institución que agrupa a diversas organizaciones culturales y sociales del barrio. Se desempeña también como Secretario General en la Asociación Rosendo M. Fraga.

En 1968 funda la Junta de Estudios Históricos de Barracas,

El mismo año es miembro fundador de la Junta Central de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires, institución que preside desde 1979 hasta 1995.

Es miembro de la Academia Argentina de la Historia, Academia Porteña del Lunfardo, Instituto Browniano y la Academia Nacional del Tango; socio honorario del Rotary Club de Barracas y del Club de Leones; presidente honorario de la Asociación de Amigos del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires y miembro fundador de la Asociación de Amigos del Museo Histórico de Buenos Aires “Cornelio de Saavedra”.

Se le otorgan a lo largo de su vida numerosas distinciones y homenajes: en 1966 recibe el premio Simposium “por su aporte a la difusión cultural argentina”; en 1977 el Centro Cultural Argentino del Tango le otorga el Gardel de Oro por sus “trabajos sobre tango”; en 1978 recibe la Orden Benito Quinquela Martín “en mérito a su labor como historiador de Buenos Aires”; la Sociedad Fraternidad Artesana le concede el premio Fraternidad; en 1982 la Asociación Amigos del Café Tortoni le otorga el Pocillo de la Amistad. En 1990 es declarado Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires.

Publica más de trescientas colaboraciones sobre motivos históricos, tradicionales, teatrales y literarios en los diarios Clarín, La Nación, La Prensa, Noticias Gráficas y en las revistas Clarín, El Hogar, Lincoln, Atelier, Confort, Corregidor Cultural, La Gaceta del Sud, Urbe y Todo es Historia. Durante tres años participa en la audición *Evocación de Buenos Aires* (Radio Nacional).

Es autor de *Barracas en la historia y en la tradición* (Cuadernos de la Ciudad de Buenos Aires nº XXV, Municipalidad de Buenos Aires 1964 y 1977, segunda edición); *Barracas: su historia y sus tradiciones, 1536-1936* (dos ediciones); *Breve Historia del Carnaval Porteño* (Cuadernos de la Ciudad de Buenos Aires nº XLVI, Municipalidad, 1974); *El Buenos Aires de Ángel G. Villoldo 1860-1919* (1976); *Corrales Viejos... Sus hechos y sus tradiciones. La revolución del 80 y la batalla de la Meseta de los Corrales* (Museo y Biblioteca de los Corrales Viejos, 1980); *Historia de la calle Larga; Definitiva Buenos Aires* (1986) obra que dirige y en la que aparece su artículo “*Horas de ayer (Cuando la ciudad era canto...)*”; *Ayer y hoy de la avenida Santa Fe* (Cuadernos del Águila 3, Fundación Banco de Boston, 1989); *El Buenos Aires de Esteban de Luca* (en Boletín del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires nº 1, 1979); *Juan de Dios Filiberto* (Historia del Tango, Tomo 6, Corregidor); *Constitución, Presente y Pasado del barrio* (Cuadernos del Águila 11, Fundación Banco de Boston, 1990); *Intimidades de Buenos Aires* (Corregidor, 1990); *Nemesio Trejo, pionero del sainete criollo* (Academia Porteña del Lunfardo, 1993); *Historia del carnaval porteño* (Academia Porteña del Lunfardo, 2000); y *La cuadra de los locos* (Asociación Rosendo Fraga, 2005).

Enrique Horacio Puccia fallece a los ochenta y cuatro años el 26 de septiembre de 1995. Por iniciativa de la Junta Central de Estudios Históricos,

la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires instituye en 1996 el día 14 de noviembre, fecha de su nacimiento, como “Día del Historiador Porteño”.

Este libro es uno de los tantos homenajes realizados con objeto de recordarlo y recuperar, al menos por un momento, su entrañable presencia.

La Comisión de Homenaje a don Enrique Horacio Puccia, a diez años de su fallecimiento, pone a consideración del lector diversos trabajos en los que se rescata la personalidad y actividad de Puccia junto con otros relacionados con el pasado de Buenos Aires entre 1910 y 1995, es decir los años en los que transcurrió la vida del recordado maestro. Entre ellos sus inéditas comunicaciones a la Academia Porteña del Lunfardo. Cabe destacar que a los autores de los capítulos que conforman este volumen, los une el común anhelo de la evocación y la necesidad íntima de recordar al amigo y al maestro que fue Don Enrique.

En estas páginas, el homenaje está en la evocación de una Buenos Aires y un tiempo que fueron suyos.

#### **Comisión de Homenaje a Enrique Horacio Puccia**

## *CAPÍTULO 1*

### *ACADEMIA PORTEÑA DEL LUNFARDO*

*Comunicaciones  
Académicas de Enrique  
Horacio Puccia, Miembro  
de Número, titular del  
Sillón Santiago Dallegri*

## CAPÍTULO 1

ACADEMIA PORTEÑA DEL LUNFARDO. Comunicaciones Académicas de Enrique Horacio Puccia, Miembro de Número, titular del Sillón Santiago Dallegri.

COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 515 (23 de abril de 1972).

### *JUAN MANUEL PINTOS*

Don Juan Manuel Pintos nació el 23 de febrero de 1888. Periodista de alma, como bien lo hacen constar José Gobello y Luis Soler Cañas en su invaluable Primera Antología Lunfarda, desde pequeño “se mezcló con inmigrantes para aprender sus lenguas y dialectos y, aunque hijo, nieto y bisnieto de argentinos, no tardó en hacerse entender en portugués, y hasta en genovés. Con idéntica facilidad asimiló el léxico lunfardo de modo que, apenas arribado a la adolescencia, pudo emplearlo con gracia y soltura”.

Pintos publicó en “P.B.T.” y en “Caras y Caretas” muchos brochazos sobre personajes y costumbres de la ciudad porteña. Con certero enfoque de los temas que abordaba colaboró también en los diarios “La Montaña”, “Última Hora” y “Crítica”; escribió cerca de quince obras teatrales entre comedias, dramas y sainetes que fueron representadas en escenarios céntricos con significativo éxito, y publicó, además, tres libros: “Versos”, “Cuentos” y “Así fue Buenos Aires”.

Cuando emigró del barrio para radicarse en la vecina localidad de Martínez, intercambiamos especialmente algunas cartas, aunque solíamos encontrarnos en reuniones organizadas por instituciones locales, hasta que se produjo su deceso, el 5 de agosto de 1963.

Allá por los años 1950 ó 1951 -no podría precisarlo exactamente- don Juan Manuel Pintos me facilitó una poesía suya, que había titulado, creo, “Barracas de mi infancia”, dedicada precisamente al barrio de sus amores. Oportunamente hice publicar esos versos en un periódico de la zona y los intercalé también en algunas charlas mías sobre el viejo barrio. Considerando, pues, que no han alcanzado la transcendencia que se merecen y en el deseo de que los gusten todos, los hago llegar al seno de la Academia para que, a través de ella, puedan lograr esa difusión que hasta ahora no tienen. Servirán, así, para aumentar el número de trabajos que de don Juan Manuel Pintos indudablemente muchos poseen.

Su difusión significará, a la vez, un justo homenaje de recuerdo para quien fue un profesional probo, un hombre de vasta cultura, y un escritor y periodista que quiso entrañablemente el léxico lunfardo, que supo emplear criteriosamente y con gracia sin par.

Barracas de mi infancia, Santa Lucía.  
Barrio de mis nostalgias. Grata visión.  
Calle Hornos... Industria. Calle Alegría...  
¡Cuántas cosas llegan al alma mía  
en alas del recuerdo y de la emoción!

Es 13 de diciembre. Fiesta en la Zona.  
Campana y ruido marca su despertar.  
Se oye el grito en la calle del que pregona  
mientras llegan al templo de la Patrona,  
Los fieles de diez barrios de la ciudad.

Y llegan peregrinos, viejos y viejas,  
nacidos en la Italia meridional.  
Llevan argollas de oro en sus orejas,  
siguiendo las costumbres propias y añejas  
que les diera el lejano suelo natal.

Yo te añoro, Barracas, vieja barriada,  
Comité de Balestra, Besio y Durán,  
en donde Ezeiza y Vázquez en gran payada,  
se trenzaron tres noches con noble afán.

La barraca famosa. ¡La calle Larga!  
La pinta compadrona del cuarteador;  
luce pañuelo al cuello, faja de sarga,  
alpargatas bordadas que el mozo encarga,  
y en la oreja con gracia, lleva una flor.

Al pie de la barranca llega una chata;  
cueros del saladero chorreando sal;  
el mozo el lazo criollo pronto desata,  
engancha, cincha y grita ¡Nene! Y remata  
la hazaña allá en Caseros, guapo y triunfal.

Luego...baja la cuesta, y una milonga  
lleva prendida al labio, como un cartel.  
Se ha asomado a la puerta su fiel chinonga,  
y sin nada en la calle que se interponga,  
le ha tirado amorosa con un clavel.

Barracas era entonces, por los jardines  
de la amplia Montes de Oca, grato vergel,  
que el aire perfumaba con sus jazmines,  
la magnolia, la rosa, menta y laurel.

La quinta de Díaz Vélez, de Cambaceres,  
de Milberg y Lecube, qué les pasó?  
Jardines de Villate y de Ronquieres,  
quintas con bellas flores, lindas mujeres  
y fuentes cantarinas con surtidor.

Yo te añoro Barracas de la guitarra,  
románticas serenatas de juventud.  
Fuiste del arte criollo, cuna bizarra,  
pues junto a la Quiroga y el vasco Olarra,  
surgió Simari y Franco en la "Cavour".

Rememoro el Barracas de la Cruz Verde,  
de Lestrade el tropero y su corralón,  
del tranvía a caballos que allá se pierde  
en los tiempos de Orzali y la procesión.

Yo te añoro Barracas de las guerrillas,  
de piedras y alambrazos en ruda acción.  
Entre aquellos "boliches" de las orillas  
Boquenses y los crudos, o cajetillas,  
que así nos apodaban por vejación.

Hoy me acerco al Barracas de mis desvelos,  
y al ver que de lo antiguo nada quedó,  
se me nubla la vista en sus rascacielos  
y una pena solloza en el corazón.

Barracas de mi infancia, ¡Santa Lucía!  
Barrio de mis nostalgias. Grata visión.  
Calle Hornos...Industria...Calle Alegría...  
¡Cuántas cosas le dicen al alma mía  
las cosas del recuerdo y de la emoción!

Juan Manuel Pintos

Nota: La copia de este poema a que se refiere el Académico señor Puccia no  
lleva título.

COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 536 (15 de mayo de 1972).

***El Lunfardo a principios de siglo***

Confieso que cuando leo o escucho comentarios en torno a la aversión que en la primera década del siglo, y aun después, despertaba el tango en muchos hogares, y que lo mismo acontecía cuando se escuchaban términos lunfardos, sonrío un tanto, aunque a veces ello ocurra por dentro.

Me permito sustentar mis propias convicciones al respecto y considero que, si bien mucho de verdad hubo en ello, bastante se ha exagerado.

Confío en que algún día pueda exponer mi tesis de que, una vez transcurridos los primeros años desde su nacimiento, o por lo menos del conocimiento de su existencia como expresión musical ciudadana, el tango no fue tan escarnecido ni tampoco radiado del seno de muchas familias por demás honorables. En cuanto al léxico lunfardo, voy al tema que motiva esta comunicación.

“La Mujer. Álbum de las Familias”. Así se tituló una revista que comenzó a aparecer semanalmente en nuestra ciudad allá por 1899 y que tuvo por director a su propietario, don Eduardo Sojo.

Como bien lo expresa Oscar R. Beltrán en su “Historia del periodismo argentino”, habitualmente “sus números constaban de 26 páginas, muy bien impresas, con tapa en colores, y abundantes fotografías, dibujos, reproducciones de telas famosas, caricaturas, cuentos, poesías, crónicas...” “En la edición del 1 de febrero de 1901, denominada “extraordinaria”, se especifica que fue dedicada “a la colonia inglesa, conmemorando la sentida muerte de la augusta soberana del Reino Unido y Emperatriz de la India”. El número siguiente, dedicado al compositor Giuseppe Verdi, contiene, entre otras, una poesía del director, un soneto alusivo al famoso autor de Aída y un poema titulado Rigoletto. Otro ejemplar que tengo ante mí está destinado íntegramente a reseñar la trayectoria literaria, militar y política del general Bartolomé Mitre. En otros ejemplares se observa una marcada propensión a cultivar la crónica teatral, en especial la actividad operística, y a comentar las reuniones y las veladas que se realizaban en el aristocrático Club del Progreso y en otros lugares de elevado nivel social.

Lo expuesto evidencia claramente las inquietudes que animaban al director y a los redactores de aquel artístico semanario para convertir a La Mujer en un verdadero Álbum de las Familias.

Pues bien, hojeando varios de los números publicados, se encuentra uno con la grata sorpresa de que en los mismos se intercalan fotografías y dibujos que reflejan escenas ciudadanas, con una galería de pintorescos personajes. Y no solo eso, sino que también aparecen insertados muchos

diálogos en los que se emplea un lenguaje eminentemente popular, con abundancia de palabras del lunfardo. En la mayoría de los casos están ilustrados por Demócrito y tengo entendido que era el seudónimo que estilaba usar el director de la revista, don Eduardo Sojo, que también tenía inquietudes de dibujante.

Para el caso he elegido un diálogo callejero, al estilo de los que creaban Fray Mocho, Julio Castellanos, Ángel G. Villoldo, etc., y que su autor, que firma Chaguarazo, tituló: ¡Por hacerm'el mascarita!

Ello demuestra que el lunfardo, al igual que el tango, no eran considerados tan inmorales en aquellos tiempos, si se tiene en cuenta que una revista que había elegido por nombre “La Mujer. Álbum de las Familias” y que mostraba, en sus páginas, una inquietud digna de destacar, no tenía reparos en publicar un material como el que acompaña a esta comunicación y que, además en ciertas, líneas deja entrever una marcada malicia.

Confieso mi ignorancia con respecto al verdadero nombre de Changuarazo. Quizá nuestro dilecto colega Luis Soler Cañas, de probada paciencia y, en especial, de reconocida sapiencia para ilustrarnos sobre muchas cosas por nosotros desconocidas, pueda darnos el hilo que llegue a su identidad.

NOTA: El diálogo al que se refiere Enrique Horacio Puccia fue publicado en La Mujer el 30 de enero de 1902 (Nº 53). El texto registra los siguientes términos lunfardos y populares: cana, taura, manyar, farra, guayaba (despropósito), estrilo, otario, gil, paneta, chafe, espiantar, oafúa, fulero, macana, jule (fulo), chocolata, rana, estrunge.

COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 628 (1 de junio de 1974)

***Caló, Calito, Galo y Galito***

He leído con mucha atención, y sumo gusto por cierto -pues ello tuvo la virtud de retrotraerme a los ¡ay! lejanos pero nunca olvidados años de la infancia-, los conceptos vertidos por el Académico de Número y muy estimado amigo doctor Enrique Grande, en torno a caló, calito, galo, galito (Comunicación Académica N° 621).

Además de compartir cuanto expresa el doctor Grande, quiero significar que, allá por 1920, en mi barrio, Barracas, y en los de La Boca y Parque Patricios, junto al de San Telmo, que eran en los que incursionaba con mi espíritu aventurero precoz, caló, calito, galo, galito no solo los usábamos para designar un trozo o trocito de golosina cualquiera, sino que también los aplicábamos al tiempo transcurrido o a transcurrir.

Así, cuando queríamos prolongar un partido callejero con “la de goma”, decíamos: “¿Jugamos un galito más?”. Si deseábamos que otro compañero no abandonase la rueda de amigos, expresábamos: “¡Quédate otro galito!”. Si algún chico poseía un juguete, una “gomera” o una revista (generalmente el Tit-Bits), la solicitábamos así: “¿Me la prestas un galito?”.

Estas son observaciones que no revisten mayor importancia, pero que, no obstante, tienen la virtud de despertar un sinnúmero de recuerdos.

COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 906 (2 de mayo de 1981)

***Acerca del término “mopio”***

Considero que para quienes han visto transcurrir su infancia y su adolescencia -en mi caso hace ya varias décadas- en los barrios sureños de Barracas, La Boca, Constitución y San Telmo (y supongo que en otros barrios de la ciudad ocurriría lo mismo), la mención del término “mopio” despertará de inmediato recuerdos, pese a haber caído en la actualidad totalmente en desuso.

Lo empleaban los chicos en la calle, y muy raramente era posible escucharlo en boca de los mayores. Para dar una explicación de tal cosa es preciso retroceder a lejanas épocas, en mi caso, a partir de 1917, cuando los recuerdos comenzaron a fijarse más o menos nítidamente en mi mente.

En ese entonces, muchos niños que aún no habían alcanzado una década de vida, provenientes de hogares esencialmente humildes, se veían forzados a abandonar las aulas apenas cursados un par de grados, a fin de colaborar en la solución de los problemas económicos familiares, trabajando generalmente como peoncitos de almacén, de carnicería o de repartidores de leche. Por consiguiente, carentes de una educación escolar siquiera primaria, que tampoco podían recibir de sus progenitores, puesto que muchos de ellos habían corrido idéntica suerte, encontraban dificultoso pronunciar correctamente la palabra “miope”, que algunas veces habían escuchado; y ese vicio de dicción, esa forma de emplear mal las palabras casi generalizó, al menos en ciertos sectores callejeros, el uso equivocado del vocablo.

Trataré de explicar por qué lo relaciono con la palabra miope, por cuanto de ello nos contagiábamos todos los chicos que entonces correteábamos por las calles.

Siempre aplicábamos ese barbarismo, mopio, a quien sabíamos, o suponíamos que era corto de vista. En un partido de fútbol reprochábamos al que jugaba de arquero y no había podido evitar un tanto: “¿Sos mopio vos, que no la atajaste?”.

En una de las diarias “trenzadas” que se entablaban, por aquello tan común de “te mojo la oreja” o “písame el palito”, epilogadas con ir y venir de trompadas, opinábamos del que había salido perdidoso en la puja: “Es un mopio que ligó todas las piñas”; y para no continuar citando ejemplos, agregaré finalmente lo que le gritábamos a algún compañero que pasaba a nuestro lado sin advertirnos: “¡Che!, ¿sos mopio vos que no viste?”.

Con el transcurso de los años, esa forma de adular la palabra que supongo era miope, cayó en desuso. Por eso suena extraña a muchos porteños, aun aquellos que han doblado el codo del medio siglo. Pienso que de estar comprendida en la lexicografía lunfarda, lejos de desaparecer, se habría arraigado en el lenguaje popular porteño.

Esta es, al menos, la única explicación que encuentra quien, como yo, continúa siendo un mopio en muchas cosas de la vida.

COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1.125 (2 de octubre de 1986)

***Santiago Dallegri***

El 16 de septiembre se cumplieron veinte años de la desaparición física de esa gran figura rioplatense que fue Santiago Dallegri, cuyo nombre lleva el sillón de la Academia que me honro en ocupar. Dallegri perteneció a nuestra Academia como miembro Correspondiente en Montevideo desde el 24 de agosto de 1963 hasta el día de su muerte.

De él se dijo que merece figurar junto a los exponentes máximos del costumbrismo criollo, por el sabor, el gracejo y la fidelidad con que reprodujo en sus cuentos y en sus brochazos ciudadanos las características físicas, psicológicas, ambientales y de lenguaje de sus modestos héroes populares. Parte de su producción, iniciada en 1907 en la revista "P.B.T.", continuada durante mucho tiempo en sus páginas y en la revista semanal, fue recopilada parcialmente en dos volúmenes: "Cuentos de arrabal", en 1910, y "El alma del suburbio", en 1912.

Santiago Dallegri, oriental como el impagable Last Reason y como Diego Lucero -dos escritores en cuyas plumas el lunfardo cobró magnífica expresividad- fue, además, autor de teatro. El 2 de mayo de 1924 la Compañía Brusa estrenó en el Teatro Artigas, de Montevideo, la comedia en tres actos titulada, "La moza que soñó despierta". Creó, asimismo, versos que lo mostraron en una faz distinta a la de sus sabrosas acuarelas ciudadanas, muchas de ellas del bajo fondo.

A los libros anteriormente citados debe agregarse el que Dallegri denominó "Cuentos risueños", que fue editado en 1930.

En este volumen su autor abandonó en parte ese idioma popular y lunfardesco que sabía utilizar con tanta propiedad y que lo había convertido en un maestro del género, consagrado en ambas orillas del Plata.

Escribió cuentos dialogados -que fueron cabalmente juzgados por Luis Soler Cañas- e hizo pinturas de arrabal, que no son meras reproducciones fotográficas; hay también una labor de creación.

El lenguaje en que se expiden sus héroes del suburbio -vigilantes, vendedores ambulantes, gente de los conventillos, compadres, malevitos...- no puede considerarse un lunfardo estricto, sino ese idioma popular en que confluyen las voces de la orilla, de la cárcel, de las afueras ciudadanas y de la baja clase media. Fue, además, como Félix Lima, maestro difícil de superar para reproducir el chapurreado de la jerga extranjera.

Como homenaje a su memoria, al cumplirse veinte años de su desaparición, en agradecimiento a los inolvidables momentos que nos hizo vivir a través de "P.B.T.", con sus relatos llenos de color, de sabor y de gracia -relatos que, en su mayoría, conservo, aprisionados en los tomos de aquella tradicional revista "para pibes de 6 a 80 años"- digo estas palabras de recordación al gran escritor rioplatense.

COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1.162 (7 de mayo de 1988)

***Francisco Reyes***

Existen personas a las cuales, por diversas circunstancias, hemos tenido que tratar durante largos años y, no obstante de ello, nunca hemos alcanzado a conocerlas debidamente, al menos en lo que hace a su íntima personalidad. En cambio, tenemos presentes a otras con las que a poco de alternar, de dialogar con ellas, se produjo un acercamiento cálido, cordial, de verdadera amistad, como si hubiéramos marchado armónicamente juntos desde toda la vida.

En esta última nómina revistaba, sin duda alguna, Francisco Reyes. Porque el querido amigo que acaba de partir definitivamente era poseedor de ese “ángel” que tornaba vigente y cautivante su presencia en cualquier reunión. Pero tratándose de una personalidad ricamente dotada como la de Reyes, no me refiero a ese “ángel” que muchas veces es una especie de barniz con el que tratan de cubrirse ciertos humanos, para salir o centralizar los comentarios en torno a lo que dicen o hacen. El de Reyes era un “ángel” auténtico, real, que fluía espontáneo y sincero y que se reflejaba en sus ojos desbordantes de bondad, que se mostraba como enmarcado en un rostro que irradiaba, si se me permite la expresión, un aire de santidad.

No he de referirme, en esta triste oportunidad, a sus notables aptitudes artísticas, que las poseía en grado sumo, y por suerte justamente valoradas, a pesar de que aún mucho podía esperarse de su talento creador. Es mi modesto deseo trazar una breve semblanza de ese extraordinario ser humano que tuve la suerte de conocer y tratar, si no con la continuidad que hubiera deseado, en cambio sí con el suficiente tiempo para poder aquilatar sus cabales virtudes y profundizar en ellas. Mis encuentros con Reyes comenzaron hace aproximadamente dos décadas en algunas reuniones que tuvieron por escenario el fraterno barrio de Parque de los Patricios.

Primero en un viejo bar y café de las calles Lavardén y Patagones, donde un pequeño núcleo de líricos soñadores, encabezados por tres artistas plásticos, mi amigo Justiniano García, Francisco López Boudón y Juan Lurido, fundaron la Agrupación de Arte “Bohemia” y organizaron allí exposiciones, a las que pronto se sumaron Francisco Reyes, Teresio Fara, Enrique Gaimari, Tessarolo, Enrique Nani...

Era un modesto café del barrio Corrales Viejos, en el que recalaron más de una vez Quinquela Martín, Enrique de Larrañaga, Alfredo Guido y tantos otros famosos, en cuyas paredes oscurecidas por la pátina del tiempo colgaron también sus cuadros. Al cabo de los años volvimos a encontrarnos en el legendario Boedo, cuna de artistas, literatos y poetas, que alguien bautizó justamente “La Florida del Arrabal” y del cual era Reyes un magnífico exponente. En una de esas oportunidades me correspondió hablar en la presentación de un libro que abordaba parte de la historia de ese barrio tantas veces cantado. Ello ocurrió en una institución bancaria, cuyo gerente de

entonces, otro ser privilegiado, sin descuidar su misión específica, sabía estar muy cerca de las expresiones de las artes y de las letras, y propiciaba periódicamente esas expansiones del espíritu.

En esa ocasión, nuestro diálogo con Reyes fue más simple, más esclarecedor. Pude terminar de conocerlo entonces en toda su grandeza humana; concepto que se arraigó en mí totalmente, en una velada de feliz convivencia, cuando el amigo que se nos fue ofrendó la hermosa cabeza que había plasmado escultóricamente de nuestro querido presidente, el maestro Sebastián Piana. Finalmente, experimenté una gran alegría cuando nuestro secretario Gobello tuvo la felicísima idea de propiciar su ingreso a la Academia. Desgraciadamente, poco tiempo pudimos gozar del privilegio de contarlo entre nosotros.

Estas humildes líneas para el amigo que se fue las he escrito hace apenas unas horas y así como surgieron, poco menos que a borbotones, he querido trasladarlas al papel.

Dicen que lo que nace espontáneamente del corazón tiene la virtud de ser lo verdaderamente sincero. Por ello, sin mayores alardes literarios, quizás con poco o ninguna elegancia en estas frases pero con una inmensa sinceridad en la expresión, he querido rendir mi homenaje a Francisco Reyes, prescindiendo de hablar de sus méritos consagrados, para referirme esencialmente al ser profundamente humano que tuve la suerte de conocer y tratar.

COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1.195 (1 de abril de 1989)

***Armando Ronchetti***

Ha fallecido en esta capital don Armando Ronchetti, artista plástico, poeta, músico, luthier, y un ser humano verdaderamente extraordinario.

Fue un gran amigo de nuestra academia y precisamente el 10 de diciembre último ofreció aquí, en nuestra casa, un recital de poesía de las cuales era autor, ante un público que lo aplaudió intensamente y que lo instó a proseguir declamando sus versos, cosa que hizo con voz cálida y fresca, pero impregnada de una sincera emoción. A mí me correspondió, en esa oportunidad, hablar de su trayectoria artística y exponer algunas de las facetas de su rica personalidad.

Adentrarse en el lar de Armando Ronchetti era como hacerlo en un mundo encantador, nimbado de suave belleza en cuyo ámbito el dueño de casa se erigía, sin él quererlo, en un verdadero ángel bienhechor.

Con sus juveniles 87 años -había cumplido 88 pocos días antes de fallecer-, vivía en un mundo de ilusiones, de fe, de esperanza, de un vivificante amor a su semejantes, y rodeado por un conjunto de hermosas y cautivantes obras de artes, de finas y novedosas figuras artesanales, a cuyo pie era posible observar páginas que encerraban medulosos poemas, con un contenido de lírica ensoñación; todo surgido de su numen creador y elaborado con sus manos sabias, que se entregaban, tibias y cordiales como la sonrisa que afloraba en sus labios, a quienes llegaban a ese rincón pleno de sugerencias, semejante a un oasis que aparecía de pronto entre las materialidades que nos depara a diario la vida.

No incurrimos en la ligereza de afirmar que Ronchetti fue el más completo marinista de estos últimos años, puesto que tal calificación es privativa de cada uno de los admiradores de las expresiones artísticas; pero sí podemos asegurar que fue, en las últimas décadas, una de las más altas personalidades del arte plástico en nuestro país; y que además irradiaba una profunda luz espiritual, exteriorizaba un optimismo sin límites, mostraba una firmeza absoluta en su voz y en su pulso, y hablaba con fruición, casi con la alegría sana de un adolescente, de sus sueños, de sus ilusiones y de sus ansias de crear, de hacer...Manténía latente su amor por cuanto lo rodeaba y confiaba en la vida y en la bondad de sus semejantes, con un concepto tan profundo de cuánto significa la solidaridad humana -que él practicó en todas sus formas- que lo convirtieron, lo reiteramos, en un ser verdaderamente excepcional.

Su estudio era un verdadero templo de arte en el que los ojos golosos de belleza de los que allí llegábamos no se cansaban de admirar las obras que albergaba, conmovidos por la plasticidad y la jerarquía de tantas figuras en el lienzo.

La vida que infundió a sus chatas y barcazas surcando el río sucio de trabajo, captadas “a lo vivo”, y el justo y maravilloso movimiento que mostraban las aguas al paso de aquellas, ya sea vistas bajo la luminosidad de

un sol radiante, o envueltas en un panorama entristecido de sombras y de brumas, sinceramente llegaban a lo más recóndito del corazón.

Pero no era solo la exposición de esas figuras ribereñas recortándose en el paisaje bravío del ambiente, ni en el movimiento de las turbias aguas del legendario Riachuelo, donde era dable observar el valor incalculable del arte de Ronchetti. Era preciso ver sus callecitas y viviendas suburbanas, sus “naturalezas muertas”, y sus flores, con su gama de colores, convertidas en una verdadera conjunción de maestría, de belleza, de poesía, que daban la sensación de exhalar su aroma y despertaban deseos de arrancarlas de la tela, para posarlas en un jarrón sobre un mueble o prenderlas en el corazón.

Ronchetti no era proclive a participar de certámenes y exposiciones, al menos en la medida que todos hubiésemos deseado. No obstante de ello, concurrió a varios salones nacionales y, requerido por los organizadores, en otros municipales y provinciales. Sus obras figuran en famosas pinacotecas del país y del extranjero. Además, conquistó numerosas distinciones, entre las cuales podemos destacar: Primer Premio Liga Naval Argentina 1948; 2° Premio del Primer Salón de Marinas Centro Naval 1951; Mención Especial Medalla de Plata en el Segundo Salón de Marinistas 1953; Tercer Premio Centro Naval 1954; Primer Premio Concurso Semana del Mar en La Vuelta de Rocha 1954; 2° Premio Centro Naval 1955; Primer Premio Medalla de Oro y Diploma 5° Salón de Marinistas Centro Naval 1956; Primer Premio Concurso Flota Mercante del Estado 1960. Agreguemos a todos estos, el Gran Premio de Honor Centro Naval en 1955.

Si magnífica fue la obra pictórica de Armando Ronchetti, los poemas y sonetos que compuso en la tibieza acogedora de su estudio trasuntan la riqueza de sentimientos que anidaba en su corazón. En cuanto a su biografía, la misma aparece inserta en el Diccionario de Artistas Plásticos de la Argentina, de la A. Merlino; El Riachuelo, inspirador de artistas, de Carlos A. Foglia; Gran Enciclopedia Argentina, de Diego Abad de Santillán; La pintura argentina del siglo XX, de Cayetano Córdoba Iturburu; y Enciclopedia del Arte en América, de Vicente Gesualdo.

Fue verdaderamente aleccionador y tonificante que en esta época de criterio y sentido práctico, más que de lirismo y espiritualidad, Ronchetti, con sus 87 años, viviera apartado de las materialidades de la vida y prefiriera, en cambio, transmitir mensajes de amor, de esperanza, impregnados a veces de esa nostalgia agridulce, pero siempre cautivante, que traen los recuerdos aferrados a los corazones. Pero no se detuvieron allí las inquietudes de Ronchetti. Entre otras obras, artesanales que son verdaderamente relevantes, construyó una guitarra de concierto que es un verdadero alarde de conocimientos y de técnica. La contextura de su caja es perfecta, casi imposible de superar, y cuando Ronchetti pulsaba su cordaje (era músico también y gran intérprete de viejos tangos), las sonoridades del instrumento alcanzaban su máxima vibración. Los críticos y los entendidos que tuvieron oportunidad de verla, de escucharla, quedaron sorprendidos y admirados por esta nueva faceta de la personalidad de su creador.

Cada vez que concurríamos al hogar de Ronchetti -verdadero refugio de arte-, lo abandonábamos pesarosos de que las horas hubieran transcurrido tan veloces. Es por ello que en esta ocasión, aún dominado por la congoja de su partida sin retorno, he escrito estas líneas de homenaje a su memoria, surgidas espontáneamente ante el mensaje de amor y de sincera modestia que supo legarnos este ser excepcional, que hasta cumplir 88 años supo mantener intactas todas sus reservas espirituales. Hoy, un cuadro legado por Ronchetti a la Academia un par de meses antes de morir permitirá que su recuerdo esté corporizado en el lienzo, así como estará siempre vigente en el corazón de quienes tuvimos el privilegio de ser sus amigos.

COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1.205 (2 de diciembre de 1989)

***Luis Melquíades Bernaldo De Quirós***

La Academia Porteña del Lunfardo ha sufrido otro rudo golpe con la partida irreparable de uno de sus miembros, el doctor Luis Melquídes Bernaldo de Quirós.

Me unían a él lazos mucho más fuertes que el aprecio que puede surgir a través de una labor recíproca e institucional, en la cual compartíamos líricos anhelos. Nos ligaba un afecto nacido antiguo, a través de otros familiares, y que nunca palideció; incluso se acrecentó más al derivar en nosotros.

Era proverbial su señorío espiritual, su sonrisa franca y perenne, su mano cálida, tendida, siempre generosa. Su vida fue así toda, límpida, sin mácula, virtudes que se trasuntaban en su acción hermosa y fecunda, en la serenidad de su espíritu, en la sinceridad de sus convicciones y en la pureza de sus sentimientos.

Su carrera profesional estuvo jalonada por significativos hechos y fue merecedora de dignas distinciones. Basta decir que desempeñó la vicepresidencia del Consejo Directivo del Colegio de Escribanos de la Provincia de Buenos Aires en el período 1965-1966 y que fue además consejero titular del mismo cuerpo, hasta 1970.

Tales títulos son suficientes para respaldar la trayectoria de un profesional sapiente, consciente y honesto. Pero no fueron las funciones citadas las únicas que ornaron la personalidad del amigo que se nos fue. Su actuación como miembro de diversos Congresos Internacionales del Notariado fue además notable. Integró, como delegado argentino, el congreso celebrado en Munich, Alemania, en 1967, el realizado en Montevideo en 1969 y el de Atenas en 1971. Antes de lo enunciado y también con posterioridad a ello actuó en los congresos de Montreal (Canadá), Bruselas y, en 1973, Buenos Aires.

La nómina de meritorias distinciones que jalonaron su carrera profesional y representativa, aun dejando de mencionar muchos de los cargos que desempeñó, es harto suficiente para afianzarlo en el consenso general.

No obstante, por cuanto ello significa, no podemos dejar de destacar su actuación como delegado de nuestro país y de la Universidad Notarial Argentina en los congresos sudamericanos realizados en San Pablo (Brasil) y menos omitir su participación en las convenciones americanas de Guatemala y de Guarujá (también en Brasil). Fue presidente de la delegación argentina que concurrió a la Convención Notarial de Países del Cono Sur, celebrada el Viña del Mar (Chile), en el transcurso de 1978. Retrocediendo un tanto en lo expuesto cabe consignar que en el Congreso Internacional del Notariado Latino, realizado en 1967 en Munich (Alemania), actuó también como delegado de la República de Honduras, atendiendo así un especial pedido de las autoridades notariales de ese país.

Bernaldo de Quirós fue, además, profesor adscripto a la cátedra de historia de la Universidad Notarial Argentina, profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad del Salvador, profesor de historia de la Ciudad de Buenos Aires en el Centro de Investigaciones Turísticas, profesor de historia en ciclos para graduados. Además, tuve la suerte y el honor de que me acompañara durante varios años como vicepresidente segundo de la Junta Central de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires, entidad de la que era últimamente asesor.

Largo sería detallar todos los cargos que asumió hasta llegar a ser nombrado adscripto a la Escribanía General de la Nación, función en la que le sorprendió la muerte. También fue escribano del Banco Hipotecario Nacional y del Banco de la Provincia de Buenos Aires y miembro con asistencias internacionales en institutos de ahorro y préstamo para la vivienda. Presidió, hasta su lamentada desaparición, la Junta de Estudios Históricos del barrio de la Recoleta.

En todas esas actuaciones, además de sus conocimientos profesionales y de carácter histórico, sentó cátedra de hombría de bien y de espíritu admirable. Por otra parte, se sentía tremendamente orgulloso de pertenecer como miembro de número a la Academia Porteña del Lunfardo y asistía a las sesiones con la alegría y la satisfacción de quien va a recibir un premio. Si bien Bernaldo de Quirós ha partido físicamente, su afectuoso recuerdo vivirá para siempre en nuestros corazones y la presencia de su espíritu, revestido de comprensión y de bondad sin límites, nos irá señalando el derrotero de la conducta que debemos seguir quienes fuimos sus compañeros y amigos en esta academia.

COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1338 (septiembre de 1994)

***Ricardo M. Llanes***

El 2 de agosto pasado -se cumplieron justamente 14 años-, cerraba sus ojos a la vida un amigo querido, don Ricardo M. Llanes, que iniciaba así su viaje sin retorno.

Su partida inexorable no solo sobrecogió los corazones de cuantos integramos la Academia Porteña del Lunfardo, de la que don Ricardo fue miembro preclaro y a la que amó entrañablemente, con ese amor cálido y emocionado que sabía poner en todas sus intenciones en todos los quehaceres que emprendía, sino que entristeció a la ciudad toda, que veía marcharse a su veraz y ferviente narrador, al camarada que supo poner su sapiencia, sus principios y su fe ineludible al servicio de los barrios y de su gente, con un afán esclarecedor que abarcó todo el ámbito ciudadano, sin ostentar otras aspiraciones que no fueran las de difundir generosamente, sin medida alguna, los incalculables conocimientos y la invalorable experiencia de la que era poseedor.

Dejó, al marcharse, el más hermoso de los legados, constituido por una conducta sin mácula, una vocación esclarecedora y el más enaltecedor de los ejemplos.

Recordemos cuánto hizo Llanes, cuánto bregó por el más completo conocimiento de la historia ciudadana y de quienes la fueron construyendo, cuánto trajinó para rescatar del olvido nombres y acontecimientos, esfumados tras la cortina de sombras de los tiempos, cuánto transitó incansablemente, hasta más allá de lo que se lo permitía su salud ya quebrantada.

Además de la Academia Porteña del Lunfardo, ambos compartíamos cargos en diversas instituciones, entre ellas la Junta de Estudios Históricos del legendario barrio de San Telmo.

A través de los años solíamos reunirnos semanalmente, o a lo sumo cada quince días, especialmente en esos atardeceres otoñales que predisponen al diálogo y a las confidencias.

Dos eran los puntos de cita que ambos alternábamos: el tradicional café Tortoni de la Avenida de Mayo, tan caro a sus afectos, y el antañoso y entonces humoso café de Humberto 1° y Defensa, situado frente a la antigua plazuela “del Alto”, a la que en el siglo pasado arribaban las bamboleantes carretas cargadas con frutos del país. Ubicados en torno de una rústica mesa del viejo café, flanqueados por el histórico templo de Nuestra Señora de Belén, y el lugar donde se erigiera la primera fábrica de armas de la Patria, dejábamos pasar el tiempo, rememorando acontecimientos, personajes, anécdotas. Cuando su salud flaqueaba, era yo quien lo visitaba en su lar de la calle Charcas. Pero más de una vez bajó don Ricardo de su Palermo señorial a mi Barracas querido para apurar juntos una copa, un pocillo de café, en el antiquísimo bar “La Banderita”, enclavado en la esquina tradicional de la

antigua calle Larga, hoy avenida Montes de Oca, en su conjunción con la de Suárez -verdadera columna vertebral del barrio-, dispuestos siempre a refrescar nuestras mentes y nuestros corazones con un aflorar de añoranzas, en las que entraban en juego personajes de mis lares, que él también conoció y trató.

Llanes amó a la ciudad, a sus barrios, con amor de niño, que es el más puro de los amores. Se aferró a ellos como al regazo de su madre. Los quiso desesperadamente, les ofrendó los mejores años de su vida y les dio todo: su alma, su mente, su corazón...

Allí están, para corroborar cuanto expreso, sus innumerables notas rememorativas, que hemos leído y saboreado con fruición en los más importantes rotativos ciudadanos. Sus once cuadernos -¡once piezas maestras!-, editadas por la Dirección de Bibliotecas y Publicaciones Municipales de la Ciudad de Buenos Aires. Pero no fue la enunciada, siquiera medianamente, su mayor producción autoral; obras y poemas, en prosa y en verso, entre ellas aquella titulada "Sombras y guitarras", que obtuvo el primer Premio Municipal en el año 1948.

Citemos también su invalorable historia de la Avenida de Mayo, esta avenida que tanto juega en nuestros recuerdos de niños, y a la no menos importante "Historia de la calle Florida", dividida en tres tornos. Llanes, siempre feliz en sus pinceladas, certero en sus apreciaciones, inspirado en sus trovas, ciñendo los laureles simbólicos que le reportaron tantas páginas esclarecedoras, supo conducirnos de la mano por todos los rincones característicos de la ciudad porteña, haciéndonos conocer infinidad de grandes y pequeños episodios, muchos de los cuales habrían escapado a nuestra percepción, a nuestra sensibilidad... Hechos de importante gravitación algunos, otros tal vez intrascendentes, que no alcanzan a ser historia pero que suelen ser, a veces, los pilares donde la misma se asienta.

Como un tierno y romántico enamorado, en el que no cabían -cómo ya lo expresé- los años, sino la frescura de su espíritu, supo envolver en sus brazos a su amada -la ciudad porteña-, hablándole, acariciándola, cantándole.

La generosidad de nuestro querido ausente no tuvo límites. Amigo incondicional de amigos, idealizaba a sus colegas y les hacía sentir su admiración sincera; y correspondiéndole a él la mayor recepción de elogios, no vacilaba en ofrendarlos a otros que aun siendo muy buenos narradores, no alcanzaban a poseer los quilates de quien así los ensalzaba.

Muchos ignoraban que Llanes vio la luz en el barrio marinero de Filiberto y Quinquela, de Stagnaro, Lacámara y Bucich, en la entonces calle Sarmiento, hoy Coronel Salvadores. Su extenso poema "Recuerdos de mi niñez en la Boca", termina diciendo:

Se fue La Boca del Riachuelo,  
donde mi primera piedra le abrió un trizante siete  
al farol esquinero;  
y en donde hice mi única ascensión al cielo  
colgado de la cola que alzaba un barrilete.

Pienso, don Ricardo, que aquella lejana de su niñez no fue la única, sino su primera ascensión al cielo... La segunda y última fue la del 2 de agosto de 1980. ¡Sábado inmensamente triste para todos nosotros, que estábamos reunidos precisamente en nuestro viejo lar de la calle Lavalle!

Reaccionemos ante el dolor que nos provocó, y siempre provocará, su partida; y al hacer honor a la sinceridad de sus convicciones, a la serenidad de su alma y a la pureza de sus sentimientos, notaremos que Llanes continúa entre nosotros. Vive en los libros que legó a su Buenos Aires querida. Vive en el recuerdo emocionado de cuantos lo conocieron. Vive arraigado en los corazones de quienes fuimos sus amigos. Vive en el aire, en la quietud y en el bullicio de los barrios, y perdurará su nombre, mientras los porteños continuemos rindiendo culto a la historia, a las tradiciones, y sigamos amando los lugares donde transcurrió nuestra existencia, pues ellos tienen sus raíces en el corazón.

COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1.373 (30 de junio de 1995)

***El arte del filete y un cultor de real jerarquía: Luisito Zorz***

La palabra “filete”, indudablemente tiene origen en el italiano “filetto”, cuya acepción es la de un vivo que se coloca como borde o adorno en los cantos de cualquier pieza o comprende el relieve o el ornamento largo y estrecho que está sobre algo, formando cuerpo con ello. Un segundo origen lo encontramos en el vocablo francés “filet”, castellanizado en filete, palabra que determina el arte de decorar.

Si bien originado en Italia, al arribar a nuestras playas pronto se convirtió, por virtud creativa de sus cultores, en un arte que podría denominarse auténticamente porteño. La interminable caravana de rodados -carros, chatas y todo vehículo de tracción a sangre, fuera un simple carrito de reparto de leche, de pan o de empresa de mudanzas-, por modestos que se mostrasen en su estructura, portaban en sus barandas de madera el dicho jactancioso, característico, zumbón, sentimental o descreído, enmarcado con un sinnúmero de flores, pájaros y dragones, y a su vez espirales de detonantes colores, mostrando a veces rostros de personajes por haber trascendido al fervor popular. (¡Ah, Gardel... si se habrán inspirado en tu sonrisa cordial, en tu funyi siempre gris y en tu lengue blanco con las iniciales bordadas tanto pintores como fileteadores que fueron transportando líricamente tu imagen y tu entorno!)

Ausentes de la ciudad los carros y las chatas en aras del progreso, contrariamente a lo que se supuso, el filete cobró más notoriedad y trascendencia, encauzándose por nuevos senderos de difusión. Fueron ya el cartel de vidriera artísticamente delineado con inspiradas espirales, los costados de los transportes motorizados y las leyendas y los muros de las calles, con una nueva gama de colores y de frases atractivas, los motivos que incrementaron el afianzamiento del filete. Centenares de personas requirieron de los cultores de ese arte popular que ornasen con la presencia de una pareja de tango y de una figura o escena ciudadana cualquiera un mueble, una vitrina, un velador, una pared, no solo procurando una mayor promoción comercial, sino también para deleite de los ojos.

De esa pléyade de cultores del arte del filete, que lo hacen con mucha sapiencia y poniendo en juego el caudal de sus sentimientos hay una figura que desde ya hace largo años viene erigiéndose en una personalidad creativa, rica en matices, sugerencias y sutilezas que la han hecho acreedora al reconocimiento cabal y explícito de los entendidos en la materia y el aplauso entusiasta de cuantos aman esas artes populares, llenas de particular y pintoresco encanto.

Nos referimos a Luisito Zorz, un auténtico personaje de la ciudad porteña, a la que comenzó a transitar y a conocer desde la más temprana edad, y a la que le brinda hoy, en su plena madurez física, mental y espiritual, lo mejor de sí mismo, enriqueciendo las obras que asume con toda su capacidad

creadora y volcando en ellas los mejores sentimientos de su corazón generoso.

Luisito Zorz parece haber nacido predestinado para cultivar el arte del filete, pues lo fue asimilando desde que era casi un niño. Escuchó atentamente los consejos de dos grandes maestros que ya se fueron, Carlos Carboni y León Untroib, y puso a la vez, en su provechosa trayectoria, toda su intuición, todo su caudal anímico y toda esa capacidad creativa con que nació dotado.

La infinidad de muestras que ofreció en importantes salones y galerías de arte, los comentarios periodísticos que recogió de sus obras, siempre laudatorios, los válidos conceptos vertidos por innumerables figuras representativas, como lo fueron Benito Quinquela Martín o Julián Centeya y lo son José Gobello y Alberto Mosquera Montaña, entre otros hombres caracterizados, le otorgan a Luisito Zorz el certificado de solvencia artística y moral ganado en buena ley, a través de sus inicios en humildes corralones y fábricas de carros, hasta arribar al más alto grado de idoneidad y refinamiento en las artes populares ciudadanas.

Bien por Luisito Zorz, que, como dijera nuestro Quinquela Martín, “es un loco romántico que le dio vida y color a un arte que anda sobre ruedas”, lo corroboró aquel vate de La Musa Mistonga, el siempre recordado Julián Centeya, cuando expresó que “Luis Zorz habla mi propio lenguaje de la vida y de la calle; es un artista del color y cultor de la amistad”.

*Capítulo 2*

*Semblanzas de Enrique*  
*Horacio Puccia*

## **Capítulo 2: Semblanzas de Enrique Horacio Puccia**

HEBE CLEMENTI

### *ENRIQUE HORACIO PUCCIA*

Movida por el respeto que siempre me han merecido los escritos de Horacio Enrique Puccia, quisiera unirme a este homenaje que propicia gente muy avezada en el pasado de nuestra ciudad y muy honesta y amplia en la elección de homenajeados. Repaso entonces los escritos de Puccia a mi alcance, y trataré de discernir con mis escasos conocimientos y mi constancia en los arrabales, lo que me parece más distintivo de Puccia sobre el material inabarcable que ha reunido en su indagación, que me parece inapreciablemente original.

De hecho, el área de Barracas-Constitución permanece hasta hoy como una suerte de espacio olvidado, o al menos ignorado, donde el avance de los medios de comunicación modernos parece estar todavía inseguro ante una posible y fantasmal resurrección de carromatos y caballos, a pesar del trazado moderno de avenidas y edificios, además de los rieles del sur, que modificaron y comunicaron los amplísimos horizontes sureños.

Si no fuera abusivo, podríamos colgarle recordatorios y medallas a un busto necesario en alguna plaza cercana a Plaza Constitución, o un recordatorio en donde figuren sus libros sobre Barracas, Constitución y otras precisiones, simplemente como galardón a su tarea silenciosa y cuidadosa, documentada en diarios, prospectos, propagandas, mapas y diseños, en donde constan nombres de calles todavía vigentes, otros desaparecidos y primeros, fotografías de viejos edificios en pie y otros que son pura memoria, y cantidad de aportes sobre la modesta convivencia de carros y carreros, caballos de tiro y burritos bautizados, dedicados a molienda en tahonas y panaderías -como la del Burrito-, la numerosa caballada que a fines de siglo pasado circulaba por la zona y nutría de variados productos a fábricas del área, en tanto animales y carreros despabilaban sus vigiliadas o refrescaban sus gargantas en fondas y despachos de bebidas, de las que deja constancia, con nombre y renombre.

Y desde esos lejanos empedrados, va marcando el adelanto de otras instalaciones que se remiten a actividades más ciudadanas, entre las que destacan algunas formas -no pocas- hoy incorporadas al folklore ciudadano, por nombre y accionar. Talabarterías, “maicerías”, almacenes, fábricas de fideos, ferreterías, pinturerías, herrerías, pompas fúnebres, agencias de lotería, fuegos de artificio, discos fonográficos, mantecas y quesos, depósitos notables como el Depósito General de La Martona, la fábrica Terrabusi Hnos., postres y helados “El Fundador”, y tantos más, cuyo solo enunciado despliega el notable accionar ciudadano de la gran urbe que a la vuelta del siglo festejará su primer centenario.

La liga estrecha que se acrecienta a medida que corren las páginas entre estos aparentes enunciados, que cierra con un “*De todo, como en*

*botica*”, revela un territorio de indagación incansable en diarios de época, avisos, folletos, letreros y cuanto se encuentra tras una exhaustiva exploración, al mismo tiempo que va abriendo un escenario poco conocido y menos explorado que se conecta con un área de enorme trabajo primario y dinámico -aunque al paso del equino o el vacuno del carretón- que delata un mercado primario de bienes transportados y productos manufacturados para la gran ciudad, más allá de plazas y callejones empedrados, de vaciaderos y plazas donde los juegos camperos subsisten y las magras comodidades a los carreros, se dispensan todavía en la aspereza del ámbito campero del que son oriundos.

Creo que ese magma de tránsito hacia la modernidad ciudadana -que perdura largas décadas y en trajinadas cargas que se traen o llevan desde las vías férreas cuando Constitución comienza a refluir su apertura hacia el Sur-, ocupa profusas extensiones donde descarga sus fardos y se detiene en cafetines o comederos, mientras se atiende a caballos y caballeros, y algún cantor ensaya alguna música que está gestándose como típica de la Buenos Aires tanguera... Todo junto se reúne en esos callejones empedrados sin apuro y, orillando barrancas para todo uso y abuso, que tardarán en encontrar régimen y obedecer consignas sanitarias de la ciudad en crecimiento y modernización. Es este tránsito lo que me cautiva en Puccia, ese fervor del accionar trabajoso de jinetes y carromatos consignados a entregas y manutenciones responsables que, siendo el eje de un accionar multitudinario y anónimo, solo el cantor le rendirá noticias en músicas y letras que pasarán más tarde a nuestro reservorio criollo, a medias campero y mucho de ciudadano.

La inauguración de la estación Constitución y el recorrido del Ferrocarril Sud, será un episodio en todo ese medio casi inexplorado y hasta ahí una suerte de desierto en la mira, a lo que seguirá la implantación del servicio tranviario con una noticia de El Nacional del 17 de abril de 1872 que ofrece la estricta presencia: *“La escasez de caballos impide que funcione por ahora el tranway de la calle Moreno y Potosí. La empresa tiene contratadas algunas partidas que aún no le fueron entregadas, pero muy pronto estará en aptitud de abrirse al público hasta el Mercado Constitución y Mataderos del Sud.”*

Ni el cine omite (¿qué podría haber de más moderno en esta memoria?). Don Atilio Lipizzi, que había montado la primera galería nacional a la altura de Cochabamba, en la calle San José, sobre un terreno de 550 m<sup>2</sup>, instaló allí mismo el taller y sala de revelación, montaje y producción.

Allí mismo, Roberto Casaux filmó junto a César Ratti su extraordinario éxito teatral “El movimiento continuo”, precisamente en esa galería de Lipizzi, y lo mismo ocurrirá con “Federación o Muerte”, que protagonizaron Ignacio Corsini y Pepito Petray. La película “Nobleza Gaucha”, escrita y realizada por Humberto Cairo, estrenada en 1915, mostraba diversas escenas de la estación del Ferrocarril Sud, de la Plaza Constitución y sus contornos.

En Brasil 1328, en la década del 20, funcionaban las oficinas de la empresa Buenos Aires Film, que dirigía Miguel Irigoyen; la Compañía Cinematográfica Ítalo-Argentina, en Santiago del Estero 1319; y en Lima 1261, los Estudios EFA filmaron notorios actores y actrices de nuestro cine... Dedicó además todo un capítulo para numerar la cantidad de bibliotecas, centros, clubes, instituciones sociales y culturales, todas, o en su gran mayoría, a partir de la numeración 1000, en calles paralelas: Sociedad Meridional de S.M., Biblioteca Popular Hipólito Yrigoyen, Centro Región Leonesa, Associazione Italiana Reduci della Guerra Europea, Sociedad Cosmopolita Lecheros Unidos, Sociedad Protectora de la Real Academia Gallega, Círculo de Suboficiales de la Prefectura Nacional Marítima, Asociación Amigos Calle Lima, etc. La más antigua de las instituciones uruguayas en nuestro país, el Club Oriental, funcionó en Luis Sáenz Peña 1787. Además, la Unión Trabajadores Cargas y Descargas de la República Argentina, los Pasteleros y Afines, la Sociedad Amigos de la Ciencia, etc.

En San José 1627 funcionaba la Editorial Claridad, cuyo enfoque editorial asumió claramente una posición libertaria. También se encuentra, entre tantas otras instituciones, el Museo de la Caricatura “Severo Vaccaro”. La lista puede concluir con dos novedades, el Canal 13 de televisión, en Lima 1261, y el Ejército de Salvación, en Caseros 1601, con que cierra un poco teatralmente esta enumeración categórica y elocuente.

Remata este cuidadoso *vademécum* de variedad infinita de muestras de una vida cultural vigorosa y libre, con el relato del atentado al Presidente Irigoyen del año 1929 en vísperas del Año Nuevo, en circunstancias en las que él mismo decía: *“viajábamos por la calle Brasil con rumbo al este y pocos metros después de trasponer la calle Bernardo de Irigoyen...”*

Para el año 1934 reserva la nota final, del 9 de noviembre, con el viaje inaugural del tramo sur de la línea C de subterráneos, entre Plaza Constitución y Diagonal Norte, en tanto *“continuaban los trabajos desde esta última estación a Retiro”*.

Un toque de literatura y misterio darán unas páginas anteriores, en donde se relatan los encuentros entre plásticos y hombres de letras que tenían lugar en la casa de Brandsen 1838, frente a la plaza Vértiz en el barrio de Barracas, donde se encontraban Jorge Luis Borges, Xul Solar, Miguel Victorica, Luis Cordiviola, el poeta Pedro Miguel Obligado, y muchos más de gran prestigio en las artes argentinas, en donde Borges habría exhibido su saber en torno a cuestiones cabalísticas *“y otros esoterismos”*, área que en su libro “El Aleph” ambienta en una casa de la calle Garay, entre Tacuarí y Bernardo de Yrigoyen... que a su vez orienta en tiempos precisos, como 1923, 1933, 1943.

Dejamos allí, en el misterio y las palabras y las voces esotéricas de la traducción del encanto difuso y frondoso que alojaron las calles empedradas de Barracas y los rieles ajenos de ferrovías incólumes.

Una cronología final, que abarca en su totalidad el capítulo XIX, titulado “El Barrio de Constitución”, que se inicia en 1857 con la actividad del

Mercado del Sur o del Alto, origen del barrio de Constitución, con Prilidiano Pueyrredón, que es el encargado de trazar la superficie que abarcaría el mismo..., y que llega a 1934 cuando se procede a habilitar la línea C de subterráneos entre Plaza Constitución y Diagonal Norte, en tanto se terminan los trabajos en la última estación a Retiro.

Creo que con esas cincuenta entradas -entre 1857 y 1934- Puccia toma el pulso del crecimiento de la ciudad, del área específica que lo preocupa, Constitución y el Sur de la ciudad y su conexión expansiva, ofreciendo una rica visión del crecimiento de la sociedad y de la cultura ciudadana, avaladas por construcciones y comunicaciones nuevas que marcan el pulso de la modernidad y la presencia vigorosa de la ciudad capitana del país de los argentinos. Es como tomar el pulso a la modernidad, la armonía, el crecimiento inteligente, la mejor esperanza, que es toda una apuesta de argentino sensible.

Una última instancia cabe, en relación con Puccia y su fervor poético y su forma escueta de expresar esa poesía del accionar ciudadano y la ciencia concurrente al accionar de todos.

Es por cierto un poeta, en la acepción griega del vocablo, un creador. Debo confesar que lo amo por ese mismo fervor hacia la ciudad que lo alentó en su largo trayecto.

Sería ideal rematar este recordatorio con unas líneas poéticas de su haber de poeta, tomándole la palabra con la que desafió adoquines y desperdicios barraqueños, para ensalzar labores, gustos por la vida y las buenas cosas, desafíos a la tempestad y el aislamiento en una plasmación que traduce lo positivo y lo esforzado del trabajo humano, el concurso de bestias y barracas humanizadas por quienes logran la dignidad y la convivencia con la que se construyó esta historia nuestra.

Es un rescate de vida y trayecto sin agravio a nadie, con una palpitación serena y avizora del futuro apetecido.

JUAN JOSÉ CRESTO

*EVOCACIÓN DE PUCCIA Y LOS ORÍGENES DE LA JUNTA CENTRAL*

***1.- Perfil de su persona***

El fenómeno del estudio de la historia de los barrios no estaba demasiado estructurado en la década de los años setenta del siglo XX y los historiadores no se ocupaban, en principio, de esos temas. Había “una historia grande”, de la política nacional y también municipal, la de la economía, de la arquitectura, de las relaciones exteriores y tantas otras cuya enumeración excedería largamente este breve trabajo. Aunque de Gandía y Rómulo Zabala habían publicado en 1936, en dos gruesos tomos, la “Historia de Buenos Aires”, que llegaba hasta el año 1800, ella trataba de una historia institucional. Era, en resumen, de la “historia grande”, la de los documentos de la colonia española, cuya fuente más importante procedía de los Registros del “Extinguido Cabildo”, pero en la que se dejaban de lado los temas pequeños - si es que existe algo pequeño o algo grande en el acontecer humano- que no tenían directa relación con las instituciones. De igual manera ¿qué podía interesar el pavimento de la ciudad? Se lo mencionaba como parte de la economía global, el presupuesto del año, el acarreo de las piedras desde Martín García, su conveniencia e importancia con carácter general, económico, estadístico, pero de ninguna manera si como consecuencia de esa obra pública allí había motivado la instalación de un circo, por ejemplo, o de un caracterizado vecino.

Era, entonces, la “historia grande” versus “la historia chica”, que estaba constituida por lo anecdótico, lo personalizado, lo enunciativo, lo vecinal. Pero esa “historia chica” ni era chica ni menospreciable. Se dice que no hay medicina, sino médicos; así también, no hay historia sino historiadores, que le dan una participación personal a sus trabajos, teniendo en cuenta que la historia es una disciplina humanista, que estudia el pasado del hombre en todos sus aspectos. “*Conocemos la ciencia, pero comprendemos la historia*”, dice Hegel, dejando constancia de que “*todos los actos humanos son susceptibles de interpretación diferente*”, y por ello agregaba que “*no morirá la historia mientras haya un historiador que la interprete*”.

En aquellos tiempos que parecen tan lejanos en el ayer de nuestros recuerdos había unas seis “juntas de estudios barriales”. La más antigua era la de Flores, que quien esto escribe comenzó a pregonar entonces su nombre completo, que deriva de la historia del siglo XIX: “San José de Flores”. Había nacido en 1938 y hacia 1968 la presidía el general Arana, ya en pleno retiro, quien le dejó la posta a uno de los pocos sobrevivientes de su fundación, el profesor Raúl Silva Montaner. La inició en esos días -antes o después- conjuntamente conmigo el doctor Eduardo Mario Favier Dubois. Poco después redacté y gestioné la aprobación de sus Estatutos Públicos, que aún hoy están vigentes. Tenía ya, pues, personería jurídica.

Conjuntamente con la Junta de Flores, se convino reunirse periódicamente en una llamada, pomposamente, “Junta Central” con las entidades que estudiaban otros barrios: la Boca, con Ismael Bucich Escobar; Barracas, con Enrique Horacio Puccia; Belgrano, con Alberto Octavio Córdoba; San Telmo, con Eduardo López Serrot. En representación de Flores actuaba el doctor Natalio Pisano, pero por razones familiares debió retirarse, por lo que la Junta me pidió que lo reemplazara. Y he aquí que la modesta Junta Central, con sus seis miembros comenzó a reunirse en el Instituto de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires, que dirigía uno de sus miembros, el profesor Córdoba, y que en esos días se había trasladado a su actual emplazamiento. Asistía como delegado el profesor Enrique Mario Mayoche, también pionero de los estudios históricos barriales.

Allí, en esas minireuniones, en las que en muchas oportunidades no podían asistir dos o tres miembros, las conversaciones se hacían casi familiarmente entre tres personas y hasta entre dos, pero de cualquier modo eran charlas enriquecedoras. Se hablaba de historia. En esos días yo había publicado una Historia económica mundial de la década de los años treinta, editada por “Macchi”, y por lo tanto las preocupaciones se cernían en otros temas. Cuando publicamos un libro sobre Flores yo tomé los antecedentes del Pacto de 1859 que tenían un carácter nacional, no vecinal.

A título puramente personal puedo decir que nos conocimos en 1974, cuando fui propuesto por varios colegas historiadores para ocupar un sitial en la Academia Argentina de la Historia, a la que él ya pertenecía desde hacía varios años. Con motivo de mi conferencia de incorporación, leída en el salón de actos del Museo Mitre, con la presentación del legendario profesor Carlos Astolfi, que versó sobre “Bernardo de Irigoyen, estadista y diplomático”, tuvimos oportunidad de hablar largamente, lo que no es común entre dos personas sobre las que pesaban siempre abrumadoras tareas que impiden el goce común de la vida. Nuestras charlas siempre se basaron en temas históricos y, a veces, también en políticos y sociales, en los que teníamos muchos puntos de plena coincidencia, en mi caso con marcada influencia económica y en el suyo, sobre el panorama social. Sentíamos verdadero y mutuo afecto dentro de una comunicación que excedió el mero intercambio de ideas y, aunque veinte años mayor que yo, siempre nos comprendimos. Su recuerdo me es sinceramente grato, su trato afectivo también.

Pero hay otro aspecto que es necesario destacar. Su obra, no se limitó a sus escritos ya que además fue un vigoroso propulsor de los estudios históricos barriales, porque en aquella época, en verdad, muchas de las Juntas de barrio no eran tales sino apenas la reunión de un par de memoriosos vecinos. Había y hay barrios muy antiguos que requieren una investigación más profunda y que son propias de un pasado lejano, cual son aquellos nacidos a partir de la ciudad misma, en 1580, pero hay otros que fueron resultado de algún loteo a fines del siglo XIX o principios del XX, cuyo pasado hasta aquellos años podía ser narrado por los pioneros que ocuparon los primeros terrenos y allí construyeron sus casas o por los relatos de sus

hijos allí nacidos. Todos cabían en el amplio y generoso concepto de Puccia.

Así, bajo su presidencia, la Junta Central cobró un formidable impulso. Comenzó a reunirse en aquellos años en una sala cedida a tal efecto por la Cooperativa “El Hogar Obrero” en la calle Moreno, próxima a Entre Ríos. Su propósito era ampliar la Junta e incorporar a todos los barrios, aquellos de antigua prosapia o estos de nueva procedencia y corta vida pero a los que sus vecinos lo consideraban, y los siguen viendo con sobradas razones, sus “patrias chicas”. Puccia lo comprendió y acopió, referencias que son y serán motivo de una historia mayor y aún no escrita del Buenos Aires vivencial. Vio, pues, claro y lejos.

En la década del ochenta, en su nueva sede, se unieron a sus memorables sesiones otros historiadores de valor como Roberto C. Boracchia, Ochoa de Eguilior, Alberto Octavio Córdoba, el recordado general Ales, el profesor Diego del Pino y otros tantos que le dieron a las sesiones contenido historiográfico. Allí, la Junta Central, adquirió un perfil nuevo, más numeroso y hasta un poco burocrático, tan diferente a aquel otro primitivo y pequeño, que tenía puro contenido de temas históricos y en los que los escasos contertulios intercambiábamos improvisaciones sobre hechos del pasado sin interferencias temáticas.

La acción de Puccia en la promoción de formación de Juntas de estudios históricos barriales comenzó a tener halagüeños resultados. No era fácil su tarea, pero tenía en sí la emanación de un halo espiritual que irradiaba entusiasmo e impulsaba a su interlocutor a la acción.

En 1981 logró realizar el Segundo Congreso de Historia de los Barrios Porteños, en el que participé en forma directa. Ya entonces las primitivas seis Juntas se habían incrementado a veintidós -contando dos para la Boca, que sostenía un pleito interno-, lo que significaba la mitad geográfica de Buenos Aires y el ochenta por ciento de su población. Dichas instituciones eran: Almagro, Balvanera, Barracas, Barrios del Oeste, Belgrano, Boca del Riachuelo (Junta), Boca del Riachuelo (Seminario), Caballito, Del Carmen, La Floresta, Montserrat, Nuñez-Saavedra, Nueva Pompeya, Palermo, Parque de los Patricios, Del Pilar, Retiro, San José de Flores, San Telmo, Villa Devoto, Villa Lugano y Villa Urquiza. La Comisión Directiva la presidía Puccia y eran sus dos vicepresidentes el Escribano Roberto C. Boracchia y el Dr. Luis M. Bernardo de Quirós. El Secretario General y el Prosecretario eran Carlos Molina y Vedia y quien esto escribe. El Secretario de Actas era el arquitecto Luis J. Martín; el de Relaciones Públicas, Ricardo Armano; y el Tesorero y Protesorero Domingo Colusi y Orestes Vaggi, respectivamente. Figuraban con cargos especiales dos figuras consulares de la historiografía: como Asesor, el general Oreste Carlos Ales y como Coordinador General, el doctor Eduardo Mario Favier Dubois. Han pasado solamente veinticuatro años y todos, salvo dos, han fallecido. Otro tanto ha ocurrido con los presidentes honorarios mencionados en este trabajo: Prof. Raúl Silva Montaner, Elisardo López Serrot, Alberto Octavio Córdoba y el doctor Natalio J. Pisano, que fueron amigos de Puccia y también míos. Los recuerdo

con nostalgia y no deja de ser grato y triste a la vez, el poder hacerlo.

En la convocatoria para organizar el mencionado Segundo Congreso Barrial, que yo mismo redacté y publiqué con previo acuerdo de Puccia y de la Mesa Directiva, decía en un punto: *“La importancia de certámenes de esta naturaleza -iniciados en 1968 por la Junta de Estudios Históricos de San José de Flores y que dio lugar a la constitución de esta Junta Central- es innegable y viene a llenar una necesidad en el quehacer cultural argentino, ya que de ellos surgen, en profundidad, los distintos aspectos que constituyen la historia viva de esta ciudad de singular prosapia, que ha sido epicentro de tantos acontecimientos que ilustraron el pasado nacional y de multitud de acciones protagonizadas por personajes preclaros que le brindaron, ya como antigua capital del virreinato, ya como moderna y portentosa metrópoli actual, páginas imperecederas de singular grandeza.”*

En aquellos días, hacia principios de la década del ochenta, Puccia me pidió si podía fundar la Junta *“del más importante barrio que tiene la ciudad, cual es el Centro mismo de Buenos Aires”*, según dijo casi textualmente. El barrio de San Nicolás era un desafío, que tomé y cumplí, con dificultades al principio, con placidez, después. Por supuesto, el propio Puccia aceptó integrar la Junta. Y también Boracchia, la señora de Calderón, Favier Dubois, Natalio Pisano, Silva Montaner y tantos otros. Éramos muchos y trabajábamos con seriedad. Y he aquí que Puccia, que era un hombre ocupado y requerido, asistía a nuestras reuniones, opinaba, sonreía con esa íntima tristeza que siempre le conocimos y reflexionaba también sobre hechos siempre interesantes.

Los fondos de la Junta Central eran escasos, los de la Junta de San Nicolás, también. Esta estrechez de ingresos limitó las publicaciones que muchos teníamos y esa intensa y casi secreta lucha subterránea en procura de fondos, de “sponsors” y mecenas, de empresas comerciales dadas, de ingresos de diversas fuentes, llevó gran parte de nuestro tiempo; nos limitó. Es en cierto modo injusta y discriminatoria la política cultural de las autoridades de la ciudad, por la falta de apoyo económico a tantas y desinteresadas luchas de historiadores de limitados recursos económicos que se esfuerzan para publicar el fruto de sus investigaciones y que podrían enriquecer el patrimonio cultural auténtico de la ciudad, cual es la narración de su pasado y la consolidación de su identidad.

## 2.- Su obra

Enrique Puccia no tenía una profesión liberal con la que podía subvenir su vida con su ejercicio; fue periodista y todos sus libros son resultado de su esfuerzo personal fuera de sus horas de labor, esas mismas horas que la inmensa mayoría de las personas dedican al merecido descanso. Este esforzado destino parece ser el Norte de todos los escritores de todas partes. La obra se realiza entre la vigilia y el sueño amenazante como fruto de un esfuerzo creador siempre mal remunerado. Y Puccia no fue una excepción:

su vasta obra es el fruto de su esfuerzo, de largas mañanas en los archivos, de largas pláticas con memoriosos vecinos, de largas noches delante de su máquina de escribir, frente al desafío de la hoja blanca. Su producción es considerable. El nunca cedió a la tentación del descanso. Finalmente, cuando su labor se interrumpía lo era para alentar la obra de los demás. Siempre en pos de la ayuda para ahondar los estudios de la ciudad.

Su obra más importante -en mi opinión- es *“Barracas, su historia y sus tradiciones 1536-1936”*, con la que el autor rememora los cuatro siglos desde la primera y frustrada fundación de la ciudad y que publicó la benemérita *“República de Barracas”*, en homenaje a su ex presidente de la entidad, que era el propio autor de la obra. En su presentación escribe el entonces presidente, Alfredo Fernández, en un párrafo sugestivo: *“Esta tarea -la redacción de la obra- significó, nos consta, ingentes sacrificios, jornadas agotadoras y largas noches de vigilia a su autor. Solo quienes conocen profundamente a Puccia, quienes tienen la suerte de haber captado la fina sensibilidad de sus sentimientos y el elevado concepto de la amistad y de la lealtad que sustenta, de su arraigado amor por el barrio que lo vio nacer, pueden comprender el significado de la misión que se impuso. Aunque él, con esa humildad que tantas veces lo ha relegado en el éxito que se merece, exprese que solo pretendió refrescar recuerdos...”* Prologó su libro, que tiene en su primera edición 416 densas páginas, una de las mayores figuras de la historiografía nacional, Enrique de Gandía. En una parte del mismo tiene frases que merecen repetirse en este recordatorio: *“...es la historia más completa de un barrio de Buenos Aires. Ningún otro barrio tiene el honor y la fortuna de un estudio semejante. Puccia es hombre de Barracas. Nació en este barrio el 14 de noviembre de 1910, el año del Centenario. Muy pronto sintió el encanto de su barrio. Barracas tiene un amor en el aire que se adueña para siempre de quien cae en su hechizo. Empezó a escribir a los diecisiete años y desde entonces dedicó muchas de sus páginas a la historia, a las costumbres, a las tradiciones de su barrio. En Europa sería nombrado oficialmente cronista de Barracas. En revistas de Buenos Aires y en periódicos locales creó secciones que estudiaban al viejo Barracas, observaciones barraqueras y de los artistas de Barracas. En 1951 el diario Clarín publicó quince artículos suyos con el título de “Cosas del viejo Barracas”. En el diario Noticias Gráficas publicó muchos otros artículos sobre el pasado de Barracas. En 1964 la Ciudad de Buenos Aires editó su libro “Barracas en la historia y en la tradición”. Con este motivo las instituciones de Barracas le rindieron un homenaje. En 1966 la audición “Simposium” de Radio Libertad le hizo otro homenaje. Es considerado, muy justamente, la mayor autoridad en la historia de Barracas. Su vida entera la ha consagrado a sus sociedades y a su cultura...”*

En efecto, el autor publicó su obra *“Barracas, en la historia y en la tradición”* en los Cuadernos de Buenos Aires, que publicaba en ese entonces la Municipalidad de Buenos Aires en 1964, y fue reimpresso en segunda edición en 1977 con el número XXV, con una *“Nota Preliminar”* del autor en

la que señala que “autorizados historiadores argentinos, tales como Vicente F. López, José A. Pillado, Ismael Bucich Escobar, José Torre Revello, Rómulo Zabala y Juan Canter precisaron algunos de sus múltiples aspectos (sobre Barracas); el doctor Enrique de Gandía escribió un concienzudo estudio sobre sus orígenes y evolución; Antonio A. Torassa, en su documentada obra “El Partido de Avellaneda: 1580-1890”, intercala interesantes detalles; Antonio J. Bucich historió el Riachuelo; así como José A. Wilde, Pastor Obligado, Manuel Bilbao, Alfredo Taullard, Ricardo Hogg, Luis Cánepa, Rafael Barrera, Héctor P. Blomberg, José L. Maroni, Julio J. Répide, Ricardo M. Llanes y Gabriel A. Casós.” Y agrega más adelante: “Igualmente, importantes documentos, añejas colecciones de periódicos y, especialmente en la faz tradicional, recuerdos familiares y los relatos de vecinos afincados en la zona, brindaron valioso aporte...”

Puccia no solamente es el historiador de los hechos históricos trascendentes sino también de los “humildes e insignificantes en el incesante tráfago de los años, pero que hoy se revisten de un inefable y pintoresco encanto...”

La bibliografía usada para la redacción de la obra “Barracas en la historia y en la tradición” es muy amplia y da cuenta de las obras editadas e inéditas de las que se valió el autor, lo que lo señala como un investigador minucioso. Nada falta en ella, desde colecciones de periódicos hasta obras de autores conocidas o de pequeños apéndices, monografías ignoradas y casi anónimas que en su momento dieron alguna información útil. Mas no concluye con ellas. En la parte final registra “Datos del Concejo Deliberante”, “Archivos y Memorias Escolares e Institucionales”, “Censo General de la Nación de 1910”. “Diarios, Revistas, Digestos Municipales, Memorias de Instituciones Públicas” y, sobre todo, “Relatos de viejos vecinos” y “Recuerdos personales”, esa honda, íntima e indeleble bibliografía leída en el libro de la vida, desde siempre interesado en el tema.

En 1974 los Cuadernos de Buenos Aires de la Municipalidad publicaron con el número XLVII, su “Breve historia del carnaval porteño”.

Puccia era ya un historiador formado y conocido y ensayaba sus investigaciones en un campo más amplio y en un tema más restringido, como es estrictamente el carnaval. Indagaba las costumbres virreinales, y se extendía a los primeros gobiernos patrios con detalles de permisos y prohibiciones. Toma luego la época de Rosas, en lo que describe al gobernador en su faz más popular y, a la vez más desconsiderado y brutal.

Dice en un párrafo transcribiendo a Ramos Mejía: “De las orillas y de los pueblitos cercanos, la gente afluía a caballo o en carretas y llenaba los fondines y pulperías en un hacinamiento desagradable: tres o cuatro días duraba la peregrinación espiritual, durante los cuales se bebía a en abundancia, se combinaban las agresiones y en medio de la excitación de tanta locura se organizaban los más extraños instrumentos de combate: carros adornados con abundancia de sauce y paraíso, grandes pipas para el agua, tristeles monumentales, vejigas llenas de aire, en cuya confección el

ingenio demoníaco del guarango y del orillero se complacía en agregar el detalle maligno. Era el pica-pica en el ramo de flores, el agua sucia en el trital, la pólvora en el cigarro, cuyo éxito llenaba el ambiente con el estruendo de la carcajada popular una vez producida la grave lesión que se esperaba. Los candombes empezaban a fermentar con la alegría gritona y agitante de los negros en libertad. La pulpería y el burdel tomaban su lugar...”

Las celebraciones, prohibidas por Rosas, se reanudaron hacia 1854, según cuenta Francisco Romay en su interesante obra “Historia de la Policía Federal Argentina”. Así, en una Ordenanza del 21 de marzo de 1876, se prohibió el abuso en las fiestas del carnaval público. Hacia fechas más recientes, el carnaval fue residiendo en lugares cerrados y se limitaron los excesos del uso del agua. El autor evoca los corsos de antaño con prosa fina y ligera. En 1885 el propio hijo del Intendente don Torcuato, el joven Marcelo T. de Alvear fue arrestado por la infracción de arrojar agua. En cambio el “corso”, festividad con reminiscencias paganas, obligaba a esfuerzos económicos y de ingenio a sus realizadores, que se compensaban parcialmente con la largueza de la “propina” hacia los integrantes por parte del público. El autor hace hincapié en famosas comparsas y revive un mundo que, carente de crónica menuda, corre el riesgo de caer en el olvido y presta un servicio más a la elaboración de un clima histórico para la descripción de la vida cotidiana de ayer, cual nuevo cronista de la sociedad porteña argentina.

Vuelve sobre el tema de los acontecimientos nacionales ocurridos en 1880 en su patria chica, Barracas, con la obra: “Corrales Viejos: sus hechos y testimonios”, que le publicó el Museo y Biblioteca de los “Corrales Viejos”. Allí desmenuza la revolución de Tejedor, descripta en otros libros, pero en este caso circunscripta, y por lo tanto más detallada, sobre esos hechos sangrientos de grandes consecuencias políticas, a punto tal que en estricto sentido queda concluido, a través de su pluma, con todos los detalles.

En 1983 da a luz su “Historia de la Calle Larga”, es decir, la mítica Avenida Montes de Oca, cuyos orígenes se remontan al siglo XVIII, antigüedad que muy pocas arterias de la ciudad pueden ostentar, salvo solamente algunas del casco fundacional. Sus palabras iniciales lo dicen todo: “Por acuerdos del 18 de febrero de 1768, del 3 de febrero de 1784, del 19 de febrero de 1785 y del 20 de noviembre de 1786, se adoptaron medidas para proceder al arreglo del camino a Barracas. El 25 de junio de 1789, los cabildantes vieron el expediente que se había formado con el motivo de componer los pantanos que hay en los caminos de Barracas y resolvieron convocar a los quinteros del Riachuelo y a los carretilleros, a fin de resolver qué contribución debían pagar para formar un fondo con el cual arreglar los caminos...” Puccia se extiende después a la política urbana de los virreyes, a los acontecimientos de las Invasiones Inglesas, a la quinta de Álzaga, a la parroquia de Santa Lucía, a las inundaciones, a los cuarteadores, a las pulperías, a las carreras cuadreras y, en fin, a todo ese mundo que él conocía como ningún otro. Es un bello libro, con una enorme información.

En 1990, con el sello de la editorial Corregidor, publica *“Intimidades de Buenos Aires”*. En la presentación, dice Mauricio Colombo: *“El autor del libro, Enrique Horacio Puccia, es un genuino porteño, cuya extensa obra es justamente reconocida y valorada. Presidente de la Junta Central de Estudios Históricos de Buenos Aires desde hace doce años, es además, miembro de número de la Academia Argentina de la Historia, de la Sociedad Argentina de Historiadores, de la Academia Porteña del Lunfardo, del Instituto Browniano y de muchas otras importantes instituciones que sería largo enumerar. En cuanto a su obra autoral, la misma está reflejada en sus muchos libros y en las decenas y decenas de notas que con su firma publicaron los más calificados rotativos del país.”*

En *“Intimidades de Buenos Aires”* su escenario ya no es Barracas sino la ciudad toda y Puccia se transforma por derecho propio en el gran cronista de su vida cotidiana. Su primer capítulo *“Escándalos en la Gran Aldea”*, tiene la frescura de la picaresca española del siglo XVI. En cambio, en otros capítulos posteriores hay una minuciosa descripción del Ferrocarril de Buenos Aires a Ensenada, con las vías a orillas del río aún carente de puerto que tantas veces se vio en litografías y daguerrotipos cruzando la ribera con su resoplido, el duelo a pistola que llevó a la muerte a Lucio Vicente López en la primera madurez, cuando aún mucho se esperaba de él; en fin, el café *“Sabatino”* en Paraná entre Corrientes y Cuyo (hoy Sarmiento); la huelga más extraña del mundo, la de inquilinos, indignados contra los abusos de los propietarios de inmuebles, en una época de pleno crecimiento económico, pero que era incapaz de albergar a tantos inmigrantes y a su explosivo crecimiento poblacional; la intensa y rica vida teatral de la época, apta para todos los gustos y cultura social más variada y heterogénea. Evoca a los guapos de cuchillo al cinto y clavel en la oreja, los gauchos orilleros, la masa de trabajadores inmigrantes y a Belisario Roldán, el gran orador y poeta.

Para dar idea de su erudición transcribimos unos renglones de su capítulo 16, que titula *“La tristeza de César Ratti”*. *“No mostró el señorío de ese magnífico comediante que fue Guillermo Battaglia, intérprete dúctil y temperamental de “La cena de las burlas”, de San Benelli, “Hamlet” de Shakespeare, “Morte Civile”, de Giovanetti, “Tierra baja”, de Guimerá, “El Místico”, de Rusñol, “Don Pietro Carusso”, de Roberto Bracco... No exhibió la personalidad vigorosa, avasallante de Pablo Podestá, cuyo recio temperamento parecía escapar por todos los poros del cuerpo de atleta, modelado en los trapecios de los circos trashumantes... No catequizó a las multitudes como el genial y exuberante Florencio Parravicini -el impagable Parra- a quien el público adicto agradecía su despreocupación escénica, porque sabía que su ignorancia del papel que iba a interpretar traería aparejados esas personalísimas “morcillas”, a las que era tan afecto el inolvidable bufo. No fue un maestro de la composición -en los distintos dialectos y en la caracterización- como ese gran señor de la escena que se llamó Roberto Casaux, quien ejercía su profesión de actor con la misma fe y devoción de un sacerdocio...”* Y así sigue, con ejemplos de todo tipo, que dan

idea, como dijimos, de su sólida información.

Por eso decimos que Puccia, en la medida que fue creciendo su personalidad y sus informaciones y conocimientos, dejó de ser el historiador de Barracas para serlo de la ciudad. Amplió el campo de sus estudios e investigaciones y, dotado, como efectivamente lo estaba, de un gran poder de observación y de ponderación juiciosa de los hechos del pasado, hizo uso de su privilegiada memoria y de un método paciente y, a la vez, riguroso de investigación a través de diarios de época, documentos oficiales y privados y testimonios para revivir un mundo desaparecido, mediante un estilo claro, limpio, sin rebuscamientos. Esta visión de historiador de Buenos Aires se expresa mejor que en sus obras iniciales, en *“El Buenos Aires de Ángel G. Villoldo”* y en *“Intimidades de Buenos Aires”*, editada por Corregidor en 1990. De esta manera ingresa al selecto grupo cuyos miembros estudiaron la ciudad como memorialistas: José Antonio Wilde, Pastor Obligado y Manuel Bilbao en el siglo XIX y Ricardo Llanes y Enrique H. Puccia en el XX, sin perjuicio de otros importantes autores que basaron sus ensayos en descripciones y estadísticas valiosas, cuya nómina excede este breve trabajo.

### 3.- *Recuerdo y Homenaje*

Estaba adornado de virtudes manifiestas que toda persona que lo conoció lo confirmó siempre; en primer lugar, su modestia, su sencillez, su bonhomía; en segundo, su noble generosidad, su entrega hacia los demás, que reflejaban su grandeza moral; en tercer término, sus sólidos conocimientos, rasgo propio de quien puede escribir y decir con autoridad su materia.

No fue Puccia un historiador -como muchos otros, algunos de gran relieve- que se ocupaba de la historia nacional y, marginalmente, de la evocación barrial. No. Puccia se ocupó exclusivamente de la historia y del pasado de Buenos Aires, en particular del barrio de su infancia, Barracas y, por extensión, de la ciudad, pero supo hacer de ese tema una obra trascendente, iluminando sucesos desconocidos y casi inadvertidos que serán siempre referencias para el futuro. Con su obra, haciendo de la ciudad y -más aún- de su barrio chico, centro de sus especulaciones e investigaciones históricas, no solamente no disminuyó su calidad de historiador sino que elevó su temática a nivel de historia mayor, fruto también de su estilo expositivo.

En síntesis, Puccia fue un hombre grande. Fue grande en todo el sentido del vocablo, estaba hecho de la madera de los que sobresalen por su talento, por sus conocimientos y por su conducta. Su mano, siempre tendida, sin esperar ni pretender recompensas ayudaba a quien lo necesitara con el dato preciso, la información justa, el comentario lúcido. Su obra excede al historiador meramente barrial o, como he expresado antes, no se redujo a escribir sobre la ciudad y sus barrios sino que elevó la temática que trató hasta el nivel de la historia grande: su propia obra elevó al historiador que había en él.

Por lo dicho, no fue solamente un historiador que merece el homenaje

de la posteridad, sino también por su cálida personalidad, por su honradez intelectual, por su modestia que lo engrandecía, por su ausencia de prejuicios y por su innata y manifiesta benevolencia para con todos. Por eso, así como su obra enjundiosa se trasladará al futuro, su noble corazón quedará reservado para quienes lo trataron, en particular sus colegas. Fue un hombre de bien. Y espero, deseo y propugno que una calle de Buenos Aires, en particular de su querido barrio de Barracas, lleve con justicia en plazo no lejano su preclaro nombre.

EDMUNDO DELBARRIO

*ENRIQUE H. PUCCIA EN SU HISTORIA*

Intentar esbozar algo sobre la personalidad de don Enrique Puccia, representa una tarea muy difícil de llevar a cabo. No me refiero al material riquísimo que su vida nos brindó, con su larga actuación en las principales instituciones de Barracas, como ser humano ejemplar que plasmó en su familia la condición de tal, como periodista de numerosas publicaciones y en especial habiendo desarrollado en su “Rumbos” todo el entusiasmo por la historia y tradición del barrio que lo vio nacer, sino sobretodo, en mi caso personal, porque, a diez años de su muerte, me cuesta aún asumir su desaparición física.

Por una de esas casualidades, o no, quien tanto y de tan diversas formas me aconsejó en el quehacer de la prensa barrial, nació un día de 1910, el mismo año que mi propio padre, y luego de una larga vida jalonada por diversas facetas, como ocurre con todos los mortales, fallecen ambos en 1995 con diferencia de una quincena .

La pluma de Enrique Puccia comenzó a correr en el periódico, allá por 1939 cuando la publicación fundada en 1936 recién comenzaba a balbucear y a dar sus primeros pasos en Barracas.

Desde muy temprano entonces, Puccia colabora en sus páginas ofreciendo notas de neto corte localista, como tal era el imperativo propuesto por sus fundadores. Pero sus entregas tenían ese algo más que lo meramente relacionado con la redacción, en cada línea se traslucía un sentimiento en muchos casos emotivo, llegando hasta lo humorístico, todo lo cual resultaba por demás ameno para quienes tenían oportunidad de frecuentar su columna cada mes.

Cuando tuve oportunidad de conocerlo, realmente no lo sé, pues él llevaba trece años en “Rumbos” en el momento de mi nacimiento, y era un miembro más de la familia, por lo que fui creciendo junto a su figura, y a quienes componían el plantel periodístico hecho a fuerza de pulmón con los escasos recursos económicos con los que una publicación barrial podía y puede contar.

Resulta extraño también que quien escribiera y disertara en muchas oportunidades sobre una historia hecha por seres humanos, sea hoy objeto y sujeto histórico de ese devenir que, seguramente así como tuvo principio, tendrá, tarde o temprano, un fin, pero que en este transcurso del navegar humano por generaciones en la tierra, tuvo en Puccia a uno de esos seres que además de ser parte de esa historia y escribirla con su vida como todos, dejó en las generaciones que lo sobreviven, gracias a su espíritu de investigación y a la claridad de sus conceptos, el conocimiento de las geografías más caras a sus afectos como son las de su barrio de Barracas y la de su querida Ciudad de Buenos Aires.

haber compartido muchas horas en las que, por la pasión con que encaraba su obra, me transmitía con su afable lectura en la redacción del periódico, o en alguna mesa de los tradicionales bares que todavía en la actualidad Barracas se jacta de poseer como si la tan mentada modernización se hubiese hecho la distraída y dejado en pie lugares llenos de los perfumes que muchos parroquianos dejaron de tanto concurrir como centro de reunión de un vecindario que en otros tiempos fue solidario y que gustaba de los encuentros cotidianos en torno de interminables rondas de café.

Si es verdad aquello que dice que nada se pierde y todo se transforma, en un futuro, y tómese quizá como una idea loca, podamos rescatar de alguna manera la energía de aquellos que como Puccia “hicieron camino al andar” como dice el poeta.

Pero de todas formas, en este peregrinar por la vida en coordenadas precisas de tiempo y espacio, de geografía e historia, lo importante no es tanto el recorrido como las huellas que van quedando para que otros caminantes puedan tomar, y aunque emprendan diverso recorrido, pues de lo contrario sería como permanecer en el mismo lugar, puedan sí nutrirse de la pasión y el entusiasmo que movieron a nuestros mayores.

#### 1. El automovilismo no era lo suyo.

Barracas es un barrio en el que siempre se destacaron figuras en todos los ámbitos (ciencias, arte, deporte, etc.), brindando a la zona excelentes figuras que luego se destacaron a nivel nacional.

Esa vida más acorde al quehacer pueblerino, entendiéndose por esto un pasar cotidiano sin apremios ni velocidades, obviamente no se identificaba en lo absoluto con el trajín de la gran ciudad. Lo cierto es que en ese ambiente la familia prolongaba su amor hacia el prójimo plasmado en la unión, generalmente llevada a cabo en torno a un club u otra institución.

Puccia desde su juventud supo ser célula viva de ese tejido que en movimiento generaba permanentemente cosas nuevas. Y sin ser exactamente un ámbito institucional, grupos de jóvenes solían reunirse en torno a intereses comunes.

Uno de estos estaba inclinado hacia el tan atractivo deporte del automovilismo, estamos hablando de principios de la década del treinta. Solían juntarse en un taller mecánico que hasta el día de hoy se mantiene en pie, en la ex calle Universidad (hoy S. Feijoo) en su intersección con California.

Fue así como a mediados del año 1933 estos jóvenes amigos formaron la “Escudería Barracas”, lugar que frecuentaban no solo los fanáticos “tierreros” sino también figuras del canto popular.

Sus integrantes eran entre otros Guillermo Airaldi, “Pocholo Malusardi” (trágicamente desaparecido en 1949 en Mar del Plata), Luisito Bettinelli, Carlos De La Riestra (el reconocido Charlo).

Por aquel entonces, unas cuadras hacia el sur, sobre la Avenida

Montes de Oca y Daniel Cerri se encontraba la casa de Cubiertas Degrossi, una de las más importantes en su rubro. Allí concurrían los miembros de la escudería para proveerse de los elementos necesarios en la preparación de sus máquinas. Y al lugar llegaban frecuentemente los señores Carlos Testado y Enrique Puccia, quienes más allá de su entusiasmo no poseían experiencia en el deporte de las cuatro ruedas.

De la unión de ambos grupos surgió la idea de probar dos coches, una “Bugatti” y un “Hispano” haciendo el recorrido Buenos Aires-Luján. En las condiciones que la seguridad de entonces lo permitían, esos “locos del volante” estaban más pendientes de las velocidades que de sus propias vidas.

Por una de esas extrañas apuestas, aquel que llegara primero a su destino, o mejor dicho sus integrantes, deberían pagar una comida a los perdedores en el entonces tradicional restaurante de Doña Marieta, cuya dueña había hecho su fama en el lugar gracias a la elaboración de sus exquisitas pastas.

Dispuestos a la partida, los expertos corredores “ataron” a los asientos de sus máquinas a los principiantes Testado y Puccia, y emprendieron viaje hacia la ciudad de suntuosa Basílica.

Contemplada la aventura desde la distancia en el tiempo, no resulta muy difícil de imaginar las circunstancias de esta singular carrera, como tampoco la cantidad de adrenalina en la sangre de nuestros “héroes del automovilismo”. Lo cierto resulta ser que cumplida la mayor parte del camino, en la localidad de General Rodríguez, y al parecer aprovechando que los profesionales decidieron tomar un descanso en la estación de servicio del lugar, propiedad del corredor de TC Daniel Musso, tanto Testado como Puccia, una vez desembarazados de esos precarios cinturones de seguridad, dejando bien en alto su entereza y honor, partieron raudamente hacia la estación de trenes de Rodríguez, con el fin de que una vez adquirido el pasaje de regreso, pudieran ser depositados, tren de por medio, en la estación de Once, y de esta forma llegar a casa de manera mucho más segura.

Pocos tal vez tengan conocimiento de esta “intrépida” faceta en la vida de don Enrique Puccia. Sucede que tal vez Barracas sea uno de esos barrios en los que algunas familias han hundido tanto las raíces en este suelo que sus descendientes, aún hoy, permanecen por siempre en el mismo. Tal es el caso de quien es portador de este relato, Juan Bettinelli, sobrino de quien iba al volante de una de las máquinas, su tío Luis, y que heredó la pasión de sus ancestros por el deporte, convirtiéndose en uno de los remeros más destacados de la Argentina allá por las décadas del 50 y 60.

De todas formas, don Enrique, no conforme con esta experiencia, viajó dos años más tarde, o sea en 1935, hacia Río de Janeiro en oportunidad en que se corría “La Gavia”, famosa carrera por ese entonces, pero en esta oportunidad, por la razón de que participaban en la contienda muchos amigos argentinos, como Raúl Riganti, Ernesto Blanco, Augusto Mackarty, Luciano Murro y el ya nombrado “Pocholo” Malusardi, junto al itálico Victorio Rosa, luego radicado argentino, quien trajera a nuestro país el primer Alfa Romeo.

Volviendo a nuestro recordado Enrique Puccia, siempre demostró una predilección muy especial por los deportes, con activa participación durante su juventud en el legendario Sportivo Barracas, primero como socio, para luego con los años formar parte de su Comisión Directiva, y, estando a cargo de la parte cultural del mismo, tuvo la gran satisfacción de que los espectáculos organizados durante su gestión, del que participaron renombradas figuras del canto y la poesía, son recordados hoy en día por aquellos socios que gustaron como espectadores de esas frecuentes galas nocturnas.

Pero ya que de disciplinas deportivas se trata, no podemos dejar pasar su entrañable amor por el club que a nivel nacional demostraba sus preferencias. Me refiero a su glorioso River Plate, tendencia casi congénita que compartí con él. Fue gracias a su recordar permanente que conocí, de acuerdo a su relato que transformaba cada pasado en presente, las bondades y el juego excelente de la famosa máquina de los años cuarenta y de la “Saeta Rubia”, el internacional Distéfano, quien no por casualidad fue vecino de Barracas.

Al tocar el tema futbolístico, algo que en los argentinos forma parte profunda en la integración de la personalidad, deseo traer algo que me atañe en particular. Por razones de edad, nunca tuve durante mi infancia y mi primera juventud la oportunidad de participar de un campeonato. Cuando por fin, luego de largos dieciocho años de frustraciones, River, de la mano de Labruna, logró el campeonato del año 1975, el primero después del “exilio”, fui víctima de un accidente de tránsito que me dejó fuera de la participación activa de los festejos tan esperados.

Con motivo de este galardón, el número “10” más grande, luego de Maradona, por supuesto, Norberto Alonso, publicó una revista con el título “Mi River Campeón”, en la que participaba Enrique Puccia (hijo) también periodista y escritor como su padre. Ni bien dado el alta médica, regresé a casa y obtuve de Puccia (padre) un ejemplar de la publicación, lo cual significó en mucho aliviar una larga convalecencia.

Tal vez como anécdota no tenga demasiada trascendencia un hecho por demás personal, pero sí lo muestra, más que al periodista, que al escritor e historiador, como un ser humano dando amor por los otros en estos gestos que por lo menos a quien esto escribe no se le olvidará en los años que le resten de vida, como muchas otras cosas que llevaré guardadas por siempre y que omito por no convertir en tediosa esta lectura. ¿Cuál sería el pensamiento futbolístico de don Enrique hoy al contemplar a “su” River deportivamente devaluado, versión 2005, a treinta años exactos de aquella resurrección deportiva?

Si en verdad me animo a desarrollar esta suerte de relatos en los que trato de destacar la anécdota risueña es precisamente por este motivo, el de recordar con alegría su presencia vital y, permítaseme una reflexión desde mi fe en Cristo, como un resucitado más después de Él. Y entonces, desde esta condición actual podemos preguntar con S. Pablo nosotros también ¿Dónde

está, muerte, tu victoria?

Por eso es que todas las tardes en la redacción de “Rumbos” sentimos, de una forma que supera el contacto material, su presencia con esa sonrisa “Gardeliana” que solo se transformó en expresión triste luego del fallecimiento de su compañera de toda la vida, a la que poco tiempo después siguiera en su camino.

Del Enrique Puccia colaborador de “Rumbos” dan fe los innumerables trabajos que van apareciendo al correr de las páginas de ejemplares de archivo, que muestran de manera muy exacta cómo era el barrio que lo vio nacer, en las sucesivas décadas desde su ingreso en aquel lejano año 1939, hasta casi el día de su desaparición física. Y aunque no fuesen suyas, su figura se destacaba permanentemente en la actualidad de entonces, dada su participación activa en el quehacer institucional del barrio. Lo contaron entre sus filas, por nombrar solamente algunas, la República de Barracas, El Asilo Coronel Fraga, como ya mencionamos, el Club Sportivo Barracas, el Hogar Policial de la Seccional 30, etc., todo lo cual es prueba suficiente para mostrar cómo la historia de Barracas y la de su persona corrieron juntas, de la mano, hasta confundirse en una extraña simbiosis que años más tarde dejara inscripta en las páginas de su “Barracas, su historia y sus tradiciones”, o en las numerosas ediciones de “Rumbos”.

## 2. Cuando se abre una puerta al pasado.

Con motivo de ampliar el conocimiento del terreno en el que se transita cuando hablamos del período en el cual transcurrió su existencia, uno puede arriesgarse a la tarea de retroceder en el tiempo, no en un abrir y cerrar de ojos sino, en este caso, de páginas, ya que cada edición del periódico muestra a un Enrique Puccia en una doble función casi dialéctica: como periodista que refleja permanentemente la actividad de un barrio y, al mismo tiempo, o en tiempos sucesivos, ya que hablamos de movimiento, como componiendo esa historia desde las entidades que fueron haciendo crecer a Barracas.

En su labor periodística lo vemos incursionar tal como todos lo conocimos en la historia de nuestra zona, con títulos como “Gringos de Barracas”, colaboración editada en el año 1945 pero que a su vez nos habla, tal como su título lo demuestra, sobre la historia de aquellos inmigrantes, principalmente italianos provenientes de la provincia de Génova que fueron llegando a la zona oeste de Barracas, instalados, como su autor bien lo señala, detrás de las quintas de veraneo que poseían muchas de las familias llamadas “tradicionales” de nuestro país, de qué forma fueron subsistiendo en sus quintas, donde cultivaban diversos tipos de verduras y hortalizas, y cómo a su vez fueron creciendo en torno a estas, diversos tipos de negocios a cargo también de “paisanos”, con los que compartían el esfuerzo de la labor diaria, las alegrías, y esa nostalgia que marca a todo aquel que por necesidad se ve obligado a abandonar su tierra. En definitiva, gente humilde que contribuiría

desde abajo al crecimiento de la Argentina real, lejos de las pretensiones alocadas de los gobernantes de entonces que pensaban en la inmigración de grandes “intelectos” europeos.

Pero más allá de las notas de color de nuestra historia, encontramos la firma de Enrique Puccia en su columna denominada “Panorama Barraquense”, con diversos comentarios sobre la actualidad, y cuando mencionamos “actualidad” nos estamos refiriendo a la que se vivía en 1945. Allí, su pluma pasa del aplauso a la crítica según la situación planteada así lo merezca. Como por ejemplo, el saludo a las nuevas autoridades de la comisión directiva de un club, pero sin dejar de señalar en la misma nota la situación a la que se había llegado por no haber realizado las cosas como era debido.

Pero también encontramos por esta época y con su firma, al Puccia crítico, ya que no sin rubor, como él mismo lo expresa, realiza su trabajo analizando a un colega como el señor Pedro Ortiz Barilli, a las obras de Oscar Vaz, el pintor de los motivos marinos, más específicamente de nuestra ribera, que por ese entonces realizaba una exposición en la Galería Müller de la calle Florida, o también comentando la exposición que el destacado ceramista Marino Pérsico realizaba en las instalaciones del Club Social de Barracas (hoy de Santa Lucía).

Y además podemos observar en las páginas de “Rumbos”, a través de numerosas notas gráficas que lo atestiguan, el creciente fervor popular de una época en la que el vecindario a pleno participaba de las fiestas patrias, motivados sin duda por un sentimiento nacional que por muchas causas, tanto internas como externas, se ha ido perdiendo hasta transformar las fiestas en un mero peregrinar turístico hacia lugares alejados del ruido de la gran ciudad. Sin duda, tal como solía don Enrique cerrar sus notas, podemos decir con él “Eran Otros Tiempos, y Era Otro Barracas”. No por nada ya en tiempos más próximos a nuestro quehacer contemporáneo, añoraba con tristeza los tiempos de juventud en los que la lealtad y el honor eran moneda corriente, y la sola palabra bastaba como garantía de cumplimiento.

### 3. Carnavales eran los de antes...

Casi finalizando la tarea de recordar la figura de don Enrique Puccia, viene a la memoria un hecho que quedó registrado desde mi niñez y que lo pinta, como no vamos a dejar de repetir, como el hombre solidario que fue siempre.

Fue en la noche de un sábado de carnaval del año 1958. Ya por ese entonces nuestros mayores nos tenían acostumbrados a esa frase que sirve de subtítulo a este párrafo. Lo cierto es que hoy nosotros sentimos y nos expresamos de la misma forma que ellos entonces, tal vez por una negación del presente por aquello de que “todo tiempo pasado fue mejor”. Lo cierto es que sin entrar en estudios psicológicos, estas festividades del “Rey Momo” se encontraban ya en estado de extinción.

La redacción de “Rumbos” y lugar de reunión se encontraba en un negocio de fotografía que había abierto sus puertas en el año 1917.

La dueña del mencionado local era hermana del entonces director del periódico. Tal como la arquitectura de principios de nuestro siglo lo mandaba, el comercio tenía tres ambientes sucesivos desde la puerta de entrada, y hacia el fondo un patio con una higuera, por esa época rica en frutos, que servía de conexión con las habitaciones interiores de la casa. Una máquina ya muy antigua para la época, cargada con placas sensibles de vidrio, servía para el trabajo de dejar el recuerdo de una instantánea a muchos chicos que en ese momento esperaban su turno en el local.

Cuando cada placa completaba su tarea, la dueña de la fotografía se dirigía hacia el interior de la vivienda, patio de por medio limitado con mamparas de vidrio, en busca de una película virgen para continuar el trabajo.

Aquella noche Enrique Puccia se encontraba en el lugar compartiendo, como siempre, una amena charla.

Fue en una de esas idas y venidas de la dueña del comercio que a las apuradas resbaló en un higo y cayó con su cuerpo sobre los vidrios haciéndose profundas heridas en un brazo.

Observar la escena y dejar la entretenida charla para socorrer a la accidentada fue todo a un tiempo, trasladándose a pie hasta una clínica que estaba ubicada a dos cuadras del lugar, sobre la avenida Montes de Oca y Coronel Salvadores. Era tal la sangre que manaba la víctima que fue dejando huella en el recorrido hasta la puerta del nosocomio que estaba ubicado a dos puertas del Club Renacimiento. Ese lugar, con las primeras luces del día domingo se convertiría en uno de los lugares destinados a los comicios que llevarían al doctor Arturo Frondizi a la presidencia de la República.

Ya repuestos todos de lo que pudo ser un drama, el final fue casi el de un paso de comedia, ya que la gente que concurría a votar, al contemplar el camino de sangre dejado en la noche anterior tejía todo tipo de conjeturas obviamente dirigidas hacia un supuesto hecho de violencia política que no era tal.

### 4. Cuando el periodismo puede “hacer milagros”.

Don Félix Montaldi fue para Barracas un personaje típico que marcó la época en que vivió. Dedicado desde joven a la floricultura y al cultivo de diversas especies de plantas, poseía un jardín en plena avenida Montes de Oca, en la cuadra de los números impares. Por tratarse de un lugar muy concurrido, sumado a esta causa el hecho de haber construido durante muchos años mucho prestigio, su pequeño “Edén” siempre contaba con la presencia de numerosos vecinos que por habitar en un barrio capitalino carecían de un contacto directo con la naturaleza. ¿Quién por aquellos tiempos no adornó su casa o departamento con una planta adquirida a don Félix?

Un día, porque generalmente todo suele suceder “un día”, llega a la redacción del periódico a través de fuentes generalmente “bien informadas”,

la ingrata noticia del fallecimiento de este clásico personaje.

Superado el momento, no de sorpresa por tratarse de un hombre ya entrado en años, sino de triste melancolía, fue Enrique Puccia quien se encargó de redactar la necrológica. Con los elementos dados por la propia vida del personaje, sumada la experiencia del periodista, resultó una nota con profunda emotividad, llena de figuras y metáforas que tocaban lo celestial, por lo que la misma, una vez que estuvo la edición en la calle -corría el año 1977- llegó a calar en lo más hondo de quienes lo conocieron.

Pasada una semana, no fue esta vez al “tercer día”, una figura familiar en el periódico y con una voz que propiamente no era de “ultratumba” dijo: “Ustedes me alargaron la vida”. Era el mismísimo don Félix que se había enterado por “Rumbos” de su propia “muerte”, agradeciendo y felicitando a Puccia por las frases vertidas en su necrológica.

Pero para dar “prueba” de que el cuarto poder nunca se equivoca, meses más tarde don Félix nos dejó, esta vez en forma definitiva.

##### 5. A modo de síntesis.

Todo vecino de Barracas que recorra hoy las instalaciones del bar “El Progreso”, ubicado en la céntrica esquina de Montes de Oca y California, con un simple recorrido de sus ojos, luego de observar los diversos recuerdos que hacen a la historia de nuestro barrio dirigirá su mirada hacia una vitrina que domina el centro de la escena, en cuyo interior un Enrique Puccia con una sonrisa de paz y satisfacción lo recibirá desde el papel fotográfico. Y si nos preguntamos por lo diáfano del rostro que nos interpela, la respuesta surge inmediatamente, pues ampliando la panorámica lo encontramos rodeado de sus obras. De esta manera, flanquean al autor a derecha e izquierda “Barracas Su Historia y Sus Tradiciones”, “Historias del Carnaval Porteño”, “Calles Plazas y Estatuas de Barracas”, “El Buenos Aires de Ángel Villoldo 1860-1919”, “Intimidaciones de Buenos Aires”, “Definitiva Buenos Aires”, “Corrales Viejos”, etc.

Desde esa profundidad del ser, pareciera con deseo de comunicarnos su alegría eterna junto a su propia creación.

JOSÉ GOBELLO

*PUCCIA EN LA ACADEMIA DEL LUNFARDO*

Enrique Horacio Puccia fue designado Académico de Número de la Academia Porteña del Lunfardo el 3 de abril de 1971. Pasó a ocupar el sillón puesto bajo el patrocinio de Santiago Dallegri, el gran costumbrista uruguayo que había pertenecido a nuestra corporación con el título de Correspondiente.

Fue Luis Adolfo Sierra quien propició la incorporación de Puccia. Lo acompañaron entonces dos grandes historiadores de la ciudad, Ricardo M. Llanes y Antonio J. Bucich, a cuyas firmas sumó la propia el autor de esta nota.

“Entendemos -decían los presentantes- que del currículum que adjuntamos surgen antecedentes y títulos por demás significativos dentro del quehacer intelectual ciudadano que, unidos a las virtudes caballerescas de don Enrique Horacio Puccia, nos permiten propiciar su nombre para ser incorporado a nuestra Academia”. Don Enrique era entonces un hombre de sesenta años, pero tomó su designación con la alegría y el entusiasmo de un adolescente. Y así decía en la carta con que aceptó su cargo: *“Pese a ser una manifestación sumamente trillada -aunque no por ello menos cierta en este caso- debo expresar que el conocimiento de esa determinación (la de nombrarlo Académico) me ha emocionado profundamente, costándome creer que a breve plazo compartiré inquietudes con un núcleo de distinguidos escritores, musicólogos y periodistas cuyas obras conozco y admiro en grado sumo. Por cuanto implica esa honrosa designación, por la responsabilidad que asumo al ocupar el sillón que lleva el nombre del gran escritor rioplatense, y con el ferviente deseo de no defraudar a quienes confiaron en mí, agradezco el nombramiento que acepto sumamente complacido y que valoro en todo su significado”*.

Puccia era entonces un buen conocedor de la obra de Santiago Dallegri, a quien juzgaba “digno de figurar junto a los exponentes máximos del costumbrismo criollo”. “Sus cuentos dialogados -que fueron cabalmente juzgados por Luis Soler Cañas-, sus pinturas de arrabal”, decía Puccia, “no son meras reproducciones fotográficas. El lenguaje con que se expiden los héroes del suburbio -vigilantes, vendedores ambulantes, gentes de los conventillos, compadres, malevitos...- no puede considerarse un lunfardo estricto, sino ese idioma popular en que confluyen las voces de la orilla, de la cárcel, de las afueras ciudadanas y de la baja clase media. Fue, además, como Félix Lima, maestro difícil de superar para reproducir el chapurreado de la lengua extranjera”

Cuando Puccia se incorporó en sus cuadros, la Academia Porteña del Lunfardo tenía ya nueve años de vida. Había sido fundada el 21 de diciembre de 1962 por un grupo de escritores convocados por José Gobello, Luis Soler Cañas y León Benarós. Y estamparon sus firmas al pie del acta fundacional Juan Carlos Lamadrid, Nicolás Olivari, Joaquín Gómez Bas, José A. Oría,

Francisco L. Romay, Ernesto Temes, Amaro Villanueva y Luciano Payet. El señor Oría rehusó formar parte de la institución porque era a la sazón presidente de la Academia Argentina de Letras y entendía que no debía pertenecer a la una y a la otra. Meses más tarde, cuando se aprobó el Estatuto en la sesión constitutiva, agregó su firma don José Barcia.

La fundación de la Academia no dejó de ocasionar algunas sorpresas. Hubo quienes pensaron que se trataba de una broma literaria y no faltaron tampoco los que nos atribuyeron el propósito de desprendernos del castellano, de mandarlo al rincón de los recuerdos muertos, para reemplazarlo por el habla llegada de Europa en boca de los inmigrantes y rápidamente aclimatada en Buenos Aires. La gente de más aguda percepción y quizá también de espíritu más generoso no incurrió en estas falsas interpretaciones, de modo que no faltaron postulantes a ocupar los cargos que la Academia brindaba entonces en número de una docena y media. En poco tiempo se convirtió en una institución cultural reconocida en los más empinados ambientes intelectuales. Por eso Puccia pudo ser presentado por los tres historiadores de Buenos Aires más ilustres y más respetados por entonces: Luis Adolfo Sierra, el más importante historiador del tango; Ricardo M. Llanes, maestro de historiadores, y Antonio J. Bucich el gran historiador del barrio de La Boca.

¿Cuál era el objeto de la Academia? ¿Cuál el propósito de sus fundadores? El Estatuto redactado por León Benarós era muy claro a ese respecto: “Son fines de la Academia Porteña del Lunfardo: a) propender al registro y al estudio de las peculiaridades del habla de la Ciudad de Buenos Aires y de otras ciudades argentinas y rioplatenses, en particular, en cuanto a sus porteñismos y lunfardismos, prestando el apoyo posible a quienes realicen estudios e investigaciones en la materia, a fin de que ellos sean convenientemente publicados y difundidos; b) comentar y patrocinar los estudios e investigaciones relativos a los porteñismos y lunfardismos y a las voces y giros del habla popular porteña y de otras ciudades argentinas o rioplatenses que puedan rastrearse en la literatura respectiva, en todos los géneros; c) honrar la memoria de aquellos artistas -escritores, músicos, plásticos, etc.- que se inspiraron preferentemente en motivos populares, y en especial la de aquellos cuya obra no haya trascendido suficientemente o no haya sido objeto de la debida valoración; d) investigar la importancia y significación del habla popular porteña y de otras ciudades argentinas y rioplatenses y su incidencia en la evolución sociológica de los ambientes respectivos”.

No era, como se ve, una revolución idiomática la que propició la Academia, sino una decidida acción de rescate y de defensa de las expresiones culturales populares, no solo las propias de Buenos Aires sino también las de todo el país. No en vano el primer trabajo de tema lingüístico producido y publicado por la Academia fue una recopilación de términos usados por los escolares de Posadas (Misiones).

Para la Academia, la creación de un idioma local -el idioma de los argentinos-, propiciado no sin descaro por el profesor francés Luciano Abeille en el año 1900, nunca pasó de ser un berretín. Demasiado tonto habría que ser para renunciar a un idioma que además de bellissimo nos permite comunicarnos con más de trescientos millones de personas para reemplazarlo por un vocabulario, sin duda muy entrañable para los porteños, de no mucho más de cuatro mil palabras. Siempre dijo la Academia que el idioma nacional es el castellano, pero aclaró también que no es el castellano de Andalucía, ni de Madrid, ni de Medellín, ni de Lima sino es el castellano de Buenos Aires; un castellano con perfume y sabor campero pero con normas de construcción trazadas y custodiadas durante 300 años por la autoridad de la Lengua. Rígidos e irreductibles en la defensa de la sintaxis, traviesos y hasta olvidadizos entre la maraña del léxico. Esto es más o menos lo que decía nuestra declaración del 30 de noviembre de 1963, que fue tan bien recibida por don Ramón Menéndez Pidal, a la sazón director de la Real Academia Española: “La Academia Porteña del Lunfardo observa con profunda preocupación los frecuentes atentados contra el idioma nacional, perpetrados no solo a través de los medios de comunicación sino también en declaraciones y discursos de personalidades que ocupan funciones de notoria responsabilidad”.

“El dequeísmo, las faltas de concordancia y otros agravios a la sintaxis se repiten con lamentable frecuencia en ámbitos diversos. A su vez, la publicidad comercial realizada mediante el periodismo, la radiofonía y la televisión, incurre deliberadamente en deformaciones de vocablos que, al mal gusto y a la puerilidad, agregan la venalidad y son, por lo tanto, todavía más deleznable.”

“Si bien es cierto que el respeto debido a la libertad de expresión impide al Estado tomar medidas cuando tales atentados son cometidos por los particulares, también es verdad que el Estado tiene el deber de dar ejemplo de respeto al idioma nacional, tanto en sus documentos y en las expresiones de sus funcionarios como por medio de los órganos de publicidad que le pertenecen o administra.”

“El idioma nacional no se corrompe, por el contrario, se enriquece con el aporte de argentinismos y regionalismos, entre los que contamos los porteñismos y lunfardismos. La Real Academia de la Lengua va recogiendo, en su léxico oficial, muchas voces populares sin considerar suficiente motivo para impedirlo el origen germanesco o gitano de aquellas. La Academia Porteña del Lunfardo considera que ha de procederse en forma semejante con gran número de argentinismos, regionalismos y porteñismos de uso popular y literario. Pero sostiene, asimismo, que debe preservarse intacta la sintaxis española, columna vertebral del idioma nacional, y proscribirse la caprichosa deformación de vocablos a la que se consagra cierta publicidad, tan escasa de imaginación como de buen gusto”.

“No pocas veces, con anterioridad a la fundación de la Academia se había considerado y discutido la necesidad de proceder a un estudio

sistemático de la evolución del habla de los argentinos o, dicho de otra manera que me parece más precisa, el castellano hablado en La Argentina. Bastaría recordar la candorosa iniciativa del francés Luciano Abeille -concretada en un presuntuoso volumen editado en 1900-, de renunciar al castellano heredado de España y reemplazarlo por una suerte de *patois* compuesto de barbarismos y solecismos. Ciertamente aquella aberración fue recibida como merecía, es decir, con los puños cerrados. Gente de mayor talento y mayor formación lingüística alentó también el estudio de las que Américo Castro llamó *Peculiaridades lingüísticas del Río de la Plata*. También podrían recordarse los trabajos de Dellepiane y de Drago acerca del lunfardo que, como quiera que fuere, constituían una derivación del castellano coloquial de Buenos Aires, aunque algunos dirían una degeneración. Quien tuvo ideas más claras e iniciativas más vastas fue el lingüista catalán Manuel de Montoliú. Sucedió éste a Américo Castro y a Agustín Millares Carlo en la dirección del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires que funcionaba desde 1923. En realidad, Castro había insistido ya en la necesidad de emprender el análisis del vocabulario empleado en la región del Plata. Montoliú lanzó la idea de compilar un *Diccionario del habla popular argentina*. La suya era una empresa a largo plazo. Comenzó su ejecución distribuyendo más de 800 cuadernillos entre quienes debían ser asesores y colaboradores del emprendimiento, pero la cosa no fue mucho más allá. El país era muy vasto, los trabajos de campo complicados y gravosos, y la idea pasó a la categoría de ilusión perdida.

Cuando Enrique H. Puccia se incorporó en la Academia esta ya tenía en claro lo que buscaba y venía desarrollando una actividad tesonera para lograrlo. Puccia arribó cuando la Academia habitaba todavía sus modestas instalaciones sobre la calle Lavalle. Participó pues de los esfuerzos finales para lograr los fondos destinados a adquirir y modernizar la casa de la calle Estados Unidos 1379 y la mayor parte de su actividad la desarrolló precisamente en esa casa. Fue un académico laborioso y disciplinado, humilde y servicial. Por otra parte, nos sacaba la ventaja de una erudición incalculable que puso, de inmediato y sin ningún retaceo, al servicio del conjunto. Fue hombre de consulta y, como dije sobre su féretro la tarde infausta en que lo despedimos, verlo morir era como perder una verdadera computadora donde cada una de nuestras ignorancias se nutría de información y cada una de nuestras curiosidades hallaba respuesta inmediata -“al toque”, como suele decirse en el lenguaje del fútbol-. Mantuvo hasta sus más altos años una espléndida voz, potente, que respondía al mandato de una inteligencia lúcida, respetada por los años que parecían haberse detenido ante ella. Su memoria fastuosa no le falló un solo día. Fue él mismo, todo entero, hasta que la muerte se lo llevó mediante una maniobra que no le demoró mucho tiempo. Sus obras son ya verdaderos clásicos de la historiografía porteña, pero más allá de esos volúmenes inapreciables, Puccia dejó en la Academia una larga serie de escritos presentados a título de Comunicaciones Académicas. Vale la pena, a riesgo de parecer demasiado extensos, dar la

nómina de esos trabajos que siguen constituyendo irremplazables fuentes de información: “Juan Manuel Pintos” (1972); “El lunfardo a principios de siglo” (1972); “Un comentario sobre la Comunicación N° 621. Referida a los términos caló, calito, galo, galito”; “El término mopio” (1981); “¿Tony o Toni? (1983); “Chévere” (1984); “Ricardo M. Llanes” (1985); “Santiago Dallegrí” (1986); “Armando Ronchetti” (1989); “Luis Melquíades Bernaldo de Quirós” (1989); “Ricardo M. Llanes” (1994); y “El arte del filete y un cultor de real jerarquía: Luisito Zorz” (1995).

Cuando nos abandonó de pronto, sin aviso previo y tras una enfermedad deletérea, la Academia lo honró en su sesión del 7 de octubre de 1995 con palabras de Carlos Cañás y de José Gobello. Dijo Cañás: “*El vacío enorme que deja Enrique no cabe duda seguirá acrecentando con el tiempo porque hay medidas de hombres imposibles de igualar. Enrique Puccia fue un ejemplo mayor de vocación por la fidelidad demostrada a lo largo de toda su vida a la disciplina que lo apasionó, que sin duda le dio satisfacciones espirituales que eran para él las más importantes, pero que no le aligeró la pesada carga de vivir, sobre todo porque él lo quiso así. El desinterés y la austeridad caracterizaron su vida junto a su no mensurable generosidad. Caminó y observó minuciosamente a Buenos Aires y su gente, pero sobre todo los barrios y personajes más cercanos a su corazón. Cultivó la amistad con detenido afecto, lejos de la rapidez de los superficiales. Sabía con Milan Kundera que el grado de velocidad es directamente proporcional a la intensidad del olvido, mientras que el grado de lentitud es directamente proporcional a la intensidad de la memoria. Frente a Enrique Puccia teníamos la sensación de lo monolítico, sin fisuras, asentado sobre base fuerte, su figura y su voz así lo revelaban. Sabíamos muy bien que esa estructura estaba poblada de nobles sentimientos que lo tornaban para nosotros tan necesario. Su amistad, además de enriquecernos, nos mejoraba*”.

En cuanto a Gobello, aseguró que Puccia “*tuvo un maravilloso y envidiable don de ubicuidad, que le permitía estar en todas las instituciones y trabajar por todas a la vez, servir a todas con modestia y amarlas a todas sin ocultar su amor y alegrándose cuando ese amor era advertido y valorado. Y tuvo también el don no menos envidiable de hacerse respetar y querer por una inmensa legión compuesta por aquellos con quienes colaboró y por quienes colaboraron con él, si es que todos no eran uno*”.

“*En nuestra casa fue un ejemplo de disciplina, de compañerismo, de justicia en la armoniosa distribución de sus afectos, de equilibrio emocional, de cordura y de desinterés. Ello lo convirtió, sobre todo en los años más recientes, en un verdadero académico consulto, es decir, sabio y prudente, cuyo pensamiento nos iluminaba a todos, cuya palabra nos guiaba por el buen sendero, cuya opinión equilibraba los platillos de la balanza.*”

“*Con Puccia se ha ido un maestro que, además, era un amigo. La pérdida de nuestros corazones es irreparable, pero ¿cómo es también de irreparable la pérdida para la cultura de nuestra ciudad y de nuestro país!*”

*Dios ha querido cerrar ahora ese banco de datos dejando un poco huérfana nuestra inteligencia. Gracias, de todos modos, porque nos ha sido posible utilizarlo durante tantos años con enorme provecho intelectual. Ese banco no había sido formado solo con la información recogida ávidamente en bibliotecas, en hemerotecas, en archivos, sino con un cúmulo incalculable de vivencias y con una capacidad prodigiosa para metabolizarlas e incorporarlas en su propio ser. Todos somos, al fin, lo que hemos vivido, pero lo que diferencia a unos de otros es que aquellos se dejan vivir y estos salen a cada momento en búsqueda de la vida.”*

*“El recuerdo de Puccia nos acompañará siempre y no solo egoístamente, cuando alguna duda o alguna ignorancia nos acose. Fue un gran sabedor, pero también un noble y generoso servidor de sus amigos, un esposo ejemplar, un padre amantísimo, un varón íntegro, justo y bueno. Así lo sentimos sus colegas de la Academia Porteña del Lunfardo.”*

*CAPÍTULO 3*

*EL BUENOS AIRES DE  
ENRIQUE HORACIO  
PUCCIA (1910-1995)*

### CAPÍTULO 3

#### *EL BUENOS AIRES DE ENRIQUE HORACIO PUCCIA (1910-1995)*

#### LUIS ALPOSTA

##### *PERSONALIDADES DE VILLA URQUIZA*

Un barrio es una zona con una identidad propia, dentro de la cual hay hombres y mujeres emprendedores que se destacan en distintas disciplinas y que, cada uno en lo suyo, con sus aportes respectivos, van conformando la fisonomía lugareña que, sumada a la de otros barrios, con sus diversas peculiaridades, constituyen la real imagen de esta querida y cantada ciudad que es Buenos Aires.

Intentar ahora cierta crónica y rescatar nombres de vecinos de Villa Urquiza que nos honran, es lo que me propongo.

El pintor *Felipe Galante*, uno de los primeros vecinos de nuestro barrio, nació el 11 de septiembre de 1872 en el pueblo de Sora, provincia de Caserta, Italia. Era hijo de Domingo y de María Salomé Alviní Ferri. Casado con Rosa Bernaschi, fue padre de cuatro hijos: Guillermo, Rosa Elisa, Lidia Élida y Lina.

Se radicó en nuestro país a fines del siglo XIX y se naturalizó argentino en 1916. A los ochenta años falleció en su casa de Villa Urquiza el 11 de febrero de 1953.

Galante había cursado estudios en el Real Instituto de Bellas Artes de Roma, del que egresó como artista pintor a los veinticinco años y en el que llegó a ser un aventajado discípulo del maestro Francesco Iacovacci.

Radicado en nuestro país, se destacó como pintor paisajista y retratista y, asimismo, en el arte de la medalla.

En 1899 expuso sus obras en la 1ª Exposición organizada por la Sociedad Estímulo de Bellas Artes y en 1900 fue socio fundador de la Asociación Artística de Buenos Aires.

En 1901 presentó sus pinturas en la tradicional Galería Witcomb y en el Segundo Salón de Humoristas, realizado en el Círculo Italiano.

Dos años después dio a conocer nuevas obras pictóricas en la Exposición Artística de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, realizada en los salones del Bon Marché.

En 1938, donó un retrato al óleo, de su autoría, de Domingo Faustino Sarmiento, al Colegio Nacional de Buenos Aires, colegio en el que se desempeñó como profesor de Plástica y Dibujo desde 1908 hasta 1937, año en que se jubiló.

El tenor Enrico Caruso fue padrino de dos de sus hijas, las que fueron bautizadas en la Parroquia del Carmen.

La actriz Lidia Catalano, nieta de Galante, alguna vez nos dijo: “*Mi*

*mamá y mi tía Elisa eran ahijadas de Caruso, quien era muy amigo de mi abuelo. Era como si viviera con nosotros. La casa de mi abuelo quedaba en Villa Urquiza, en la calle Olazábal 4170. Caruso llegaba por Triunvirato y para llamarle la atención a mi abuelo tiraba latas arriba del techo de la cocina y gritaba '¡Ueh!'. Mi abuelo era petisito, rubio, con ojitos celestes. Salía al techo y le contestaba: '¿Ma, qué cuesto?' Y el otro improvisaba: 'Sonno io'. Y se ponían a cantar los dos. Me contaron tanto cómo Caruso se sentaba al piano y cantaba arias con mi abuela que es como si la hubiera visto''.*

Pero en aquellos días no todo fue canto. Caruso, que también pintaba, no perdió la oportunidad de recibir un par de clases de Galante. De Felipe Galante, el mismo que alguna vez se subió a un andamio y nos decoró el cine "25 de Mayo".

Don Ricardo Muñoz, vecino de nuestro barrio, fue quien construyó la primera guitarra con maderas del país. Inventó el vibrografómetro, que sirvió para determinar que el alerce argentino es la madera más apropiada para la construcción del popular instrumento.

Durante sus últimos años lo asistí como médico hasta el día de su muerte, ocurrida el 24 de agosto de 1967. Fui su médico y su amigo. Siempre tengo presente una máxima de su autoría que una tarde me dijo: "*Todo lo que emprendas trata de encumbrarlo*". De él heredé su escritorio, una fotografía suya autografiada y sus últimos libros.

Había nacido en Sevilla, España, el 4 de noviembre de 1887. Siendo un niño se trasladó con sus padres a la Argentina, radicándose en Buenos Aires. Aquí se educó y adquirió una vasta cultura.

Ricardo Muñoz Santizo -tal su nombre completo- comenzó sus estudios musicales con los maestros Hilarión Leloup y Justo T. Morales. Leloup le extendió el diploma de profesor de guitarra en el año 1923, destacándose luego como ejecutante en más de un concierto. María Luisa Anido, viendo sus méritos de intérprete se interesó en su formación y por dos años le dio clases de perfeccionamiento.

Junto con Segundo Contreras, el catalán Domingo Prat y el musicólogo argentino Carlos Vega, Ricardo Muñoz formó parte del primer grupo de maestros dedicados a la historiografía de la guitarra de concierto en la Argentina. Los estudiosos Antonio de Bari y Héctor García Martínez se han ocupado, oportunamente, de su obra. Dotado de una férrea voluntad, con perseverancia, se destacó en la investigación historiográfica del instrumento y la luthería. Escribió una "Historia de la guitarra" que, en su momento, fue considerado "primero y único libro en su género".

La actividad historiográfica de Muñoz no se detuvo ahí. Escribió, además, una "Biografía de Fernando Sor", editada en 1965 por Francisco Colombo y que tuvo el honor de presentar.

A ella se suma "Historia Universal de la Guitarra" y "La psicopedagogía de la guitarra".

El estudio de las cualidades y calidades de las maderas para la construcción de instrumentos ocupó gran parte de su tiempo. De su invención nació, como ya dije, el vibrografómetro, un instrumento utilizado por distintas instituciones científicas para determinar la vibración de las maderas y metales. Por este invento fue designado becario por la Comisión Nacional de Cultura de la Nación, en el año 1946.

En su libro "Tecnología de la guitarra argentina", están las bases de la construcción de instrumentos. Aseguran que de sus manos salieron verdaderas joyas artesanales, una de las cuales ha sido donada al Museo Histórico Nacional. Otros títulos sobre esta disciplina, aparte del ya mencionado, son "Identificaciones vibrométricas" y "Observaciones cordales guitarrescas".

El 1 de julio de 1946, Muñoz presentó a la Comisión Nacional de Cultura de la Nación un proyecto sobre la creación de la Escuela Industrial Técnica del Luthier, el cual fue aprobado. Dos años después, en Buenos Aires, se abrieron las puertas de la primera escuela industrial de luthería de América.

En 1939, el constructor japonés Kimpichi Mayimoto construyó exclusivamente para él una guitarra que le fue remitida por intermedio del Ministerio de Educación del Japón. Fue la primera y única guitarra oriental que entró al país en ese entonces.

En 1953, el Congreso Guitarrístico Internacional, realizado en Módena, Italia, le concedió el Gran Premio de Honor, la más alta distinción, otorgada por su libro "Tecnología de la guitarra argentina".

Los valiosos aportes brindados por este generoso y fecundo cultor de la guitarra se extendieron a otros campos: conferencista y Miembro Fundador de la Asociación Guitarrística Argentina y de la Academia Argentina de Guitarra.

Don Ricardo alguna vez me hizo este comentario: "*Yo he presentado un proyecto donde, no solo digo que la guitarra debe ser declarada instrumento nacional, sino, también, que debe tener su día coincidiendo con el de Santa Rosa, dado que, como se sabe, esta fue la única santa que pulsó la guitarra*".

El historiador y poeta Ricardo M. Llanes, con quien compartí inolvidables reuniones sabatinas en la Academia Porteña del Lunfardo, el 6 de agosto de 1933, en una servilleta de sobremesa le dedicó estas cuartetas:

Entre tantos guitarreros  
no hay guitarrero mejor;  
lo afirman tus compañeros  
en esta mesa de honor.

No ha de callarse la voz  
de la guitarra argentina  
mientras exista Muñoz

y un negro en una cantina.

El poeta *Ricardo Molinari*, nacido en 1898, vivió su niñez y adolescencia en Villa Urquiza. Al autor de *El Imaginero*, *El pez y La manzana* y *La cornisa*, entre otros títulos, me lo presentó una tarde Manolo Quiñoy, en la puerta de la librería Premier, y años después, ya al final de su vida, me tocó asistirlo como médico en una clínica de la calle Colpayo en la que se encontraba internado. En una de las tantas conversaciones que tuvimos entonces me dijo que durante los primeros años del siglo vivió en Donado 2544.

Molinari publicó sus primeros poemas -entre los años 1917/1919- en el periódico zonal “Crónica” (cuya colección encuadrada se puede consultar, actualmente, en la Biblioteca Popular “Domingo F. Sarmiento”).

En 1927 fue incluido en la *Exposición de la Actual Poesía Argentina*, de Pedro Juan Vignale y César Tiempo, en la que se registra su domicilio en la calle Donado (reedición facsímil, Ediciones Tres Tiempos, Bs. As. 1977).

Siendo muy joven editó su primer libro “El imaginero”, cuyo lenguaje poético hizo que los intelectuales de su país lo reconocieran como uno de los grandes poetas de la época.

Junto a Jorge Luis Borges y Leopoldo Marechal, integró un importante grupo literario reunido alrededor de la revistas *Martín Fierro*, *Inicial* y *Cuadernos del plata*.

Obtuvo el Premio Nacional de Poesía en 1958 y ocupó desde 1968 un sillón en la Academia Argentina de Letras.

La temática de su poesía abarca desde el paisaje hasta el amor y lo religioso vistos a través de su experiencia personal. Merecen citarse, entre sus numerosas obras: *El imaginero* (1927); *El pez y la manzana* (1929) -dedicado a Góngora-; *Panegírico de Nuestra Señora de Luján* (1930); *Hostería de la rosa y el clavel* (1933); *Nunca* (1933) Ed. Madrid; *La muerte en la llanura* (1937); *Odas a la orilla de un viejo río* (1940); *Seis cantares de la memoria* (1941); *El alejado* (1943); *El huésped y la melancolía* -poemas escritos entre 1944 y 1946-; *Días donde la tarde es un pájaro* (1954); *Unida Noche* (1957); *Mundos de la madrugada*, *Libro de las soledades del poniente* y *Una sombra antigua canta* (1966); *La escudilla* (1973); *Las sombras del pájaro tostado* (1975) y *La cornisa* (1977) Ed. Emecé.

Su característica literaria fue la de no romper con el pasado y continuar con la tradición hispánica y americana precedentes (Góngora, Garcilaso de la Vega y el romancero) y así trabajó su poesía sobre el material proporcionado por dichas lecturas. Siguió escribiendo hasta sus últimos días. Falleció en 1996, a poco de cumplir los cien menos dos. Entre 1919 y 1925, en la casa de al lado, Donado 2548, y esto es para destacar, vivió otro poeta. Ese poeta se llamó *Celedonio Esteban*

*Flores*. Y así fue como, entre otros memorables tangos del Negro Cele, *La mariposa*, escrito en esa época, comenzó a volar en Villa Urquiza. Este dato me lo dio su hermano Manuel, quien, como yo, fue apadrinado por Genaro Videla, entrañable amigo de nuestras respectivas familias y antiguo vecino del barrio. Fue también su hermano quien me dijo que “Cele” guardaba un gran recuerdo de este barrio.

Y ya que hablamos del tango, digamos que en esta materia Villa Urquiza debutó ganando con un vecino de lujo.

Se llamaba *Enrique Delfino*, quien vivió en el barrio durante las décadas del diez y el veinte, descontándole a la primera los tres años de su estada en Montevideo y a la segunda el tiempo que le demandó realizar exitosos viajes por Norteamérica y Europa.

Nació y murió en Buenos Aires, siendo las fechas que marcan los extremos de su vida el 15 de noviembre de 1895 y el 10 de enero de 1967.

En 1917, con “Sans Souci”, Enrique Delfino no solo creó una nueva modalidad del tango instrumental, al que jerarquizó estéticamente, sino que, además, hizo escuela entre compositores de prestigio.

Iniciador del “tango romanza”, caracterizado por lo melódico, por su vuelo lírico y su depurada musicalidad, fue también quien creó, en 1920, el molde musical del “tango canción”, al escribir “Milonguita” con letra de Samuel Linnig.

Enrique Delfino fue un músico de escuela, eximio pianista, compositor de tangos inolvidables, actor y humorista.

Compuso más de doscientos tangos, escribió música para películas, para numerosas obras de teatro y realizó exitosas giras por diversos países de Europa.

Solía recordar que, cuando fue presentado en el hall del Teatro Maravillas de Madrid a don Jacinto Benavente, ante su emocionada sorpresa, el gran dramaturgo le estrechó la mano diciéndole: “*Mozo, traiga otra copa...*”.

Era tal su dominio del piano que daba la impresión de ser éste un apéndice de sus manos.

Cuando alguna vez le preguntaron cómo podían convivir en él el humorismo de sus presentaciones en público con el sentimiento y la seriedad de sus composiciones, respondió: “*Mis tangos soy yo, así de porteño, de romántico, de nostálgico. El humorista musical es una aptitud artística que poseo, que me condujo a cierta notoriedad y me hizo muy feliz*”.

Entre sus tangos más recordados, verdaderos clásicos del género, están: “Re Fa Si”, “Milonguita”, “Griseta”, “La copa del olvido”, “Araca corazón”, “Araca la cana”, “Aquel tapado de armiño”, “Palermo”, “Padrino pelao”, “Haragán”, “Estampilla”, “Otario que andás penando”, “Ventanita florida”, “Recuerdos de bohemia”, “Claudiette”, “Padre nuestro”, “Al pie de la Santa Cruz”, “Dicen que dicen”, “Talán talán” y muchos más...

Si algo evidencia la magnitud de su obra, baste con señalar que Gardel le grabó 26 temas, o citar al Dr. Luis Adolfo Sierra: “*Delfino, el*

*querido Delfy, ha sido el músico porteño que más hizo cantar a su ciudad*". ¡Y vivió en mi barrio!

Carlos Carboni nació en Pavía, Italia, el 6 de junio de 1901 y falleció en Buenos Aires en 1989. Llegó al país siendo muy pequeño y desde los cuatro años, hasta la fecha de su muerte, residió en Villa Urquiza.

Sin temor al equívoco, se podría afirmar que el filete porteño es una de las manifestaciones más representativas del arte popular, que se gestó, entre nosotros, a fines del siglo XIX, cuando el país fue receptor de una importante y disímil corriente inmigratoria..

Así como el tango supo amalgamar todas esas diferencias y enhebrar con su hilo musical múltiples historias de vida, el fileteado se constituyó en el arte plástico más apto para plasmar símbolos, frases e imágenes íntimamente ligadas al sentimiento popular.

Esta historia, que alcanzó su máximo esplendor en la década del 30 y se prolongó hasta los años 60, atravesó por momentos el olvido y la indiferencia. Sin embargo el fileteado ha vuelto a florecer en los últimos años. En la actualidad es valorado y reconocido en el país y en el extranjero como un arte original y clásicamente porteño.

Sus artistas, todos sin excepción, coinciden en considerar a Carlos Carboni como al auténtico maestro, al fileteador más fino y armonioso que ha dado este arte. Alguien, muy acertadamente, dijo que "Carboni ha sido al filete porteño lo que Troilo fue al tango".

Distinciones y reconocimientos:

En 1983 la Junta de Estudios Históricos de Villa Urquiza, en acto público, en el que hizo uso de la palabra el ingeniero Roberto Conti, lo nombró Vecino Ilustre, entregándole medalla y diploma que lo acreditaban como tal.

En 1984 fue declarado Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires, y en septiembre del año siguiente expuso su obra en el Salón Oval del Hipódromo de Palermo, en oportunidad de correrse, en el día de su inauguración, el Premio Carlos Carboni.

Jorge Prelorán, uno de los más grandes cineastas de cine documental, se ocupó, en su momento, de don Carlos Carboni por considerarlo un artista popular por antonomasia.

Muchas de sus "tablas" fileteadas se exhiben en el Museo de la Ciudad de Buenos Aires; en el Museo de Arte Contemporáneo "Luis González Robles" de la Universidad de Alcalá de Henares (España); y en importantes colecciones privadas, tanto en el país como en el extranjero.

Héctor Félix Arata, nació en Buenos Aires el 21 de octubre de 1907 y falleció en la misma ciudad el 17 de septiembre de 1993. Vivió siempre en Villa Urquiza, en Donato Álvarez (actualmente Combatientes de Malvinas) N° 3776.

Libros publicados:

-“Iglesia Parroquial Nuestra Señora del Carmen” *Aporte para la Historia de Villa Urquiza*. Ed. La Constancia, Buenos Aires, 1981.

-“Villa Urquiza” *Sus primeros cien años*. Ed. La Constancia, Buenos Aires, 1987.

Fue conferencista, autor de numerosas comunicaciones y de colaboraciones varias referentes a la historia del barrio, en periódicos y revistas especializadas.

Vicepresidente de la Junta de Estudios Históricos de Villa Urquiza, desde 1977 hasta 1993 (año en que fallece).

*Está considerado, y con justicia, como el primer historiador del barrio*, dado que todos los que han escrito sobre él han abrevado en sus publicaciones y/o no han dejado de consultarlo. (Ha sido el primero en dar a conocer documentación cierta sobre los orígenes de Villa Urquiza).

Merece también ser destacada su vocación de fomentista y su desinteresado desempeño (siempre en carácter ad honorem) en cargos relacionados con el quehacer del barrio:

Vocal de Comisión en la Biblioteca Popular Domingo F. Sarmiento (1950/1958).

Miembro fundador de la Asociación de Fomento de Villa Urquiza, donde se desempeñó, sucesivamente, como tesorero, secretario y presidente (1954/1970).

Proesorero de la Asociación Cultural Sanmartiniana de Villa Urquiza (1954). Jefe de Zona durante la Campaña Antipoliomielítica realizada en Villa Urquiza (1956).

Delegado, por Villa Urquiza, a los Congresos de Asociaciones de Fomento de la Ciudad de Buenos Aires. Períodos 1956/58/60.

Candidato a Concejal por la Unión Fomentista (1958).

Delegado, por las Sociedades de Fomento de Villa Urquiza, a la mesa de trabajo del Intendente Municipal Hernán Giralt (1959/63).

Autor del Anteproyecto de Ley de Alquileres, presentado en la Cámara de Diputados en 1959.

Secretario de la Comisión de Festejos del Sesquicentenario de la Revolución de Mayo (1960).

Miembro de la Comisión de Recepción Banda de General a Nuestra Señora del Carmen (1960).

Gestor del Plan Integral Pro-Luz a Gas de Mercurio para Villa Urquiza (1960).

Presidente de la Comisión Vecinal Contribuyente para Nuevos Pavimentos en la Capital Federal (1966).

En enero de 1950, hace ya cincuenta y cuatro años, conocí a Eduardo Riso, que fue mi primer amigo del Colegio Nacional. Después conocí a Eduardo Riso (padre). Ambos vivían en Villa Pueyrredón. Ellos me

presentaron una tarde a Carmen Riso, la tía de mi amigo. Se trataba de *Carmencita Calderón*.

Nació entonces una amistad como las de antes, que se prolongó hasta ahora. Una amistad que, unida a la profunda admiración que le profeso, justifica ampliamente estas palabras.

La Junta de Estudios Históricos de Villa Urquiza, a punto de celebrar sus veintiocho años de vida, es una institución que está orgullosa de tenerla a ella por madrina.

Hay personas que a fuerza de ímpetu, empeño, coraje e imaginación, han sabido crearse un tipo de vida, auténtico para ellos mismos. Carmencita Calderón es una de esas personas.

El ideal es elegir y vivir la vida propia como algo auténtico, original; tan original como la Venus Criolla, de Centurión, de la que solo hay una. El hombre es el único ser vivo que tiene que elegir su futuro, y Carmen Riso de Cancelieri supo elegir el suyo. Así fue como un día, archivando su título de maestra, pasó a ser la primera mujer con nombre y apellido entre las bailarinas de tango. Hoy, destacando que el próximo 10 de febrero cumplirá cien años, seguimos viendo en ella a la misma mujer menuda y ágil, de mirada triste y sonrisa de adolescente, a la que su hermano Eduardo, entre mate y vitrola, le enseñó una tarde los primeros pasos.

Hay cosas que nos ocurren y que, al ser evocadas tiempo después, se nos confunden con un ensueño. Pero hay ensueños que encierran un destino, revelándonos, de pronto, lo que estábamos anhelando, a veces sin saberlo nosotros mismos. Quizás fue eso lo que le ocurrió a Carmencita cuando tenía cinco años en aquella fiesta, realizada en la calle Mar Chiquita, casi esquina Burela, en la que se apartó de sus amigos para ir con los mayores y, como en una ensoñación, ver cómo un hombre alto y flaco, al que llamaban el Cacha, bailaba con una rubia.

Muchos años después lo volvería a ver en la casa paterna. Corría el año 1929. Aquel bailarín que había visto cuando niña, concurrió a su casa acompañado por Santiago Adamini. Él, sentado en un sillón de la sala, escuchaba un tango que acababan de dedicarle. Ella, movida por una extraña curiosidad, lo espiaba a través de los visillos. Aquella era la segunda vez que lo veía.

Pasado algún tiempo, un hecho accidental se transformaría, de pronto, en un impulso inevitable para lo que habría de ser su inevitable destino.

Ocurrió en el Sin Rumbo, un viejo club de Villa Urquiza. Los amigos, haciéndole rueda, le pidieron que bailara con José Giambuzzi, un mentado bailarín conocido por el nombre de Tarila.

Desde entonces habría de formar pareja de baile con él, hasta que el mismo Tarila, una noche de 1932, le presentó a Ovidio José Bianquet.

Aquel primer encuentro frente a frente con el Cachafaz, se celebró en un lugar que el bailarín llamaba “su oficina”, el estaño de Talcahuano y Corrientes.

Así nació la nueva pareja en 1933 y, ese mismo año, debutó en el

Teatro San Fernando, de San Fernando, acompañada por aquel fuelle inolvidable que se llamó Pedro Maffia. De ahí en más, despertaron el entusiasmo enfervorizado de todos los públicos, aun de aquellos que solían mirar al tango de reojo.

El 7 de febrero de 1942 aquella pareja se disolvió para siempre.

Durante una representación en la ciudad de Mar del Plata, el Cachafaz sufrió un infarto y nos dejó el mito milonguero de su figura.

Después, Carmencita Calderón siguió ofreciéndonos su arte y su creatividad bailando con casi todos los grandes bailarines que en el tango han existido.

Verla bailar en el “Mare d' argento”, en el viejo “Filicudi”, en “El Abrojito”, en el club “Sin Rumbo” y en el “Teatro Colón”, en el que fue homenajeada en marzo de 2002, como también lo fuera meses antes en el Salón Dorado de la Legislatura Porteña en el que tuve el honor de presentarla, nos ha producido siempre un goce estético que agradecemos.

Si morir es, entre otras cosas, cambiar de barrio, solo ante esa circunstancia *Jorge Casal* pudo dejar el suyo. Fue el 25 de junio de 1996.

Setenta y dos años atrás, el 14 de enero de 1924, había entrado al mundo por la *Siberia*. No la de las frías estepas a la que le cantó Magaldi, sino por la *Siberia* arbolada y poblada de pájaros que forma parte del paisaje de Villa Urquiza. Un barrio al que Casal le fue siempre fiel y del que ha llegado a ser uno de sus hijos dilectos.

Un barrio en el que está toda su historia. Sus amigos de siempre. La casa de Nicolino y el almacén de Agapito donde ensayó sus primeros cantos. El colegio de William Morris, que ya no está, y que fuera su escuela primaria. La barra amiga de Iberá y Ceretti. El cine-teatro “25 de Mayo”, el mismo en el que actuó Gardel, donde en el año 1936 pisó por primera vez un escenario cantando en una fiesta escolar la “Canción del canillita”. El café “La Esmeralda”, lugar de prolongadas tertulias. Y las calles... esas mismas calles de siempre por las que tanto le gustaba caminar.

Con él se ha ido el amigo entrañable, aunque nos queda su recuerdo y su voz en el milagro del disco. Una voz plena y de hermoso timbre, irreprochable de afinación e impostación. Una voz que, con la hondura de lo permanente y definitivo, ya tiene un lugar propio en la mejor historia de nuestra música popular.

Desde muy joven, sin más vocación ni otro anhelo que los de ser cantor, Casal solía decir -y era cierto- que había encontrado en Gardel a uno de sus mejores maestros. Después, llegarían los años del conservatorio y otros nombres: Cayetano Tomasselli, Bonessi y Domínguez. Y esto, sin dejar un solo día de escucharlo al Mudo y a otros grandes del *bel canto*, del que Casal era un auténtico apasionado.

El 28 de noviembre de 1946 fue la fecha de su debut en la orquesta de Florindo Sassone. Interpretó entonces “En carne propia” y “Rosicler”, repetidos más tarde infinidad de veces por exigencias de los auditorios, como tuvo que hacerlo también con “El día que me quieras”, “A la luz de un candil”,

“Volver”, “Canción de cuna” y “Por dónde andarás”. En ese primer período, fue Pancho Benavente el que le dio la idea de cantar “La última cita”. Así lo hizo. ¡Y cómo lo hizo!

Desvinculado de aquel director en enero de 1950, ya en abril del mismo año debutaba con la orquesta de Aníbal Troilo.

Quien comprenda cabalmente lo que representó Troilo en el tango, mucho más en aquella época de formidables orquestas, grandes instrumentistas, inspirados compositores y autores y notables intérpretes vocales, comprenderá también lo que significó para Casal haber permanecido casi cinco años al lado de Pichuco, y lo que esto significó para el tango.

En su primera presentación con Troilo, Casal estrenó dos tangos ahora incorporados a la lista de títulos más perdurables: “Che bandoneón” y “Vieja viola”.

Después llegaría el tiempo del solista, con el acompañamiento de Argentino Galván y Roberto Grella, el de la orquesta Rotundo-Casal y el de su paso por el cine, al que lo llevó no solo su voz sino también su pinta.

Recordemos que intervino en cuatro películas: “El Cartero”; “Al compás de tu mentira”, en la que actuó acompañado por la orquesta de Domingo Federico; “Vida Nocturna”, que tuvo a Troilo como uno de sus principales protagonistas; y “Mi Noche Triste”, en la que le dio voz a Pascual Contursi en los temas “Ventanita de Arrabal” y “Qué querés con esa cara”.

Es preciso añadir, todavía, que Casal grabó más de setenta piezas como solista, algunas de las cuales llevan su firma. Recuerdo algunas: “Cortejo de mentiras”, “Atardece”, “Tinglado”, “La vida nos pagó”, “Acortando distancia” y los valsos “Viejo patio” y “Nostalgia del mar”.

En lo personal, debo decir ahora que Jorge Casal ha sido y seguirá siendo el cantor de mi barrio, a quien conocí en carne y hueso, hace ya muchos años, en la antigua sucursal del Banco Provincia, en la que a su gerente le gustaba entonces realizar asados para el personal -y esto en la misma agencia- invitando a esos ágapes a solo dos vecinos: a Casal y a mí. Siempre he tenido la impresión de que para aquel hombre aquellos asados eran tan sagrados como los depósitos.

Fue Casal quien me regaló su canto en la fiesta de mi casamiento.

Fue Casal, en uno de mis cumpleaños y en mi casa, el que cantó a dúo con Edmundo Rivero.

Fue con quien compartí más de una cena con Rosita Quiroga.

Uno de los primeros en ser convocados cuando fundé la Junta de Estudios Históricos de Villa Urquiza.

Fue el cantor y es el amigo (aquí me cuesta conjugar en pasado) que ya forma parte del registro emocional de Buenos Aires, y el que sigue teniendo una cierta congaja en la garganta que lo hace inconfundible.

En el libro de los recursos humanos de Villa Urquiza, el 26 de julio de 1923 se incorporó al activo *Guillermo Guerrero*, a quien el 10 de noviembre del 2000 agasajamos y le dimos el título de “vecino ilustre” de nuestro barrio.

Desde esa fecha, el capital inicial se incrementó, y se sigue incrementando, no con los intereses espurios de la especulación, sino por una plusvalía mensurable en capacidad y producción, inteligencia y laboriosidad, bondad y decencia.

Fue en 1923, el año en que Candiotti marcaba el récord de permanencia en el agua, Luis Ángel Firpo protagonizaba la “Pelea del siglo” y se inauguraban los servicios aéreos entre Buenos Aires y Montevideo, que nuestro amigo hizo su entrada al mundo por Bauness 2628. Me inclino a pensar que, tal vez, estos hechos han sido los que signaron en él, durante su juventud, pasiones simultáneas, como las que puso en los vuelos, en la natación, y en la práctica del boxeo y la lucha greco-romana en River Plate, el viejo club de sus amores.

Pero su auténtica vocación ha sido la del dibujo. Ya en 1930, la revista “Caras y Caretas”, en uno de sus números, incluía un dibujo de dos biplanos en vuelo realizado por un niño de siete años llamado Guillermo Guerrero, a quien le gustaba construir aviones con maderas de viejos cajones.

Autodidacta por excelencia, a los catorce años comenzó a trabajar como ayudante del siempre recordado Lino Palacio, pasándole los Don Fulgencio a tinta y dibujando desde el vamos a la inolvidable Ramona.

Un viaje desde Mar del Plata en 1949, a bordo de un Douglas DC-3 y la posterior invitación de su compañero de tareas en “Rico Tipo”, Ernesto Blanes, a realizar un vuelo en un Piper PA-11, avivó su pasión por los aviones haciéndose socio del Aero Club Argentino hacia fines de 1954, iniciando en febrero del año siguiente el curso de Piloto Privado, en el aeródromo de San Justo, bajo la tutela del instructor de vuelo César Horacio Germano. A fines de ese mismo año recibe sus alas de piloto deportivo y continúa su actividad de vuelo hasta 1958, en aviones Piper J-3.

Su personaje “Lúpín” cobra vida en octubre de 1959, en las páginas de la revista “Capicúa”, cuyo propietario, Alfredo Mazzone, le solicitó a Guerrero por aquellos años, la creación de un nuevo personaje, al que inmediatamente imaginó piloto y al que luego, por supuesto, habría que bautizar. Pensaron que el nombre podría ser el correspondiente a una de las partes que componen el avión o, en su defecto, el de alguna maniobra de vuelo, inclinándose ambos por la segunda alternativa: naciendo así “Lúpín”.

El dibujo corresponde a la autocaricatura del propio Guerrero, quien se inspiró en la que le hacía el renombrado dibujante Abel Ianiro, cuando realizaba el curso de piloto y le confiaba las peripecias del mismo, lo adaptó a las circunstancias, lo introdujo en un biplano del tipo S.E. 5, y lo lanzó al espacio haciéndolo protagonista de mil y una aventuras. En los años sesenta surge de su inventiva otro dibujo, “Joe Flip”, que con guiones de José Benavídez, encarna a un mecánico de avión protagonista de aventuras ocurridas durante la Segunda Guerra Mundial, en las islas del Pacífico.

Junto a Divito y Dol funda en 1966 la revista que hasta hoy lleva el nombre de este particular personaje del aire que incluye además otras historietas de Dol y otros personajes de Guerrero como “Mosca Kid” y “Al

Feñique”.

Al fallecer Divito en un accidente automovilístico ocurrido en Brasil, quedan Guerrero y Dol (que en realidad es Héctor Sídoli, un socio de casi toda una vida y que más que socio es un amigo) a cargo de esta publicación mensual que ya tiene treinta y cuatro años de vida.

La revista llegó a tener un tiraje de 25.000 ejemplares, y su fuerte siguen siendo los planos que sirven para construir tanto un barrilete como un avioncito. En la misma se incluyen entretenimientos, construcciones de aerodelismo, electrónica, óptica, cohetería y hasta un cursillo de aviación a través de “Lúpín te enseña a volar”. Este último se desarrolló durante treinta y dos números y llegó a los aeroclubes en manos de lectores que no eran tan niños. “Lúpín” no solo cumple función de sano entretenimiento sino también de verdadera docencia y fomento aeronáutico para adolescentes, algunos de los cuales concurren periódicamente a la redacción y otros envían nutrida correspondencia interesándose por los experimentos y construcciones que en ella se describen o proponen.

Planos para construir todo tipo de barriletes, maquetas de aviones, planos para construir en madera y a escala el Morane Saulnier de Jorge Newbery, o el trimotor Ford F-31 en el que murió Gardel, transistores, dínamos, baffles, globos de aire caliente, un violín Stradivarius, lanzadores de paracaídas, telescopios, máquinas fotográficas para agregar a un barrilete y tomar fotos de altura, y hasta una radio a galena. Planos para tejer colchones, armar maceteros en bombitas de luz y aparatos para espantar mosquitos. ¡Y ojo! Todos con garantía de funcionamiento asegurada.

Guerrero y Sídoli conservan con orgullo una fotografía de Fernando Caldeiro, primer astronauta argentino en la NASA. La foto dice, de puño y letra: “*Gracias a la revista Lúpín, por la inspiración que me dio todos los meses que la pude leer*”. Caldeiro, que vive desde los 14 años en Estados Unidos, se hacía enviar la revista con un amigo que hoy diseña trajes espaciales para la NASA, y que se inició con tan singular “sastrería”, aunque ustedes no lo crean, en las inmediaciones de Triunvirato y Avenida de los Incas.

Y algo más. Alguien que, cuando pibe, leía la revista “Lúpín” y hacía maquetitas, terminó inaugurando hace poco, la maqueta del avión comercial más grande de América del Sur.

Guillermo Guerrero es Socio Vitalicio del Aero Club Argentino; fue durante muchos años vicepresidente del Círculo Argentino de Humoristas y es, para orgullo de todos nosotros, Secretario de la Junta de Estudios Históricos de Villa Urquiza, de la que, además, es su representante ante la Junta Central de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires.

Nuestro amigo es también un hombre de fidelidades: es fiel a su barrio, del que, no obstante ser aviador, nunca ha podido despegar; es fiel a sus afectos y a sus amigos; es fiel a su vocación y fiel a Gardel, a quien escucha todos los días, mientras trabaja, jactándose, sin llegar a fanfarronear, de poseer la colección casi completa de sus discos.

Destacar la labor de aquellos vecinos que, en distintas manifestaciones hayan contribuido y/o contribuyan al prestigio de nuestro barrio, es labor de la Junta, institución de la que Guillermo Guerrero es Secretario y a quien le sobran méritos personales y artísticos para ser nombrado Vecino Ilustre de Villa Urquiza.

Y ahora me habré de referir al dibujante *Horacio Bautista Castro*, flamante miembro de nuestra Junta, de quien podría decir que es egresado de la Escuela Panamericana de Arte, que ha realizado exposiciones en el Ateneo Esteban Echeverría de la ciudad de San Fernando y en el Museo de la Reconquista de la ciudad de Tigre, que ha participado exponiendo sus obras en el concurso internacional auspiciado por la Secretaría de Cultura de la Nación, realizado en el Palais de Glace, en el concurso organizado por el Instituto Cultural Argentino Israelí y en el de Arte Sacro, realizado también en el Palais de Glace en octubre del año 2000. Podría agregar que Ignacio Gutiérrez Zaldívar, de la Galería Zurbarán, adquirió cinco obras suyas con motivos del Delta, pero prefiero referirme a otro aspecto de su obra y de su personalidad.

Desde su estudio, ubicado en su casa de la calle Valdenegro, Horacio Castro observa lo que otros no ven y dibuja lo que nadie se atreve a dibujar: viejas casas y fachadas de instituciones que hacen a la historia de nuestro barrio. Elaboradas composiciones que oscilan entre lo simple y lo obsesivo, con tendencia a los juegos perspectivas y a una meticulosidad puntillista.

Quienes conocemos, además, su pasión por el modelismo naval, sabemos bien que nuestro amigo está consagrado al aprendizaje heroico de la perfección y es un enamorado del dibujo.

Castro es de los que, para imponerse, no necesitan superar su discreción. Enemigo de poses y de protagonismos, es un hombre circunspecto que nunca ha pretendido más nombre que el verdadero ni más circunstancia que la que lo rodea. Es alguien que por obra de la pasión se identificó con la pasión de su obra y punto. Sus cuadros son algo más que dibujos: son ventanas abiertas al barrio. El barrio no es una simple institución urbana. Lo que determina su identidad proviene de su entraña de raigambre espiritual y sentimental. Sin eso no existiría. No sería más que un conglomerado amorfo de casas y vecinos.

LILIANA BARELA

*EL DESTINO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES  
(DESDE EL SIGLO XVI HASTA EL XIX)*

*“El modo más cómodo de conocer una ciudad es averiguar  
cómo se trabaja, cómo se ama y cómo se muere”*

(Camus, Albert. “La peste”. Buenos Aires, 1991. P. 9.)

Este trabajo indaga acerca del destino de la Ciudad de Buenos Aires desde su origen hasta nuestros días. Es un estudio histórico y de reflexión.

Todo lo que hoy vemos, la ciudad y la aglomeración de sus casas, sus calles, las construcciones, etc., son el resultado de un desarrollo mayor. Nosotros vemos una ciudad física, pero ella se desprende de lo que llamamos “ciudad social”. Una ciudad es un grupo de gente que se agrupa, se reúne con determinadas necesidades.

Buenos Aires es hoy una gran ciudad y es ante todo una ciudad latinoamericana. Esto tiene, para su estudio, ventajas y desventajas. Las ventajas giran en torno a la precisión acerca del hecho concreto de su fundación, precisión que no tenemos con respecto a las ciudades europeas. Las desventajas se vinculan a la ciudad social: es difícil saber si había alguna razón para que apareciera o si se debió a un gesto político porque alguien quiso que hubiera una ciudad allí.

La pregunta que surge es: ¿Cuál es el motivo que hace que la gente quiera estar agrupada en ciudades? Nosotros sabemos que en Europa, siglos XI, XII y XIII, aparecen indicios de que la gente quiere estar agrupada para satisfacer necesidades colectivas y personales. Esta sería la explicación para el mundo europeo. Pero ¿qué ocurre en el mundo americano? ¿Por qué España funda ciudades? A partir de 1530, se crea todo un corpus que dice cómo debe ser una ciudad. Ante todo, una ciudad es un ámbito para agrupar españoles (los indígenas están en todas partes, los españoles en ciudades). ¿Qué cosa hacen los españoles allí? Pues viven. O sea que de allí deberá salir su sustento y, por ende, tierras. Sabemos que la Corona española no cede tierras; si las entrega, será en las ciudades. (1)

Otra de las funciones de la ciudad será la religiosa, y esta función está vinculada al compromiso inicial de la evangelización.(2) El ámbito privilegiado de la ciudad será la plaza: el centro de la ciudad. La plaza en esa época no tendrá una entidad simbólica, sino que cumplirá con una función de la ciudad: comerciar. (3)

Hasta el siglo XVIII, la ciudad, para la Corona, es un lugar donde están los españoles. Y la Corona quiere españoles en las ciudades porque advierte el siguiente proceso: es fundamental el control de la mano de obra indígena (para el trabajo agrícola y para la minería). En este sentido, si los españoles están dispersos, este control será para su propio beneficio y no en

provecho de la Corona. La idea entonces es controlar a los españoles agrupados, que a su vez controlan a los indígenas que producen metales preciosos y agricultura.

Volviendo a la Ciudad de Buenos Aires, las características fundamentales que posee será que no tiene yacimientos metalíferos ni indígenas sedentarios. Por lo tanto, la estructura de la conquista aquí no existe. O sea que serán estas características las que, desde el punto de vista de la metrópoli, evidencia que fundar una ciudad allí no se justifique. Cuando la Corona advierte otras funciones para la ciudad, tendrá que crear allí un virreinato para recuperarla.

Las condiciones de este lugar en contraposición a las necesidades metropolitanas nos llevan a preguntarnos por qué se fundó la primera Buenos Aires. La primera fundación es en 1536. Se trata de una fundación discutida desde el punto de vista de las formalidades habituales, pero lo que no se puede negar es la existencia de un núcleo urbano.

Cuando en 1541 la Corona obliga a abandonarlo, sus habitantes se resisten. En este núcleo urbano no había iglesias, no había mercado, pero se producía trigo y constituía un lugar imprescindible para facilitar la circulación oceánica (reparación de naves, alimentación de la tripulación, etc.). Para Pedro de Mendoza y para la Corona, remontando el Paraná se podía llegar al Pacífico o bien, cerca del Pacífico (el dominio del paso por el Cabo de Hornos solo sería pensable en el siglo XVIII). La Corona abandonaba Buenos Aires y tenía proyectos para Asunción. (4)

Desde 1541 hasta 1580 pasan 40 años. ¿Cuál es la razón de la fundación de Buenos Aires y a qué se debe su perduración?

Fundar Buenos Aires no es un proyecto de la Corona ni de Garay ni de Asunción. Fundar Buenos Aires es un proyecto de los mineros de Potosí. El suceso de mayor éxito de Potosí debemos ubicarlo alrededor de 1545.

Potosí está dentro del Alto Perú, que depende del Perú, por ende, los productos europeos llegan a una región rica para pagar insumos. Después de cruzar el Atlántico y llegar a Portobello, desembarcan en tierra, cruzan hasta Panamá, se vuelve a embarcar en navíos y de allí al Callao, para terminar el último tramo en mulas. Por lo tanto, los comerciantes limeños eran los que se favorecían con la riqueza de Potosí. Para los mineros potosinos, Buenos Aires era el puerto ideal.

Este es el proyecto altoperuano que será visto por los comerciantes limeños como un proyecto competitivo, agresivo, al que habría que combatir.

Antes de seguir creo conveniente puntualizar algunos conceptos que, de alguna manera, explican por qué Buenos Aires será dejada de lado por el Imperio español durante los siglos XVI, XVII y la primera mitad del XVIII.

Todas las ciudades se desenvuelven y crecen a partir de causas externas a la ciudad. Las causas del desarrollo de una ciudad se encuentran desde sus límites hacia afuera y no hacia adentro. Cuánto más notable es en el caso del Imperio español en que las ciudades son un instrumento de la expansión ultramarina y un elemento al servicio de esa expansión que

llamamos imperio.

Otros hechos significativos para este período que llamamos fundacional es que el Imperio español es hasta mediados del siglo XVIII un imperio del Pacífico y no del Atlántico. (5) Es un imperio minero, por lo tanto, la metrópoli sostiene los centros donde hay yacimientos de oro y plata, y en América, los yacimientos están en la cordillera de los Andes. Toda zona lejana a ese centro es zona de menor interés para el Imperio español. Como esto es expansión y la expansión tiene que ver con los centros, todo lo que no se considere funcional será dejado de lado.

Dentro de esta situación se encuentra Buenos Aires, que es dejada de lado por el Imperio español durante su escaso siglo XVI, todo el siglo XVII y durante la primera mitad del siglo XVIII.

España, durante todo este tiempo dedicó su atención a controlar la zona del Pacífico a través de un mar cerrado por sus propios sistemas de seguridad. Ese será un mar cerrado en tanto se controlen las Antillas. Y España pondrá todo su esfuerzo fiscal en ello.

En lo que se refiere al litoral del Atlántico, España no lo controla pero tampoco está sola: allí tiene competidores. Entre otros, en especial en el siglo XVII, está Holanda, enemiga de España que es el gran transportista de los siglos XVI y XVII.

Holanda posee una organización comercial que recorre todo el mundo y que, a diferencia del Imperio español, rechaza la idea de asentamientos permanentes, fundación de ciudades y establecimientos imperiales. Holanda será el transportista mundial por excelencia hasta el siglo XVIII, en que será reemplazado por Inglaterra.

De esto deducimos que si el Atlántico, entre los siglos XVI y XVII, está controlado por Holanda, que controla la circulación, será precisamente ella la gestora del primer desarrollo de Buenos Aires.

A partir de 1640 Inglaterra sale a competir con Holanda, perfeccionando el sistema holandés. Para fines del siglo XVIII, Holanda es derrotada e Inglaterra constituye el centro de las comunicaciones internacionales. (6)

El crecimiento de Buenos Aires que va desde los últimos tiempos del siglo XVII, el siglo XVIII y el siglo XIX es esencial en el desarrollo urbano de la ciudad y este desarrollo no puede desvincularse del Imperio inglés. (7)

Obviamente, es muy difícil reprimir un tránsito comercial solo por declararlo ilegal. Desde el punto de vista imperial, Buenos Aires será vista como una ciudad contrabandista.

El Imperio, ante esta situación especial, envía un navío con mercaderías para Buenos Aires. La Corona no ignora esta situación y en tal sentido la legitima, porque cuando vienen los navíos permitidos con mercaderías europeas se pagan con metal ilegal que viene de Potosí. Esta situación, en la estructura del Imperio, es una lesión de alguna manera permitida.

Durante el siglo XVII hay en la ciudad una economía de subsistencia. Los pocos vecinos tienen una economía familiar cerrada. Cuando compran lo que viene de Europa, lo hacen para venderlo en otras ciudades del norte. No existen testimonios arquitectónicos del siglo XVII. Lo que sí sabemos por viajeros es que si bien las manzanas estaban delimitadas en los planos, no ocurría lo mismo con las calles “reales”.

No había tampoco material para construirlo. Durante todo el siglo XVII la imagen de la ciudad -tal y como la imaginamos- no la reconoceríamos. (8)

El punto de la evolución urbana de la ciudad lo constituye 1680, que es una verdadera revolución en el Río de la Plata. Esta es la fecha de la fundación de Colonia de Sacramento que, desde el punto de vista político, es una ciudad portuguesa establecida en el Río de la Plata. Pero en realidad, desde el aspecto económico, constituye un centro de distribución de la producción, primero transportada y luego producida por Inglaterra. Frente a la Ciudad de Buenos Aires aparece un puerto de muy poca gente y muchos navíos que traen todo tipo de productos y que facilita el comercio rioplatense porteño tanto con el área del Alto Perú como más tarde con Chile. Aquí comienza la fuerte influencia inglesa en Buenos Aires.

Estos ingleses que en 1640 habían hecho una revolución interna que les permitió modificar el proyecto de nación, llegaron a convertirse en el siglo XVIII en una nación comercial de carácter oceánico. (9)

Ante estos hechos, ¿cuál sería la respuesta de España? España comienza el siglo XVIII con una guerra de sucesión que finaliza con el tratado Utrecht en 1713. Este tratado significa una cuña inglesa en el Imperio español (por 30 años) al otorgársele, a una compañía inglesa, la posibilidad de introducir negros al Río de la Plata. Esto también significa para España la decisión de dejar en mano de una sola potencia el control del contrabando en la región y, a la vez, un darse tiempo para rearmarse una vez vencido el plazo de la concesión. Cumplido el plazo, España entrará en guerra con Inglaterra y a partir de allí quedará en claro que el Caribe ha dejado de ser español, y para volver a controlar el puerto de Buenos Aires, deberá crear el Virreinato del Río de la Plata. (10)

España empieza a visualizar a América no tanto como los proveedores de metálico ni materias primas sino como el desemboque de su propia producción. Así como las transformaciones del siglo XVI habían fundado el Imperio español, las del XVIII, implantadas demasiado tarde para detener la erosión, preludian su independencia. (11)

Los cambios a partir de la creación del Virreinato están vinculados al impacto de la Revolución Industrial Inglesa. La demanda se modifica y ahora es importante producir materias primas vinculadas al proceso de manufactura. Toda la zona del litoral productora de cueros empieza a tener importancia y comienza el proceso de expansión de la campaña de la Provincia de Buenos Aires.

Es decir que la zona marginal, la ciudad fundada y desfundada por la Corona porque había defraudado sus expectativas, la ciudad fundada por intereses mineros altopereanos, la ciudad contrabandista según el imperio, se convertía en capital virreinal por designios de su función portuaria. Esta cultura de ciudad puerto recién comenzaba. Llegaría a concretarse -no sin desgarramientos- a fines del siglo XIX, cuando se convirtiera por el propio valor de su crecimiento económico y cultural en la capital de la nación.

La gran crisis se inicia en 1806, cuando los acontecimientos europeos cambian la situación americana. El deterioro y la crisis internacional comienzan a revelar la grieta del poder español. Esta crisis, con el comienzo de la vida independiente, pasando por los conflictos regionales, se resolverá con el triunfo del proyecto agroexportador recién en 1880.

Comienza entonces el crecimiento de la ciudad a partir de tres elementos básicos en que se apoya el esquema económico: el puerto, los ferrocarriles y la federalización. (12)

A partir del triunfo de este ciclo económico, la Ciudad de Buenos Aires y la zona del litoral, tan abandonada en los siglos XVI y XVII, pasan a ser consideradas por la clase dominante como “el país mismo” y para esa región se proyecta y se trabaja.

El siglo XX será el de las transformaciones urbanas hacia la pampa. Siempre fueron la zona, del casco y del centro de la ciudad, las mimadas por las reformas. (13)

Recién en la década del 20 se empieza a pensar en la ciudad y la del 30 definirá sus límites y será la del poblamiento de los bordes, ayudada por el tren, el tranvía y los loteos.

La urbanización se planificará, las políticas urbanas que acompañaron las inestabilidades políticas primero y las crueles medidas económicas después, intensificarán las diferencias entre el norte y el sur de la ciudad.

Cuesta mucho revertir esta situación, ya que el peso de la reforma corre por cuenta del Estado pues las empresas privadas, como a fines del siglo XIX, invierten en los sectores más rentables.

Los últimos años del siglo XX y comienzos del XXI han sido de grandes transformaciones urbanas, políticas y sociales.

La ciudad modificó la relación de los espacios y el estado liberal está llegando a su fin y surgen, en el ámbito de la ciudad, nuevas modalidades de la política: “*El eje de la política pasa por la ciudad aunque de una manera muy diferente de como se la pensaba en otro momento [...]. Hay una nueva fragmentación que ya no es legible topográficamente [...]. La compañía financiera se orienta hacia lo global más que hacia su entorno inmediato. También lo pueden estar los activistas que viven en los barrios pobres. Entonces en el mapa parece que estuvieran aislados pero en realidad tienen una enorme conectividad. Se saben parte de un imaginario global, porque están comunicados con otros actores que luchan por las mismas obsesiones, agua limpia, transporte público, defensa contra los abusos de la policía,*

derechos humanos [...]. La ciudad es el espacio físico e imaginario de la complejidad, ya que aun los que no tienen poder pueden tener presencia. Son actores y van a hacer la historia de este futuro” (14).

Con estas palabras inquietantes termina la entrevista a la socióloga holandesa Saskia Sassen, estudiosa del fenómeno urbano del siglo XXI, y con ellas elegimos concluir este artículo. Solo posibilismo e interpretaciones: la historia no puede hacer otra cosa frente al tiempo corto de la coyuntura del presente.

#### Notas:

1. **Sánchez Albornoz, Nicolás:** “La población en América española en historia de América latina”. Cambridge University Press. Barcelona, Crítica, tomo IV, Pp. 15 y sig.
2. **Morse, Richard:** “El desarrollo urbano de la Hispanoamérica colonial”. Cambridge University Press. Barcelona, Crítica, 2002, p. 36.
3. **Barnadas, Josep M.:** “La iglesia católica en la Hispanoamérica colonial”. En *Historia de América Latina*, Cambridge University Press. Barcelona, Crítica, 2002, tomo II, Pp. 185 y sig.
4. **Hardoy, J. E. Aranavich, C.:** “Urbanización en América Hispana entre 1580 y 1630”. Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas, Universidad Central de Venezuela, Caracas, tomo II, 1969, Pp. 9 - 89.
5. **Guérin, M.:** “La organización inicial del espacio rioplatense”. En *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, tomo II, Pp. 39 - 40.
6. **Brading, D. A.:** “La España de los Borbones y su imperio americano”. En Bethell, L. *Historia de América Latina*. Cambridge University Press, Barcelona, Crítica., tomo II, Pp. 85 y sig.
7. **Macleod, Murdo:** “España y América. El comercio atlántico 1492-1720”. En Bethell, L. *Historia de América Latina*. Cambridge University Press, Barcelona, Crítica., tomo II.
8. **Moutoukias, Zacarías:** “Contrabando y control colonial en el siglo XVII”. Buenos Aires, CEAL, 1990, p. 114.7.
9. “Las casas del pueblo son construidas de barro, porque hay poca piedra en todos estos países hasta llegar al Perú”. Relación de los viajes de Azcarate de Biscay al Río de la Plata traducida para la *Revista de Buenos Aires* por Daniel Maxwell, 1867, XIII, Pp. 3 - 34.
10. **Macleod, Murdo:** “Aspectos de la economía interna de la América española colonial; fuerza de trabajo, sistema tributario, distribución e intercambios”. En Bethell, Leslie, *Historia de América Latina*. Cambridge University Press, Barcelona, Crítica, 2002, Pp. 148 y sig.
11. **Brading, D. A.:** “La España de los Borbones...”. Op. cit., Pp. 85 y sig.
12. **Lynch, John:** “Los orígenes de la independencia hispanoamericana”. En Bethell, Leslie, *Historia de América Latina*. Cambridge University Press, Barcelona, Crítica, 1991, Pp. 5 -
13. **Jitrik, Noe:** “El ochenta y su mundo”. Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968, p.36.
14. **Gorelik, A.:** “La Grilla y el parque, espacio público y cultura urbana 1887-1936”. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
15. **Sassen Saskia:** “Los excluidos hacen la historia”. Entrevista realizada por Flavio Costa para la Revista Ñ del sábado 13 de agosto de 2005, Diario Clarín, Buenos Aires, p.11.
16. **Gorelik, A.:** “La Grilla y el parque, espacio público y cultura urbana 1887-1936”. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
17. **Sassen Saskia:** “Los excluidos hacen la historia”. Entrevista realizada por Flavio Costa para la Revista Ñ del sábado 13 de agosto de 2005, Diario Clarín, Buenos Aires, p.11.

SONIA BERJMAN

*LAS PLAZAS PORTEÑAS DEL SIGLO XX*

Las plazas y los parques deben ser analizados desde una perspectiva totalizadora del ser humano y su entorno ya que en ellos confluyen casi todas las actividades de los habitantes de las ciudades, sobre todo aquellas intangibles: deseos, sentimientos, vivencias, recuerdos.

Es por ello que los censos y las estadísticas deben ser entendidos dentro de un espectro más amplio que nos muestre los tipos y densidades de uso, la significación en la comunidad y sobre todo su relación con la ideología del poder de cada época.

Recordemos que los espacios verdes urbanos son propiedad común, de todos nosotros. Nosotros solventamos su proyecto, construcción y mantenimiento, pero, ante todo, les damos significado con nuestras vivencias cotidianas. De nada vale tener una plaza por habitante si esa plaza está enrejada y no se puede usar por el vandalismo y la falta de respeto existente. O si las condiciones sociales se asemejan a lo que Lewis Mumford llamó tiranópolis: la dictadura militar se preocupó por crear y remodelar plazas y parques pero los vecinos estaban atemorizados de usar el espacio público. La democracia nos devolvió el sano ejercicio de sentirnos dueños de la ciudad.

En el transcurso del siglo XX Buenos Aires experimentó un desmesurado crecimiento edilicio, una sobresaturación de uso por los millones de personas del conurbano que realizan sus actividades en nuestra ciudad, sin embargo los residentes (los que duermen acá) se mantienen casi estables desde 1936.

Además, los siglos son divisiones arbitrarias, así que debemos considerar cuáles fueron los hechos que dieron lugar a cambios significativos.

No olvidemos que las plazas y los parques son bienes patrimoniales frágiles por el material con que están contruidos y por el mal mantenimiento del que fueron objeto.

Buenos Aires fue declarada Capital de la Nación en 1880 y la culminación del proceso de su construcción como tal fue la conmemoración del primer Centenario en 1910. Esos 30 años resultaron en una ciudad de tarjeta postal y coincidieron con el trabajo de dos eminentes Directores de paseos: Eugène Courtois (1880-1890) y Carlos Thays (1891-1913), quienes materializaron en nuestra ciudad la imagen del espacio público verde de la ansiada París.

Otros dos destacados profesionales fueron Benito Carrasco (1914-18) y Carlos León Thays (hijo) (1921-46). Luego de ellos la época de los grandes directores de paseos terminó.

Carlos Thays fue un francés que se convirtió en el más grande paisajista argentino: su obra nos legó la imagen urbana que hoy tenemos, en la cual el verde ocupó el preponderante lugar que tenía en las principales ciudades europeas. Fue el creador de nuestro Jardín Botánico, del Parque 3 de

Febrero moderno, del barrio de Palermo Chico y de la Avenida Figueroa Alcorta como conexión con el parque, las Barrancas de Belgrano, los parques Ameghino, Los Andes, Centenario, Colón, Patricios, Chacabuco, Pereyra, las plazas Rodríguez Peña, Castelli, del Congreso, A. Brown, Solís, Olivera, Matheu, Francia, Balcarce y Britannia. Sus principales remodelaciones: Paseo Intendente Alvear, Parque Lezama (sobre la antigua quinta Lezama), Parque Avellaneda (sobre la antigua quinta Olivera), todas las plazas ya existentes, 8 plazoletas (destaco la del Teatro Colón y la de Santa Fe y Thames, hoy desaparecidas).

La introducción del modelo del jardín público francés a la imagen y semejanza de la París de Haussmann y Alphand, conllevó la importación de costumbres y hábitos sociales como el Corso de las Flores, las caravanas de coches de caballos primero y de automóviles después (un tipo de vuelta del perro) a lo largo de la Avenida Sarmiento y alrededor del lago de Palermo, las cabalgatas, la práctica de deportes como el cricket, el ciclismo y el footing.

Un rasgo muy destacado fue la incorporación de obras de arte a los paseos públicos para educación popular, convirtiéndose las plazas y parques de Buenos Aires en verdaderos museos al aire libre, con firmas de primer nivel mundial. Destaquemos el Sarmiento de Rodin, el Alvear de Bourdelle, la réplica de la Estatua de la Libertad, etc.

Benito Carrasco introdujo el concepto de que la Dirección de Paseos tenía una misión social que cumplir, por lo que se preocupó por organizar la práctica de deportes en los paseos públicos construyendo facilidades para ello como canchas de tenis, de fútbol, piletas de natación, etc.; fundó el teatro infantil que efectuaba funciones en distintas plazas; organizó junto a Clemente Onelli (Director del Zoológico) la producción en los paseos públicos (se cosechaban aceitunas y se hacía aceite, se producía leche en las cabrerías y vaquerías municipales, todos estos productos se distribuían en los hospitales públicos). En el aspecto científico creó el Museo, la Biblioteca, el Gabinete Fotográfico del Jardín Botánico y la Escuela de Jardineros que lleva el nombre de Cristóbal M. Hicken en la que los alumnos estaban becados y tenían asegurado un puesto de trabajo al finalizar sus estudios de cuatro años.

Sus principales obras paisajísticas que hoy sobreviven -aunque perdidos algunos de sus rasgos originales- son el Rosedal, la Plaza Seeber y la Costanera Sur.

Carlos León Thays (hijo) fue el Director de Paseos que más tiempo perduró en su función, legándonos conjuntos sumamente importantes para el desarrollo urbano de Buenos Aires como la conocemos hoy: los parques de la Recoleta; la Plaza San Martín; los jardines de la Costanera Norte y de las avenidas Gral. Paz y 9 de Julio, hoy desaparecidos; la apertura de los parques Rivadavia y Santojanni; la ampliación de la Plaza Lavalle con la quinta Miró; la construcción del Patio Andaluz del Parque 3 de Febrero, etc. Como ya no se disponía fácilmente de grandes superficies se dedicó a crear plazas barriales (50 plazas nuevas) y plazoletas (otras 50).

La década del 30 fue especialmente interesante por cuanto se dio una

polémica en los medios periodísticos con activa participación ciudadana referida a varios aspectos de los espacios verdes:

1. Se quitó el enrejado de los parques (antes había un horario para ingresar a los parques, días para mujeres y niños, días para caballeros). Cuando se quitó la verja del Jardín Botánico se sucedió un saqueo intensivo de las especies y pocos años después hubo que volver a enrejarlo.
2. Se definió que la flor nacional fuera el ceibo.

En 1936 se inauguró la Plaza de la República con el Obelisco, obra del arquitecto Prebisch. A pesar de las críticas y pedidos de demolición, el Obelisco se quedó y se convirtió en nuestro símbolo, al igual que ocurrió con la Tour Eiffel de París.

En la época de Carlos León Thays (hijo) se practicaba en los bosques de Palermo la cacería del zorro exactamente igual que la verdadera, inglesa, pero con un jinete con señal ocupando el lugar del animal. Se incorporaron las bibliotecas obreras, que eran kioscos de madera de libre acceso con libros para leer al aire libre, que se ubicaron en varios parques y plazas. Los primeros días los lectores confundidos se llevaron la mayor parte de los libros a casa, oportunos avisos aclaratorios en los diarios lograron recuperar gran parte de los volúmenes.

El 17 de octubre de 1945 introdujo definitivamente el uso político de la Plaza de Mayo: desde entonces quienes se apropiaran del espacio de la plaza detentaron el poder real.

Dos hitos en los paseos fueron construidos a principios de los 70: la Plaza Perú, única obra pública del gran paisajista brasileño Roberto Burle Marx en nuestro país, demolida en su parte principal por un Intendente del que mejor olvidemos su nombre; y la Plaza Roberto Arlt, obra de la entonces joven paisajista Marta Montero, que significó una nueva propuesta paisajística en un terreno en medio de la manzana incorporando actividades lúdicas y recreativas novedosas.

La dictadura nos trajo las plazas de cemento que comenzaron a surgir en baldíos o sobre antiguas plazas barriales, demostrando una vez más cómo se materializa la ideología del poder en ejercicio. En este caso, el poder fue utilizado tanto por las autoridades como por los proyectistas, quienes, con no oculta vanidad, deseaban dejar establecida su intervención en la ciudad a partir de la erección de lo moderno que debía diferenciarse de los edénicos paisajistas finiseculares. Así, nos proveyeron de columnas de hormigón en vez de árboles: allí no anidan los pajaritos ni los chicos se pueden trepar. No olvidemos que una de las más importantes características de la jardinería es su permanente cambio y crecimiento, su mutación, su fugacidad. En contrapartida, el hormigón armado, como obra del hombre que desea reafirmar para la posteridad su presencia y su acción, aspira a la permanencia, a la inmutabilidad y a la intemporalidad. Y es precisamente por esa diferencia que las plazas aparecen como treguas dentro de la ciudad: oponen su dinamismo al quietismo del entorno.

La herencia más importante de los terribles años de opresión es la

ronda de los jueves de las Madres en la Plaza de Mayo. Luego se sumaron la Carpa Blanca de los maestros en la Plaza del Congreso y las reuniones de los lunes en la Plaza Lavalle de Memoria Activa. Nos recuerdan uno de los rasgos perdurables de todo espacio verde: la memoria.

Llegaron luego las plazas de la democracia. Cuando a fines de 1982 se realizó una multipartidaria concentración popular en la Plaza de Mayo reclamando la democratización del país, se presagiaban nuevos aires para el hábitat porteño. La reinstauración democrática conllevó el ineludible ejercicio de volver a integrar a los ciudadanos con su morada urbana: proceso de aprendizaje costoso pero necesario, tanto para vecinos como para gobernantes.

Como muestra de la nueva actitud, se inició una experiencia comunitaria: para promover la urbanidad, ese bien tan olvidado, la Municipalidad organizó un concurso de murales en una de las zonas demolidas para la construcción (luego desestimada) de la Autopista Central. A raíz de esta convocatoria y de la efervescencia que ello provocó en el vecindario, un grupo de vecinos y profesionales se organizó y autogestionó la construcción de una plaza para mejorar ese entorno tan degradado. El Paseo de la Paz, ubicado en Monroe y Holmberg, tuvo el inesperado logro de relacionar a los antiguos vecinos del barrio con los intrusos de las casas abandonadas. Se sumó la participación de los vecinos en la empresa común de construir su propia plaza barrial. Esta primera experiencia se repitió en una docena de situaciones similares, agregándose también las huertas urbanas.

La siguiente gestión municipal se caracterizó por implementar un sistema de padrinzos empresariales. Las favorecidas son las plazas de los sectores habitados por las clases altas, en detrimento de las ubicadas en barriadas pobres. Además, existe el peligro de la falta de respeto al diseño original.

Las luchas llevadas a cabo por los vecinos en defensa de sus espacios verdes han dado algunos frutos. La Plaza de los Periodistas es el resultado de casi dos décadas de reclamos barriales. La Plaza Puerto Argentino en el antes ocupado predio por el Ski Ranch nos devolvió no solo un espacio público recuperado sino la perdida vista a nuestro Río de la Plata. La Plaza del Lector revive la práctica de la lectura al aire libre e incorpora las plazas temáticas. La tentativa de recuperación del Parque Avellaneda introdujo -aunque muy tímidamente- el tema de la restauración de jardines.

Sin embargo, las contradicciones son muchas y profundas. El enrejado indiscriminado insulta nuestra condición de ciudadanos libres; las usurpaciones de ingentes superficies verdes nos priva del uso comunitario de los paseos que deben ser públicos; la falta de adecuado mantenimiento ha producido un languidecimiento de la otrora excelente dotación de parques y plazas. Como ejemplo baste decir que el Parque 3 de Febrero de hoy tiene menos de 100 ha. de espacio público, cuando llegó a tener más de 500 ha. Otro de los graves problemas de este fin de siglo es la descontrolada cantidad de nuevas construcciones en las plazas, para diversos fines, todos loables pero

que tendrían que tener ubicación en los sectores construidos de la ciudad y no en los espacios verdes. Los espacios verdes deben ser lugares de naturaleza y libres de todo tipo de construcción, tal como lo especificaba la ley de 1862.

A partir de la fundación de la Asociación Amigos del Lago de Palermo, se fue gestando una conciencia vecinal que ha fructificado en una gran cantidad de ONG (reunidas en la Asamblea Permanente por los Espacios Verdes Urbanos) que son las que realmente pueden transformar la situación vigente. Solo a partir del trabajo de los vecinos, de la exigencia a las autoridades del cumplimiento de sus obligaciones, del control permanente de los actos de gobierno y de la participación, puede llegar a revertirse la desesperada situación en la que nos encontramos. De no ser así, Buenos Aires será una ciudad inhabitable, una ciudad irremediamente enferma de una aparente civilización que solo nos llevará a la alienación colectiva.

Hoy debemos rescatar la acción de los visionarios decimonónicos y de los grandes constructores del siglo XX, aquellos pioneros paisajistas y gobernantes que nos legaron las llamadas ciudades modernas, en las que el parque público respondía a básicas premisas de higiene, ornato y recreación. Es la herencia del pensamiento francés en conjunción con la decisión gubernamental Argentina, y es, en definitiva, la única posibilidad de reencontrarnos tanto con una naturaleza olvidada como con una parte esencial de nuestra identidad apropiada, la que ha terminado por pertenecernos tan genuinamente que ya no es posible imaginar una Buenos Aires sin sus parques y plazas franceses, hoy ya irremediamente porteños.

LUIS O. CORTESE

*PUENTES Y FERROCARRILES DE BARRACAS*

*“[...] de todos modos la metrópoli tiene este atractivo más: que a través de lo que ha llegado a ser se puede evocar con nostalgia lo que era. Hay que cuidarse de decirles (a los viajeros) que a veces ciudades diversas se suceden sobre el mismo suelo y bajo el mismo nombre, nacen y mueren sin haberse conocido, incomunicables entre sí.” (1)*

Y qué barrio mejor que Barracas para ser ejemplificado en estas palabras... Mosaico de industria, núcleo de trabajo, con pasado de saladeros y quintones de descanso perdidos entre las brumas del pasado... y del Riachuelo, paso previo a las campañas del sur bonaerense... Gran barrio en donde algunas áreas aún mantienen su aspecto fabril.

Industrias textiles, automotrices, papeleras, alimenticias, textiles y laneras, etc., le dieron esa impronta en el siglo XX, como desde el XVIII lo hicieran una especie de rudimentarias construcciones a las que se denominaba barracas.

Origen del barrio y de su nombre, en ellas encontraban su resguardo temporario cueros vacunos y caballares, carnes saladas y otros “frutos del país”, productos de la tierra listos para la exportación, y también los que traían los navíos de ultramar para consumo del país.

Los viajeros ingleses, que tenían muy en cuenta las características mercantiles de la ciudad, informaban en sus cartas que: *“El comercio de Buenos Aires consiste principalmente en exportación de cueros y sebo y mucha gente se ocupa de acopiar estos artículos... El charqui también es renglón considerable del comercio y se exportan con frecuencia mulas...” (2)*

También es el lugar donde se acumulaban las piedras de la isla de Martín García, que luego se utilizaban para el empedrado de las calles de la ciudad.

En las últimas décadas del siglo XIX, aparecen en el barrio los ferrocarriles y sus instalaciones al servicio de una producción de materias primas agropecuarias cada vez más importante, y reflejo a su vez de la presencia de la revolución industrial y de la inserción dependiente del país en los mercados internacionales. A este medio de transporte, cuya presencia se mantuvo hasta la actualidad en Barracas, dedicaremos esta síntesis.

***Puentes y vías ferroviarias***

Si existe un barrio en Buenos Aires al que los ferrocarriles fragmentaran de manera más evidente, cuando era un descampado y hasta estos tiempos, es este. Particiones que fueron creando distintos agrupamientos o sub-barrios, conviviendo las características casas “chorizo” con zonas residenciales; villas miseria casi definitivamente establecidas junto a instalaciones aun más precarias, si cabe, como las ubicadas entre el terraplén

del Roca y la avenida Pinedo, frente a Estación Solá; áreas fabriles de largos paredones; hospitales; y parques extensos de arboledas muy añosas.

Desde el este hacia el oeste, iremos describiendo algunas de las instalaciones y estructuras de los ferrocarriles en Barracas, en el marco de su transformación temporal, entre mediados del siglo XIX y las primeras décadas del XX.

### ***El Ferrocarril Buenos Aires & Puerto de la Ensenada***

Siete años después del Ferrocarril del Sud, esta empresa bordeaba al Riachuelo penetrando el límite de este barrio desde la vecina Boca del Riachuelo. Provenía primero de la Estación Venezuela, luego de la Central del Paseo de Julio y finalmente de Casa Amarilla.

Este ramal del ferrocarril hasta La Ensenada pasaba por la Barraca Peña, la más antigua estación de cargas porteña aún en pie, en Pedro de Mendoza 3121.

De allí, ya en Barracas, continuaba a la estación Tres Esquinas en las cercanías del encuentro de Pedro de Mendoza, Montes de Oca y Osvaldo Cruz, y continuaba por esta última hasta que, girando por San Antonio -calle que se encuentra pocos metros al oeste del puente Pueyrredón-, cruzaba el Riachuelo hacia la Barraca Iglesias, en Avellaneda y a otros parajes del sur, sobre un puente ferrocarrilero de hierro, parabólico por la forma de sus arcos de soporte, inaugurado el 18 de abril de 1872.

Arrasado por la inusual crecida del Riachuelo del 23 de septiembre de 1884, es reemplazado por uno de maderas duras, en uso hasta que se lo reconstruye en hierro, estructura que se inaugura el 28 de mayo de 1889.

El servicio de cargas por esta vía continuó hasta 1914.

Además, por ella circulaban los trenes de pasajeros que cubrían el trayecto entre Casa Amarilla y La Plata.

En el marco de una política de expansión y de competencia con otras empresas del rubro y vinculadas, el Ferrocarril del Sud adquiere en 1898 a esta compañía, que tenía acceso directo al puerto de Buenos Aires, *“Siguiendo su plan lógico y metódico de política portuaria... Poco tiempo después compró también del Ferrocarril del Oeste y del Gobierno de la Provincia otros ramales que convergían a La Plata y al empalme con su puerto [...]”*. (3)

A partir del 1 de octubre de 1909, cuando este habilitó el empalme de su línea principal con la vía Quilmes, solo se utilizó para el servicio de pasajeros la terminal de Plaza Constitución.

En cumplimiento de la resolución municipal N° 3407 se conmina a la compañía, en septiembre de 1929, a completar el levantamiento de las vías muertas tendidas en la calzada de Osvaldo Cruz desde Pedro de Mendoza hasta Vieytes, las de la curva y las de San Antonio hasta Lavadero, *“[...] un viejo pleito que significaba un entorpecimiento serio para el progreso de esa importante zona del Municipio [...]”*, como expresa el documento que refleja

la desaparición del último recuerdo evidente de este ferrocarril en el barrio. (4)

### ***El Ferrocarril del Sud***

Fue el primero en acercarse al barrio. La importancia de la empresa del Ferrocarril del Sud en su período de mayor desarrollo, se puede apreciar recordando que consumía anualmente 250.000 toneladas de carbón de Cardiff, transportado en siete vapores de su propiedad.

El Sud -cuando estaba en manos inglesas *The Buenos Aires Great Southern Railroad Company Limited*, desde la nacionalización -General Roca-, atraviesa Barracas con su vía principal desde la estación Plaza Constitución hasta el Riachuelo. Al principio lo cruzaba por un viejo sistema de dos puentes fijos del tipo conocido por “cajón”, paralelos, de perfiles de hierro remachados y a nivel del terreno, en uso desde los tiempos de la inauguración de la línea, cuyo primer servicio partió el 14 de agosto de 1865 cubriendo el trayecto hasta Jeppener, a 77 kilómetros del punto de partida.

Estaban ubicados a unos 200 metros del puente Pueyrredón, curso arriba del Riachuelo, y sus bases estaban constituidas por tres columnas cilíndricas de hierro a cada lado del Riachuelo que fueron rellenas con material para darles solidez.

Posteriormente, entre otros motivos, seguramente también por las dificultades que le provocaban las inundaciones, la empresa construye un viaducto con cuatro vías, ascendentes y descendentes, elevado en el tramo que va entre las calles Australia y Luján.

Esta decisión obliga a cambiar los puentes que a su vez -por su presencia a solo 4,50 metros del nivel de las aguas-, causaban inconvenientes a la navegación.

Se construirán entonces otros dos, paralelos, inaugurados respectivamente en mayo de 1909 y en diciembre de 1911 (cada uno con dos vías y de similares características). Al construirse el segundo se procedió a desmantelar el puente viejo de 1865.

El nivel de las vías de las nuevas estructuras estaba a 10,75 metros sobre las aguas. Cada uno constaba de tres tramos, de los cuales el levadizo era el central, con un sistema Scherzer a báscula (constaba de una parte dentada cuyos dientes fijos encajan con los similares de un gran engranaje movido eléctricamente), similar a su vecino el Bosch, donde todavía puede observarse la instalación, aunque no está en funcionamiento. Por problemas técnicos, nunca se elevaron.

Estos puentes se mantuvieron hasta la electrificación del Roca a mediados de la década de 1980, momento en que se los reemplazó con otro formado por segmentos pretensados. (5)

### ***La estación Hipólito Yrigoyen***

Electrificado el servicio, se activa la única estación para pasajeros- además de Plaza Constitución- que tiene esta línea en la ciudad, que estaba desafectada desde la década de 1970.

Se la había denominado inicialmente Barracas al Norte, para diferenciarla de la actual Avellaneda, entonces Barracas al Sur. Una vez construido el viaducto pasó a ser Barracas a secas, y en la actualidad Hipólito Yrigoyen, con ingreso por la calle Juan Darquier entre Osvaldo Cruz y Villarino.

El edificio actual se habilitó en 1909 y responde a un proyecto de los arquitectos Paul Bell Chambers y Louis Newbery Thomas, que realizaron distintas obras para la misma empresa, como la estación Constitución “III” de 1907-1910, además de la tienda Harrod’s y otras obras particulares. (6)

En ella se recibía leche producida en el sur del conurbano, y años después el pescado, cuya concentración se efectuaba en el Mercado -Santa María del Buen Aire entre el 1016 y el 1096, San Ricardo, Algarrobo y Villarino-, inaugurado en 1929, edificio considerado actualmente como Área de Protección Histórica.

La estación cuenta con dos pisos, y originalmente en la planta baja “[...] se instalaron las oficinas del telégrafo, boletería, encomiendas, depósitos para la estación y baños públicos. El arco central [...] quedó abierto convergiendo allí las escaleras y boleterías”.

En el piso alto, a nivel de las vías, desde el cual se accede a los andenes, “[...] se ubicaban la sala de espera para el público, la sala para señoras, oficinas para el jefe y un depósito para encomiendas que se comunicaba con el de la planta baja a través de un ascensor eléctrico”. (7)

Con el tiempo, la estación quedó solo para pasajeros. Bajo el viaducto, el Gobierno de la Ciudad habilitó hace poco dependencias del área de cultura, vinculadas al cine, la publicidad y de apoyo a la actividad turística. Se mejoró el aspecto externo del lugar con la pintura del frente de la estación y la colocación de nuevas carpinterías y rejas de cierre en los arcos.

### ***La estación Solá***

En 1880 la empresa adquirió a las sucesiones de Gómez y de Brown los terrenos bajos y anegadizos ubicados al oeste de su línea principal, entre las actuales Suárez, Pinedo, Australia, Perdriel, Aráoz de Lamadrid, Vélez Sársfield, Toll y nuevamente Perdriel hasta Suárez.

Allí instaló una estación de cargas compuesta por seis galpones de chapa y varios talleres destinados a pintura y reparación de los vagones que llevará el nombre antiguo de la calle: Solá.

En 1886 hacia este lugar fueron trasladadas otras instalaciones que la empresa tenía en Avellaneda. Cuando se construyó el terraplén actual, la conexión entre el ramal principal y la estación se interrumpió y, para mantener

su utilidad, se hizo necesario el tendido de una vía que cruzara el Riachuelo hasta conectar con su línea suburbana en el sitio denominado Kilómetro 5, ya en la provincia.

La compañía encaró en 1906 la construcción de un puente que, en este caso, no fue una estructura nueva sino aquel viejo parabólico del Ferrocarril a La Ensenada, arrastrado por la creciente en 1884, que se recuperó para este nuevo uso.

Se instaló prácticamente en paralelo al luego llamado Ingeniero Brian del Ferrocarril del Oeste, hasta que en 1943 se lo desafectó definitivamente.

En la actualidad, varios de los galpones son utilizados por empresas camioneras de transporte, como depósito y espacio de carga, descarga, envío y retiro de mercaderías y también de contenedores de empresas navieras.

### ***El traslado de la estación Constitución***

El 13 de febrero de 1925, el Intendente Noel se dirige al Ministro del Interior, su superior jerárquico en esos años, elevándole un proyecto que nunca se concretó pero cuya realización hubiera modificado profundamente la estética de la zona.

Bajo el título “Mejoras en el Barrio Sud de la Capital” se describe sintéticamente lo que sería “[...] una solución para el problema del tráfico [...], un adelanto apreciable y un gran paso dado hacia el embellecimiento de uno de los barrios importantes.”

Este notable proyecto implicaba el emplazamiento de la estación Constitución 370 metros hacia el sur, con lo que se podrían unir los tramos de Caseros interceptados por esas instalaciones, “[...] facilitando por medio de la avenida Alcorta el desahogo del tráfico hacia dos amplias vías de comunicación, las avenidas Vélez Sársfield y Sáenz.”

Frente a la fachada de la nueva estación se extendería una plaza desde la cual partiría una avenida de 60 metros de ancho y 240 de largo, hasta la plaza Constitución, y diversas arterias que en forma radial descongestionarían la zona.

A la empresa se la compensaría por el lado este con “[...] una anexión de terreno de una superficie de 7.875 metros cuadrados, a expropiar, y por el lado oeste una franja de 81.925 metros cuadrados, también a expropiar, desde la calle Caseros hasta los terrenos de la Estación Solá [...]”

La obra no se realizó, ya que seguramente no contó con el imprescindible aval de la empresa británica, a pesar que “[...] contaría con más amplitud para el desarrollo de las construcciones e instalaciones necesarias para la explotación del servicio que realiza”. (8)

### ***El barrio ferroviario***

Hacia 1890 la Oficina de Vías y Obras del Ferrocarril del Sud envió a

Londres el proyecto para construir una colonia de viviendas para los empleados que trabajaban en la vecina estación Solá.

El resultado fue este pequeño sub-barrio, que está compuesto por “[...] edificios de escala controlada y aspecto uniforme con espacios verdes continuos [...], conjuntos habitacionales de construcción en serie y tipos arquitectónicos repetitivos [...]”, que se encuentran sobre la avenida Australia 2725 al 77, esquina Perdriel 1046/50. (9)

Se trata de un conjunto de cuatro cuerpos de viviendas de planta baja y un piso, de estilo inglés. Los bloques están contruidos en mampostería con ladrillos a la vista, carpinterías de madera y tejas normandas en el techo. El cerco exterior tiene rejas sostenidas por columnas de ladrillo, con dos accesos vehiculares y cinco peatonales.

A sus departamentos -hoy bastante deteriorados- se accede por las galerías que los circundan. Los hay de diferentes superficies y cantidad de habitaciones. En 1923 se incorporó a cada unidad una ducha y w.c, ya que originalmente solo se habían construido dos sanitarios por cada ocho unidades. (10)

Es de hacer notar que este tipo de construcciones en serie fueron realizadas por estas empresas británicas en otros barrios y en distintos lugares de nuestro país.

### ***El puente “de los carros”***

En enero de 1927, la municipalidad informa al Jefe de Policía, Jacinto Fernández, que “[...] se ha concedido permiso a la Empresa del Ferrocarril del Sud para construir un puente provisorio en el cruce de sus vías con la calle Guanahaní [...]” Era por seis meses, hasta tanto se finalizara la obra definitiva, y se prohibía expresamente “[...] el cruce de vehículos que por su naturaleza y características estén clasificados entre aquellos de tráfico pesado...” (11)

En realidad, el puente definitivo es la prolongación de la calle Ituzaingó hacia el oeste. Guanahaní corre paralela a las vías hasta cortarse en Aristóbulo del Valle. Los viejos vecinos denominaban a este puente como “de los carros”.

Facilita el cruce de la parrilla de vías de la estación Constitución, ya que no existe otro lugar para atravesarlas entre la avenida Brasil y el puente de la calle Brandsen, tramo lo suficientemente extenso como para justificar esta obra de permanente uso por automóviles y camiones. Las características singulares del lugar lo han hecho apto y bastante utilizado para películas y propagandas.

Años antes se había autorizado la construcción de otro puente, peatonal, en la traza de la avenida Caseros. Algunos vecinos llevaban allí a sus hijos para aspirar el humo del vapor de las locomotoras, ya que se lo consideraba bueno para los problemas respiratorios. En la actualidad se encuentra desafectado, ya que un edificio de oficinas construido por el

ferrocarril sobre Lima canceló la escalera con la que culminaba el cruce.

### ***El Ferrocarril del Oeste***

Para llegar hasta el Mercado Central de Frutos de Avellaneda, la empresa del Ferrocarril del Oeste decidió en 1890 construir un puente -reemplazado en 1902 por otro considerado más seguro- que atraviesa el Riachuelo curso arriba hacia el oeste, más o menos a mitad de camino entre el Victorino de la Plaza y el Alsina.

Hasta ese punto llegaba el llamado “tren de las basuras”, de su propiedad, y que fuera puesto oficialmente en servicio el 30 de mayo de 1873, aunque de manera provisoria había comenzado a circular en 1872.

En inmediaciones del Riachuelo se erigió la estación homónima, luego denominada Ingeniero Brian, extendiéndose la misma denominación para el puente.

Línea destinada a acercar a la vía principal los materiales necesarios para su propia expansión y el carbón para sus locomotoras, que se desembarcaba en ese sitio, a través de un convenio terminó transportando las basuras del municipio porteño desde el depósito de Balvanera. Partiendo de la estación Once de Septiembre las cargaba en el depósito donde se acumulaban, rodeado por Rivadavia, Esparza, Hipólito Yrigoyen y Sánchez de Loria y desde allí se dirigía, por esta última, el pasaje Oruro, Deán Funes y Zavaleta hasta la quema y el Riachuelo. También mantuvo un servicio para pasajeros entre Riachuelo y Once.

El crecimiento de la ciudad y la necesidad de mejorar las condiciones de salubridad en los nuevos asentamientos ciudadanos que se realizaban en Balvanera, Almagro y San Cristóbal, barrios principalmente afectados por estas vías, hicieron que el ramal fuera finalmente desactivado el 14 de septiembre de 1895, y desde ese día lo reemplazó otro exclusivamente carguero que, saliendo de cercanías de la actual estación Villa Luro, llegaba al mismo sitio atravesando sobre terraplenes el Bañado de Flores.

Estas nuevas vías se levantaron en el curso del año 1951 y sobre su traza se construyó, en ese mismo año, la avenida Del Justicialismo, hoy Perito Moreno.

El límite oeste del barrio de Barracas, en la actualidad facilita el cruce para algunos servicios de carga de los ramales de los Ferrocarriles Roca (estación Solá) y Belgrano Sur (estación Buenos Aires).

Una vez en la provincia, cruza la vía principal de la línea Roca hasta enlazar con distintos ramales -algunos aún en uso-, como puede apreciarse siguiendo su trazado en un plano del partido de Avellaneda. Los galpones de la estación Ing. Brian eran frecuentemente arrendados por empresas, como podemos comprobar con la autorización que el Ministerio de Obras Públicas otorga a la firma Dreyfus & Cía., para instalar “[...] maquinaria para manipuleo de cereales.” (12).

**La Compañía General de Ferrocarriles de la Provincia de Buenos Aires**

Esta compañía, de capitales franco-belga-argentinos, inició sus actividades en el año 1906. Sus vías son de trocha angosta, en tanto que las instalaciones ferroviarias, playas, galpones, etc., (en parte de madera) están ubicadas en un terreno irregular rodeado por las calles Mirave, Lafayette, Suárez, Vélez Sársfield y Olavarría.

Un trabajo periodístico nos informa de “[...] los beneficios y el adelanto que la instalación de esta compañía ha aportado a nuestra capital [...] ha venido, en buena hora, a sacar de raíz uno de los más feos lunares de nuestros suburbios, transformándolo en motivo de belleza y de rehabilitación de todo un barrio repudiado. El bañado de Pereyra, todo ese terreno bajo y anegadizo que se extiende desde el Riachuelo hasta el pie de la barranca en dirección a los antiguos Corrales, se halla en pleno progreso. En todos los contornos se levanta una nueva ciudad obrera, con grandes usinas, colegios, iglesias, en el centro mismo de lo que era bañado”.

Allí se hace referencia también a un proyecto de la empresa para construir otro ramal, al que se describe dirigiéndose hacia Puerto Madero “[...] partiendo de la estación principal que se halla situada al fondo del Bulevar Entre Ríos, o sea, avenida Vélez Sársfield, pasando por medio de un túnel, por debajo de la barranca de Santa Lucía, en dirección al Parque Lezama y a la Dársena Sur”, que nunca fue realizado. (13)

Tal vez este haya sido el motivo por el que esa estación dista unas cinco cuadras al oeste de la arteria principal, Vélez Sársfield, como dando un espacio para la pendiente que tendrían estas vías para introducirse en el túnel.

Las tierras donde se instaló la Compañía General de Ferrocarriles de la Provincia de Buenos Aires habían pertenecido en su mayor parte a Leonardo Pereyra (1834-1899), hacendado que poseía grandes extensiones dentro de la ciudad, entre las cuales sobresalían más de 250 ha. en Barracas y Nueva Pompeya.

Denominado luego de la nacionalización de los ferrocarriles como General Belgrano Sud y hoy concesionado, resultó el heredero de aquella compañía y mantiene como punto de partida los deteriorados edificios de la Estación Buenos Aires, de arquitectura inglesa y estructura de madera, chapas y ladrillo a la vista, ubicada en la calle Olavarría, frente al nuevo Mercado de Flores y vecino al club Barracas Central.

**Epílogo**

Un entramado -en fin- muy característico, han dado a Barracas los ferrocarriles.

Si bien concordamos con que “el transporte de personas o de cosas no constituye, no obstante la copiosa literatura a que ha dado lugar, una actividad poética” (14), todo ese conjunto de vías ha colaborado para ofrecernos esa magia barrial en la que fructifican muchas leyendas urbanas, a

cuya creación y recreación invitan tantos de sus rincones, paradójicamente diferentes.

Y por sobre toda esta trama de apariencia contradictoria, el barrio mantiene una identidad que le viene desde los tiempos fundacionales, vinculada con el trabajo, del que este medio de transporte es paradigma en el siglo XX.

**Bibliografía consultada**

-AAVV: “Áreas de Protección Histórica”. Buenos Aires, Secretaría de Planeamiento Urbano (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires) y Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (Universidad de Buenos Aires), septiembre de 1999.

-**Calvino, Ítalo**: “Las Ciudades Invisibles”. Buenos Aires, Editorial Minotauro, s/f.

-Dirección General de Estadística y Censos del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, *Anuario Estadístico 2003*, Buenos Aires, 2004.

**Kirbus, Federico**: “Los pontífices del Riachuelo”. En Buenos Aires, Revista “Todo es Historia”, N° 225, enero de 1986.

-Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. “La presencia británica en el patrimonio de Buenos Aires”, realizada para el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires por Verstraeten Editores en marzo de 1999. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

-Colección de Boletines Oficiales, 1996 a la actualidad. **Haigh Samuel**: “Bosquejos de Buenos Aires, Chile, Perú y Montevideo”. Buenos Aires, Editorial Yapeyú, diciembre de 1949.

-“La Nación. 25 de Mayo 1810-1910”. Publicación del diario “La Nación”, Buenos Aires, 1910.

-Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Colección de Boletines Municipales (1923-1996).

-**Ortiz, Ricardo M.**: “El Ferrocarril en la economía argentina”. Buenos Aires, Editorial Cátedra Lisandro de la Torre, 1958.

-**Prignano, Ángel O.**: “La Basura en Buenos Aires”. Buenos Aires, Ediciones Baires Popular Informes del Sur, N° 29, 2004.

## Notas

- [1] - **Calvino, Ítalo**: “*Las Ciudades Invisibles*”. Buenos Aires, Editorial Minotauro, s/f.
- [2] - **Haigh Samuel**: “*Bosquejos de Buenos Aires, Chile, Perú y Montevideo*”. Buenos Aires, Editorial Yapeyú, diciembre de 1949.
- [3] - “*La Nación. 25 de Mayo 1810-1910*”. Publicación del diario “La Nación”, Buenos Aires, 1910, Pp. 218/221.
- [4] - Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Boletín Municipal (en adelante B.M.) del 1º de octubre de 1929.
- [5] - **Kirbus, Federico**: “*Los pontífices del Riachuelo*”. En Buenos Aires, revista “Todo es Historia”, N° 225, enero de 1986, Pp. 32 a 43. Hemos extraído algunas informaciones de este artículo.
- [6] - Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. “*La presencia británica en el patrimonio de Buenos Aires*”, realizada para el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires por Verstraeten Editores en marzo de 1999.
- [7] - AAVV: “*Áreas de Protección Histórica*”. Buenos Aires, Secretaría de Planeamiento Urbano (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires) y Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (Universidad de Buenos Aires), septiembre de 1999.
- [8] - B.M. del 27 de febrero de 1925, Pp. 499/500.
- [9] - Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. “*La Presencia Británica en el Patrimonio de Buenos Aires*”. Verstraeten Editores, Buenos Aires, marzo de 1999. En Áreas de Protección Histórica, figuran como autores Paul Bell Chambers y Charles Medhurst-Thomas.
- [10] - Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Boletín Oficial N° 1176, del 20 de abril de 2001, p. 8.
- [11] - B.M. del 1 de febrero de 1927, Pp. 283/284.
- [12] - B.M. del 23 de octubre de 1924, p. 6.[13] - “*La Nación. 25 de Mayo 1810-1910*”. Op. cit., Barranca de Santa Lucía era una denominación que se daba a este tramo de Montes de Oca, entre Caseros y Uspallata.
- [14] - **Ortiz, Ricardo M.**: “*El Ferrocarril en la economía argentina*”. Buenos Aires, Editorial Cátedra Lisandro de la Torre, 1958, p. 50.

## **DIEGOA. DEL PINO**

### *LAS MISTERIOSAS RUINAS BIZANTINAS DEL JARDÍN ZOOLOGICO DE BUENOS AIRES*

El Jardín Zoológico de la Ciudad de Buenos Aires, creado en 1887, está hoy dirigido por una empresa privada de origen mexicano, y se ha situado en un especial rincón del barrio porteño de Palermo. En tal sitio, lo rodean otras instituciones muy importantes: el Jardín Botánico, la Sociedad Rural Argentina, etc. En el predio del Jardín Zoológico existen lagos artificiales, recientemente acondicionados con juegos de agua y obras de drenaje que permiten a numerosas aves acuáticas prosperar adecuadamente.

En uno de los lagos, llamado “Darwin”, en la orilla este, puede observarse una original y vetusta estructura, un “propileo” o “Atrio” de curiosas denominación: “Ruinas Bizantinas”. Todo en ellas llama la atención. Primero su belleza, en un marco de aguas claras, con un entorno de rica arboleda, la presencia de cisnes, patos y flamencos, así como su evidente antigüedad, estado de deterioro y el extraño nombre con el que se las conoce. Estudiando desde 1978 el pasado y el presente del Jardín Zoológico, hemos investigado la historia de estos elementos decorativos, tan exóticos y pensamos que será interesante resumir lo que hemos podido averiguar.

Cuando Buenos Aires se preparaba para celebrar dignamente el primer centenario de la Revolución de Mayo de 1810, el Fundador y Primer Director del Museo Nacional de Bellas Artes, don Eduardo Schiaffino fue convocado para viajar a Europa y adquirir allí piezas de arte que enriquecieran el Museo citado. Schiaffino<sup>1</sup> era excelente pintor, conocedor del tema y celebrado urbanista y comenzó su periplo dirigiéndose a Italia, tradicional repositorio de antigüedades. En esos primeros años del siglo XX, los argentinos podrían adquirir estatuas, cuadros y ornatos para las importantes residencias, a veces palacios de muchas familias acaudaladas. Con el correr del tiempo y ya en nuestros días, la corriente cambió su curso y los europeos o americanos del norte llegaron a nuestro país para adquirir a precios convenientes tal vez aquellas mismas obras de arte.

El caso es que Schiaffino visitó el norte de la Península Itálica y en forma especial los alrededores de la ciudad de Trieste, que fue territorio austriaco hasta el año 1912, momento en que pasó a ser de Italia. En épocas remotas, la región fue parte del llamado “Imperio Bizantino”. La decadencia de la civilización romana se agudizó con Constantino, nombrado César (306-337) quien fundó una nueva capital, Constantinopla (en un auto-homenaje), en las cercanías de la antigua ciudad de Bizancio.

Y la rica ornamentación bizantina pudo florecer en Trieste, en especial por el siglo VI de la era cristiana y lo mismo en sus cercanías, allá por Ravena.

<sup>1</sup>Eduardo Schiaffino (1858-1935) estudió en Venecia y en París. Presentó obras en la exposición Universal (1884). Fue director del Museo de Bellas Artes en 1895.

El caso es que el artista Schiaffino se enteró de que en una “villa” tritina se había conservado, como motivo ornamental, un “propileo” de origen bizantino, que databa del año 600, aproximadamente. Visitó el lugar y admiró lo que quedaba en pie de un templo de la cultura de Bizancio, que acaso tenía ya once siglos de antigüedad.

El “propileo” o pórtico, estaba constituido por un grupo de columnas, unidas entre sí por la parte superior y con una rica ornamentación.

Ese magnífico monumento estaba en venta y Schiaffino, admirado, no dudó y adquirió las 7 columnas con sus agregados y arcos. Después, desde un puerto cercano salieron las “Ruinas Bizantinas” para Buenos Aires.

En nuestra ciudad, la Intendencia no atinaba a ubicar adecuadamente el “propileo”, hasta que se conoció un pedido de Clemente Onelli, el segundo director del Jardín Zoológico, quien ofrecía instalar la estructura en “su” Jardín. Así sucedió y desde 1906, un poco más o menos, allí están, a orillas del “Lago Darwin”.

En una “Memoria Municipal” del año 1909, elevada al Intendente Municipal, Clemente Onelli, comentaba: *“De las mismas colecciones de antigüedades que trajo el Señor Schiaffino, han sido cedidas al Jardín Zoológico los restos de un pórtico y balcones de arquitectura bizantina, en piedra calcárea de Trieste. Quizás sean las únicas antigüedades artísticas auténticas levantadas en un paseo público de la capital”*. Corrieron los años. En 1980, cuando hacía una década estábamos informándonos para escribir un libro sobre el Jardín Zoológico <sup>2</sup>, admiramos las casi derruidas columnas y pensamos que correspondía indicar a los paseantes qué valor tenían y así pedimos al Instituto Histórico Municipal (julio 1986), dirigido por el historiador Ramón Melero García, que se colocara una placa en un monolito que rezara, por ejemplo: “Ruinas Bizantinas. Provenientes de Trieste. Año 600 de nuestra era”.

El Instituto Histórico Municipal comenzó a estudiar el caso, porque había dudas sobre la autenticidad de las “ruinas” y pronto se declaró la necesidad de mayores datos y pasó la cuestión a la Directora Técnica del Jardín Zoológico, Licenciada María Isabel Amieva (21/11/86).

La Directora declaró no contar con personal especializado y que pasaba el problema al Instituto Nacional Antropológico, a la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos y al Instituto de Investigaciones de Historia Antigua y Medieval.

Con fecha 2 de enero de 1987, el citado instituto comunicó a la Lic. Amieva que “personal especializado había realizado minuciosas observaciones en las ‘ruinas’” y firmaba la licenciada en Arte Guiomar Valverde de Urgell.

A su vez, esta especialista elevó su informe a la Directora del Instituto de Investigaciones de Historia Antigua y Medieval, Dra. Nilda Gugliemi (de la Facultad de Filosofía y Letras, Nota del 9 de julio de 1987).

<sup>2</sup>“Historia del Jardín Zoológico Municipal” (1979); “Ayer y hoy del Zoológico” (2005).

Informe que incluye varios grabados:

1. *Se trata de “siete columnas” que sostienen una cornisa corrida y asentadas sobre un punto determinado un Hemiciclo se observan trozos de muro y columnas caídas.*
2. *El entablamiento presenta la leyenda: “Cives pentapolis in turren ascendiste IGXC”, repetida dos veces. La traducción del latín es: “Ciudadanos de la Pentapolis (unión de 5 ciudades), ascendió a la torre”. (Es un concepto confuso.)*
3. *La fuente no es original y se construyó con materiales modernos. Las columnas tienen capiteles “de cesta”; no hay ábalos fustes decorados (águilas, grifos y hojas de acanto). 5 columnas son blancas y 2 amarillentas, en el centro se halla una fuente de estilo románico (siglos XI-XIII). Observaciones: La planta no es propia del estilo bizantino; las columnas están ornamentadas con águilas, similares a las que existen en “Notredame” de París.*
4. *Las columnas son huecas y en el interior pasan hierros. El punto no corresponde al estilo.*

Valorización del conjunto:

*A pesar de no ser auténticas de Bizancio, estas “ruinas” tienen valor por su calidad plástica y decorativa. Acaso una o dos de las columnas estuvieron implantadas en Trieste o en Istria en el año 600. La estructura no es del siglo VI.*

Firma: (Lic. Guiomar Valverde Pereyra de Urgell)

Por nuestra parte reflexionamos y nos hacemos algunas preguntas que no tienen respuesta: ¿Schiaffino, a pesar de ser un experto, fue engañado? ¿Onelli, de gran cultura clásica, aceptó la tradición y en una memoria “certificó” la antigüedad?

Desde 1910, nadie investigó el tema, y nos “tocó” a nosotros ese papel poco optimista. Las “Ruinas” merecen ser cuidadas. Parte de la estructura es bizantina. Y una o dos columnas (por lo menos) tienen más de un milenio de antigüedad.

En resumen, las citadas “Ruinas” fueron realizadas a mediados del siglo XIX (1860), con la excepción de las columnas que serían legítimas (siglo VI). Y nosotros concluiremos este trabajo indicando que, sin embargo, la estructura forma parte de uno de los más bellos rincones de Buenos Aires. La empresa que detecta la concesión del Zoológico hace tiempo ha realizado obras de restauración en el conjunto. La estructura merece nuestra simpatía y admiración. Don Clemente Onelli, en una de sus celebradas notas sobre el Jardín escribió: *“Allí donde el follaje sombrío bordea las aguas, se refleja todo entero, indeciso por la brisa que agita las aguas del lago, el ruinoso propileo bizantino con su fuente de tazas superpuestas que entre algas y*

*musgos destilan chorros, muertos entre la maleza que crece, adrede, para dar sabor y estilo al encantado paisaje. Se reúnen allí, en las horas meridianas, manchas albas y rosas, los flamencos, que estilizan aún más el paraje, inmóviles ante las columnas derrumbadas y con sus cuellos violentamente flexibles, que tanto condicen con la arriesgada y fabulosa fauna de la rebuscada escultura de Bizancio”.*

El escritor Luis Alberto Ballester en una nota publicada en el periódico Clarín explicaba: *“El Jardín Zoológico hospeda templos antiguos que confieren una seducción crepuscular y honda al paseante de abierta sensibilidad que puede detenerse ante ellos, columbrar una sombra en lo alto, reconquistar pasadas creencias, enhebrarlas en un tiempo que vence a todos los tiempos”.*

Y luego, el literato proseguía: *“En esta recorrida que linda con lo místico, el paseante descubre sobre las aguas verdes del lago Darwin los restos expresivos de un templo. Son ruinas traídas de Trieste: un pórtico y columnas de estilo bizantino. Todavía palpita en su seno el grito de la pitonisa y dioses con barbas tejidas por abejas que observan entre el follaje cercano. Un solo de árboles y sombras, urde misterios sobre el transeúnte y como un vegetal enigmático, la alegría se abre en su interior”.*

Aconsejamos al lector que ama a su ciudad visitar ese hermoso lugar del Jardín Zoológico porteño; la presencia de ese “propileo” rodeado de árboles, la calma del lago, las notas coloridas de cientos de flamencos, lo admirarán. Legítimas o no tanto, las “Ruinas Bizantinas” embellecen nuestra amada ciudad.

## Bibliografía

- Del Pino, Diego Amado:** *“Historia del Jardín Zoológico Municipal”*. Cuadernos de Buenos Aires N° 55. Buenos Aires, 1979.
- Del Pino, Diego Amado:** *“Ayer y hoy del Zoológico”*. Edición del Jardín Zoológico, 2005.
- Del Pino, Diego Amado:** *“Clemente Onelli”*. Premio Asociación Dante Alighieri. 1ra. edición 1980. 2da. edición, 2005.
- Del Pino, Diego Amado:** *“El aporte cultural de la Revista del Jardín Zoológico. (1893-1922)”*. Premio Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1995.
- Onelli, Clemente:** *“Aguafuertes del Jardín Zoológico”*. Biblioteca del Suboficial, Buenos Aires, 1929.
- Onelli, Clemente:** *“Conferencias”*. Biblioteca del Suboficial, Bs.As., 1931
- Onelli, Clemente:** *“Guías del Zoológico”*. Varios años.
- Urgell, Guionar:** *“Informe sobre las Ruinas”*. (Inédito, en Archivo del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.

El autor agradece los aportes del personal Directivo y Técnico del Jardín Zoológico, a Félix Luna, Aquilino González Podestá, Emilio Sanmazzaro, Edgardo J. Rocca, Leonel Contreras, Ramón Melero García, María Angélica Figueras, Carlos M. Nelly y Obes.

**NATALIO ETCHEGARAY, ROBERTO MARTÍNEZ Y ALEJANDRO MOLINARI**

(INTEGRANTES DEL FORO ARGENTINO DE CULTURA URBANA Y DE LA ACADEMIA NACIONAL DEL TANGO)

*ENRIQUE PUCCIA Y EL ARTE PLEBEYO DEL PORTEÑO*

Una forma concreta de homenajear a don Enrique Puccia, es adentrarse en los temas que fueron la razón de ser de sus desvelos literarios respecto del mundo porteño.

Por coincidencia cronológica su vida corrió pareja con el desarrollo de las distintas expresiones de la cultura popular en la Ciudad de Buenos Aires, tales el tango y sus protagonistas, el desarrollo de los barrios y las fiestas populares.

Tal vez interese decir que son muy pocas las expresiones artísticas de un pueblo que puedan mostrar una evolución parecida a la del tango. En el breve tiempo que transcurre desde sus primeras manifestaciones en la segunda mitad del siglo XIX -pasando por las obras de los grandes compositores en las dos primeras décadas del siglo XX y Carlos Gardel, acuñando la primera expresión del tango canción, cuando graba en 1917 “Mi noche triste”, hasta la irrupción de Julio De Caro y su sexteto en 1924-, puede decirse que el género adquiere su desarrollo definitivo. En ese mismo período, el hombre común será el protagonista de esa nueva cultura que irá naciendo con su esfuerzo; en consecuencia el tango y el hombre común coincidirán en su lucha de progreso.

Una demanda de bienes culturales se dará en forma paralela al proceso de “nacionalización” del argentino de origen inmigratorio y de su participación política en la vida institucional. Como consecuencia, la cultura aparece profundamente atravesada por los temas populares y, en todo caso, es su consecuencia, fenómeno que se da en todo el mundo en ese momento.

En su libro “La Era del Imperio”, Eric Hobsbawn señala: “*El acontecimiento más importante del siglo XX es la conquista del mundo por el arte plebeyo*”. Para ello define el arte plebeyo como “el espectáculo de masas industrializado, que adquiere una entidad más fuerte que la cultura de elite y de vanguardia”. Si bien el pensamiento de Hobsbawn se refiere a lo que pasa en Europa, no le es ajeno lo que sucedió en otras partes del mundo y señala: “*En el arte popular, las influencias de España, Rusia, Argentina, Brasil y Estados Unidos se extendieron por todo el mundo occidental [...]*”, y es muy interesante la siguiente apreciación del autor sobre las apariciones de estas expresiones, representativas de lo que él llama el arte plebeyo: “[...] *el tango, un producto del barrio de los burdeles de Buenos Aires, que había alcanzado el beau monde europeo antes de 1914, es una de ellas*”.

Por esa razón, cuando Hobsbawn señala al tango como una de las manifestaciones más representativas de ese arte plebeyo, sin ninguna duda está valorizando al hombre que está detrás de esa cultura y que ha sido capaz

de crear a su imagen y semejanza una expresión que adquirió carácter universal, tal vez porque representaba a su pueblo, el del Río de la Plata.

### **1. La inmigración: el marco político**

A partir de la caída de Rosas, el país comienza a transitar un camino de apertura económica que lo liga a la potencia hegemónica de la época, Gran Bretaña. La necesidad de cumplir el papel de proveedor de las materias primas que el Reino Unido requería modificó sustancialmente la estructura económica de la Argentina, transformándolo en un país ovejero, cuya producción lanera abastecía a la industria textil inglesa.

Esto llevó a tomar la decisión política de incorporar mano de obra europea, provocando un hecho fundamental en la historia argentina: la llegada de la inmigración masiva. Los cambios políticos, sociales, demográficos y culturales fueron de tal magnitud que cualquier análisis no puede prescindir de este hecho sustancial de nuestra historia. Hay una Argentina antes y otra después de la inmigración; hay una Argentina, la del litoral, modificada profundamente por este fenómeno y otra que no fue afectada mayormente.

Pero si bien es cierto que la oligarquía necesitaba de este flujo humano para desarrollar su proyecto económico, no es menos cierto que esta inmensa masa inmigratoria complicaba su proyecto político: había que buscar las formas para que el poder no se les escapara de las manos. Fue Juan Bautista Alberdi el que aportó una solución a este problema al definir una estructura que permitiera a todos los habitantes gozar de amplias libertades civiles y solamente a una minoría de los derechos políticos.

Dificultando y desalentando la nacionalización de los inmigrantes, se cumplía sin muchos inconvenientes con el planteo alberdiano, pero los contratiempos comenzaron a gestarse al nacer los hijos de esos inmigrantes, ya que ellos sí eran argentinos.

Aparece entonces la necesidad de integrar y homogeneizar (“argentinar”) a estos argentinos de origen inmigratorio, sin permitirles una participación política que pondría en peligro la estabilidad del régimen existente. Por esta razón se sancionan las leyes de educación pública, de matrimonio civil y del servicio militar obligatorio, que tienden a incorporar a estos sectores a la sociedad civil, al tiempo que se mantiene un régimen electoral fraudulento y discriminatorio y se sanciona y aplica la Ley de Residencia.

La asimilación social que comenzará a darse, sobre todo por la enorme trascendencia de la escolaridad masiva, llevaba en su seno la demanda de participación política de ese nuevo sector de la población. El radicalismo, bajo la conducción de Hipólito Yrigoyen, recogía esa demanda y centraba su prédica y su lucha en el concepto ético de transformación del habitante en ciudadano.

Este proceso, en el que concomitantemente interactuaron el ascenso social, la lucha por los derechos políticos, el crecimiento de la ciudad y el

desarrollo de las expresiones culturales urbanas, va a significar mucho más que un cambio político, constituirá un quiebre cultural que marcará para siempre la historia de los argentinos.

El concepto de quiebre cultural puede ejemplificarse con las opiniones de dos personalidades totalmente antagónicas en sus concepciones políticas. Dice Carlos Ibarguren, acérrimo enemigo de Yrigoyen: “*Ese gobierno de Yrigoyen, fue, en nuestra historia, muy representativo, realmente representativo, no porque significara el de una mayoría electoral, sino porque entregó la suerte del Estado y de sus resortes políticos al dominio de un vasto estrato de la sociedad argentina que hasta ese momento jamás había gravitado ni ascendido al poder y que constituía una de las capas básicas en que se asentaba la nueva Argentina de la inmigración*”. Y plantea Arturo Jauretche: “*La libreta de enrolamiento le dio al hombre del común una nueva jerarquía que había perdido cuando perdió la lanza: volvió a ser alguien cuando, al ser ciudadano, hubo que contar con él*”.

Y esta nueva cultura es tan diferente de la oficial, de la oligárquica, como de la de sus ancestros, los primeros núcleos inmigratorios. Es una cultura letrada, cuyo desarrollo está firmemente asociado al progreso del país.

Ya no sueñan con volver al terruño original, su futuro está en la construcción de una nueva Argentina.

### **2. La inmigración: el marco social**

La lectura de las cifras del Tercer Censo Nacional de Población del año 1914, permite comprobar que más de la mitad de la población que transitaba por las calles de Buenos Aires había nacido en el exterior. La Primera Guerra Mundial, que asoló a Europa a partir de ese año, produjo el cierre transitorio de la inmigración masiva hacia nuestro país y esa paralización momentánea del flujo migratorio durante los años del conflicto, de algún modo, hizo que el país creciera hacia adentro. Era ese el momento en que los hijos de los inmigrantes eran mayoría y comenzaban a demandar su participación plena en la vida social y también política del país.

Ese sector social que alguna vez definió Homero Manzi como el del “*nuevo argentino de la patria vieja*”, tuvo una formación distinta a la de sus padres, porque la Ley 1420, sancionada el 24 de junio de 1884, que establecía la obligatoriedad de la educación laica y gratuita para todos los argentinos en edad escolar, si bien trataba de “nacionalizar” a los hijos de inmigrantes de acuerdo a los intereses y a la visión de la realidad que tenía la oligarquía gobernante, cumplió una función extraordinaria a partir de desarrollar la única base sólida de crecimiento de un país: la educación.

Hubo, a partir de entonces, un importante sector de la población que, en forma paralela a sus demandas de participación política, produjo un incesante consumo de bienes culturales y esto se manifestó de muy diversas maneras. En este trabajo solo mencionaremos las publicaciones de libros y revistas y la aparición del tango en las mismas.

El tango se convirtió, a nuestro criterio, en el elemento central de la nueva cultura del Río de la Plata, producto de la confluencia de los marginados que estaban (gauchos de a pie y negros) y los nuevos habitantes (inmigrantes) que llegaban y cuyo destino era ocupar los escalones más bajos de la escala social. Esta nueva expresión será la representación de esos sectores y la de una sociedad en constante cambio; su tránsito del ámbito marginal, en el que da sus primeros pasos a los patios de conventillos y a las casas de familia, hasta ganar finalmente el centro, se hará a partir de una constante evolución en todas sus formas: la música, el baile y la poesía. Esta evolución, puede decirse, es un reflejo de la que en forma paralela se daba en el hombre de la ciudad.

El proceso de alfabetización que proveyó a la mayoría de la población de una herramienta extraordinaria para su desarrollo, generó en esos mismos sectores, una demanda de lecturas. Las industrias culturales eran las encargadas de llevar adelante esta tarea.

### 3. El marco cultural I: las editoriales populares y las obras literarias

Las ediciones de lo que se dio en llamar “libros baratos” llegaron a los lectores ávidos de conocimientos, que provenían de los sectores más humildes de la población, con libros a precios de venta muy bajos, pero que representaban lo mejor de la literatura nacional e internacional. Sobre este particular, Evar Méndez, fundador de la revista “Martín Fierro” opinaba en este medio: “[...] *allá por la calle Boedo, lejano rincón, característico, por cierto, de Buenos Aires, ve la luz una popularísima edición de las 'Prosas Profanas', en vulgar papel de diario, 32 páginas que contiene la obra en apeñuscada tipografía, sin omitir, excepto el estudio de Rodó, ni esas admirables y no igualadas Ánforas de Epicuro [...] que las Milonguitas del Barrio de Boedo y Chiclana, los malevos y los verduleros en las pringosas 'pizzerías' locales recitarán [...]*”. Está claro que de la nota sedesprende el temor que generaba en el exclusivo y selecto grupo de intelectuales porteños, la aparición de este nuevo público que ya hacía sentir su presencia en la vida nacional.

Pero el proceso no se detuvo y la “Biblioteca Blanca” de la Editorial Sempere, que ofrecía títulos de la literatura universal y del pensamiento social a 30 centavos, la “Biblioteca Argentina” de Ricardo Rojas, la “Cultura Argentina” de José Ingenieros, la “Cooperativa Editorial de Buenos Aires” de Manuel Gálvez y la aparición de la editorial Tor y la casa Maucci, todas ellas publicaciones de la segunda mitad de la década de 1910, son también demostrativos de este fenómeno. En la década siguiente aparecieron otras colecciones, tales los casos de “Joyas Literarias”, “Las Grandes Obras”, “Los Intelectuales” y las obras de la española editorial Sopena, pero sin duda, el hecho de mayor trascendencia para la difusión de la literatura entre las clases

populares fue la creación por Antonio Zamora, en el año 1922, de la Editorial Claridad.

En menos de una década, Claridad, logrará imprimir un millón de ejemplares de obras de la literatura universal, en especial autores franceses y rusos, y algunos escritores nacionales como Almafuerte y Carriego que adquirirán una difusión extraordinaria que hará que, todavía en nuestros días, algunas frases de sus obras se hayan convertido en referencias de la sabiduría popular de los argentinos. La editorial comenzó sus actividades con la publicación de la revista “Los Pensadores”, que a un valor de 20 centavos se ofrecía acompañando las obras literarias. En el primer número del 20 de febrero de ese año aparecieron tres relatos de Anatole France. Su tarea se completaba con la publicación de otras colecciones, siempre en el formato de libros de bajo costo, como “Los Poetas”, la “Biblioteca Científica” y “Los Nuevos”, colección esta última, que permitió la difusión de las obras de los escritores del grupo de Boedo.

Importa decir que en torno a la revista “Los Pensadores” se nucleó este grupo literario y que entre los años 1924 y 1928, se publicaron diez volúmenes con las obras de estos escritores, comenzando por “Tinieblas” de Elías Castelnuovo y “Versos de la calle” de Álvaro Yunque, y continuando con los trabajos de Roberto Mariani, Enrique Amorim, Leónidas Barletta, por citar algunos de los referentes principales de esta corriente literaria.

Entre las innumerables obras publicadas por estas editoriales de libros populares, interesa rescatar dos de las novelas más difundidas de Manuel Gálvez: “Nacha Regules” e “Historia de Arrabal”, la primera de 1919 y la segunda publicada en el año 1922. En ambas aparece el tango como elemento importante para dar ambientación a los personajes, pero también aparece claramente la evolución que se produce en la consideración de esta expresión de nuestra cultura por parte del autor, lo que de manera directa hace presumir que es la misma evolución que se produce en toda la sociedad.

En “Nacha Regules” una mujer de la vida sufre todo tipo de desdichas, el tango ilustra con sus “*sombras dolorosas*”, sus “*notas lánguidas*”, su “*ritmo cojeante*” el clima de angustia, sufrimiento y desesperación que empapa la vida de la protagonista y que se presenta ya en la primera escena: “*En los cabarets se codeaban el ruidoso libertinaje y la curiosidad. El cabaret porteño es un baile público: una sala, mesas donde beber y una orquesta. Jóvenes de las altas clases sociales, sus queridas, curiosos y algunas muchachas 'de la vida' que acuden solas son los clientes del cabaret. El tango, casi exclusivo allí, y la orquesta típica instalan, entre el champaña y los smokings, el alma del arrabal. Los músicos cantan ciertos tangos, gritan, golpean la madera de los instrumentos, gesticulan. Las siluetas de los danzantes se tuercen, se enredan, se paralizan. Y el bandoneón, con sus notas bajas y oscuras, subraya de largas sombras dolorosas los tangos*” (Gálvez 1919).

En esta obra el tango está todavía muy ligado al ambiente marginal y oscuro que lo vio nacer, a escenarios limitados y prohibidos, como el cabaret,

a personajes o grupos de mala vida, como el matón, la prostituta o la patota. Es aún sinónimo de noche, de arrabal, de malevos, de compadritos y de “queridas”. Y es todavía la música de un baile procaz y atrevido.

El mismo autor escribe tres años más tarde “Historia de Arrabal”, cuyo propio título está indicando que la novela transita por los márgenes de la ciudad. La historia se desarrolla en el ambiente porteño de La Boca del novecientos, donde el tango se entrenó para dar el salto a la fama y al reconocimiento total y definitivo. En la obra vemos que el género ya ingresó en los barrios humildes y se alojó en los populosos y compartidos patios de los conventillos.

La historia de Rosalinda, una muchacha trabajadora de familia muy humilde está, como la de Nacha Regules, plagada de desdichas, desencuentros e injusticias. Y, si bien su vida, como la de Nacha, roza por muchos momentos con malevos, compadritos, y prostíbulos, el tango ya no está, exclusivamente, ligado a estos personajes y a estos ambientes. Mientras Nacha bailaba el tango en el cabaret donde la llevaba su amante para exponerla y humillarla como su “querida”, Rosalinda lo disfruta en brazos de su enamorado, un joven humilde y trabajador como ella, con quien sueña casarse. Y lo hace de día en un escenario abierto y accesible para todas las familias: *“Algunas veces iban a algún recreo de la Isla Maciel, donde pasaban toda la tarde. Para Rosalinda era cosa de ensueño el andar en lancha con su novio por los riachos, sentarse con él junto a una mesa del recreo y beber refrescos y permanecer bajo los árboles largos ratos, en silencio, mirándose y unidos de las manos. Una mañana desayunaron allí. Daniel hizo funcionar un piano automático, y los sonos desafinados y estridentes fueron una maravilla para Rosalinda. Con alegría de libre juventud, bailaron tangos, y la soledad permitioles los primeros besos. Las frases musicales volaban como los pajaritos, y huían, por puertas y ventanas, hacia el riacho, que brillaba metálicamente bajo el sol, o hacían la aterciopelada sombra de las arboledas”* (Gálvez 1922).

Queda claro entonces que, de una obra a la otra, el tango es parte ya de la vida cotidiana de las clases trabajadoras y de sus momentos más felices. No logró todavía sacudirse todos los prejuicios que la vinculan a su pasado sombrío y condenable, pero al menos extendió su alcance a los barrios humildes de las márgenes de la capital, donde atenúa su carga negativa y se pule antes de alcanzar su apogeo.

#### 4. El marco cultural II: las revistas

Una consideración similar a la hecha respecto a las editoriales de libros populares, debemos hacer sobre los semanarios y publicaciones quincenales ilustradas, cuyo máximo exponente fue la revista “Caras y Caretas”, fundada en 1898 por José S. Álvarez (Fray Mocho). Esta revista es el punto de partida y el modelo que seguirán una cantidad de publicaciones tipo magazine o revistas ilustradas, entre las que podemos mencionar a

“P.B.T.”, “Fray Mocho”, “Papel y Tinta”, “Don Basilio” y “El Gladiador”. Probablemente la empresa más importante de este mercado haya sido la Editorial Atlántida, que en 1918 publicó con el nombre “Atlántida”, una revista de interés general y al año siguiente dos revistas que hicieron historia en el periodismo nacional: la revista deportiva “El Gráfico” y la revista infantil “Billiken”, que tenía por finalidad completar la tarea que en el aula llevaban a cabo los maestros.

Nuestro análisis busca encontrar la ligazón existente entre la inmigración y el tango como elemento central, de lo que Hobsbawn define como el arte plebeyo. Para ello recurriremos a la revista “Caras y Caretas”, que no solo fue la pionera de las publicaciones, sino que también se constituyó en líder dentro del rubro de semanarios ilustrados.

La revista se dirigía a un público heterogéneo, intentaba captar varios segmentos, que iban desde el hombre que gusta de la política, las crónicas sociales, el espectáculo, las crónicas internacionales, páginas literarias y hasta notas dirigidas a la mujer y los niños, todo ello acompañado con abundancia de fotografías e ilustraciones.

Posteriormente las revistas se fueron especializando y comenzaron a dirigirse a un sector en particular y “Caras y Caretas” a pesar de no ser una revista especializada en tango, lo incluía en sus publicaciones, lo que nos permite apreciar el creciente interés que comenzaba a adquirir el mismo. Al igual que otras publicaciones, “Caras y Caretas” fue una aliada en la cruzada del tango por penetrar en los hogares de las familias que estaban estrenando una nueva vida, en la que no solo había lugar para el trabajo y la escuela, sino también para el entretenimiento que a veces tomaba la forma de teatro, otras de libro barato y otras veces de disco de tango o de revista. Intentamos señalar esa complicidad existente entre revistas y tango como dos aspectos de un mismo fenómeno de democratización que excedía el campo político y se extendía al ámbito cultural, entendiendo el concepto de cultura como la acumulación de lo que produce una sociedad y no como un atributo distintivo que se posee o no.

En la Navidad de 1916, se publicó un número especial de la revista, y en una de las secciones y bajo el título de “Bailes nacionales”, apareció el tango junto con el pericón, encabezando la lista de melodías más y mejor bailadas por el pueblo: *“El tango gozó de fama universal y, a pesar de su origen arrabalero, llegó a imponerse en los salones más aristocráticos del viejo mundo”*. Se señala la conquista europea por parte del tango, sin olvidar su raíz que lo liga a lo popular, y por qué no, a lo marginal.

En los salones europeos será una danza exótica y lujuriosa cargada de esnobismo; en su ciudad natal, es sinónimo de arrabal y marginalidad: *“Existen bailarines de tango que cifran todo su orgullo en bailarlo con sujeción a determinadas reglas. Para ellos es un crimen de lesa tango, no hacer las asentadas, trenzas y pasaditas cimbrándose como una tacuara y con todas las cuerpeadas que demanda tan lascivo baile”*. Evidentemente, quien editorializa liga al tango con la figura del compadrito; se lo incorpora a

los bailes nacionales más populares porque la realidad no deja otra alternativa, pero se recuerda su calidad de lascivo.

De esa misma época es una nota titulada “Orquestas populares”, que no se refiere al baile sino a la música y que tiene una visión más amable del tango: en la misma se habla de “*artistas pobres pero de veras*”, esos “*locos o soñadores atacados por la manía del bien, seres honradamente sanos del corazón*”. Son “*los músicos populares, los tocadores ambulantes que van de serenata de café en café, llevando secretos resabios del dolor más acerbo metido bien dentro del alma, son quizá los más interesantes. Para ellos el mundo es tan armónico como un vals, y ni quieren asomarse a él para convencerse de lo contrario*”. Digamos que estos hombres que conforman las orquestas populares tocan tangos además de valeses, como lo confirman los epígrafes que acompañan las fotos que ilustran la nota: “*Métale dedo al tango, que los marchantes piden más*” o “*Dele tarantela y une tanguite*”. Todo ese mundo del tango primitivo surge de la nota: la pobreza de los músicos, la marginalidad y la inevitable referencia al cocoliche del inmigrante.

Vemos como, en poco tiempo, el tango cruza no solo las fronteras marginales y oscuras que le dieron vida y forma, sino también la de los barrios humildes de la periferia, plenos de conventillos y cafés que lo acogieron en un segundo momento, para empezar a moverse incluso dentro de los límites del “*mundo elegante*”. Su aire “*seductor y contagioso*”, ya ni arrabalero ni lascivo, provoca que deje de ser exclusivamente un símbolo identificatorio del compadrito para entrar en el mundo del “*mozo bien*”.

En ese contexto político, social y cultural, bucea don Enrique Pucia y su obra le otorga, sin ninguna duda, un lugar de privilegio entre los ensayistas que se ocuparon de nuestro arte plebeyo.

## Bibliografía

- Baglietto, Betiana Paula y Martínez, Julieta Inés:** “*El tango y su difusión en el primer gobierno radical (1916-1922)*”. Tesina de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2003.
- Gálvez, Manuel:** “*Historia de arrabal*”. Centro Editor de América Latina, Colección Capítulo, Buenos Aires, 1980.
- Gálvez, Manuel:** “*Nacha Regules*”. Centro Editor de América Latina, Colección Capítulo, Buenos Aires, 1968.
- Hobsbawn, Eric:** “La transformación de las artes”. En “*La era del Imperio (1875-1914)*”, Editorial Labor, Barcelona, 1989.
- Molinari, Alejandro; Martínez, Roberto; Etchegaray Natalio:** “*De Garay a Gardel... La sociedad, el hombre común y el tango (1580-1917)*”, Foro Argentino de Cultura Urbana, Buenos Aires, 2003.
- Revista “*Caras y caretas*”, números de 1916-1922. En Biblioteca del Museo de la Ciudad y Biblioteca del Congreso de la Nación.

**MAURO A. FERNÁNDEZ**

*EL BARRIO CAFFERATA EN PARQUE CHACABUCO*

Al despuntar el siglo XX, el problema de la escasez de vivienda en Buenos Aires -debido al constante flujo inmigratorio- comenzó a ser preocupante. El mismo se fue agravando, en gran medida, a causa de la prosperidad económica alcanzada por el país hasta los primeros años de la Primera Guerra Mundial, fruto de su condición de “granero del mundo”. La gran actividad comercial concentrada en la capital trajo como consecuencia una nueva aglomeración de obreros.

En materia de vivienda, predominaban por entonces en la ciudad las casas de construcción antigua, que ocupaban demasiado espacio en relación con su capacidad habitacional. Para agravar la situación, al romperse las hostilidades con Europa, se produjo un estancamiento total en las construcciones ya que la mayor parte de los materiales eran traídos de aquel continente.

Todo esto llevó a una situación extrema en el orden económico y social que afectaba principalmente a los sectores con menores recursos, obreros y empleados en general. En todas partes se cobraban alquileres excesivos, casi imposibles de pagar con los salarios que se cobraban y debido a ello se multiplicaron los ya numerosos conventillos existentes en la ciudad.

Estos, a su vez, venían arrastrando problemas y conflictos desde mucho tiempo atrás. Como consecuencia de la fracasada huelga de inquilinos de conventillos de 1907 -por los reajustes permanentes de los alquileres-, la dirigencia política comenzó a discutir el tema a nivel nacional. El Partido Socialista propugnaba la edificación de casas para obreros sin intervención estatal -concepción compartida por la ideología liberal de la generación del 80-, a través de la acción comunitaria de los mismos obreros, lo que dio origen a la cooperativa El Hogar Obrero. Por su parte, los militantes católicos Arturo Bas, Juan F. Cafferata y Alejandro Bunge sostenían la necesidad de la participación estatal en la construcción de viviendas para obreros. Fruto de esta concepción fue la sanción de la Ley 9.677 de “Casas baratas para empleados y obreros”, de 1915<sup>1</sup>.

En realidad -como veremos luego-, en la esfera estatal, la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires se había anticipado al Estado Nacional en la construcción de casas baratas para obreros. Esta política de construcción de viviendas colectivas o casas unifamiliares, tanto en el plano nacional como municipal, se prolongó hasta 1945.

En casi todos los casos, había un parcelamiento del terreno en fracciones más angostas que la manzana tradicional, en donde se ordenaban en dos bandas las casas. Al parecer, en la construcción de estas viviendas se tomaba como premisa fundamental la necesidad de aprovechar en su totalidad las dimensiones mínimas del terreno en contraposición con las

costumbres de la época<sup>ii</sup>.

Todas estas iniciativas estuvieron presentes en el barrio Parque Chacabuco, dando origen, dentro del mismo, a lo que podríamos denominar *sub-barrios*. Los mismos pertenecían en su época al extenso e indefinido Caballito. Si bien la existencia jurídica del barrio Parque Chacabuco data de 1972, el mismo comienza a identificarse así desde 1903 cuando, al bautizarse con el nombre de “Chacabuco” al parque -ordenanza municipal del 15 de mayo de 1903-, la denominación se hace extensiva popularmente a la zona que lo circunda.

La Ley 4.824, del 14 de octubre de 1905 -gestionada por la Municipalidad de Buenos Aires-, autorizó a la misma la emisión de títulos públicos por valor de hasta 2.000.000 \$ m/n para la construcción de casas para obreros. Esos fondos fueron utilizados en 1908 para construir el “Barrio Butteler”, el primero en el país levantado con ese fin. Inaugurado en 1910, todo él se halla encerrado en una singular manzana delimitada por las avenidas La Plata y Cobo y las calles Senillosa y Zelarrayán.

Por su parte, la ordenanza municipal del 17 de octubre de 1913 -con las modificaciones de la del 24 de enero de 1914- dio el marco legal a la construcción de las llamadas “casas económicas” por parte de la Compañía de Construcciones Modernas, la que, en Parque Chacabuco, levantó el llamado “Barrio Emilio Mitre” -el primero de este plan-, cuyas casas comenzaron a ser entregadas en 1923.

En el orden nacional, la ya mencionada Ley 9.677 -también llamada “Ley Cafferata”-, creó la Comisión Nacional de Casas Baratas, la que procedió a la construcción de 160 casas individuales en esta zona, complejo inaugurado en junio de 1921 y conocido bajo el nombre de “Barrio Cafferata”, el primero de este tipo.

Cabe destacar que cuando la ciudad aún no estaba dividida en barrios como lo concebimos desde 1968 -ordenanza 23.698, revisada y ordenada por la 26.607, de 1972-, estos pequeños barrios ya aparecían designados con sus respectivos nombres en la cartografía urbana. Actualmente, los tres están propuestos para integrar las casi 50 áreas de Protección Histórica del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

El Barrio Cafferata fue, como ya se dijo, fruto de la Ley 9.677 -de “Casas baratas para empleados y obreros” o “Ley Cafferata”-, sancionada el 5 de octubre de 1915. Su decreto reglamentario es del 21 de abril de 1917.

El proyecto había sido presentado en 1912 por el médico y diputado conservador católico cordobés Juan Félix Cafferata<sup>iii</sup>, propulsor de varios proyectos de viviendas, inspirado en los principios higienistas europeos del siglo XIX y en la necesidad de implementar una edificación barata.

Tras ásperos debates en comisión y en el parlamento -por la reticencia socialista hacia la intervención estatal en materia de vivienda-, el proyecto se convirtió en ley recién tres años después. Por dicha norma se creaba la Comisión Nacional de Casas Baratas -constituida por cinco miembros ad honorem designados por el Poder Ejecutivo-, a la que se le asignaba un

préstamo de un millón de pesos. Tenía por misión la construcción “de casas higiénicas y baratas, en la Capital y territorios nacionales, destinadas a ser vendidas o alquiladas a obreros, jornaleros o empleados de pequeños sueldos”.

La Comisión había sido dotada de los fondos previstos por la Ley 7.102 -modificada por la 10.358-, amén de otras fuentes, sumas siempre insuficientes para su cometido. La primera de esas leyes, del 21 de septiembre de 1910, en su artículo 7º establecía que lo producido en las reuniones de los jueves del Hipódromo Nacional se destinaría para la formación de un fondo para la construcción de casas para obreros. Para 1923, los fondos propios de la Comisión ya se habían agotado, continuando en adelante a un nivel mínimo de actividad.

La Comisión levantó, hasta 1945, 1.095 viviendas. En 1919, procedió a la construcción de la primera casa colectiva para obreros: la Valentín Alsina, frente al Parque de los Patricios. El segundo ensayo fue en mayor escala y consistió en la construcción de 160 casas individuales, el Barrio Cafferata, oficialmente denominado “Barrio Diputado Juan F. Cafferata”.

Vamos a detenernos en un asunto menor pero que, en honor a la verdad histórica, merece ser tratado. No hay prácticamente historiador ni periodista que persistentemente no incurra en el error de relacionar el nombre de este sub-barrio con el famoso tango “Cafferata”, más conocido como “Ventanita de arrabal”, grabado por Carlos Gardel en 1927 y cuya música pertenece a Antonio Scatizzo y su letra a Pascual Contursi.

Comienza diciendo el tango: “*En el Barrio Cafferata / en un viejo conventillo / con los pisos de ladrillos / minga de puerta cancel...*”. Como veremos más adelante, ni las casas ni la zona corresponden en lo más mínimo a esta descripción.

No resulta muy claro de dónde surgió el nombre al que hace mención el tango. Algunos lo atribuyen al barrio Cafferata que se encuentra en la ciudad de Rosario, famoso por sus prostíbulos. La palabra *caferata* sería, dicen, una deformación o derivación de *cafishio*. La confusión llevó hasta a construir la hipótesis de que “*se usó entonces la palabra 'caferata' para mencionar cualquier barrio de viviendas populares, acepción que recogió, en 1927, el tango 'Ventanita de arrabal'*”<sup>iv</sup>.

Pero la fantasía periodística fue más allá todavía. Así, podemos leer en un artículo publicado en el diario La Nación el 13 de febrero de 1999: “*Fue tal la evolución que sufrió este antiguo reducto de tauras y compadritos que actualmente se asemeja a un barrio privado [...]. El renombre mítico que este reducido centro urbano adquirió como escenario de las andanzas de guapos y pendencieros quedó fijado en el tango ya mencionado y determinó que durante mucho tiempo la expresión 'cafferata' fuera usada para designar al arquetipo del malevo porteño. Un 'cafferata' era un hombre temido y respetado por su coraje y su fama de matón*”. ¡Sin comentarios!

Construido sobre una especie de loma que desciende hacia el oeste, el Barrio Cafferata se halla delimitado por las avenidas Asamblea y José María

Moreno y las calles Estrada y Riglos; las construcciones incluyen la cara oeste de esta última. Los pasajes interiores, pronto completamente pavimentados, originalmente fueron bautizados por la Comisión con el nombre de los postulados de la Revolución Francesa: Libertad, Igualdad y Fraternidad. Pero la primera pasó a llamarse República por existir ya una arteria homónima, conocida con ese nombre desde 1822. La designación de estos pasajes fue hecha por decreto del 22 de septiembre de 1931.

Si bien el barrio comenzó a construirse por 1918 -en un principio, dos casas: una individual y una gemela, a título de ensayo-, la acefalía en el Concejo Deliberante mantuvo paralizadas por un tiempo las gestiones pertinentes para la apertura de calles y pasajes y la formación de ochavas; los planos recién fueron aprobados por ordenanza del 18 de marzo de 1919. El proyecto estuvo a cargo de la oficina de arquitectura de la Comisión Nacional de Casas Baratas, dirigida por el arquitecto Raúl Pasmán, y la construcción fue dividida entre los contratistas señores Daverio y Ungar, Albenati y hermanos y William L. Mac Carty. La instalación de luz eléctrica estuvo a cargo de la Compañía Transatlántica Alemana de Electricidad<sup>vi</sup>. La superficie total del barrio era de 53.181,55 m<sup>2</sup>, estando edificados 17.021,28 m<sup>2</sup>; el costo del terreno alcanzó los 271.612,11 \$ m/n, en tanto que el total de la construcción fue evaluado en 1.838.167,40 \$ m/n.

El Barrio Cafferata fue inaugurado en junio de 1921. La planificación original estimó una población total de 3.000 habitantes. Asignadas por selección y sorteo, los compradores de estas casas tenían, según los cálculos de la ley, un plazo de 23 años y dos meses, equivalente a 278 cuotas de 56 \$ m/n para cancelar la deuda.

Pero una publicación de la Comisión Nacional de Casas Baratas de 1927, sobre *“Antecedentes relativos a la construcción y venta de las ‘casas individuales’ construidas por disposición de la Ley 9677”*, nos ilustra acerca de una espinosa controversia entre la Comisión y los ocupantes del Barrio Cafferata. En una presentación hecha en enero de 1924, estos reclamaban que las propiedades les fueran adjudicadas en venta, como todo había hecho presumir en un principio, y no en simple locación. En agosto de 1926 -como fruto de una asamblea de vecinos realizada en el “Real Cine” de Asamblea 179- una comisión de los mismos presentó objeciones a la encuesta que estaba realizando la Comisión y destacó la desproporción entre los beneficios prometidos por la ley de “casas baratas” y la ejecución real de sus postulados.

En efecto, el artículo 5º de la citada norma establecía que *“el valor total del terreno y del edificio será abonado en mensualidades fijas con un interés del 3 por ciento y una amortización acumulativa del 5 por ciento anual sobre el importe de la venta”*. Pero en realidad, el precio efectivo del inmueble incluía el valor del terreno -incrementado por el costo de la cesión de calles y ochavas a la Municipalidad y de un terreno al Consejo Nacional de Educación-, la edificación, cercos, veredas y adoquinado. Todo esto importaba, para esa fecha, una cuota mensual, con intereses y amortizaciones, de entre 83,37 y 133,97 \$, según la superficie del lote. Dado que las

mensualidades superaban la capacidad económica de los beneficiarios, la Comisión solicitó la modificación de la ley en el sentido de reducir la amortización del 5 al 1%. En tanto se materializase esta modificación, el cuerpo había decidido no entregar las casas en venta sino en alquiler, determinándose una mensualidad de locación al alcance de todos. La encuesta cuestionada buscaba conocer si ellos se encontraban en condiciones de cumplir lo prescripto por la ley o si era necesario insistir en la modificación de la norma.

En respuesta a la presentación de los vecinos, la Comisión se expidió diciendo que la adjudicación en venta se iba a hacer con aquellos que pudieran afrontar la mensualidad arriba calculada; los restantes seguirían siendo considerados inquilinos hasta que se modificara la ley. Concluía diciendo que, como los pagos hechos hasta ese momento habían sido solo por el alquiler, recién se iniciaría el plazo de adquisición cuando comenzaran a pagar el 8% establecido por la Ley 9.677.

Los proyectistas -bajo la dirección del afamado arquitecto Estanislao Pirovano- se apartaron de los antiguos estilos españoles y reprodujeron en este barrio los chalets de campo de las clases acomodadas o los que construían los ingleses en los suburbios de Buenos Aires. Son de dos tipos: la casa individual o separada y las gemelas o semiseparadas, en ambos casos de dos plantas<sup>vii</sup>.

Las casas constaban de dos plantas grandes: en la planta baja estaba el hall, la cocina y un baño, y en el primer piso, el área de dormitorios -cuarenta viviendas de dos y ciento veinte de tres- y baño, unidas ambas plantas por una escalera de madera; algunas tenían garaje. Cada casa poseía un pequeño jardín al frente y un solar en la parte de atrás, apto para huerta familiar. La construcción era de mampostería con estuco y techo de tejas a varias aguas y de libre escurrimiento. Construcciones sólidas y nobles que tuvieron la suficiente flexibilidad como para permitir obras de cambio.

Según el arquitecto Francisco Bonomo<sup>viii</sup>, vecino del barrio, estos emprendimientos respondían a la necesidad primaria del hombre de vivir en una comunidad a su escala, configurando una pequeña célula habitacional dentro de la gran ciudad.

En este barrio, el destino de los inmuebles es exclusivamente residencial, excluyéndose toda actividad comercial en él. La circulación vehicular está materialmente restringida por la profusión de pasajes y la peatonal es muy a escala humana, por la calma y transparencia del conjunto. Contribuye a esto el hecho que, separadas las casas tres metros de la línea de edificación, la unión de sus jardines privados, con los árboles y canchales ubicados en la vía pública, crean un armonioso espacio común. Este asentamiento, fruto del ideal social de entonces de dar vivienda digna a las clases obreras, hoy es lugar de residencia de otras clases sociales, con múltiples transformaciones -como el abandono de los techos en pendiente o la ampliación de la vivienda hasta la línea de edificación- que han roto la armonía del conjunto.

Efectivamente: el barrio ha dejado de ser de *“casas baratas”*. Los

cambios de fachada comenzaron a producirse durante la primera presidencia de Juan Domingo Perón. Sucesivas modificaciones de forma o de fondo, que testimonian la necesidad de sus dueños de diferenciarse de sus vecinos; “[...] no pudieron hacer desaparecer la idea de conjunto y la magnífica escala determinada por la altura de las casas, el retiro respecto de la línea de edificación y el ancho de las calles interiores<sup>ix</sup>”. Pese a los distintos grados de mantenimiento y modificaciones individuales, la caja muraria y los techos son, en buena parte, originarios.

La calle Salas<sup>x</sup> -una de las seis calles porteñas con nombre capicúa-, cruza al medio por el barrio y bifurca en parte su recorrido lineal en una porción norte y otra sur, transformándose en un óvalo en torno de la escuela “Antonio A. Zinny”.

Este sitio -identificado como manzana J, con una superficie de 4.263,68 m<sup>2</sup>, había sido destinado originalmente como Plaza de Ejercicios Físicos, según reza el plano de 1920; pero pocos años después, la Comisión Nacional de Casas Baratas lo donó al Consejo Nacional de Educación para la construcción de una escuela (Ley 11.356, del 9 de septiembre de 1926). El trámite de traspaso de la propiedad fue muy controvertido a causa de la oposición, por parte del Consejo Nacional de Educación, a las condiciones impuestas por el donante en cuanto a plazo de construcción, categoría de escuela, etc<sup>xi</sup>.

La escuela “Antonio A. Zinny” fue inaugurada el 25 de mayo de 1930 con el nombre de “Instituto de Educación Primaria Integral”. Comenzó el año lectivo siguiente como escuela primaria individualizada con el N° 21, dependiente del Consejo Escolar 11; hoy es la N° 22, del Distrito Escolar 8.

La construcción, sobre una superficie de 1.925, 93 m<sup>2</sup>, fue realizada entre 1927 y 1929. De estilo renacentista italiano, con techo de tejas, es obra del arquitecto Alberto Gelly Castillo. La misma está dividida en tres cuerpos. El principal lo ocupa la escuela y consta de dos plantas. Su capacidad fue calculada para quinientos alumnos en cada turno. Aparte, se levanta un chalet -también de dos pisos-, originalmente casa-habitación del director. Devenido posteriormente en consultorio odontológico, por un tiempo funcionó como anexo de la escuela con las secciones de 7° grado y hoy es sede del Centro Educativo Complementario de Educación Plástica (CECEP) N° 8. El otro cuerpo lo constituye la casa habitación para el casero.

El edificio de la escuela está rodeado por un patio embaldosado y un jardín, centro verde del barrio Cafferata sombreado por variadas especies arbóreas. Esta concepción arquitectónica buscaba, hacia fines de la década de los 20, que, en vez de hallarse el patio rodeado por las aulas -como observamos en casi todas las escuelas-, sea el patio el que rodea al edificio, a fin de favorecer la ventilación, iluminación y soleamiento de sus dependencias sin que nunca ello pudiera verse afectado por construcciones colindantes<sup>xii</sup>.

Según cuentan los vecinos, la plaza central del barrio, antes de que se construyera la escuela, era el lugar ideal para los amantes del fútbol. Los

domingos, el juego se institucionalizaba. Eran clásicos los enfrentamientos del club Zambomba con el local Cafferata. Desde las ventanas de las casitas que bordeaban la cancha, como instalados en una tribuna, los fanáticos ovacionaban a su equipo preferido. De allí salieron jugadores como Arico Suárez, Guillermo Stábile y Carlos Adolfo Sosa.

También recuerdan que desde el chalet de Salas 571, cuando el edificio de la escuela aún no estaba terminado, se podía ver con largavistas los puentes de Pompeya. El gran espectáculo de los sábados eran las maniobras del Regimiento 3 de Infantería, que cavaba trincheras y hacía orden cerrado<sup>xiii</sup>.

Otro entretenimiento lo constituía el carnaval. Recuerda el vecino Oscar Aiello: “*El que era famosísimo, extraordinario, era el 'corsito de Cafferata', que se hacía alrededor del colegio. Ese curso era espectacular; venían carros, todos adornados con guirnalda, flores de papel... Había palcos para los vecinos. Los vehículos daban vuelta por la calle Salas, aprovechando su forma allí. Había montañas de papel picado y serpentinas y pomos de agua perfumada. A la tarde o por la mañana, se organizaban grandes batallas acuáticas, en las calles o en las casas*”. Todavía encontramos referencias periodísticas de este curso hacia 1944.

La señora Elvira de Mattos, una de las primeras habitantes del barrio, recuerda: “*Mi primer domicilio (en el pasaje Igualdad), a media cuadra de Asamblea, era una especie de estación de trasbordo*”. Y lo explica evocando que, por falta de adoquinado inicial, la zona se convertía a menudo en un lodazal. Los vecinos salían entonces de sus casas con zuecos o zapatos viejos, “*se los cambiaban por calzado limpio en la mía y después iban al trabajo, para repetir la operación inversa a su regreso*”.

“*Los primeros pobladores éramos muy humildes y formábamos una sola familia. Tanto era así que a un vecino tuvimos que pagarle el entierro entre todos y muchas veces hacíamos colectas para los más necesitados*”, seguía memorando la señora Mattos al diario La Nación<sup>xiv</sup>.

En 1971 se celebró el cincuentenario del barrio con baile, lunch y entrega de diplomas a sus habitantes fundadores. La fiesta se celebró en la escuela Zinny. Por otra parte, en el patio de este establecimiento, un monolito con una placa, recuerda el setenta aniversario del barrio.

## Notas.

<sup>i</sup> **Gutiérrez, Leandro, y Suriano, Juan:** “*Vivienda, política y condiciones de vida de los sectores populares, Buenos Aires 1880-1930*”. En “La vivienda en Buenos Aires”, Primera Jornada de Historia de la Ciudad, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1985, p. 20.

<sup>ii</sup> “*Chau, barrio Cafferata*”, Clarín, 11/1/96.

<sup>iii</sup> Juan Félix Cafferata nació en Córdoba en 1877. Estudió en el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe, provincia de la cual fue gobernador su padre, Juan M. Cafferata. Cursó la carrera de Medicina en la Universidad de Buenos Aires, graduándose en el año 1900. Fue profesor de la Universidad Nacional de Córdoba, vicepresidente del Concejo Deliberante de su ciudad natal, senador a la legislatura provincial, diputado nacional por dicha provincia, presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, presidente de la Caja Nacional de Ahorro Postal, etc. Participó en numerosos congresos internacionales con temas de su especialidad: en el aspecto médico, la tuberculosis, y en el aspecto social, la vivienda popular. Entre sus obras se destacan: “*El hijo del anticuario*” (novela de propaganda antialcohólica, publicada con el seudónimo de Raúl Levaie), “*Por diversos campos*” (artículos y discursos), “*Esther*” (novela de propaganda antituberculosa), “*Labor parlamentaria*” y “*Del hombre a Dios*”. Recibió distinciones como la Gran Cruz de la Orden de San Silvestre y la Cruz Pro Ecclesia et Pontifice de la Santa Sede (Cafferata, Alberto H., “*El barrio Cafferata*”. En “Aportes para la historia de los barrios del oeste porteño”, Junta Promotora de Estudios Históricos de los Barrios del Oeste, Buenos Aires, 1994, p. 56).

<sup>iv</sup> **Elguera, Alberto y Buaglio, Carlos:** “*La vida porteña en los años 20*”, Nuevo hacer, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1997, p. 82.

<sup>v</sup> **Vedia, María de:** “*Un barrio con leyenda propia*”. Diario La Nación, 13/2/99.

<sup>vi</sup> Comisión Nacional de Casas Baratas, “*IVª Memoria: 1919-1920*”, Buenos Aires, 1920.

<sup>vii</sup> Unión Internacional de las Repúblicas Americanas. “*Progreso realizado en las repúblicas americanas en el problema de la casa obrera*”. En “Boletín de la Unión Panamericana”, Edición española, N° 2, Febrero de 1924, Pp. 138/9.

<sup>viii</sup> **Bonomo, Francisco:** “*Barrio Cafferata: utopía urbanística hecha realidad*”. En periódico El Sol, julio-agosto 1991.

<sup>ix</sup> **Spinetto, Horacio J:** “*Las casas baratas y el barrio Cafferata*”. En “Todo es Historia” N° 329, Buenos Aires, diciembre de 1994, p. 41.

<sup>x</sup> Como hay quienes afirman que la calle se denomina Salas en homenaje a quien donara estos terrenos, cabe recordar que dicho nombre le fue dado por la Ordenanza del 28 de octubre de 1904, careciendo anteriormente de designación oficial. Mariano Salas (1808-1866) fue un militar tucumano que

actuó en las principales acciones internas y externas desarrolladas en el país en el período que va desde la guerra contra el Brasil (pasando por Cepeda y Pavón) hasta la guerra contra el Paraguay, en la que falleció como consecuencia de las heridas recibidas.

<sup>xi</sup> Comisión Nacional de Casas Baratas. “*XIª Memoria: 1926-1927*”, Pp. 35/8 y “*XIIª Memoria: 1927-1928*”, Pp. 40/4 y 55/7.

<sup>xii</sup> Para mayor información sobre esta escuela ver: Fernández, Mauro A., “*Un siglo de educación pública en el barrio Parque Chacabuco*”, Junta de Estudios Históricos del Barrio Parque Chacabuco, Buenos Aires, 2003, Pp. 187/198.

<sup>xiii</sup> “*Memorias del barrio Cafferata*”. Diario La Nación, 12/10/85.

<sup>xiv</sup> “*Memorias del barrio Cafferata*”. Diario La Nación, 12/10/85.

## **ARNALDO IGNACIO ADOLFO MIRANDA**

### *BUENOS AIRES Y DOS ACONTECIMIENTOS RELEVANTES (1910-1913)*

#### ***Introducción***

La conmemoración del centenario de dos acontecimientos de gran relieve, cuyo desarrollo y epicentro tuvo lugar en Buenos Aires entre 1910 y 1913, constituyen el báculo sobre el cual se apoya el presente trabajo.

Si tuviésemos que resumir en forma lacónica lo acontecido el 25 de mayo de 1810 podríamos decir que se trató del momento histórico en que se plasmó nuestra autonomía. Sin lugar a dudas fue la bisagra de un largo proceso institucional donde distintos actores sociales propugnaron en primera instancia la soberanía del legítimo monarca español Fernando VII -entonces encarcelado-, creando una Junta de Gobierno a imagen de las ya existentes en la Península Ibérica desde 1808 como resistencia a la invasión napoleónica.

Más allá de lo comentado, fue un hecho político y social de magna trascendencia mediante el cual se cimentó la emancipación política de nuestro país operada el 9 de julio de 1816.

Los denominados “Días de Mayo”, tuvieron como protagonista principal al Cabildo de Buenos Aires, siendo nuestra ciudad y su Puerto escenarios indiscutidos de aquellos hechos.

El otro acontecimiento al que nos referiremos y que estuvo íntimamente ligado al anterior, fue el nacimiento de nuestra máxima canción patria. Como era lógico, aquel proyecto independentista contempló la creación de símbolos que nos distinguiesen como nación soberana. Entre ellos, un lugar preponderante por su gran connotación filosófica le corresponde al “Himno Nacional Argentino”, cuyos versos, obra de Vicente López y Planes, fueron aceptados por la Asamblea General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata el 11 de mayo de 1813, organismo que aquel día mandó componer su música al maestro catalán Blas Parera.

#### ***1. Camino al Centenario de Mayo***

Por todo lo expuesto, no era nada extraño que diez décadas más tarde se recordasen dignamente aquellos hechos con grandes fastos, múltiples eventos e ilustres visitantes que se dieron cita en la capital rioplatense.

Hacia 1910 nuestra ciudad se transformaba a un ritmo vertiginoso, nuevos barrios surgían vigorosos hacia el rumbo oeste, producto de la expansión demográfica, el loteo de antiguas quintas, la prolongación de los medios de transporte, y las corrientes migratorias que buscaban mejorar la calidad de vida afincándose en los suburbios. Un período de prosperidad y una economía estable brindaban el marco adecuado.

Nuevos y monumentales edificios, como el palacio de Aguas Corrientes, la sede del diario La Prensa, el palacio de Tribunales, del Congreso y de Correos y Telégrafos, daban a la metrópolis en su zona céntrica un aspecto señorial. Lujosas mansiones particulares como la de Ana Elía de Ortiz Basualdo (actual embajada de Francia) o la de Mercedes Castellanos de Anchorena (hoy palacio San Martín), hacían alarde de magnificencia y prosperidad.

Dos años antes -1908- se concluyeron las obras del actual Teatro Colón con la dirección del arquitecto italiano Víctor Meano. En 1909 la ciudad contaba con 14.182 metros de fachada construida. El censo general de población efectuado del 16 al 20 de octubre de ese año, arrojó un total de 1.231.698 habitantes.

Gran cantidad de personalidades célebres visitaron Buenos Aires en aquellos días, como el historiador Rafael Altamira, escritores de la talla de Vicente Blasco Ibáñez y Ramón del Valle Inclán, sin dejar de mencionar a otros como el urbanista francés Joseph Antoine Bouvard, Adolfo Schuster y el inventor italiano Guglielmo Marconi.

En el plano político arribaba a su conclusión la presidencia de don José Figueroa Alcorta, quien había llegado a la primera magistratura a raíz del fallecimiento de Manuel Quintana ocurrido el 12 de marzo de 1906.

Mientras tanto, estaba al frente de la intendencia capitalina Manuel Güiraldes, quien se afanó por hacer lucir a la ciudad con todo su esplendor.

El Puerto de Buenos Aires, con su flamante dársena comenzó a ser testigo, a mediados de mayo de 1910, de la llegada de distinguidas personalidades, como los representantes del Imperio Austro-Húngaro, el Reino de Italia, y otras potencias extranjeras, embajadores de distintos países de América latina y otros visitantes.

Nuestra ciudad fue sede durante todo aquel año, de importantes simposios, como el IV Congreso Panamericano y el de Jurisprudencia y Ciencias Sociales. También tuvieron lugar diversas manifestaciones artísticas, exposiciones de arte, industria y comercio.

## 2. La llegada de una ilustre visitante

En efecto, el hecho más destacado de los grandes fastos organizados con motivo del Centenario estuvo dado por el arribo de una de las Infantas de España, en representación de la Madre Patria y la Familia Real Española.

Se trataba de la nieta de Fernando VII, bajo cuyo reinado había tenido lugar la emancipación política de nuestro país.

El parentesco de la Infanta con el monarca referido provenía por línea materna, dado que el Rey Fernando al momento de su deceso -el 29 de septiembre de 1833-, fue sucedido por su primogénita, que gobernó con el nombre dinástico de Isabel II hasta el año 1868.

La Reina Isabel contrajo enlace con su primo hermano Francisco Asís de Borbón procreando diez hijos. Entre ellos el futuro Alfonso XII (1874-

1885) y la protagonista de nuestra historia doña Isabel de Borbón y Borbón, Infanta de España.

Hacia la época de su arribo, la Península estaba gobernada por Alfonso XIII (1885-1931), sobrino de la Real visitante<sup>xiv</sup>.

En medio del júbilo popular, demostraciones de afecto y múltiples festejos, llegaba al puerto de Buenos Aires el 18 de mayo de 1910, la Infanta doña Isabel acompañada por una pomposa comitiva y treinta personas de servicio.

El mensaje recibido a las 21 hs. del día anterior en el navío real, emitido por la segunda división naval argentina, decía textualmente: “¡Salve, noble España! Bienvenida seas a La Argentina. El comandante de la segunda división naval, capitán de navío Adolfo Díaz, saluda al distinguido comandante del yate real Alfonso XII y le ruega presente sus respetos a su alteza real la Infanta doña Isabel y le comunique que en cumplimiento de órdenes superiores ha venido a rendirle honores y escoltarla. Se encontrará con la división a diez millas al oeste del faro de recalada. Crucero Buenos Aires.”

El encuentro en el faro de recalada, tuvo lugar a las cinco de la mañana, mientras la Infanta y uno de sus acompañantes, el marqués de Valdeiglesias -director del diario *La Época* de Madrid-, se encontraban en el puente de mando de la nave presenciando su entrada en el puerto de Buenos Aires.

Luego del amanecer, los buques escoltas de la armada argentina atronaron el aire con las tradicionales salvas de ordenanza, mientras el buque real con el estandarte de Castilla en su frente hacía su imponente entrada, espectáculo que se prolongó durante más de sesenta minutos.

Encontrándose ya en la rada interior del puerto, se sirvió el almuerzo a bordo del yate “Alfonso XII”, acompañando a Su Alteza el conde de Cadagua.

Finalmente, la rellena estampa de doña Isabel de Borbón, vestida con elegante atuendo de terciopelo marrón, sombrero de plumas y abrigo de piel, descendía en la dársena norte del Puerto de Buenos Aires, siendo inmediatamente recibida por el otrora presidente de la Nación don José Figueroa Alcorta.

Con esa apoteósica recepción, se iniciaron los actos centrales del Centenario de la Revolución de Mayo. La ciudad se hallaba cubierta con banderas argentinas y españolas y los principales edificios públicos, espacios verdes y avenidas céntricas, iluminados con millares de bombitas eléctricas.

La magna celebración llegó a su cenit en la jornada del 25 de mayo cuando miles de personas se congregaron frente al edificio del Congreso Nacional entonando las estrofas del Himno Nacional Argentino, para luego asistir al imponente desfile militar, donde la multitud aclamó fervorosamente a los veinte mil soldados argentinos que pasaron con ritmo marcial, precedidos por la marinería de los barcos extranjeros fondeados en el puerto.

Por la noche tuvo lugar la gran gala en el fastuoso Teatro Colón,

donde se interpretó la ópera *Rigoletto* de Giuseppe Verdi, con la voz de los afamados cantantes italianos Giuseppe Anselmi (tenor), Amelita Galli Curci (soprano) y Titta Ruffo (barítono). Al culminar su brillante actuación, fueron ovacionados por el numeroso público asistente de manera pocas veces vista.

Dos días más tarde el Colón volvió a ser el escenario principal de los festejos, cuando en sus salones se ofreció el baile de honor con la asistencia de lo más granado de la sociedad porteña.

Luego de una nutridísima agenda que incluyó visitas, paseos y actos oficiales, la princesa española -quien se había alojado en un palacete de la avenida Alvear 1671, perteneciente a la familia De Bary-, emprendió el regreso a su patria natal el 2 de junio. Empero, las exposiciones y diversas manifestaciones continuaron durante casi todo el resto del año.

### 3. Un trienio de cambios

El 12 de octubre de 1910 se operó un gran giro en la política argentina con la asunción a la presidencia del porteño Roque Sáenz Peña. Recordado en nuestra historia por la propulsión de la ley electoral conocida por su nombre, aprobada el 10 de febrero de 1912, designó como intendente municipal de la capital a Joaquín Samuel de Anchorena.

El conocido sociólogo, Adolfo Posada, luego de su paso por Buenos Aires, dijo entre otras cosas: “[...] *Gran ciudad, animada, ruidosa, de movimiento intenso, febril [...]*”.

Basándose en experiencias positivas de 1891, tendientes a la descentralización de la ciudad cuando se crearon las secciones de Flores y Belgrano, el 26 de enero de 1910 el Honorable Concejo Deliberante autorizó la erección de la Subintendencia de Vélez Sársfield, con el propósito de administrar en forma más efectiva el área oeste de la ciudad donde proliferaban nuevos núcleos urbanos<sup>xvi</sup>.

La dilatada extensión territorial de la nueva jurisdicción abarcaba entre otros los actuales barrios de Floresta, Villa del Parque, Villa Santa Rita, Vélez Sársfield, Villa Real, Versailles, Monte Castro, Mataderos, Liniers, Villa Luro y Villa Lugano.<sup>xvi</sup>

En 1913 comenzó la construcción de la *Galería Güemes*, obra del italiano Francisco Gianotti, que con sus ochenta metros de altura pasó a ser el edificio más elevado de la ciudad, rango que conservó hasta el año 1923, época en que se concluyó el *Palacio Barolo*.

En medio de estos y muchos otros cambios operados en nuestra ciudad, los cuales escapan a este opúsculo, se gestaron los preparativos para la conmemoración del centenario de nuestro *Himno Nacional*.

### 4. “... al gran pueblo argentino, salud ...” y algo más

Ya desde 1808, luego de la heroica reconquista y defensa de Buenos Aires, hubo poetas que comenzaron a plasmar en sus cantos el espíritu de

aquel incipiente movimiento revolucionario. De tal forma, Vicente López, Juan Manuel de Labardén, Esteban De Luca y fray Cayetano José Rodríguez compusieron sus odas que inflamaron el corazón de los patriotas.

Así vieron la luz el *Triunfo Argentino*, obra del primero de los nombrados, la *Marcha Patriótica*, publicada el 15 de noviembre de 1810 en la “Gazeta de Buenos Ayres”, musicalizada por Blas Parera, que en uno de sus pasajes expresa: “*Sudamericanos, / mirad ya lucir / de la dulce Patria / la aurora feliz.*”

El músico murciano Blas Parera, otrora primer músico, maestro, compositor y director de orquesta del Coliseo Provisional de Buenos Aires, fue el encargado de poner música al melodrama de Luis Ambrosio Morante titulado “*El veinte y cinco de mayo*” (*sic*) y a unos versos anónimos llamados *Marcha Patriótica* aparecidos en 1812.

Con estos antecedentes, e instalado el Segundo Triunvirato, comenzó a sesionar la Asamblea General Constituyente de la Provincias Unidas del Río de la Plata, el 31 de enero de 1813, encargando al Diputado Vicente López y Planes los versos de la “única canción patriótica de la provincias unidas del Río de la Plata”, aclamada como tal en la sesión del 11 de mayo de 1813. Al día siguiente se solicitó al maestro Parera la composición de la música, como ya ha sido comentado.

“*Buenos Aires se pone a la frente / de los pueblos de la ínclita unión / y con brazo robusto desgarran / al ibérico altivo León. / [...] / Se levanta a la faz de la tierra / una nueva gloriosa Nación / coronada su sien de laureles / y a sus plantas rendido un León*”. Son las precedentes -solo algunas de las estrofas- de este poema épico, cuya música consta de una introducción a manera de obertura sinfónica, una melodía flexible, amplia en su desarrollo y plena de contenidos morales, contrastes que la elevan al plano operístico. Todo ello la convierte en un auténtico himno, siendo uno de los pocos en el mundo que reviste la condición de tal, pues en general se trata de marchas<sup>xvi</sup>.

### 5. El centenario de nuestro himno y un cuadro famoso

Hacia 1913, diversas instituciones se dispusieron a rendir homenaje al centenario de nuestra máxima canción patria.

En aquella época el destacado músico argentino Alberto Williams había ensayado ya su arreglo del himno adaptado para voces infantiles y sus estudios acerca del mismo habían cobrado estado público. Conocido también, es el estudio relativo a su instrumentación oficial, que se llegó a proponer a Camille Saint-Saëns durante su permanencia en Buenos Aires hacia 1904.

Por su parte, el Archivo General de la Nación Argentina editó, en conmemoración de tal acontecimiento, la reproducción facsimilar de la *soberana declaración* de la Asamblea General con la primera copia de la letra efectuada por Bernardo Vélez el 13 de mayo de 1813, y dirigida al gobernador intendente de la Provincia de Buenos Aires.

Pero uno de los aportes más significativos, y que alimentó una gran

controversia, fue el óleo del pintor chileno Pedro Subercaseaux titulado “El Himno Nacional Argentino”, con el que participó en la Exposición de Arte del Centenario, donde representa lo que habría sido la primera ejecución pública del himno en casa de Mariquita Sánchez de Thompson.

En dicha obra pictórica se encuentran representados buena parte de los objetos que integraban el salón de Mariquita, donde se realizaban las famosas tertulias, según lo recoge Pastor Obligado en sus “Tradiciones Porteñas”, como los espejos venecianos, la araña de plata, el piano, el arpa, los cortinados de brocato y los floreros. Los contertulios representados son, junto al piano y de izquierda a derecha: José Antonio de Escalada y su esposa Tomasa de la Quintana; María Sánchez de Thompson y su esposo Martín Jacobo Thompson; Esteban De Luca; al piano Blas Parera; detrás, Bernardo de Monteagudo; cantando el himno María de los Remedios Escalada; frente a ella y observándola, sentado, Cecilio Sánchez de Velasco; y, de pie junto al sofá, Vicente López y Planes; en el sofá están sentadas Isabel Clavimonte de Agrelo, Juana Pueyrredón de Sáenz Valiente, Mercedes Lasala de Riglos y de pie inclinada sobre el sofá, Carmen Quintanilla de Alvear; de pie y detrás del sofá, José Francisco de San Martín y sentada, casi de espaldas, Isabel Casamayor de Luca; junto a San Martín y también de pie, Manuel Rojas, Antonio González Balcarce y Cayetano José Rodríguez. En el extremo inferior izquierdo del cuadro se leen las palabras iniciales del himno: “Oíd Mortales”<sup>xvi</sup>.

Sin lugar a dudas, el artista chileno realizó un magnífico trabajo, lo que se discute es si en realidad la primera ejecución pública de nuestro himno tuvo lugar en aquella tertulia y en la noche del 11 de mayo de 1813, como muchos afirman.

Nos permitimos observar a raíz de una minuciosa investigación histórica que hemos realizado que, si la letra del himno fue aprobada el 11 de mayo y la composición de su música encargada ese mismo día, es imposible que la primera ejecución pública fuera realizada en aquella ocasión. En segundo lugar, algunos de los personajes retratados -caso del general San Martín-, no se encontraban en Buenos Aires en aquel momento. Sabemos además que Parera compuso la música entre el 12 y el 18 de mayo y que luego de dos o tres ensayos el himno fue ejecutado por primera vez el 25 de mayo del mismo año en la Plaza de la Victoria (hoy de Mayo), por una banda de música.

El óleo de Subercaseaux representa un momento histórico para la Nación Argentina, idealizándolo conforme la tradición oral y cuya confección tuvo lugar casi cien años después del hecho en cuestión. Por último, todo artista pinta su idea y traslada al lienzo las imágenes desarrolladas en su mente.

## 6. Colofón

La gesta emancipadora iniciada cien años antes en Buenos Aires

“[...] a la frente de los Pueblos de la inclita unión [...]”, tal como lo refiere una de las estrofas de nuestro Himno Nacional, llevada a la práctica en 1816 con la Declaración de la Independencia, hecho reconocido por Don Fernando VII recién en 1822, se conmemoraba en Buenos Aires con la llegada de la augusta nieta de este, quien conquistó el corazón de todos los argentinos.

En lo que respecta al otro suceso, el *Himno Nacional Argentino*, llamado así desde 1822, debió pasar por distintas alternativas hasta arribar al 24 de abril de 1944, fecha en la que un decreto del Poder Ejecutivo Nacional reglamentó los símbolos patrios, estableciéndose entre otras cosas su ejecución en la tonalidad musical de *Si bemol mayor* adaptada para el canto de las voces de niños.

Culminamos esta reseña con el deseo ferviente de poder conmemorar en forma digna el bicentenario de ambos acontecimientos que tendrá lugar en 2010 y 2013, respectivamente.

## Bibliografía y fuentes consultadas

- Archivo de los diarios *La Prensa* y *La Nación*.
- Archivo General de la Nación Argentina; Departamento de Documentos Escritos.
- Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires; *Manual Informativo de la Ciudad de Buenos Aires*. Edición Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1981.
- Miranda, Arnaldo Ignacio Adolfo**: “*La Floresta, aportes para la historia de un barrio de Buenos Aires*”. Edición junta de Historia y Cultura de La Floresta, Buenos Aires, 2004.
- Miranda, Arnaldo Ignacio Adolfo**: “*La Infanta Isabel de Borbón llega al Puerto de Buenos Aires*”. Publicación Oficial de la Junta de Estudios Históricos del Puerto Nuestra Señora Santa María del Buen Ayre y Barrio Puerto Madero, año XVII, N° 30, marzo de 2005.
- Miranda, Arnaldo Ignacio Adolfo**: “*Situación Institucional del Virreinato del Río de la Plata al 25 de mayo de 1810*”. (En prensa).
- Miranda, Arnaldo Ignacio Adolfo**: “*Sobre el Himno Nacional*”. En Revista “Historias de la Ciudad, una revista de Buenos Aires”, año III, N° 11, septiembre de 2001.
- Molinari, Ricardo Luis**: “*Buenos Aires, cuatro siglos*”. Editorial Tipográfica Editora Argentina S.A., Buenos Aires, 1984.
- Pigretti, Domingo Antonio**: “*Juntas de Gobierno en España durante la invasión napoleónica*”. Edición Cooperadora de Derecho y Ciencias Sociales, Buenos Aires, 1972.
- Ruffo, Miguel Ángel**: “*Pedro Subercaseaux y el Himno Nacional*”. En Publicación del Museo Histórico Nacional, segunda época, año III, N° 3, junio de 2000.
- Sáenz Quesada, María**: “*La Argentina, historia del país y de su gente*”. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2000.

## **ÁNGELO. PRIGNANO**

### *EL BAÑADO DE FLORES EN EL SIGLO XX*

El actual barrio de Flores surgió como un pueblo de campaña a principios del siglo XIX con la parcelación de la chacra de Juan Diego Flores y la subsiguiente creación en 1806 del “Curato de San José de Flores”. El territorio de esta amplia jurisdicción eclesiástica se ajustó perfectamente a las necesidades jurídicas y administrativas de la Provincia de Buenos Aires, que lo asumió cuatro años más tarde como “Partido de San José de Flores”. Fue entonces cuando toda la región sudoeste de este distrito, de condición pantanosa y anegadiza por su baja cota de nivel, comenzó a ser conocida como “Bañado de San José de Flores” o “Bañado de Flores”. Dentro de los límites actuales de la Ciudad de Buenos Aires, podemos ubicarlo entre la orilla izquierda del Riachuelo y su barranca alta, bien visible en las proximidades del cementerio de Flores.

Este “valle del Riachuelo” era rico en flora y fauna silvestres, aunque casi desprovisto de árboles, y su extenso territorio estaba colmado de charcas y lagunas en cuyos bordes crecían enormes pajonales. Si en condiciones normales se hacía difícil transitarlo, hacerlo cuando las copiosas lluvias provocaban el desborde del Riachuelo era extremadamente peligroso. De ahí que permaneciera casi inexplorado hasta ya entrado el siglo XX. Toda la zona, además, no gozaba de muy buena fama y era temida por los forasteros, ya que muchas peleas entre malhechores y persecuciones policiales tuvieron allí su desenlace.

Durante los primeros años del siglo pasado comenzaron a tomarse algunas medidas con el fin de cegar pantanos y recuperar esas tierras improductivas para la ciudad. Así, con el correr del tiempo se fue modificando la topografía original del lugar afectando severamente a la fauna y flora silvestres. Las causas de esta transformación fueron varias: la utilización de la zona como vertedero de las basuras generadas por el municipio porteño y las cenizas resultantes de su incineración, el trabajo de topadoras y niveladoras que movieron enormes volúmenes de otros tipos de desperdicios, como mampostería proveniente de demoliciones de viejas casas de la ciudad, y el asentamiento de nuevos pobladores que originaron barrios populares, monobloques de departamentos y numerosas villas miseria.

El traslado hacia ese sector de algunas dependencias de organismos oficiales, la ejecución -aunque parcializada- de diversos planes de saneamiento y urbanización y, finalmente, el establecimiento de diversas entidades socio-culturales, gremiales y deportivas que construyeron allí sus campos de esparcimiento, confluieron para que esas tierras se integraran medianamente al resto de la ciudad.

#### ***1. Los barrios del bañado***

Este amplio territorio hoy se encuentra, según los límites establecidos por la ordenanza N° 26.607 de 1972, en la jurisdicción de los barrios porteños de Flores, Nueva Pompeya, Parque de los Patricios, Villa Soldati, Villa Lugano, Villa Riachuelo y Parque Avellaneda. Ya dijimos que Flores se remonta a 1806. Hacia el sur de la actual avenida Eva Perón se extiende lo que todavía se identifica como el Bajo Flores, otrora recorrido por riachos y zanjones que llevaban las aguas torrenciosas hasta el Riachuelo. Nueva Pompeya y Parque de los Patricios surgieron a mediados del siglo XIX y Villa Riachuelo a fines de la misma centuria. El siglo XX, época que tratamos en este trabajo, vio emerger tres nuevos barrios: Villa Soldati, Villa Lugano y Parque Avellaneda. Villa Soldati y Villa Lugano nacieron como consecuencia de la construcción de una línea ferroviaria de la Compañía General de Ferrocarriles de la Provincia de Buenos Aires, luego denominado Ferrocarril Gral. M. Belgrano, cuyo tendido de vías se inició durante el primer lustro del siglo pasado. Según la información que nos proporcionó el investigador Alberto Bernades, dicha empresa habilitó un servicio de cargas provisorio el 15 de noviembre de 1907, inauguró la línea oficialmente el 17 de diciembre siguiente y la libró al uso público el 25 de enero de 1908.

Las vías de este ferrocarril atravesaban las tierras de José Soldati, quien no desaprovechó la oportunidad de valorizarlas y perpetuar su apellido y su lugar de origen donando las parcelas necesarias para construir dos estaciones: Villa Soldati y Villa Lugano. La primera se inauguró cuando el servicio ferroviario quedó habilitado al público en general, por lo que creemos que el 25 de enero de 1908 debe tomarse como fecha de fundación de Villa Soldati. El barrio de Villa Lugano, en cambio, comenzó a formarse a partir del primer loteo realizado el 18 de octubre de 1908, fecha que los historiadores toman como la de su fundación, pues la estación se inauguró posteriormente. La venta de terrenos en los alrededores de estas dos paradas proporcionó grandes ganancias al propietario de esas tierras y propició la extensión de aquellos incipientes poblados a los cuatro vientos.

El barrio Parque Avellaneda surgió a partir de la formación del paseo público homónimo. A dichos fines, la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires adquirió a los herederos de Domingo Olivera una parte la antigua chacra “Los Remedios”, 50 hectáreas comprendidas entre las calles Lacarra, Directorio, Moreto y Gregorio de Laferrere. La operación de traspaso fue realizada el 7 de marzo de 1912 y el paseo quedó inaugurado dos años después, el 28 de marzo de 1914, como Parque Olivera. Sin embargo, el 10 de noviembre de ese mismo año fue rebautizado como Parque Presidente Nicolás Avellaneda, denominación que luego se extendió a todo el vecindario. La zona inundable y anegadiza del barrio se encontraba, del mismo modo que en Flores, al sur de la actual avenida Eva Perón.

## **2. Paraíso de cazadores y pescadores**

Las lagunas y pajonales del Bañado de Flores resultaron ideales para

la cría de nutrias, actividad que algunos avezados productores encararon con ahínco durante largas temporadas. Otros animales se desarrollaban espontáneamente. El naturalista Clemente Onelli, director del Jardín Zoológico Municipal entre 1904 y 1924, afirmaba que se podían obtener buenos ejemplares de comadrejas coloradas en Parque Chacabuco y Parque Avellaneda y liebres en los terrenos baldíos desde Liniers hasta el llamado “Bajo de Flores”.

Las captura de ranas a menudo estaba a cargo de los chicos que habitaban los barrios vecinos para propio consumo de sus familias o para venderlas en las casas de comida de la zona. Las ranas eran transportadas en una media de mujer que alguno de ellos “robaba” a su hermana mayor, a una tía o a su madre. En esa improvisada bolsa “podían respirar sin problemas y se mantenían frescas”, según el saber infantil. Ello hasta llegar a algún lugar donde venderlas, como la cantina de Don Chicho, una recordada fonda de avenida Del Trabajo 3424, cuyo dueño siempre demostraba buena predisposición para adquirirlas.

Bagres, tarariras, anguilas y hasta tortugas podían encontrarse en todo el ámbito del Bañado de Flores, y en los fondos y orillas de los estanques proliferaban ciertos tipos de almejas y mejillones. El paisaje era abundante en cardones y flores silvestres y los juncos florecían en completa libertad en lagunas y zanjones. La vara de caña en flor era popularmente conocida como “lirio del agua” y la sagitaria florecida como “flecha de indio”. Cierta variedad de hongos eran recogidos por quienes conocían las especies comestibles; los vecinos que iban en su búsqueda volvían a sus casas con una excelente provisión luego de un par de horas de cosecha.

El aficionado a los pájaros, en cambio, utilizaba la “cimbra”, un sencillo mecanismo compuesto por una estaca de aproximadamente un metro y medio de alto con un trozo de alambre acerado -generalmente flejes de viejos paraguas- y un palito que sujetaba un hilo que a la vez mantenía tensado el alambre. Las estacas terminaban en punta, de modo que los desprevenidos pajaritos, principalmente tordos y renegridos, no tenían otra alternativa que posarse sobre ese palito traicionero. El propio peso del animal lo hacía zafar soltándose el alambre que instantáneamente estiraba el hilo. De esa manera, la víctima quedaba atrapada por sus patas. En sus excursiones por la zona, este personaje clavaba en el suelo diez o doce de estas trampas y ubicaba convenientemente los “llamadores” como señuelo. Luego se retiraba a un lugar apartado donde permanecía oculto en espera de los pájaros que diariamente volaban hasta el bañado para alimentarse.

El “cazagañote” fue otro tipo de trampa para atrapar pájaros, en este caso letal, que utilizaban mayormente aquellos que vendían su carne para preparar la famosa “polenta con pajarito”. Se trataba de dos medios círculos de alambre, de aproximadamente doce centímetros de diámetro, que se cerraban instantáneamente accionados por un fuerte resorte. El pobre gorrión accionaba el mecanismo cuando picaba la miga de pan o los granos de alpiste que se colocaban sobre el seguro del resorte. La trampa permanecía oculta en

el suelo disimulada con tierra o pasto, quedando solamente el cebo a la vista de las hambrientas víctimas. El vendedor de pajaritos solía recorrer los barrios portando su mercadería ensartada en un aro de alambre.

Los que cazaban utilizando “pega-pega” pintaban los hilos de los alambrados con este producto, de manera que los pájaros que se posaban no podían retomar el vuelo porque quedaban adheridos al alambre por sus patas. Estos cazadores embadurnaron tantos alambrados a lo largo de todo el país que al final consiguieron que fuera prohibido por el daño que causaban al no limpiar los alambres luego de sus excursiones. El “pega-pega”, turco fabricado caseramente por un inmigrante de esa nacionalidad, era el más eficaz. Luego de su prohibición, las ferreterías comenzaron a vender soguitas de diversas extensiones embebidas de un producto similar. Luego aparecieron unos palitos de aproximadamente 80 cm de largo pintados con la misma sustancia que se despachaban de a docena dentro de un cono de cartón. Los palitos se colocaban estratégicamente repartidos en distintos puntos del bañado y las soguitas se extendían entre dos palos o ramas de árboles y arbustos.

La red y la tradicional jaulita con trampera, que aún sigue en uso, fueron otros métodos empleados para la captura de pájaros.

Los cazadores desplegaban cualquiera de las formas descriptas al amanecer, cuando las bandadas arribaban al bañado para alimentarse. También al atardecer, momento en que se reunían para regresar a sus nidadas, que generalmente tenían en los parques de Los Patricios, Avellaneda y Chacabuco, en las florestas del Cementerio de Flores y del hospital Piñero, en los cercanos viveros municipales y en los grandes árboles alineados a lo largo de las calles y plazas cercanas, a ambos lados del Riachuelo.

El bañado también era frecuentado por los criadores de jilgueros, personajes siempre atentos al canto de los pájaros. Llevaban su “perrera” completa para “varearlos” en compañía de colegas. Ello resultaba fundamental para el mejoramiento de su canto y prestancia antes de anotarlos en algún concurso. Muchos de estos aficionados se reunían detrás del Cementerio de Flores y allí conversaban por largo rato sobre las bondades de tal o cual pájaro. Pero, como ha quedado dicho, la flora y la fauna silvestres del lugar prácticamente desaparecieron con la modificación que sufrió el ecosistema a partir del relleno y la urbanización de gran parte del bañado. Pero no todo es malo: la basura ya casi no existe y la forestación de las áreas ocupadas por clubes y otras instituciones que levantaron allí sus instalaciones deportivas y de recreación están beneficiando el regreso de algunas especies de aves que se creían desterradas de la región para siempre. Enhorabuena.

### **3. Vaciadero de basuras y quema al aire libre**

Con el transcurso de los años, una gran parte de aquel territorio fue sufriendo las consecuencias de la contaminación provocada por los grandes volúmenes de basuras que comenzaron a arrojarse en ese lugar a mediados de

la década de 1860. Así, fue transformándose en un inmenso muladar donde pululaban las ratas y las moscas que se multiplicaron asombrosamente en poco tiempo. La incineración de basuras al aire libre que se practicó durante tanto tiempo en el antiguo sitio de la quema, donde hoy se encuentra el estadio del club Huracán, y más tarde en las inmediaciones de la calle Lafuente y las vías del ramal al Riachuelo del Ferrocarril del Oeste, levantaban un denso e infecto humo que los vientos esparcían sobre las casas de los alrededores. De esta forma se fue diezmando paulatinamente la flora y la fauna del bañado, que en pocos años resultó casi nula. A pesar de ello, algunos sectores siguieron conservando tenazmente las características de antaño, manteniéndose como verdaderos oasis dentro de aquel basural que amenazaba la salud, no solo de animales y plantas, sino de las personas que lo merodeaban y hasta los propios pobladores de los barrios circunvecinos que veían invadidas sus casas por olores nauseabundos, humo, hollín, insectos y roedores.

Una de las peores consecuencias de este precario método de incineración de basura fue la proliferación de hombres, mujeres y niños que encontraron en los distintos vaciaderos su sustento, guareciéndose en precarias viviendas que construían con los mismos desperdicios que allí encontraban. Juntaban papeles, trapos, latas, huesos y vidrios que luego acumulaban alrededor de esas casuchas. El carro de la “fábrica” pasaba regularmente y les compraba todo, pesando los materiales en la “romana”, cuyo fiel siempre fallaba a favor del comprador. De este modo se originó el legendario “Pueblo de Las Ranas”, en Nueva Pompeya. Muchas veces la propia basura se convertía en muro y techo de esas viviendas. Así era cuando el habitante de la quema solo atinaba a efectuar un hueco en los montículos de desperdicios que se formaban con las descargas diarias, albergándose con su familia en una especie de improvisada cueva.

El vaciadero y quema al aire libre de Parque de los Patricios y Nueva Pompeya se extinguió en la década del treinta del siglo pasado, pero en el resto del bañado la situación subsistió hasta bien entrada la mitad de la misma centuria.

Un artículo del diario La Prensa, publicado el 1 de octubre de 1941 bajo el título *Incineración de basuras en el bañado de Flores*, comentaba la visita que había realizado el Juez de menores en los siguientes términos: *“Encontró allí infinidad de hombres, mujeres y niños de ambos sexos dedicados a la recolección de diversos elementos para ser vendidos y así hacer de esto su modo de vida. También advirtió que muchos niños se alimentaban con los desperdicios de comestibles que llegaban entremezclados con las basuras. Impresionado, solicitó a la Municipalidad y a la Jefatura de Policía la adopción de medidas para cesar este estado de cosas. (Pero) la Municipalidad no ha dispuesto hasta la fecha nada que permita la desaparición de estos vaciaderos. La Policía (Comisaría 40ª) se ha organizado de forma tal que un servicio permanente de agentes a caballo impide el acceso al bañado de mujeres y menores de edad y permite el de hombres en forma restringida. Además se han prohibido en esa sección*

policial los trabajos que realizan los 'cirujas' en combinación con muchos conductores municipales de carros de limpieza". Finalmente, el cronista proponía como solución el aumento de la capacidad de los hornos incineradores para la eliminación total de este sistema antihigiénico de quema de basuras en los vaciaderos.

Otro de los métodos de eliminación utilizado fue el "relleno sanitario". La técnica era muy sencilla: con tierra o cenizas que unas zorras cargueras sacaban de las usinas de Nueva Pompeya y Flores, que veremos más adelante, se construían terraplenes formando trincheras donde se depositaba la basura sin incinerar que las chatas recolectoras transportaban hasta allí. Luego se cubría todo con una nueva capa de tierra o cenizas. Así se fueron rellenando muchos sectores bajos y anegadizos del Bañado de Flores. Desechos de todo tipo afirmaron calles y formaron bases a las posteriores construcciones de los distintos barrios que se formaron con el correr del tiempo. Futuras excavaciones arqueológicas podrán dar testimonio de lo que se tiró en esas tierras: chasis retorcidos, guardabarros con mil abolladuras, hierros doblados, utensilios de cocina y todo el "tacherío" imaginable, entre muchas cosas más.

Pero lo corriente era que las chatas tiraran desaprensivamente la recolección de residuos domiciliarios y la basura permaneciera a la intemperie hasta que se intentaba una precaria incineración allí mismo. Mientras tanto, las parvas que se formaban eran removidas por los que hurgaban buscando los materiales que podían recuperar para una posterior comercialización. Ellos debían pelear con los cerdos y los perros vagabundos que comían los restos de los alimentos.

La actividad de estos cirujas fue disminuyendo a medida que fueron mermando los envíos de residuos al bañado. En los años sesenta y principios de los setenta aún se los podía ver, principalmente en el vaciadero de la calle Lafuente, en el Bajo Flores. Deficientemente vestidos, mal aseados y alimentados, se parecían más a los linyeras porque deambulaban constantemente y tenían hábitos solitarios. Además llevaban siempre consigo el atado con sus cosas y no se preocupaban demasiado en conseguir su alimento. Si bien, en cierto modo, se ganaban la vida siguiendo la antigua tradición, más bien vivían de la caridad de los vecinos. El rezago de metal era conocido como "la changa", que tenía un buen valor de mercado y los pibes merodeadores del bañado lo buscaban ansiosamente en franca competencia con los mayores. Barrían periódicamente los distintos vaciaderos recolectando culotes de bronce de lamparitas, tramos de cañerías de plomo, ollas, pavas y otros enseres de aluminio, restos de cables eléctricos que se quemaban allí mismo para que el cobre quedara libre de goma, tela o plástico, y todo elemento metálico que podía venderse en los depósitos de los alrededores.

El taco aguja del calzado femenino de los años cincuenta se fabricaba en aluminio, por lo que se convirtió en una pieza codiciada por los buscadores de la changa. Ni hablar de las manijas de bronce de los ataúdes que solían

encontrarse esporádicamente en el vaciadero de la calle Lafuente, por detrás de Cementerio de Flores.

El bañado también era visitado frecuentemente por el "tachero", personaje que recorría los vaciaderos en búsqueda de ollas, pavas, lecheras, sartenes, coladores y cualquier recipiente con posibilidad de arreglo. Cargaba su bolsa sobre las espaldas y volvía con su "cosecha de tachos" a su casa, donde un cuartito hacía las veces de taller de compostura. Allí los reparaba pacientemente y después los ofrecía a sus propias vecinas. Eran épocas donde la sociedad de consumo no había penetrado aún ciertos niveles y en manos del tachero todo tenía arreglo, nada se tiraba en las barriadas populares.

#### **4. Las usinas incineradoras**

Algunos sectores del bañado pertenecientes a los barrios de Nueva Pompeya y Flores fueron utilizados para construir usinas incineradoras de basura. Luego de muy exhaustivos estudios y análisis realizados sobre los residuos sólidos de Buenos Aires, se decidió la construcción de los llamados Hornos Provisionales de Nueva Pompeya, una serie de 72 celdas del sistema Baker de incineración seleccionado en dichos estudios. Estas instalaciones fueron inauguradas en 1910 en el mismo lugar donde se venía quemando residuos a cielo abierto, hacia el suroeste de la avenida Amancio Alcorta y Zavaleta. Comenzaron a trabajar al máximo quemando grandes volúmenes de basura, pero su capacidad destructora se vio superada al poco tiempo porque el municipio porteño generaba cada vez más desperdicios. Entonces se decidió construir instalaciones de características más modernas en distintos puntos de la ciudad.

En total fueron erigidas tres usinas incineradoras, una en Chacarita (Rodney 299), inaugurada en 1926, otra en Flores (San Pedrito 1489) que inició sus operaciones en 1928 y la tercera en Nueva Pompeya (Av. Amancio Alcorta y Zavaleta) habilitada en 1929. Las dos últimas contaban con el llamado "convoy cenicero", una simpática maquinita a vapor y tres o cuatro zorras cargueras que sacaban las cenizas y escorias resultantes de la incineración y las conducían hasta distintos sitios donde era necesario afirmar calles y rellenar terrenos bajos. Este trabajo también lo cumplían las viejas chatas tiradas por caballos.

En 1976 quedó prohibida la incineración de basuras en todo el ámbito de la Ciudad de Buenos Aires y se dio inicio al proyecto Cinturón Ecológico Área Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE), que previó la utilización de rellenos sanitarios en varios puntos del conurbano bonaerense. De este modo, las usinas fueron demolidas y desaparecieron del paisaje porteño para convertirse en recuerdo.

#### **5. Punto final**

Las obras encaradas por el Estado y la actividad privada a lo largo del

siglo XX terminaron por urbanizar casi la totalidad del Bañado de Flores. A dichos fines confluieron también las ventas de terrenos en remate público y la llegada de los medios de transporte de pasajeros. Estos factores hicieron posible que arribaran grupos compactos de nuevos vecinos dispuestos a construir su casa propia y a poblar extensas villas miseria. Esta actitud acabó por convertir esos andurriales en nuevos barrios porteños. Y un amplio sector -quizá el menos favorable- sirvió de asentamiento de numerosas entidades sociales, deportivas, gremiales y educativas que hoy cuentan con grandes superficies verdes, cuidados jardines y frondosas arboledas. Todas esas edificaciones, en definitiva, han cambiado totalmente aquel paisaje pastoril que unas pocas décadas atrás aún se mantenía virgen.

### **Bibliografía**

- Candioti, Alberto M.**: *“La transformación del Noroeste de la Capital”*. Revista de Información Municipal, año III, Tomo XI, Nros. 71/72/73/74, 1946.
- Cunietti-Ferrando, Arnaldo J.**: *“San José de Flores, el Pueblo y el Partido”*. Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, Buenos Aires, 1977.
- Diarios El Nacional, La Razón, La Prensa, Clarín.
- Memorias Municipales.
- Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires: *“Activación de la Zona Suroeste de la Ciudad, Área Parque Almirante Brown”*. Secretaría de Obras Públicas, Consejo de Planificación Urbana, Boletín CPU N° 4, septiembre de 1979.
- Óliver, Juan P.**: *“La Urbanización del Bañado de Flores”*. Revista de Información Municipal, año VI, Tomo IX, Nros. 51/52, 1944.
- Prignano, Ángel O.**: *“El Bajo Flores, un barrio de Buenos Aires”*. Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, Buenos Aires, 1991.
- Prignano, Ángel O.**: *“Crónica de la basura porteña”*. Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, Buenos Aires, 1991.
- Prignano, Ángel O.**: *“Bañado de Flores: algunos proyectos y obras que impulsaron su urbanización”*. En *“Aportes para la historia de los barrios del Oeste porteño”*, Junta Promotora de Estudios Históricos de los Barrios del Oeste, Buenos Aires, 1994.
- Prignano, Ángel O.**: *“Buenos Aires: el barrio de Flores y sus hechos”*. Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, Buenos Aires, 2002.
- Razori, Amílcar**: *“La obra de la Intendencia Municipal en los barrios suburbanos de la Ciudad de Buenos Aires durante los años 1932-1935”*. Talleres S. A. Jacobo Peuser Ltda., Buenos Aires, 1935.
- Anastasi, Leónidas**: *“De maestro de la Boca a creador de las primeras revistas jurídicas en Buenos Aires en el primer tercio del siglo XX”*.

## **MARÍA ROSA PUGLIESE**

### *LEÓNIDAS ANASTASI: DE MAESTRO DE LA BOCA A CREADOR DE LAS PRIMERAS REVISTAS JURÍDICAS EN BUENOS AIRES, EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX*

El imaginario colectivo de principios del siglo XX ofrece en Buenos Aires un concepto complejo del derecho y de la justicia. Responde justamente a ese cosmopolitismo que trasunta el panorama variopinto de su población, aunque frente a los excesos que había significado el individualismo finisecular decimonónico representado por el positivismo, se muestra deseoso de cambios y que estos se encarnen en un modelo que, exaltando el progreso, también atiende la denominada “cuestión social”. Sin embargo, ¿hasta qué punto ese anhelo se comparte con quienes manejan un concepto culto del derecho y la justicia, ya sean operadores directos o indirectos de uno y otro? Acertadamente Víctor Tau Anzóategui ha advertido la conveniencia de establecer una distinción entre “la ciencia del Derecho como producto cultural elaborado por juristas y el Derecho como fenómeno social”, pues, acota: “la fuerza intelectual de aquella ha llevado frecuentemente a reconocer la existencia del segundo solo en la medida en que este se acomoda a aquel marco cultural...” Ello sin perjuicio de reconocer la existencia de “sutiles vasos comunicantes entre uno y otro campo...”. Y a su turno, mostramos en otro trabajo, dedicado a la justicia, cómo adquiere paulatinamente un perfil diverso, pues en el ámbito popular y aún para algunos juristas, aparecía “envuelto en una extraña mística, que asomaba en el 'sentimiento de justicia' y en la 'conciencia de lo justo', en contraposición con un aspecto objetivo o formal que se identificaba con el frío texto de la ley. En ese paso de lo religioso a lo profano, el sentimiento de lo justo brotaba desde lo espontáneo y ancestral del hombre en un proceso evolutivo cuya exteriorización debía reflejar el juez”<sup>xiv</sup>.

En ese contexto debemos ubicar a Leónidas Anastasi, jurista, profesor, abogado, político y por sobre todo hombre sensible a las necesidades sociales y de profunda creatividad. Si bien nace en Baradero, el 2 de enero de 1890, es un hombre de Buenos Aires. Vive desde niño en la ciudad, pero su visión va más allá de lo local para abarcar la nación toda. Su padre, Francisco, un profesor de Filosofía y Letras llegado con la ola inmigratoria, debe recurrir a otra actividad para sostener a su familia, y al fallecer, será el hijo mayor quien costee los estudios de los menores. Su sensibilidad, que se avizora tempranamente, lo inclina al estudio del magisterio y recibido a los diez y seis años, obtiene su primer cargo de maestro en la Escuela N° 2 del Consejo Escolar de la Boca, lugar donde está instalada la familia y donde más tarde fundaría, guiado por sus inquietudes, una universidad popular.

Resulta destacable, pero no extraño por el impulso que se da a la educación pública en la época, que desde ese barrio popular con tonada y

sudor italiano, desarrolle una carrera estudiantil jalonada de medallas de oro.

La primera al concluir el ciclo primario, otra, como premio a la que sería su primera obra intelectual, “*Parangón histórico entre la personalidad del Gral. San Martín y la del Gral. Bolívar*”, con ocasión de un certamen histórico en 1906 para conmemorar el aniversario de la Revolución de Mayo.

Al concluir sus estudios de abogado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, sus calificaciones le hacen merecedor de la más preciada medalla de oro y del diploma de honor. El grado de Doctor en jurisprudencia lo obtiene con una tesis que defiende en 1913 y que versa sobre la “Conveniencia del juicio por jurados en la República Argentina”. Cabe recordar una obra anterior, que expone en el curso de Economía Política de 1908, sobre “Las huelgas en la República Argentina”, en la que despunta su inclinación por el derecho laboral y por el campo de la justicia social. Afirma allí que los derechos de asociación y de huelga se encuentran reconocidos en las leyes fundamentales del país, y propicia a la vez, con visión prospectiva, el arbitraje facultativo.<sup>xiv</sup>

Sus preocupaciones sociales lo llevan pronto a ingresar en la cátedra de Legislación Industrial y Obrera a cargo del Dr. Saavedra Lamas, donde es Profesor Adjunto y en 1924 alcanza la titularidad, y asimismo en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata. Todavía no se habla de Derecho del Trabajo, y él es uno de los que propenden la autonomía de la materia. Por ello en 1937 al crearse el Instituto de Derecho del Trabajo, lo designan director. Además, desde el año anterior ocupa el vicedecanato por decisión de la asamblea de profesores y estudiantes. En 1919 ya había integrado la delegación argentina al Congreso de la Organización Internacional del Trabajo celebrada en Washington, y aquel interés despertó el ideal de alta política alcanzando un escaño en la Cámara de Diputados de la Nación, por el período 1920 a 1924. Vuelve al recinto como diputado de la ciudad en 1938 para concluir en 1942, sin sospechar que no completaría su mandato, pues su vida se consume antes, muriendo prematuramente el 17 de enero de 1940. Como no podía ser de otro modo, integra y preside la Comisión de Legislación Laboral, y desde allí son múltiples sus iniciativas, en particular su alegato por la igualdad civil, económica y política de la mujer y el hombre, la creación de la Caja de Jubilaciones, pensiones y retiros de la Marina Mercante Nacional, el salario mínimo, la jubilación de empleados de compañías de seguros, las vacaciones anuales pagas, la ley orgánica del magisterio, la reforma de la Ley 4.144 sobre residencia de extranjeros, la ley de asociaciones profesionales, la reforma de la Ley 9.688 de acciones de trabajo, la organización de la Comisión Nacional de Casas Baratas, etc.<sup>xiv</sup>

Vida científica, pero también activa y azarosa. Conoció el destierro y la cárcel bajo el gobierno del Gral. Justo, por su pertenencia al Partido Radical. Desde la Penitenciaría de Las Heras siguió preparando sus cursos y ocupándose de los casos que defendía como abogado, gracias a los libros y material que le llevaban sus amigos. Y en otra oportunidad, es el Embajador de Uruguay el que le brinda apoyo para escapar a Montevideo. Aquí

cabe recordar el hecho, tal como me lo relató su hija, María Luisa Anastasi de Walger. Anastasi se encontraba en el Hotel City reunido con el Dr. Marcelo T. de Alvear, y allí recibió el informe de que era buscado por la policía. A pesar del riesgo, pero con responsabilidad profesional, ya que debí a terminar un escrito judicial que le vencía al día siguiente, salió sigilosamente del hotel y fue hacia su estudio en la calle Talcahuano, a pasos del Palacio de Tribunales. Mientras su mujer entretenía a la policía, que le pisaba los talones, él concluyó su trabajo y con la ayuda del citado embajador se embarcó al país vecino<sup>xiv</sup>.

Lo llamativo de este hombre es su precoz madurez, no solo para llevar adelante esas múltiples actividades, sino para emprender la fundación de una revista jurídica, la primera dedicada a la jurisprudencia de los tribunales, en febrero de 1918, cuando apenas tenía 28 años. Lo hizo conjuntamente con otro jurista y profesor, Tomás Jofré, con quien estaba unido por iguales intereses: el derecho, la docencia, la justicia y la ciencia. Así surgió la Revista de Jurisprudencia Argentina, que desde 1926 tiene personería jurídica, y el hijo de inmigrantes, maestro de escuela en la Boca, se convirtió en el creador de un género de revistas que no existía en el país, aunque sí en Europa y Estados Unidos, y que se mantiene vigente, aunque ahora también utilice el instrumento del softword. Año significativo sin duda, pues eclosionó el movimiento de la reforma universitaria, de la que era un entusiasta, y que más allá de la conquista de la autonomía y de presencia de los estudiantes en el gobierno de las casas de estudio, vinculó la universidad con el pueblo, como expresión de una cultura científica que se enraizaba en lo popular, a la vez que finalizaba la Primera Guerra Mundial y la revolución rusa agitaba el oeste europeo; en tanto, en la vida cotidiana, la famosa nevada del 22 de junio en Buenos Aires, tal como comenta La Razón, producía “algarabía en el centro y en los barrios” y se inauguraba el balneario municipal<sup>xiv</sup>.

En esa turbulencia de acontecimientos que se daba en Buenos Aires para la época de fundación de la revista y que nos permitirá más adelante ofrecer un renovado concepto del derecho y de la justicia, no puede soslayarse la cuestión social, producto de esa Argentina “aluvional” gestada en el último tercio del siglo XIX, como la denominara José Luis Romero, que encuentra en la “babilónica” ciudad capital un centro desde el cual se irradia al resto del país. Este logró integrar a la mayor parte de la población ingresada que crecía en progresión geométrica y que era fuente tanto de riqueza como de dificultades. Las transformaciones económicas y sociales del industrialismo provocaron la vivencia de nuevas situaciones, en particular el crecimiento del obrerismo y una nueva relación con la parte patronal<sup>xiv</sup>. Pese a que el tema encuentra ámbito propicio en la revista, no transforma a esta en trinchera de clase o de partido, sino que sirve para un planteo científico del mismo. Y ante la lentitud con que se movía el legislador, muestra cómo la jurisprudencia de los tribunales constituía el ariete para la adecuación del derecho a la realidad. En concordancia con esta línea, resulta sugerente que en el plano literario uno de los movimientos de mayor fuerza a comienzos del siglo fuera el realismo,

luego de haber pasado por el naturalismo zoliano. Quizás Anastasi, pese a que se haya trasladado de la Boca a Tribunales, estaba más en consonancia

El nuevo siglo mostraba un reverdecer de las fuentes del derecho, osea de las múltiples formas a través de las cuales se regulaba la vida social. El fenómeno jurídico había quedado reducido a los textos de los códigos, por el afán de encerrar todo el derecho según el modelo que imprimió el famoso con un Roberto Arlt, que no ceñía la ciudad a la zona céntrica, como Cambaceres y Martel, que se limitaban a mostrar lo bueno o lo malo, entre la avenida Alvear y la Bolsa de Comercio, sino que muestra esa otra urbe, poco apreciada, de los hombres del trabajo y de los marginales<sup>xiv</sup>.

El nuevo siglo mostraba un reverdecer de las fuentes del derecho, o sea de las múltiples formas a través de las cuales se regulaba la vida social. El fenómeno jurídico había quedado reducido a los textos de los códigos, por el afán de encerrar todo el derecho según el modelo que imprimió el famoso Code Civil de Napoleón y que hallara eco en todos los rincones donde la influencia francesa o el criterio dogmático para concebir aquel, hacían prosélitos. Las ramas mutiladas por la hegemonía codificadora cobraron nueva vida y la savia que las nutría permitió su vigorosa expansión. El camino lo abrieron importantes juristas europeos, como Geny, Saleilles, Lambert, Esmein, etc, y algunas figuras argentinas recibieron esa experiencia y la transmitieron. La “monocracia” de la ley cedía a un pluralismo enriquecedor, donde la costumbre, la jurisprudencia, la libre investigación científica, sirvieran para canalizar las novedades de una realidad mutada, desde las fronteras políticas producto de la guerra a las conquistas tecnológicas, pasando por las motivaciones ideológicas, económicas y sociales<sup>xiv</sup>.

En su reflexión juega también un rol fundamental la tarea de la doctrina, para evitar el abuso de la autoridad de los tribunales, o sea, que no esté tan atento a “pesar” y “medir” los antecedentes jurisprudenciales, pues de lo contrario “*el derecho se convertiría en el arte práctico de tener éxito en los tribunales*”<sup>xiv</sup>. La labor de los juristas serviría de gran auxilio para examinar esas decisiones, y del resultado de sus estudios surgirían nuevas corrientes que rectificaran cauces equivocados.

Esa tarea judicial debía contar con un canal de expresión y las revistas jurídicas son sus mejores difusoras. La revista, al comentar las sentencias más importantes, enriquecía el análisis realizado por el propio Juez o Tribunal, adosándole la opinión propia o la de otros juristas, y con ello el derecho ganaba en científicidad sin descuidar su íntimo correlato con la vida. En síntesis, la revista, se convirtió “[...] *en una de las principales vías por donde se transmite la teoría y la práctica del derecho. Allí se acogen la jurisprudencia, la legislación y la doctrina nacional y extranjera, se dan a conocer ensayos críticos y estudios de distinta índole, jurídicos, dogmáticos, filosóficos, sociológicos, históricos y económicos que profundizan diversas áreas del campo jurídico [...]*”, y, asimismo, integran una “red de circulación de ideas”<sup>xiv</sup>.

El mundo de la época, tras las dislocaciones económicas de 1928, se

abre a la concepción de un Estado intervencionista y benefactor, o sea, de un Estado preocupado por los intereses sociales, a ello respondía el movimiento del constitucionalismo social, desde las constituciones de México (1917), Weimer (1919) y también en las argentinas de San Juan (1927), San Luis y Entre Ríos (1933), y en él se insertaba nuestro hombre. Sus viejos alumnos rememoran que dedicaba las primeras bolillas del programa de Legislación del Trabajo a la evolución histórica y el desenvolvimiento de la cuestión social. Y afirmaba que el derecho laboral llenaba una alta función social, debiendo su contenido ser difundido en el pueblo, juntamente con los demás valores de la cultura, y no estar reservados a una elite<sup>xiv</sup>.

Veamos ahora algunos ejemplos de esa labor de comentador que lleva a cabo Anastasi. La eclosión de ideas y de renovaciones técnicas, cobran mérito al anotar un fallo, diciendo que “[...] *en el siglo del vapor, de la luz y de la electricidad [...]* los medios de vida se han transformado fundamentalmente [...]”, y ello provocaba en el caso analizado la responsabilidad patronal por los actos de sus empleados, prefiriendo la doctrina del riesgo profesional en vez de la denominada “culpa in vigilando”. Y en idéntico sentido, al ocuparse de una sentencia de la Cámara Federal de la Capital, en el tema de la responsabilidad patronal por los accidentes de trabajo, afirma: “[...] *la Cámara demuestra que el “jus novum” no la ha encontrado desprevenida, antes de sancionarse la Ley 9.688, tuvo ocasión de acomodar inteligentemente sus decisiones a teorías que, como la de la culpa contractual, eran un sustitutivo eficaz de la ausencia de legislación [...]*”<sup>xiv</sup>.

En otra causa en la que se discutía la validez del reclamo de indemnización por accidente laboral, porque el obrero seguía percibiendo el mismo sueldo, Anastasi afirma que “*el derecho nuevo plantea problemas de orden procesal que fueron desconocidos por nuestros mayores*”. Y es el referido a la intervención del patrón en juicio cuando este contrató un seguro colectivo. Analiza una figura jurídica que se denomina “sustitución procesal” con la cita de importantes juristas como Chiovenda, Kohler, Ihering. Asevera que en Francia se admite, porque la ley civil se refiere a ella en diversos casos. Nuestra jurisprudencia, alega, se apropia del concepto, pero en realidad solo son partes del proceso civil el obrero y el asegurador. La función de parte no le corresponde al patrón. Pero, “[...] *si los litigantes*”, continúa, “*o el juez la conceptúa necesaria, puede darle intervención al patrón para esclarecer las circunstancias que rodearon el siniestro*”<sup>xiv</sup>.

Anotando un fallo sobre divorcio por injurias graves, opina que “*la tendencia de nuestros tribunales a extender cada vez más las causas de divorcio encuadrando los hechos que lo motivan en alguna de las causales previstas en el Artículo 67 Inciso 5 de la Ley de matrimonio civil va acentuándose*”. La considera “*bien orientada sociológicamente, porque así que en la verdad de los hechos un matrimonio mal avenido y que se encuentra dislocado por la fuerza de las cosas no debe mantenerse subsistente en toda su integridad legal, porque no hay ningún interés social que lo aconseje ni razón práctica o jurídica que lo justifique. Las injurias graves, como causal*

*de divorcio, implican dos grupos de hechos completamente diversos que integran el concepto legal y jurisprudencial: las injurias propiamente dichas y los actos u omisiones de uno de los esposos que impliquen manifiestamente menosprecio por el otro. La gravedad debe apreciarse por el juez, en atención a las costumbres de aquellos, su posición social [...]”*. Los tribunales, reconoce, se orientan en el sentido de ampliar el concepto de injurias graves. Y acota, “*si nuestra ley admitiera el divorcio con disolución del vínculo, podría invocarse el interés social que aconsejaría un criterio restrictivo, pero en el caso nuestro de exclusiva separación, la tendencia de nuestros tribunales está bien inspirada*”<sup>xiv</sup>.

Se concluye entonces que una nueva concepción del hombre, ya no visto desde un enfoque individualista sino concreto y social, influye decididamente en el derecho, que exhibe también la nota aludida, y puede esquematizarse en la fórmula: nueva realidad = nuevo derecho. En especial, el derecho privado deja atrás unos confines muy amplios para quedar cada vez más restringido, y pierde una materia que le era propia, el derecho obrero. En cuanto a la justicia, su gradual transformación se opera al superar postulados individualistas en pro de criterios sociales, al margen de la propia actividad de los tribunales, que, por medio de una jurisprudencia creativa, salva la ausencia normativa o la rigidez de cuerpos que respondían a otras necesidades. A la par que se fortalece una creciente adhesión al nuevo “derecho social”, uno de cuyos primeros paladines es Alfredo Palacios, lo asocia indisolublemente a la llamada “justicia social”. Ese nombre, no era nuevo, pues Pío IX ya lo había plasmado en su Encíclica Cuadragésimo Anno, pero cobra entonces un particular sentido y es representativo del siglo XX. Enunciar o propender una “justicia social”, constituye en el decir del jurista Alfredo Colmo, “humanizarla, espiritualizarla”, asegurando a todos los hombres el acceso a los beneficios de la riqueza y de la cultura<sup>xiv</sup>.

Como corolario cabe apuntar que Anastasi pone sobre sus hombros una ardua tarea, la edición en Buenos Aires de una revista de gran nivel científico, la Revista de Jurisprudencia Argentina, y vuelve a repetir la experiencia con otra, la Revista La Ley, en 1935. La primera tiene el valor de lo novedoso, aunque haya abrevado en modelos franceses como las revistas Dalloz y Sirey, pues le pone su impronta y nos sirve también para visualizar la importancia de Buenos Aires, pues a su vez se convierte en referente de una literatura del mismo género en algunas provincias y en otros países americanos, v.g. Uruguay. En cuanto a sus cualidades científicas, aún no se le ha otorgado el lugar de privilegio que merece como jurista. Domina la doctrina jurídica europea, americana y argentina de una manera tan cabal y tan sencilla al mismo tiempo, que no puede sino sorprender al lector. Cada una de sus notas es un reflejo de un serio y meditado estudio del tema, desbroza literatura y jurisprudencia de los últimos cuarenta años, pudiendo afirmarse que no hay bibliografía que se le escape, ni valla que se le oponga. Lo llamativo es que su redacción le demanda solamente ¡parte de una noche!, al mismo tiempo que desarrolla otras actividades y marca el ritmo de la misma

publicación, cuya dirección ostenta en el exacto sentido de la palabra. La segunda, es la obra de la madurez. Vaya paradoja, madurez a los cuarenta años. En el prólogo del primer Repertorio de La Ley fluye aquella antorcha que había prendido en su juventud, y la adorna con la inteligencia y reflexiones de una vida de estudio, pero siempre atenta a la realidad, y en especial a esa realidad tan peculiar que le muestra su querida ciudad de Buenos Aires<sup>xiv</sup>.

## **JORGE QUIROGA**

### *LA POESÍA DEL TANGO Y LA CIUDAD*

Las letras de tango forman parte de un repertorio que posee la particularidad de ser un producto de la ciudad y al mismo tiempo nutrir la imagen, la manera de ser, de las personas que viven en el espacio urbano. Constituyen una excelente oportunidad para pensar a la Ciudad de Buenos Aires, establecer relaciones, registrar los múltiples oficios de sus habitantes, comprender las pasiones, amores y sueños, las penurias y mishiaduras, los innumerables rostros de la multitud, las entrañables costumbres porteñas, la amistad de los hombres y el rechazo de un mundo social en crisis. Se convierten en poesía y en canción de la mano de Pascual Contursi, un humilde poeta popular que realizó la empresa de forjar la figura del abandonado, del inconsolable, tema casi obligado de toda la poesía, figura tan propia que es local y universal por sus alcances; ingrediente privilegiado del repertorio tanguero. Con el mencionado autor (alrededor de los años veinte) comienza, o se alarga, toda una mitología que la letra del tango en poco tiempo estructura, produciéndose un proceso de mutua interrelación que identifica casi inmediatamente al habitante porteño con la poesía del tango. Seguramente esta cualidad ya estaba en la música canyengue, desafiante, del tango (que es por definición sentimental y nostálgico).

El arrabal de las últimas décadas del siglo XIX, y de las primeras del XX, parece ser el mito básico que organiza al tango como baile. Al parecer, lo primero que aparece es una forma de bailar, luego irrumpe la música, donde están condensados los elementos fundamentales de la esencia del tango. Picardías y atrevimientos, surgen en su origen de música prohibida y fascinante, pero el arrabal no solo es lo constitutivo, sino que atraviesa toda la evolución del género, y prevalece aun cuando no exista más como realidad de la ciudad ya que fue desapareciendo con el acelerado empuje del progreso y la urbanización modernizante, que termina con ese límite, frontera y orilla que encerraba tanta atracción. La referencia a ese espacio es continua; en verdad se podría decir que el tango reproduce durante su desarrollo el relato principal de circunstancias que tienen fechas relativamente precisas, pero que el tango instala interminablemente en sus letras y música reales. Hasta en la época de la vanguardia tanguera ese arrastre se identifica con el tango.

En la sátira burlesca de los tangueros antimitológicos el toque arrabalero es una constancia y un límite. Al criticar el estereotipo del arrabal lo que están diciendo es que es necesario aprehender el mito hasta desmantelarlo, aunque lo sigan pensando cautivante. Siempre se dice que el arrabal prepara al tango de tal manera que ha logrado forjar una música y un ritmo representativo que se vuelve inseparable de su propia figura. Parafraseando a Borges, se podría decir que el tango es una extensión misma del arrabal, están los dos tan entrelazados desde el principio que siguieron su recorrido alimentándose mutuamente.

Las letras de tango toman esa realidad y la usan como materia prima con la que escriben sus versos, oscilando entre la visión costumbrista del suburbio -pintoresca- o la imagen poetizada y nostálgica -metafísica-. La primera imagen corresponde a las letras del período pre-Contursi, basado en la descripción o autodefinition de los personajes de los barrios pobres, que se exaltan a sí mismos en sus cualidades: ser el mejor bailarín, el canfinflero, el guapo más nombrado, etc., en instancias que quieren recuperar a esos personajes barriales. La segunda es la de un arrabal perdido en la lejanía del tiempo, que ya comienza a identificar al barrio-tango, pasando por la visión descarnada del suburbio como el ámbito de la miseria más angustiosa, de los crímenes de sangre (Ej. “Sentencia”), hasta llegar a la musa mistonga, a los espacios que se fueron irremediadamente y que ahora solo son un recuerdo en la ciudad. Barrios que resumen historias de vida, que son cuna de sitios populares, con la presencia de sus leyes: el culto al coraje, la integración intensa de las pasiones, el ámbito del arrabal como lugar de la sensualidad y la nostalgia.

Así la evocación de lo suburbano se vuelve un motivo que se consolida en la era gardeliana (1910-1935) sustentándose en un mecanismo de recordación, que se concentra en la música del tango y en su letra. Es traer a la memoria un tiempo mítico, pasado, que se actualiza, pero conservando siempre ese espacio que llega desde lejos, que es posible revivir y que por lo tanto sirve como un lazo de unión. En ese tipo de tango es como si el tiempo y el espacio se hubiesen detenido y repetidamente la poesía los convocara a aparecer. El arrabal se vuelve un lugar muy especial, correspondiendo a un tiempo mítico, siempre igual a sí mismo. El tango lo llama, lo trae continuamente a través de la figura del guapo, ya desbancado, que retorna a su viejo territorio y que el paso del tiempo ha convertido en irreal o, por lo menos, en un sitio que ya es otra cosa, sin comparación posible con ese tiempo primordial.

La fascinación en torno del arrabal es constante en la cultura argentina. En la poesía esta condición es aún más acentuada, más definitoria, organiza las poéticas y está en la base de las propuestas estéticas. Todos sabemos que el acierto de Evaristo Carriego fue inventar el barrio, mirar el contorno, “ser el primer espectador de nuestros barrios pobres” (1) a partir de la reclusión de su familia por motivos políticos. Este exilio interior, este encierro casi obligatorio, es el inicio de la poesía carriegana de la *Canción del Barrio*, de la descripción acertada de esos personajes prototípicos de la orilla que determina ese tipo de acercamiento.

El guapo “cultor del coraje” es visto como una figura estoica, noble, que por lo tanto merece admiración, o por lo menos nuestra comprensión, y a veces nuestra reverencia. Esta visión se traslada casi textualmente a algunos tangos pero, con una diferencia de amplificación, esa figura es evocada, recordada.

El procedimiento básico de esta actitud es recuperar imaginariamente en la letra del Tango Canónico de la era gardeliana (momento en el que se

encontró la estructura y la forma convencional de su presentación), lo perdido que parece imposible que retorne y que sin embargo, como dijimos, el tango lo convoca, utilizando la poesía de la separación y del exilio. En última instancia, se trata del tema del paso del tiempo, inexorable y reducido a un ámbito, como el del suburbio, que implica protección y resguardo a esos seres solos que no pueden transponer ese umbral o límite, que los separa de la zona donde se sienten cobijados.

Lo mismo se podría decir de ese otro relato carregiano, “La costurerita que dio aquel mal paso”, que el poeta mira con piedad y sencillez barrial, y que la letra del tango repite, con variaciones, manteniendo la inicial comprensión con la que se ve el fenómeno de la chica de barrio que abandona ese espacio, aunque lo haga bajo la forma de resentimiento o reproche. El tango a veces formula su crítica como un reclamo afectivo, otras destaca las virtudes del personaje, a quien la vida misma ha desviado o llevado a otro sitio del que no podrá salir. De un lugar de cuidado a la perdición que da el dolor de la vida real, siempre recordada en el tango, como si se partiera de un ámbito propio con sus propias leyes.

Hay que tener en cuenta que la fascinación que ejerció el arrabal, estructuró una buena parte de la poesía de la ciudad, es decir, que la productividad de la Poesía de Buenos Aires reside en ese margen. Será la Flor de Fango, la imagen que elegirá la letra de tango para contar esas tribulaciones de las pebetas de arrabal, y alrededor de ellas tejerá opciones, que parten de una mirada que lo que busca es entender aquello que hizo, de diversas maneras, que la perdición femenina se instalara en las expectativas de la gente pobre. El tono será casi siempre melodramático; lo importante es reflexionar el hecho que solo en parte esto se refiere a la vida real, porque el lenguaje empleado por las letras está sutilmente estilizado. Se trata de escribir una letra que será cantada, que transmitirá una determinada significación y que por un lado se manejará con su propia secuencia (ningún tango está solo, siempre pertenece a una determinada secuencia) y por el otro con la suficiente referencia al contexto inmediato.

El tango y su letra arman una historia paralela, no solo separada de los acontecimientos histórico-políticos, aunque a veces los incluya en su repertorio, y haga algunos cruces o puntos de contacto, sino también de la serie literaria, por más que el tango esté en la literatura. Las letras forman parte de nuestra literatura contemporánea, de sus encrucijadas. Establecen sus propias coordenadas que se entrelazan, dialogan con lo real y entablan relaciones formando lo que se llamó la Literatura Representativa, ligada a la expresión oral e idiosincrática, pero que produce su particular espacio significativo, que inclusive abastece la Literatura de Libro. Ambas variantes de la literatura mantienen rasgos complementarios, convergentes, que se plantean de diferente manera porque pertenecen a registros artísticos que tienen sus peculiaridades, siendo muy singular el hecho de sus respectivas influencias. Idea Vilariño, en su libro clásico “Las Letras de tango” (1965), indica los temas y motivos que estructuran su sistema, su temática: “Una

*unidad de interés y motivo es una situación, un hecho o eslabonamiento de hechos que se reitera con variantes que no alteran su estructura fundamental”, aclarando que no siempre esta delimitación se ve a simple vista, ya que “En las letras, temas y motivos o motivos entre sí, se acoplan o son interdependientes”. (2)*

En esta compleja y a la vez sencilla trama, lo que ocurre es que cada letra de tango añade un matiz a la serie en la cual se incluye. Ningún tango está aislado, más bien se incorpora a una serie prefijada o inaugura una nueva secuencia, siempre transformando y manteniendo el esquema de su sistema literario. No hay que entender estas secuencias como mero encadenamiento de hechos, por el contrario, estamos hablando de segmentos poéticos, es decir, de sentido, llenos de significación y que hay que relacionar con el estado de la poesía de su tiempo, porque las letras mantienen relaciones internas al género tango, que tienen que ver con el lugar que ocupan en la trama. Allí reciben y brindan elementos externos, influencias que las potencian poéticamente.

Encontrar ese ingrediente, que siempre incorpora una nueva letra al vasto material que diversas generaciones de letristas han dispuesto en una especie de sistema muy organizado y cohesivo, es tarea del oyente de tangos. Su estructura tiene límites precisos y formales y todo aquel que se ponga a escribir la letra de un tango debe conocerla, siendo este un hecho tácito. Debe también comprender lo particular de ese acervo, resultado de una creación casi colectiva, en el sentido de que existen grandes poetas del tango conocidos por todos y otros que son casi anónimos y escribieron letras muy hermosas cuya autoría cayó en el anonimato.

Existen ciertos períodos musicales que no siempre coinciden con la evolución de las letras, coincidencia que sí se da en el momento de su aparición, ya que la ruptura decarista es casi contemporánea con el surgimiento del tango canción. Con Carlos Gardel, el cantor se convierte en una pieza mayor en este juego; el tango cambia de signo, y la palabra hablada es cada vez más el factor que lo caracteriza, se vuelve más reconcentrado y nostálgico; la apelación a los sentimientos es recurrente y la poesía es su razón de ser. El ritmo ciudadano se extiende ahora a la dicción y a los elementos de la voz y el canto. Con De Caro y su introducción de la partitura en la orquesta típica, se sistematiza el tango desde el punto de vista artístico y el desarrollo en la era gardeliana, de la primera camada de letristas. Inicia un proceso de profundización que transforma los parámetros del tango en su letra. Figuras claves de esto son Pascual Contursi, Celedonio Flores, Francisco García Jiménez, Samurel Linning, José González Castillo, etc., quienes establecieron la mitología esencial de la letra de tango, su estructura poética y sus alcances. Hay formas de pensar de la época que explican cómo se trataban algunas temáticas: la mujer, la traición, el barrio, la madre, la rebelión, la situación social, etc. Esta primera generación de letristas gestó realmente la estructura de las letras de tango creando una mitología. Tempranamente aparece, por ejemplo, el tango “Quevachache” de 1926. El tema de la letra es el lugar de la mujer, desde una visión cruda y materialista, impensable en la idealización de

lo que llamamos la mitología. Ese tango de Discépolo recibió al principio duros cuestionamientos como si no se tratase de una verdadera muestra del género. En “Pinta brava” de Mario Batistella, de 1925, ya hay un irónico cuestionamiento, “al culto del coraje”, que luego se repetirá en la mirada crítica.

El más claro exponente es Discépolo, quien en 1928 con sus letras consolida la antimitología. En “Esta noche me emborracho” (descarnada descripción grotesca de una decadente mujer de cabaret), en “Chorra” (aguafuerte impiedoso de una historia cotidiana), en “Malevaje” (monólogo burlón que encubiertamente, demuele la valentía que el tango exalta), lo que está indicando, (porque no es el único crítico de la mitología) es que en las series tangueras es posible introducir esquemas de ruptura.

En el 40 se reformulan muchas ideas en el tango y la elaboración literaria de las letras es una clara señal de la época que guarda una vinculación muy estrecha con el lenguaje de la poesía moderna, pero pasado por el tamiz de la canción porteña.

Sobretudo con la obra de Homero Expósito, la antimitología será cada vez más explícita. “Farol” hablará de un arrabal humano y obrero, contextualizado en los nuevos tiempos de la ciudad industrial, muy distintos al suburbio mitificado; la rubia de “Oro Falso” será nuestra mujer de pueblo; las imágenes de origen rural inundarán las letras.

Lo cierto es que toda la letrística del 40 presenta o profundizando rasgos antimitológicos, o inaugurando una nueva forma de narrar a las mujeres del tango (las Malenas de Homero Manzi, los incontables tangos amatorios del 40, la visión de una mujer poetizada y real), al Sur como el último arrabal, a la nostalgia por los amores suburbanos y las novias de provincia, a la melancolía y evocación que provocan los barrios perdidos, a los tangos portuarios y marineros, al canto a un Buenos Aires fascinante.

La poética de los tangos del 40 está pensada como la organización del registro de la vida de la ciudad, siempre evocando, pero escribiendo esa actitud con un sesgo literario muy acentuado que incorpora hechos del lenguaje de la poesía moderna con un enfoque popular y entrañable. El material que le brinda al tango la poesía del siglo XX es procesado dentro del peculiar sistema literario mismo, que aprovecha esas contribuciones para trabajarlas en las letras, haciéndolas cambiar de sentido y convirtiéndolas en un aporte al género.

En la década del 40, la poesía, inclusive la de vanguardia, entra en el tango a través del uso de metáforas osadas y arbitrarias, de comparaciones atrevidas, que en las letras de Homero Expósito son como avances, puntas de lanza, para iniciar la renovación lingüística que se modera en el “Neopopularismo” de Homero Manzi (al estilo García Lorca); en Cátulo Castillo; en el precursor Enrique Cadícamo; en el metafísico Horacio Sanguinetti; en el ensimismado Carlos Bahr; en el desgarrado José María Contursi, etc. Ser vehículo de comunicación es un componente fundamental de esos versos, consiguiendo así que el poema ayude a que el oyente

acreciente su función participativa y disfrute del texto como si fuera suyo. La poesía del tango, ya organizada en propuesta estética, necesita encontrar un lenguaje, por definición comunicativo, porque al ser un fenómeno forjado por los habitantes de la ciudad para relacionarse entre sí, le es indispensable encontrar el idioma preciso para que se produzca esa recreación colectiva. Claro que el procedimiento es de índole cultural; el tango opera para que los nuevos inquilinos de la urbe se integren al ritmo poético de la ciudad que se va extendiendo, actuando como instrumento de la transculturalización (choque de culturas) que se realiza entre nuevos y viejos habitantes, haciendo que nazcan otros temas. Esas letras son evocativas, reduplican la memoria, siempre se refieren a un tiempo relativamente lejano, como si se mencionase otro lugar, otro espacio que necesita ser llamado una y otra vez, repitiendo el rito de evocar, como una forma para que el encanto del tango se prolongue, permita convocar y traer recuerdos y olvidos, realizando una rememorización, que es la que da contenido a la letra.

Como reformulación de problemáticas que están en el área rioplatense, alimenta y recrea un espacio cultural propio y transferible. La poesía del tango está cada vez más unida con el sentido de la ciudad, ella tiene un relato para contar. Esa narración se la encuentra en toda la literatura ciudadana, y lógicamente en las letras, que reconstruyen la historia de los amores y la vida de los que viven aquí.

Esa condición poética es en realidad una manera de ser y de expresarse, como si hubiera una recurrencia interna, para transmitir la experiencia que transcurre en la ciudad, sincerando un sentimiento y un tiempo determinados. Los cambios y las transformaciones sociales y políticas, casi no se reflejan de forma directa, aunque no faltan ejemplos de ello, como si estuvieran armando su historia particular, que se esquematiza en un bloque paralelo a la realidad, con múltiples cruces con ella.

La poesía de Buenos Aires, en los poetas de libro como Jorge Luis Borges al principio de su obra, hablan de una ciudad rosada e irreal, imbuida de arrabales tiernos y tapias hacia el poniente, donde el tiempo es una eternidad, o narra su crecimiento, como en Raúl González Muñón, en quien el margen porteño está vislumbrado en una ciudad de barrios amados, estremecimientos también de algo irrecuperable que está presente en esos suburbios urbanos de extramuros. La irrupción de Nicolás Olivari, pone en evidencia un mundo de muchachas violinistas a las tres de la mañana, como así también las irreverencias de los espectadores atónitos ante lo cotidiano, hombres solitarios que saben que su soledad es la del tango. A lo anterior debemos agregar la crispación de las narrativas de la ciudad, los contrastes arltianos de una vida en crisis y angustia, espacio donde deambulan seres sin sentido y humillados. Estos personajes, al borde del abismo existencial, son sujetos que circulan en el ámbito de la ciudad, envueltos en el silencio, como los seres atormentados de los que nos hablan los cuentos y novelas de Roberto Mariani. Son personas desgarradas en la ciudad, burócratas de oficina, siempre cubiertas por ese misterio de la miseria urbana. La Literatura de

Buenos Aires tiene con esta ciudad una implicación de mutuas interrelaciones, ambos universos se juntan en la repetición de lo presentido, de lo que siempre está anunciado.

La era evocativa del tango se vuelve a instalar, en la vanguardia del 50, porque, musicalmente, este se aproxima y se aparta a la vez de lo local, haciéndose más universal. Aunque las letras (por ejemplo las de Horacio Ferrer) acompañen esta dirección, paradójicamente colaboran con la revisión constante y a la vez elaboran secuencias de lenguaje nuevo, retornan a la nostalgia de las últimas grelas, de los locos de Buenos Aires, de los pibes que rondan los bares, de los inmensos amores.

Tal como lo plantea Osvaldo Pelletieri en “Evaristo Carriego y el sistema literario de las Letras de tango” (3), hay una formulación coherente ya desde la primera generación de letristas, la que normatiza los procedimientos elegidos. Invariablemente, al trabajar con lo que “el sistema literario culto había desechado”, producían, por así decirlo, un cambio de rol de ese tipo de textos poéticos. Estaban -dice Pelletieri- en Evaristo Carriego “la casi totalidad de los elementos necesarios para concretar un sistema literario”. La letra de tango tomó como modelo a Carriego, en él están todos los motivos de la recreación del suburbio, que a su vez, como dice Borges, lo inventa a Carriego, que se convierte en protagonista de lo narrado. Este sistema de vasos comunicantes entre los dos polos, ámbito geográfico y poesía resultante, se repite en toda la literatura de la ciudad.

La circunstancia de que la poesía del tango emplee igualmente este tipo de estrategias, señala el uso que hace de los recursos que tiene a su disposición, cómo los va incorporando progresivamente a sus facultades expresivas, como ocurrió con la metáfora moderna en el 40, o en la elección de la parte, de la obra de los poetas de libro, que correspondiera a los fines del tango y a sus propósitos como sucedió con los versos de Rubén Darío, Amado Nervo, Almafuerte, Carriego, Jorge Luis Borges, Federico García Lorca, la poesía de los payadores porteños (que son su antecedente) y con todo lo que le fue útil para configurar su poética.

La ciudad pedía que el tango cantara y comprendiera su estilo, entonces él sirve para explicar el misterio de su geografía humana. Esta poesía que posee segmentos narrativos, a veces cuenta la historia hasta teatralmente o la siente líricamente, consiguiendo que el relato sea indirecto. En pocos versos traza la historia de una vida, se tensiona existencialmente, se acerca a veces a la prosa, es rebelde y llorona, otras un canto resentido o una imprecación lunfardesca. El tango mantiene una especial insistencia con los sentimientos, no escapa nunca a la órbita de lo sentimental, por el contrario, esta cualidad ocupa un lugar de privilegio en lo poético del tango, la acusación de demagogia sentimental que se le hizo a Carriego, y por extensión al tango mismo, no lo toca por varios motivos: primero, porque es un producto de la “industria cultural”, incipiente en su origen pero real; segundo, porque se reconoce en una tradición; y tercero, porque no tiene prejuicios antisentimentales y los usa en algunas oportunidades con desparpajo. Es una

poesía sencilla la del tango, que nunca fue solemne, por eso siendo muy porosa le es muy fácil, introducir variantes sutiles a su propio sistema, por lo que continuamente efectúa modificaciones, aunque siempre actuando cautelosamente, pero con una gran capacidad integrativa, dentro de su simpleza.

“*La productividad del sistema continuó hasta la década del 50*”, dice Pellitieri en un artículo de 1991, refiriéndose a la letra del tango derivada del carriguismo, sabemos que Homero Manzi hace explícito en sus poemas, el rescate del mito del suburbio, su “alma”, el sentido mismo del último arrabal, pero con otros métodos, algunos incluso paródicos y de rechazo, se concretaron historias íntimas y significativas, y varios años después se puede decir que el sistema sigue activo, aunque quizás precise nuevas formas. Quien se incluya en esta vasta zaga, que fue construyendo la letra de tango, conoce tácitamente sus convenciones, y si se dispone a transgredirlas lo hace premeditadamente. En términos prácticos, la letra tiene una estructura de tres partes prototípica y de reglas muy corrientes que deben seguirse para escribir la letra de tango, pero el principal procedimiento a respetar es de carácter poético y de significación. Con una simple estructura formal, se han escrito muchísimas letras, que pueden clasificarse en pocas temáticas, que sin embargo parecen inagotables. Cada tango, musicalmente, y cada nueva letra, agregan un matiz, un punto de vista inédito, y pasa a ser la mirada que va descubriendo la ciudad, conformando un relato múltiple.

La Poesía del Tango, está tan íntimamente vinculada con la ciudad que ambos espacios existen en una unidad que es indiscernible, conviven en las costumbres de su gente, y se da el caso de una ciudad que crea sus propios mitos, y por lo tanto su poesía. La letra del tango, que es integrante de la literatura de Buenos Aires, hace mucho tiempo se ha convertido en fuente de sentido de la misma ciudad que lo inventó.

(1) **Jorge Luis Borges**: “*Evaristo Carriego*”. P. 100, Editorial EMECE-Buenos Aires, 1955.

(2) **Idea Vilariño**: “*Las letras de tango*”. P. 130, Editorial Shapire, Buenos Aires, 1965.

(3) **Oswaldo Pellitieri**: “*Evaristo Carriego y el sistema literario de las letras de tango*”. Corregidor Cultural Nro. 7 y 8 enero/febrero 1991.

**EDGARDO JOSÉ ROCCA**

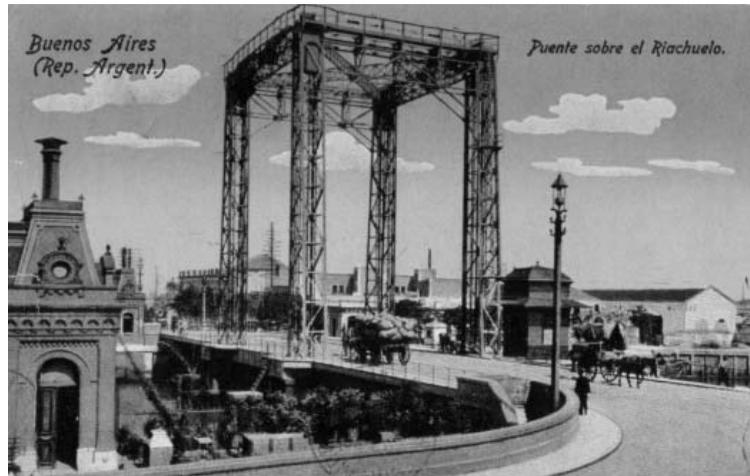
*EL BUENOS AIRES QUE VIO Y VIVIÓ ENRIQUE HORACIO PUCCIA*

Enrique Horacio Puccia, incansable caminador y admirador de Buenos Aires, supo plasmar en las páginas de sus libros la historia barrial de la ciudad. Seguramente estas imágenes que presentamos llenaron sus ojos de alegría y admiración desde su infancia hasta que el valor de los años dieron como fruto los escritos que su pluma reflejó en tantos trabajos que llegaron al corazón de sus habitantes presentes y un testimonio perenne para los futuros lectores de la historia de su querido Buenos Aires.



N°89 - PUENTE NICOLAS AVÉLLANEDA - B.A.

El nuevo Puente Avellaneda, desde 1940, y el Transbordador hasta 1960. Conexiones de nuestra ciudad, desde La Boca a la de Avellaneda. Puentes sobre el Riachuelo donde grandes y chicos contemplaban las casa de chapa de ambas orillas con su colorido natural



El desaparecido desde 1931, Puente Elevador de Barracas, que seguramente Puccia cruzó caminando desde la calle Vieytes, de su barrio natal, utilizado por carros y chatas.

Caminito - La Boca



La Boca, barrio aledaño al de Barracas, esta la calle Caminito. Sus ojos habrán admirado sus estatuas, sus murales, sus poesías, su tranquilidad alterada por los pájaros.



El monumento a Garibaldi que desde 1904 mira Plaza Italia, cada día más asombrado del movimiento de automotores que lo ennegrecen día a día, pese a su espada desafiante.



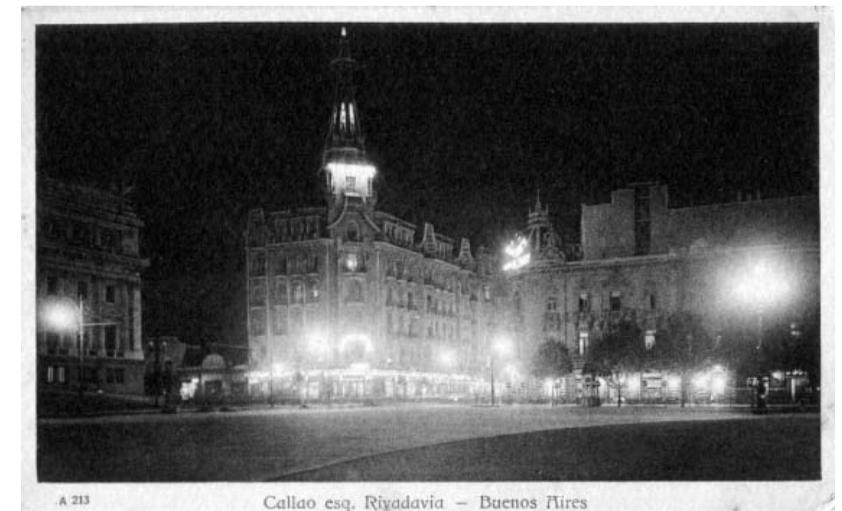
Plaza Once renovada con la colocación en 1932 del Cenotafio de Bernardino Rivadavia, guardián granítico de sus restos mortales.



El Puerto, hoy transformado en el último barrio de Buenos Aires. Desde fines del siglo XIX sus diques recibieron pasajeros de todas las latitudes, inundando nuestra ciudad de idiomas extranjeros! Cuántos amigos habrá recibido Puccia en él!



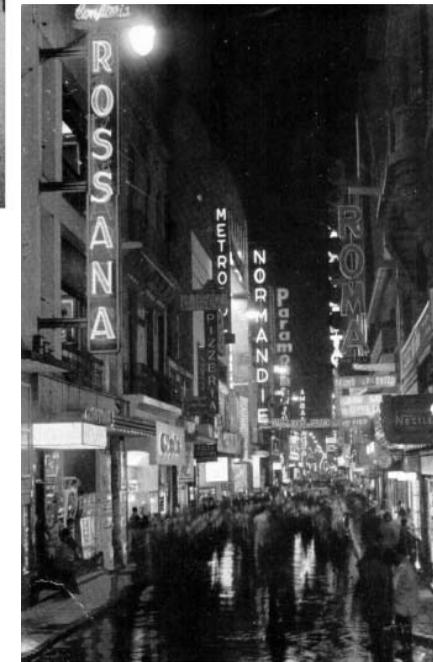
Plaza de los Dos Congresos! Cuántos actos se realizaron en sus jardines, custodiados por su monumento y la cuadrilla del Congreso Nacional desde 1904!



La acogedora Confitería del Molino, en la tradicional esquina de Callao y Rivadavia, con sus aspas en movimiento.



Avenida Corrientes, "la calle que nunca duerme", le decían. Sus pizzerías, los cine-teatros, como el Gran Rex, el Ópera, el Metropolitano, el Broadway y el Plaza y surgiendo de sus entrañas el Obelisco "como espada refulgente", símbolo de Buenos Aires desde 1936.



Calle Florida, siempre la más concurrida, con sus deslumbrantes negocios. No siempre fue peatonal. El Café Paulista donde se lo bebía de pie, "al paso" para los apurados en 1940. Calle Lavalle, la de los cines. Un gentío la caminaba lentamente a la salida de los espectáculos del Monumental, Metropol, Ocean, Normandie, Iguazú, Select Lavalle, Hindú...



La centenaria Casa Cuna, ahora Doctor Pedro de Elizalde, sobre la Av. Montes de Oca. Puccia habrá recorrido sus pasillos cuando niño en búsqueda de protección de sus nanas.



Plaza de Mayo. Histórica desde siempre. Con la Pirámide, el Cabildo, la Catedral, los tranvías y ómnibus. En su derredor. En su Recova nueva, la recordada casa de empanadas Rey desde 1930, en la calle Victoria, hoy Hipólito Yrigoyen.



La monumental estación del viejo Ferrocarril del Sur, en la calle Brasil, entre Lima y Gral. Hornos. Su inmensidad lo deslumbraría desde niño a Don Enrique.



BUENOS AIRES - AVENIDA L. N. ALEM

Avenida Leandro N. Alem... el tráfico para rápidamente bordeando sus tradicionales arcadas que en un tiempo no muy lejano, hasta 1960, frecuentaban la juventud, los dancings en una noche de “farra” con damiselas que prometían de todo.



No. 393 BUENOS AIRES. Avenida Costanera Foto: G. Bourquin y Cía. Reproducción Prohibida

La Costanera a orillas del Río de la Plata, inaugurada en 1930, recibía a los porteños acalorados en las largas noche del estío, en sus cervecerías con números vivos, de segunda.



Buenos Aires, Argentina

Plaza de la República rodeando el Obelisco tradicional desde 1936, donde caminantes apurados la cruzan diariamente y en un tiempo y un trozo de pizza en Las Cuartetas.

## **LEÓN TENENBAUM**

### *TODOSLOSRELOJES: UNRELOJ*

1. En el mes de octubre de 1988 los escasos transeúntes que pasaban por la esquina de Bouchard y Viamonte se detenían a observar sorprendidos el operativo que un grupo de obreros, con la ayuda de una grúa, llevaban a cabo para dismantelar y descender las piezas de un reloj que en lo alto del edificio Alea, se vio por muchos años. Ese reloj concitó en su tiempo la atención pública por sus peculiares características. Había sido instalado en el lugar más de treinta años antes. Lo componían la esfera, una gran campana y, lo fundamental y distinto, dos figuras metálicas que, como autómatas que eran, daban las horas golpeando sincrónicamente con las mazas de que estaban provista la dicha campana. Siempre los mecanismos de funcionamiento automático provocan, tanto como el asombro de los seres humanos por el esforzado y desconcertante remedo que de sus movimientos hacen, una respuesta que gratifica el costado infantil que cada uno guarda en sí. En ese justo equilibrio reside su fuerza atractiva. Por eso se los mira boquiabiertos. Hasta que la rutina desgasta la novedad y la deja caer en el olvido o la indiferencia.

El reloj de este edificio, que primero se llamó Atlas y luego fue asiento del diario Democracia y más tarde sede del Canal 7 de televisión, sufrió ese proceso de deterioro, acentuado por la posición marginada de la City, que en ese entonces no había saltado aún la Avenida Leandro N. Alem para extenderse al este, hacia el río, donde se desarrollaría el gigantesco polo urbano que llamarían Puerto Madero.

A trasmano del paso del porteño común, el reloj quedó olvidado. A pesar de su importancia para la ciudad, pues era uno de los dos únicos con autómatas que exhibía. Cosa, por otro lado, poco habitual. Que las ciudades que los tienen los cuidan muy bien y se ocupan de mostrarlos con orgullo a los ajenos, turistas o visitantes. Pero el triste hábito nuestro de desdeñar por tenerlo lo que poseemos, lo arrojó a un lado con frivolidad e indiferencia rayanas, duele decirlo, en la ignorancia culposa o la estupidez imperdonable. Un día dejó de funcionar y el tiempo lo convirtió poco menos que en un montón de hierros inservibles.

Es lo que en ese octubre de 1988 descendían muy trabajosamente desde la alta techumbre y acumulaban en la vereda donde quedó como la víctima de un grave accidente. Pronto camiones con aire de ambulancias cargaron con todo y partieron con desconocido rumbo. Nada más se supo del reloj. La gente reunida hizo entonces vagas conjeturas y se alejó. Cargaba cada uno esa porción de tristeza que nos invade cuando vemos desarmar un parque de diversiones o un circo. El sentimiento de que se llevan algo propio. La ciudad quedaba empobrecida.

2. Buenos Aires, aldea de humildísimo origen e indigencia crónica,

soñó con poseer un reloj desde sus inicios. Eso le daría patente de ciudad. La oportunidad para concretar ese largo deseo se presentó por los años 1761-1763, al vislumbrarse la conclusión de las obras del Cabildo. La arrogante y desnuda torre que lo coronaba fue un mudo reproche que hería el orgullo de ediles y vecinos. Se aunaron criterios y se pidió a Cádiz al precio de “cien cueros crudos”, un reloj similar al de la casa capitular de esa ciudad. En 1799, treinta y seis años después (!) quedó ubicado el reloj de marras en la virginal torre.

Por esas fechas, Europa vivía un proceso que el mundo conocería como la “revolución industrial”. Muchas cosas deparó esa revolución, entre ellas, relojes. Así, lo que hasta el primer tercio del siglo XIX era curiosidad y privilegio de unos pocos alcanzó a los más, y a nuestra Buenos Aires también. Con lo que, aquel demorado y solitario reloj-padre del antiguo Cabildo se vio multiplicado hasta extremos inesperados. No hubo frente importante que no se considerara digno de mostrar uno. Cada hogar, hasta el más humilde, iba teniendo el suyo, que parecía su piedra angular. Buenos Aires floreció en relojes. Cualquier revista que de ellos se intente, no podría dejar de mencionar algunos de insoslayable recuerdo. Son de señalar en la Avenida de Mayo, el del Palacio Municipal, amparado en la cuadrangular torrecilla color pizarra que remata el edificio, con sus cuatro esferas, y el del diario La Prensa, sobre el que se apoya un águila en atenta vigilia. A escasa distancia, en la Diagonal Sur y Perú, se eleva con magnitud de faro el del ex Concejo Deliberante, de melodioso e impar carrillón. Hacia el Norte, en la plaza del Retiro, encontramos el de la tradicional torre, tan porteña que, con la pausada y profunda sonoridad de sus campanas fue el primer asombro que embargó de emoción el corazón de infinito número de provincianos que por esa puerta hicieron su esperanzada entrada en la gran Capital. Nombremos también, que sus ricas esferas y la labor artesanal de sus agujas y números romanos mucho lo merecen, los que en sus dos frentes -San Martín, Reconquista- muestra, refugiados en templetos que sostienen graciosas cariátides, el edificio del Banco Central; el de la que fuera empresa Transradio, en la esquina de Corrientes y San Martín, que vivió dramáticas horas cuando fue acribillado a balazos y casi destruida su bella y alegórica esfera zodiacal en el año 1955; el del Hospital de Niños, cobijado en minúscula capilla de chapa y madera en el jardín de su primitivo frente sobre la calle Gallo que alegró los ojos de tantos párvulos y parece arrancado de una aldea de los Alpes suizos; el del antiguo Municipio y Legislatura de Belgrano, hoy Museo Sarmiento o el casi anónimo de la escuela Onésimo Leguizamón que se ve en lo alto, sobre su costado de la calle Paraná, sin olvidar aquel sorprendente *reloj de sol* que, dispuesto verticalmente y encerrado en ornamentado templete se ofrecía a la vista en una casa de la calle Bartolomé Mitre 744 del que, por fortuna, guardamos documentación gráfica.

Y está el de la Plaza del Congreso, el que corona el edificio que fue del Instituto Biológico y luego de la Lotería Nacional, en Rivadavia al 1700. Es la pieza más valiosa de la ciudad. Fue construida en Italia teniendo en la mira el

que preside la Plaza de San Marcos, de Venecia. Con él hacía discreto par el de Bouchard y Viamonte.

No podemos dejar de traer el recuerdo de aquel servicio municipal de relojes montado sobre artísticas columnas de hierro fundido que se veían en los más importantes cruces y avenidas de la ciudad. Así, el de la Plaza Carlos Pellegrini, inexplicablemente desmontado; el de Rivadavia y avenida La Plata y el que, rescatado de los depósitos, se instaló no hace mucho en Corrientes y Uruguay. De hoy son los que accionamos por energía solar, hemos visto brotar como delgados hongos por el centro y extenderse por los barrios.

3. En días del mes de mayo de 1992, el viejo reloj de Bouchard y Viamonte reapareció en Buenos Aires, remozado y puesto a punto. Embellecido y luciendo una enorme esfera se lo instaló en la esquina de Bolívar y Diagonal Sur, en lo alto del edificio Siemens, empresa que resultó ser la propietaria de la singular pieza. Desde el 25 de mayo, fecha de la inauguración oficial del rescatado reloj, la melodiosa sonoridad de sus campanas cubre agradablemente todo el ángulo sud-oeste de la Plaza de Mayo y zona aledaña. En su azaroso periplo este reloj vino a afinar a la vera -apenas un tiro de ballesta- del histórico Cabildo de la ciudad, en cuya torre lució hace casi dos siglos el primer reloj que Buenos Aires pudo mostrar con una satisfacción cuya magnitud escapa a nuestra comprensión.

## **CARLOS MANUEL TRUEBA**

### *EL EDIFICIO DE LA FACULTAD DE DERECHO DE LA AVENIDA FIGUEROA ALCORTA. PRIMERAS SEDES DE LA FACULTAD*

Diversas fueron las sedes que tuvo la Facultad de Derecho en la Ciudad de Buenos Aires. En 1814 el Superior Tribunal de Buenos Aires fundó la Academia de Jurisprudencia habiendo sido el Directorio quien aprobó las Constituciones de esa Academia redactadas por Manuel Antonio de Castro. Fue en el año 1815 que comenzó a funcionar la Academia Teórico Práctica de Jurisprudencia que funcionó en el sector de la Manzana de las Luces correspondiente a la Procuraduría de Misiones. Continuó funcionando en ese lugar durante los primeros años de la Universidad de Buenos Aires (creada el 12 de agosto de 1821). El primer rector fue el Presbítero Antonio Sáenz a cargo de la cátedra de Derecho Natural y de Gentes, en tanto que Pedro M. Somellera ocupaba la cátedra de Derecho Civil. La segunda sede fue la que, desde el año 1825, funcionó en parte del Noviciado del Convento de San Francisco.

En 1874 la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires cedió al Departamento de Jurisprudencia, transformado en este mismo año en Facultad de Derecho, el terreno y la vieja casa ubicados en Moreno 353. Los planos de la nueva sede fueron confeccionados por el Ing. Pedro Benoît, habiéndose designado a los doctores Moreno y Carranza Viamont para que se ocuparan de todos aquellos aspectos vinculados con la construcción del edificio. El incremento de la matrícula estudiantil, entre otras razones, hicieron necesario contar con un edificio más amplio para lo cual la facultad, en el año 1909, convocó a un concurso de anteproyectos para la construcción de un nueva sede, obteniendo de esa Municipalidad la manzana comprendida por Las Heras, Azcuénaga, P. de Melo y Cantilo. Estudiadas las propuestas presentadas, el Consejo Directivo de la Facultad optó por el presentado por el Ing. Arturo Prins, cuyo proyecto respondía al estilo Luis XIV. La piedra fundamental se colocó en 1912 para comenzar a construir la mitad de edificio pero las obras, pero por razones presupuestarias, se paralizaron en 1919. Ante esta situación el Congreso Nacional sancionó una ley por la que destinó una importante suma de dinero para finalizar y habilitar la parte ya comenzada. Finalmente, el 17 de noviembre de 1925, la facultad se trasladó a la nueva sede de la Avda. Las Heras 2214. En aquella sede de la calle Moreno funciona en la actualidad el Museo Etnográfico dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en tanto que en el edificio de la Avda. Las Heras funcionan dependencias de la Facultad de Ingeniería de la misma Universidad.

#### ***1. La actual sede de la avenida Figueroa Alcorta; su inauguración***

El 21 de septiembre de 1949, coincidiendo con el Día del Estudiante se inauguró la monumental sede de la Avda. Figueroa Alcorta. De ese

trascendente episodio ciudadano la prensa escrita ocupó sus principales títulos. Así el matutino “La Prensa” de esa fecha con el título “*SERÁ INAUGURADO ESTA TARDE EL NUEVO EDIFICIO DE LA FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES*”. Informa que a las 18:30, con la presencia del Presidente de la Nación, ministros y autoridades universitarias se inaugurará ese edificio, ilustrando esa nota con una notable fotografía de la Facultad y otra que muestra el interior del suntuoso Salón de Actos adornado en su frente con un cuadro (8 por 12 metros) de Antonio González Moreno que representa la ceremonia de la fundación de la Universidad de Buenos Aires en la Iglesia de San Ignacio. Por su parte el “Diario de Todos” de esa misma fecha da cuenta de la misma información agregando que asistirá al acto la Sra. María Eva Duarte de Perón y que el Ministro de Justicia, Dr. Belisario Gache Pirán, entregará el edificio al Dr. Carlos I. Rivas en nombre del Ministerio de Educación. El diario “El Mundo” también hace eco de la misma información reproduciendo palabras del Primer Magistrado. “*Solamente deseo decir muy breves palabras frente a la grandiosidad de esta obra...*” Señalaba, entre otras reflexiones, el Gral. Perón: “*PRESIDIÓ PERÓN LA INAUGURACIÓN DEL NUEVO EDIFICIO DE LA FACULTAD DE DERECHO*”. Titulaba “Noticias Gráficas” describiendo en sus tres columnas las características del edificio. Similar noticia incluía en su diario del 21 de septiembre “Democracia”, en tanto que este mismo diario al día siguiente vuelve sobre el tema “*EN SOLEMNE ACTO SE INAUGURÓ EN NUEVO EDIFICIO DE LA FACULTAD DE DERECHO*”. Lo propio hacen los matutinos “La Prensa” y “Clarín” que subtítula la información “*Refiriose el Jefe del Estado a la misión de la Universidad*”. Sin duda, habida cuenta de la profusa información periodística, vinculada con la inauguración de la Facultad de Derecho, la ciudad asistía a un acontecimiento digno de esas menciones. Tan es así la cuestión que hoy día, a pesar de los progresos que desde los más diversos aspectos, se viven, se aprecian y se admiran en la ciudad, la presencia del monumental edificio no deja de llamar la atención de quienes ocasional o cotidianamente transitan por ese hermoso lugar de Buenos Aires.

Pero lo relatado es, se puede afirmar, todo aquello que se relaciona con los fastos de la inauguración de la nueva sede académica. Luego, como se apreciará en los párrafos que siguen, la obra tuvo sus alternativas vinculadas, especialmente, con el lugar para su ubicación.

## **2. La sede de la avenida Las Heras**

Como quedara expresado más arriba, la anterior sede de la Facultad se encontraba en la Avda. Las Heras cuya obra había comenzado en 1911 y que había comenzado a cumplir con su actividad universitaria en 1925; la Facultad venía de la calle Moreno. Era cierto que el imponente edificio estilo gótico que en aquel lugar se levantaba tenía un aspecto ruinoso; el público ya se encontraba acostumbrado a ese espectáculo. Pero cuáles eran las razones

para mantener esa situación. Al propio tiempo de comenzarse con las tareas académicas el edificio se encontraba habilitado en sus dependencias más indispensables, debiendo los profesores y alumnos avenirse a las aulas sin piso y al ambiente desmantelado del inmenso hall con los ladrillos a la vista.

Ante la posibilidad de continuar con las obras hasta su finalización, era el propio responsable de la obra, el Ing. Arturo Prins, quien mostraba su satisfacción. Concluir, allá a mediados de la década del 30, con la obra que había comenzado un cuarto de siglo antes era para su autor uno de sus íntimos anhelos. Así lo hizo saber a la opinión pública en una carta que La Nación le publicó el 3 de abril de 1937. Pero para su desdicha la idea oficial no era, ni fue, concluir con las obras. Se sostenía, contrariamente a la opinión de Prins, que poner el edificio de Las Heras en condiciones mínimas significaría una inversión de diecisiete millones de pesos, contra los seis millones que se estimaba era la inversión para construir un nuevo edificio.

## **3. El nuevo edificio de la avenida Figueroa Alcorta**

Así fue que en la Ley de Presupuesto para el año 1939 se autorizó la inversión de esta suma para llevar a cabo la nueva obra. En junio de 1938 el Ministro de Justicia e Instrucción Pública requirió el parecer de la Universidad sobre la manera de resolver la situación que padecía en Las Heras la Facultad de Derecho. Se acordó, entonces, la conveniencia de iniciar la construcción de un nuevo edificio con la constancia que la prosecución de las obras ya que en el edificio actual era imposible en atención a la referida inversión de diecisiete millones de pesos.

Solucionado el aspecto financiero quedaba por resolver otro tema no menos importante. Tal era el caso del emplazamiento de la nueva facultad, aspecto que debía ser examinado cuidadosamente. Un establecimiento con mucha concurrencia estudiantil no puede, se pensaba, funcionar en barrios de urbanización densa. Pero al tiempo de aprobarse presupuestariamente la construcción del nuevo edificio hizo sentir su parecer el Ing. Prins objetando que la decisión de afectar la partida de seis millones de pesos sin siquiera conocer un anteproyecto de la nueva obra “es iniciar de nuevo el camino por el cual se dice no querer seguir”, agregando en segundo lugar que el desistimiento intempestivo de proseguir su edificio actual defrauda sus esfuerzos, esperanzas y contrato, además de dar por perdidos los millones de pesos invertidos en las diversas etapas en que se venía construyendo el edificio. No obstante estas críticas y observaciones formuladas por el Ing. Prins, por decreto del Poder Ejecutivo se dispuso la creación de una Comisión Honoraria integrada por los profesores de la Facultad Agustín N. Matienzo, Eduardo Bidau y Carlos Güiraldes (hijo) a la que se autorizaba a percibir los fondos y administrar y proponer al Ministerio de Justicia todo lo relativo a la construcción del nuevo edificio, como asimismo aconsejar la ubicación del terreno de propiedad fiscal donde levantarlo. La Comisión también tenía atribuciones para realizar un concurso de planos donde deberían intervenir no

menos de diez arquitectos argentinos cuyas bases y condiciones propondrá al Poder Ejecutivo para su aprobación.

Así estaban las cosas; el tema a definir era el lugar para ubicar a la nueva facultad. Como la partida presupuestaria no era muy generosa, la idea era obtener un lote de tierra fiscal de vasta superficie para lo cual los pasos se dirigieron a la Municipalidad poseedora, por convenio concertado con la Dirección de Obras Sanitarias, de los extensos terrenos ocupados anteriormente por los depósitos de aguas corrientes en la Recoleta. Se trataba del terreno ubicado en la Avda. Centenario (actual Avda. Figueroa Alcorta) y las vías del Ferrocarril Central Argentino frente a la Avda. Pueyrredón. La petición del Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Dr. Coll, dirigida al Intendente Municipal agregaba, en fundamento a la factibilidad del proyecto, que la construcción de un edificio monumental de líneas sobrias y severas, rodeado de parques y jardines, constituirá un motivo de ornamento público y una continuación del plan de embellecimiento y urbanización que está llevando a cabo la Municipalidad en esa zona, agregando que se estaba estudiando la conveniencia de establecer una pequeña estación o parada de ferrocarriles a la altura de las vías más próximas al edificio, lo cual facilitaría el traslado de profesores y alumnos que residen en los pueblos del norte o de los que viviendo en el sur utilicen el subterráneo de Constitución a Retiro. El Ministro Coll estimaba que el espacio necesario para construir el edificio se calculaba en catorce mil metros cuadrados aparte del terreno en forma de círculo, donde se emplazaría la estatua de Dalmacio Vélez Sársfield, cuya obra a favor de los estudios de derecho en el país reclama esta consagración. Pero existían por parte de esa Municipalidad severas objeciones para acceder a esa petición arguyéndose razones vinculadas con la afectación de los espacios públicos, agregando a ello que se trataba el lugar propuesto por la facultad de una zona escasa en comunicaciones, con el entorpecimiento que significaría el cruce obligado de la Avda. Alvear (hoy del Libertador), con el aislamiento en que la casa de estudios quedaría en medio de distantes jardines y con la falta de ambiente en que ha de hallarse dentro de un barrio de tranquilas residencias particulares.

El Departamento Ejecutivo Municipal tenía a su cargo concebir un plan general de ubicación de edificios públicos, tarea a cargo de la Oficina del Plan Regulador que sin motivo demoraba esa obra indispensable, encontrando como justificación de esa actitud, donde no se advertía el necesario entusiasmo, la circunstancia de conocer la imposibilidad de resistir con éxito el empuje ejecutivo de los funcionarios nacionales cuando al discrecionalismo de sus atribuciones ordinarias unían la aventurada o presunción de la omnisciencia.

#### **4. La Ordenanza N° 10.607 del 3 de octubre de 1939**

Tan fue así la realidad que el Concejo Deliberante mediante la sanción de la Ordenanza N° 10.607 del 3 de octubre de 1939 concedió (art. 1°) a la

Universidad Nacional de Buenos Aires (sic) el terrenorequerido por el Ministro Coll para levantar el nuevo edificio de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales autorizado por el art. 18 de la Ley de Presupuesto para el año 1939 N° 12.578, en tanto que en su art. 2° se resolvió que la manzana comprendida por las calles Las Heras, Azcuénaga, Pacheco de Melo y Cantilo (lugar donde funcionaba en aquel tiempo la Facultad de Derecho), volverá al dominio municipal a partir del momento en que la Facultad de Derecho entre a ocupar el nuevo edificio a construirse en el terreno concedido en el art. 1°.

Resulta por demás ilustrativo conocer el debate habido en el Concejo Deliberante vinculado con el proyecto de Ordenanza de concesión de los referidos terrenos. No es esta la oportunidad para analizar la pluralidad de opiniones vertidas en la reunión del citado 3 de octubre de 1939, donde no existía, sin duda, uniformidad de criterios. Los fundamentos de la oposición al proyecto de concesión de las tierras consistían en cuestiones de procedimiento, las relativas a los espacios libres, las vinculadas con el tránsito, a la situación precaria en que se debate la ciudad estrangulada por los ferrocarriles y, por último, a las concernientes al propio edificio de la facultad. Uno de los argumentos en pro de la concesión de los terrenos pedidos, fue el fundamento de la nota del 15 de septiembre enviada por el Departamento Ejecutivo Municipal en la que se señala que había sido ese mismo Cuerpo que por Ordenanza 9.076 había concedido terrenos adyacentes a la Avda. Centenario (hoy Avda. Figueroa Alcorta) con destino a la Facultad de Filosofía y Letras y otros institutos de la Universidad de Buenos Aires. Caían, pues, los argumentos que aludían a la inconveniencia de construir el nuevo edificio de la Facultad de Derecho en el lugar pedido. De haberse concretado la construcción de aquella Facultad la zona se hubiera convertido, sin duda, en un espacio destinado a la enseñanza superior.

No faltaron, como consecuencia de la sanción de la nombrada Ordenanza, importantes cuestionamientos.

Respecto de los cuestionamientos vale recordar que en el expediente donde se trató el tema de la concesión de las referidas tierras no se efectuaron consultas vinculadas con el urbanismo, siendo que esa ubicación para levantar una casa de estudios significaba un injerto en el plan urbano. La ubicación proyectada, a juicio de los críticos, carecía de sentido, privado de toda conexión con las mínimas reglas sobre los barrios, las calles y paseos.

A pesar de las críticas el proyecto siguió avanzando, siendo que a mediados del mes de mayo de 1940 el Poder Ejecutivo, mediante la sanción de un decreto, aprobó el dictamen de la Comisión Honoraria y el de los asesores técnicos, arquitectos René Karman y Alberto Williams, acerca de los anteproyectos presentados al concurso para construir la facultad.

#### **5. La nueva y definitiva ubicación**

Con alguna posterioridad a la aprobación del proyecto, se presentó un problema vinculado con la ubicación del nuevo edificio, previsto levantarlo

en la Avda. Centenario (actual Avda. Figueroa Alcorta) y las vías del Ferrocarril con frente a la Avda. Pueyrredón, ello conforme a la Ordenanza 10.607. Ocurría que por convenio celebrado entre el Gobierno Nacional y la empresa del Ferrocarril de Buenos Aires al Pacífico, aprobado por decreto del 23 de octubre de 1924, se debía construir las rampas de acceso de un puente que prolongaría la citada Avda. Pueyrredón hasta la zona portuaria.

En atención a dicha circunstancia el Intendente Municipal, Dr. Carlos Pueyrredón, dirigió, el 28 de agosto de 1941, una nota al Dr. Miguel A. Culaciati, Ministro del Interior, donde le informaba acerca de la vigencia del referido convenio, abundando respecto de la conveniencia de construir el puente. No menciona los motivos de demora en la ejecución de la obra, pero sí enfatiza respecto de la indiscutible importancia que tendrá la referida obra, ya que reportará innumerables beneficios al vincular en forma directa diversas zonas de la ciudad con las instalaciones del Puerto Nuevo. No obstante señalar ese inconveniente, es decir que, no podía levantarse en ese lugar la facultad ante la indudable conveniencia de construir el puente, el Intendente, en la referida nota, aprovecha la ocasión para señalar que en opinión del Departamento Ejecutivo y de sus oficinas técnicas, era conveniente mantener la actual ubicación (se refiere a la ubicada en la Avda. Las Heras), ampliando sus instalaciones o reconstruyendo su edificio a cuyo efecto podría ocuparse la totalidad de la manzana en la que se encuentra emplazado. Para sostener esa opinión da importantes argumentos pero agrega que nos está en su ánimo reabrir el debate, sino expresar su pensamiento. Planteada la cuestión, el mencionado funcionario requiere al Ministro del Interior disponga la intervención de los Ministerios de Obras Públicas y de Justicia e Instrucción Pública, para que se encare la construcción del edificio de la nueva Facultad desplazándolo hacia el N.O. en forma paralela a la Avda. Centenario y a unos treinta y cinco metros del cordón de la acera, de tal manera que su eje diste, aproximadamente, ciento cincuenta metros del correspondiente a la prolongación de la Avda. Pueyrredón, permitiéndose de esta manera construir el proyectado puente. Para finalizar con su nota, el Intendente Pueyrredón le recuerda al Ministro que con frente a la Avda. Centenario y la calle Austria deberá levantarse el edificio de la Facultad de Filosofía y Letras en razón de lo cual estima absolutamente indispensable, por razones de urbanización de la zona, que ambos edificios respondan con sus características similares de masa, altura y estilo arquitectónico.

### **6. Características del edificio de la facultad**

Luego de todas las alternativas relacionadas con la construcción del nuevo edificio, recordando que la partida presupuestaria fue aprobada a fines del año 1938, para su incorporación a la Ley de Presupuesto de 1939, las obras comenzaron el 9 de agosto de 1942. El proyecto ganador del concurso fue el presentado por los arquitectos Arturo Ochoa, Ismael G. Chiappori y Pedro M. Vinent, quienes tuvieron a su cargo la dirección técnica de los trabajos, en

tanto que la construcción se encontró a cargo de la Compañía de Construcciones Civiles S.A.

La parte edificada del edificio tiene aproximadamente 40.000 metros cuadrados y se encuentra ubicado entre la Avda. Presidente José Figueroa Alcorta (lado oeste), Julio Víctor González (sur), Eduardo Couture (este) y Juan Antonio Bibiloni (norte) del barrio Recoleta. El primero de los nombrados fue, además de profesor universitario, diputado y senador nacional, gobernador de Córdoba y, ante el fallecimiento del Presidente Manuel Quintana el 12 de marzo de 1906, fue Presidente de la Nación hasta el 12 de octubre de 1910. El Dr. González fue jurisconsulto y profesor universitario, Eduardo Couture fue jurisconsulto y escritor uruguayo autor del “Decálogo del Abogado”, en tanto que Bibiloni fue jurisconsulto, concejal por Barracas, Ministro de Instrucción Pública durante la presidencia de Figueroa Alcorta y autor de un anteproyecto de reformas del Código Civil Argentino.

El edificio de estilo neoclásico, su escalinata y columnata sobre la fachada principal, le dan carácter de monumental que era el predominante en la época. El hecho de encontrarse elevado respecto del nivel de la Avda. Figueroa Alcorta confieren al edificio un atractivo que hará de él uno de los más interesantes de la Ciudad de Buenos Aires. Su costo aproximado fue de un poco más de veinte millones de pesos.

En atención a las especiales características del terreno donde se levantó el edificio, se trataba del lugar donde estaban los antiguos filtros de Obras Sanitarias de la Nación. Se presentaron algunos problemas por la causa de que muchas bases coincidían en correspondencia de cámaras, conductos, pozos, etc., pero sin mayores dificultades fueron sorteados. El vacío que quedaba en el interior fue aprovechado en parte para la sala de máquinas, gimnasio y pileta de natación -instalaciones ubicadas en el subsuelo- y que para estas fue aprovechada la profundidad de los filtros, obteniéndose para ellos alturas superiores que con su extensión representan gran volumen de aire adecuado a sus finalidades.

La distribución interior es sencilla y regular, simétrica respecto del eje normal al frente principal que es también eje del gran salón de actos ubicado en el centro del edificio. Dos patios iguales separados por ese salón aseguran ventilación y luz natural. En la planta baja funcionaban los Institutos de Extensión Universitaria y de Enseñanza Práctica y la Escuela de Asistentes Sociales, una librería, oficina de correos y el bar. En la planta principal se encuentran, entre otras dependencias, la sala de profesores, las oficinas de las autoridades académicas, la biblioteca, el Aula Magna, el Salón de Actos y el Salón de los Pasos Perdidos. En los pisos superiores funcionan las aulas, los institutos y demás instalaciones vinculadas con el quehacer de la Facultad. Por último, vale la recordación, en uno de los jardines existentes en el interior se encontraban las estatuas de José María Moreno y Antonio Malaver, ahora instaladas en la planta principal frente al Aula Magna. Estas estatuas ya se encontraban en el edificio de la calle Moreno (en los jardines ubicados al

frente) y en el edificio de la Avda. Las Heras.

### ***7. Líneas finales***

Recorrí, por algo más de cinco años, en mi tiempo de estudiante, lo que era para mí la “Facu”. Guardo en mi memoria trascendentes momentos vividos en esa época, de miedo, de angustia, de dolor, pero también muchos de alegría y de felicidad. Con el diploma de abogado bajo el brazo inicié una larga trayectoria habiendo cumplido en esa augusta Casa algo más de diez años como docente. Para quienes fueron mis maestros y mis compañeros, algunos ahora amigos, les digo que los recuerdo con gratitud y afecto. Lo que sí puedo asegurar, que ni remotamente podía imaginar en aquel tiempo, es que para construir ese imponente edificio hayan sucedido las cosas que cuenta el relato precedente, algunas, al menos para mí, no muy claras y otras inexplicables.

## **LUIS JOSÉ VINCENT DE URQUIZA**

*UN AÑOSO Y NOBLE ROBLE EN EL BARRIO DE SAN NICOLÁS.  
ORIGEN E HISTORIA DEL CLUB DEL PROGRESO.*

Aclaración: Si bien es cierto que el Club del Progreso tiene su origen en el siglo XIX, pues fue fundado en marzo de 1852, podría de alguna manera considerárselo del siglo XX, habida cuenta que siempre actuó como la caja de resonancia de la política nacional, desde entonces hasta nuestros días. De hecho, Enrique Puccia, participó frecuentemente de sus tertulias.

### **Se planta el brote**

Después de la batalla de Caseros, se produjo el despertar de la conciencia pública y la ciudadanía comienza a adquirir una fisonomía nueva. Buenos Aires ha recuperado su dignidad de pueblo libre... Ahora tiene un alma, que es lo que le ha de dar su fuerza.

Hacía mucho tiempo que en Buenos Aires había desaparecido la libre asociación y era solo un recuerdo distante el Salón Literario y la Asociación de Mayo. Pero a partir de entonces, el derecho de reunión, la libertad de prensa y la tribuna -todas las garantías- fueron verdaderamente aseguradas.

Al amparo de estas libertades, la vida política comenzó a desenvolverse. Simple y llanamente, La Argentina comienza una vida libre y civilizada. Es el principio, sin duda, de la organización nacional.

Y como nace un roble, de un brote confiado y optimista, entre raíces que se ahondan y ramas que se alzarán en follaje decidido y opulento, nació el Club del Progreso, una tarde del 25 de marzo de 1852.

El Dr. D. Diego de Alvear, su primer presidente, destacaba de esta manera los objetivos primordiales: *“Desenvolver el espíritu de asociación, con la reunión diaria de los caballeros más respetables tanto nacionales como extranjeros. Borrar prevenciones infundadas creadas por el aislamiento y la desconfianza, uniformando en lo posible las opiniones políticas, por medio de la discusión deliberada. Mancomunar los esfuerzos de todos hacia el progreso moral y material del país” (sic).*

La primera sede que tuvo el Club, fue una casa de la calle Representantes (hoy Perú) entre Potosí (luego Alsina) y Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen, en el barrio de Montserrat). Esta casa fue amoblada de un modo muy sencillo, con la contribución de casi todos los socios. Así se lograron adornar rápidamente los salones con muebles usados, provenientes de los hogares de los fundadores.

Al poco tiempo, Buenos Aires se preparaba para celebrar la gran fecha patria: el 25 de Mayo. El Club del Progreso, aunque árbol nuevo, no podía estar ausente... Y en la vieja casona de la calle Representantes, se tendió la mesa, que sirvió Migone, dueño del Café Catalanes y también los

dueños del Café Malcos, que estaba enfrente de la Iglesia de San Ignacio a una cuadra del Club.

Es la noche del 25 de Mayo de 1852. En la cabecera el general, Manuel Pinto, presidente de la sala de representantes y gobernador interino en reemplazo de Vicente López. Junto al general Pinto, el presidente del flamante Club, don Diego de Alvear y el general Tomás Guido.

Fue esa reunión -sin lugar a dudas- un acontecimiento histórico que permitió al Club del Progreso acuñar para siempre el sello intransferible de su propia historicidad.

### ***El roble que crece***

Transcurrieron cuatro años desde aquella memorable noche del 25 de Mayo de 1852.

Hacia un año que se terminaba de construir, con la admiración de todos, el lujoso palacio Muñoa, de dos pisos altos, en la esquina de Perú y Victoria.

Y ahora el noble roble, cuya existencia había crecido como su nombre, fue trasplantando al nuevo solar, siempre en el barrio de San Nicolás que lo viera nacer.

Bartolomé Mitre había ingresado al Club del Progreso el año anterior. En ese mismo año de 1856, se incorporó Domingo Faustino Sarmiento, y al año siguiente Adolfo Alsina.

El roble crece a la par que la ciudad. Es el centro resonante de la política general y son sus asiduos socios casi todos los protagonistas de la vida pública: los civiles más prestigiosos y los militares más gloriosos. No hay duda que la trayectoria del Club del Progreso, es en gran parte la revelación misma de Buenos Aires, abriéndose en su historia.

Las discrepancias invaden a Buenos Aires y desatan una acción impetuosa, huracanada a veces, pero patriótica siempre. Ayer su desacuerdo con la Confederación, hoy perturba la cuestión Capital y aviva el fuego la federalización de Buenos Aires. Así es que se enfrentan los autonomistas de Adolfo Alsina y los nacionalistas de Bartolomé Mitre. Los *crudos* y los *cocidos*. No obstante, bajo la dirección del general Mitre, crece y se expande una poderosa conciencia argentina, decididamente civilizadora.

Mitre resulta electo presidente. El Club del Progreso le ofrece un banquete al que asisten cien invitados. Al finalizar la reunión, habla el presidente del Club, el Dr. Nicanor Albarelos y luego lo hacen Juan Martín de Estrada, Marcos Paz, Eduardo Costa, Gelly y Obes, Rufino de Elizalde y Adolfo Alsina. Por último Bartolomé Mitre hace escuchar la palabra serena de la concordia nacional. Crecimiento civilizador y contención obstinada. Avances y retrocesos. Sarmiento. Levantamiento de López Jordán y asesinato de Justo José de Urquiza en el 70. Revolución del 74. Avellaneda. Revolución del 80 y federalización de Buenos Aires. Roca. El 80 y la transformación de la “Gran Aldea” en metrópolis.

Juárez Celman. La gran crisis y la revolución del 90. Pellegrini. Luis Sáenz Peña y la revolución del 93. La inauguración de la Avda. de Mayo el 9 de julio de 1894. José Evaristo Uriburu y otra vez Roca en 1898.

El Club del Progreso presidido en la ocasión por el Dr. Roque Sáenz Peña, tiene ya cuarenta y tres años, y la hermosa casa de Perú y Victoria le resulta chica... Un nuevo trasplante y se instala en el lujoso edificio de la avenida de Mayo 633 hoy desaparecido, en ese juego inexorable del tiempo, de nacimientos y de muertes...

El 1 de mayo de 1902, con motivo del cincuentenario de la fundación del Club, se realizó un banquete. Fue esa noche, en la que el presidente del Club Dr. Roque Sáenz Peña, pronunció su discurso sobre la necesidad de la reforma electoral, como un anticipo de lo que él mismo, diez años más tarde, en 1911 -pero ya como presidente de la Nación- promovería con el proyecto de ley que lleva su nombre. De esta manera, el Club del Progreso quedó asociado también a la historia de la Ley Sáenz Peña de tanta gravitación en la evolución de la Argentina contemporánea.

Pero el Club del Progreso -noble árbol de madera noble- fue además como la prolongación del hogar, cualquiera fuese la edad, la fortuna, la postura política o la situación mundana de sus socios.

Así, cuando un ciudadano eminente, el 1 de julio de 1896, salió de su casa ordenando al cochero que lo condujera al Club del Progreso, escribió en la excelsitud de su patriótica inmolación: *“He terminado mi carrera, he concluido mi misión; para vivir estéril y deprimido es preferible morir. Perdónenme el mal rato, pero he querido que mi cadáver caiga en manos amigas y no en manos extrañas”* (sic). Esto decía un papel que el Dr. Roque Sáenz Peña le encontró en uno de los bolsillos de su levita.

Este ciudadano era el Dr. Leandro N. Aler, ídolo de las multitudes de su patria. Él sabía en su desolación, que en esa casa prócer, todo argentino ilustre y glorioso encontraría tanto en la vida como en la muerte, la ferviente emoción de la amistad y de la admiración.

### ***El roble añoso***

Transcurrieron muchos años desde aquella tarde de marzo de 1852. Las revoluciones sociales, políticas y económicas que sufrió el país en el transcurso de esos años, tuvieron que repercutir necesariamente en todas las instituciones nacidas en la entraña misma de la patria. Una humanidad con ansias de renovación surgió de las profundas transformaciones que se sucedieron e iniciaron con la gran depresión del año 1930 y la guerra y posguerra de 1939/45.

En estos acontecimientos se originan la mayoría de los cambios fundamentales que se advierten en el mundo, en casi todos los campos de la actividad humana.

La mujer dejó de ser exclusivamente una colaboradora de la vida casera o un adorno mundano e invadió por propio derecho los seculares

dominios del hombre, en la vida intelectual, económica, educacional y hasta política.

Llenó las oficinas y las fábricas y aparejada a esta participación en las actividades de la vida, se produce su noble emancipación, su inalienable derecho de caminar sola sin temor a nada ni a nadie. Consecuentemente, el hogar también sintió el remezón del terremoto universal.

La vida de Club, de salón y de la calle; la vida universitaria, escolar y artística pujaron en el torbellino de la renovación, por encontrarse a sí mismas.

El Club del Progreso, en estas transformaciones contadas en apretada síntesis, también perdió su ritmo rutinario, porque todos comenzaron a vivir de prisa. Todos necesitaban que el día tuviera doble cantidad de horas para poder realizar ese sin fin de cosas que complican la existencia.

El Club del Progreso -el roble añoso- no pudo escapar a este destino y ese palacio de la avenida de Mayo 633 en el barrio de San Nicolás, que provocó aplausos tan calurosos como merecidos, debió ser abandonado...

Un nuevo trasplante y el Club tuvo que conformarse con un edificio más chico. Como ocurre a veces con los grandes árboles cuyas raíces levantan la continuidad de las aceras y tienen que ser talados. Fue en el año 1941.

El Club del Progreso se trasladó al edificio que ocupa actualmente en la calle Sarmiento 1334. Es una mansión de principio del siglo XX, donde se mantiene el arte y la elegancia de la arquitectura de un Buenos Aires que se va...

Pero el añoso roble, ostenta con orgullo sus 143 años de ininterrumpida existencia, porque es el recuerdo vivo del pasado de la patria y por sus nervaduras circula esa savia fecunda que afirma sus raíces.

Los hechos transcurridos posteriormente dejan su impronta en el desarrollo del antiguo y legendario Club. Para la República Argentina es un período caracterizado por una prolongada inestabilidad política y cambios institucionales. Variadas y profundas son las causas de esta inestabilidad, cuya superación se procura desde todos los sectores de la vida nacional, como un presupuesto indispensable para neutralizar sus efectos perturbadores e iniciar una etapa constructiva de paz, justicia y desarrollo económico.

Es en este momento difícil de la historia del mundo en general y de nuestro país en particular, que el Club del Progreso lucha, porque hoy como ayer, no quiere estar ausente en esta tarea fundamental del pensamiento vivo y quiere ser protagonista, contribuyendo a la formación de lo que necesariamente ha de venir: ese nuevo concepto de bienestar y prosperidad para el género humano; a pesar de sus formas y expresiones muchas veces desalentadoras y hasta caóticas, pero que en definitiva permitirá al hombre recuperar todos los atributos de su dimensión hecha a semejanza de Dios.

El Club del Progreso, está orgulloso de sus 143 años, porque mirando al pasado quiere comprometerse con el futuro, de tal modo, que su solar resulte el ámbito más natural para el intercambio de ideas, con el fin de mancomunar los esfuerzos de todos hacia el progreso moral y material del país.

## **ALCIRA ZARRANZ**

### *LA CRUZ ROJA ARGENTINA. ACTUACIÓN EN LA REVOLUCIÓN DEL 80. SEDES EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES.*

Fue fundada oficialmente el 10 de junio de 1880, cuando en la Ciudad de Buenos Aires era inminente un enfrentamiento armado entre las fuerzas nacionales, que apoyaban al Dr. Nicolás Avellaneda, próximo a terminar su mandato presidencial y las provinciales, que respondían al Dr. Carlos Tejedor, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires.

Previamente fue necesario lograr un acuerdo entre los miembros del Círculo Médico Argentino, la Sociedad Médica, la Sociedad de Farmacia por una parte y los presidentes de las Sociedades Españolas de Beneficencia, con el Señor José F. Angulo director del periódico “España Moderna” y el Dr. Antonio de P. Aleu, que en 1874 había tenido esa misma iniciativa.

Los citados en primer término se reunieron el 8 de junio en la calle Reconquista 93 (número antiguo) sede de la Sociedad Médica Bonaerense que presidía el Dr. Pedro F. Roberts (1844-1924), destacado oftalmólogo fundador del Hospital Santa Lucía. Al día siguiente los integrantes del segundo grupo se dieron cita en el Club Español con el mismo propósito. Finalmente y ante la marcha de los acontecimientos se convino en “dejar a un lado todo espíritu de prioridad que pudiese entorpecer la realización de la idea que se le había ocurrido a varios al mismo tiempo o con corta diferencia, ante la necesidad de organizar cuanto antes las huestes de la caridad, que tan humanitaria misión estaban llamadas a llenar”.

Superadas las disidencias el día 10 de junio se logró constituir el Cuerpo Directivo de la Cruz Roja Argentina denominado Consejo Supremo y se procedió a integrar su Junta Ejecutiva equitativamente. Se constituyó con dos Presidentes Honorarios: los Dres. Guillermo Rawson (1821-1890) y Toribio Ayerza (1815-1884), figuras de reconocido prestigio en el ámbito médico. Para el cargo de Presidente efectivo se designó al Dr. Pedro F. Roberts, el que fue secundado en su labor por dos Vicepresidentes: los Dres. Bartolomé Novaro y Pablo E. Marengo; tres Secretarios; un Secretario Contador; un Inspector General; un Tesorero; un Director de Almacenes; y catorce vocales.

En ese acto que contó con una nutrida concurrencia se hallaban presentes representantes de los hospitales Español e Italiano y del Instituto Frenopático inaugurado el 1 de febrero de ese año para enfermos afectados de problemas mentales o nerviosos. Su Director era el Dr. Eduardo N. Pérez y estaba ubicado en la que había sido quinta de la familia Llavallo, en la calle Santa Lucía 615/639 (numeración antigua), luego Avda. Montes de Oca.

Todos ellos pusieron a disposición de la Cruz Roja una sala en cada uno de esos establecimientos, incluyendo personal médico. La Sociedad de Beneficencia que presidía Emma van Praet de Knapp, ofreció una sala en el Hospital de Mujeres para alojar heridos. Asimismo varios

vecinos comunicaron que sus domicilios particulares podían ser utilizados como hospitales de sangre o “ambulancias” (término con el que también se designaba el lugar destinado para asistir heridos, sala, zaguán, etc. Entre los nombres que han trascendido figuran los de: Mercedes O. de Ocampo, calle Salta 174; Mercedes O. de Lohezic; el Sr. Picard de la calle Caridad 23; y el propietario o propietaria de la casa de la calle Zeballos 111, cuyo nombre permaneció en el anonimato.

Una de las primeras medidas que encaró la Junta Ejecutiva con sede provisoria en Reconquista 93, fue la de solicitar el reconocimiento oficial de la flamante entidad a las autoridades nacionales y provinciales. El 14 de junio el Presidente Avellaneda accedió a lo solicitado; el Gobernador Tejedor no se expidió al respecto y derivó la solicitud a su Ministro de Guerra, que demoró el trámite.

Otra cuestión que urgía resolver con el Cuerpo de Sanidad Militar era la del uso del emblema de la Cruz Roja, ya que el empleo del mismo distintivo por dos instituciones de distinta índole, una militar y otra humanitaria, afectaba la condición de neutralidad inherente a la utilización de ese símbolo. El Cuerpo de Sanidad del Ejército aceptó usar el brazal con la cruz roja en la bocamanga y un galón dorado con el grado militar en la gorra. Por su parte los miembros de la Cruz Roja Argentina se identificaban con un brazal blanco y una cruz roja en el centro que colocaban en el brazo izquierdo. Los hospitales a su cargo se amparaban bajo una bandera con una cruz roja bien visible.

Como los almacenes estaban desprovistos de los elementos necesarios para socorrer a los heridos potenciales, mediante una proclama se hizo un llamamiento apelando a la solidaridad de los ciudadanos de Buenos Aires. La respuesta del pueblo superó ampliamente las expectativas, tanto los depósitos de la Cruz Roja como los del diario España Moderna y los de otros locales facilitados en préstamo, vieron colmada su capacidad con la llegada de camas, catres, colchones, sábanas, ropas, hilas y vendas. (1) (2).

Hasta el 20 de junio la Cruz Roja mantuvo guardias permanentes en una tensa vigilia. En las primeras horas de ese día el coronel Nicolás Levalle de las fuerzas nacionales realizó un ataque en Barracas, donde lo enfrentó el coronel Julio Campos. En el campo de batalla quedaron alrededor de 50 heridos por cada bando. Las primeras víctimas fueron trasladadas al Instituto Frenopático y al ocuparse las camas disponibles hubo que recurrir al Hospital Italiano ubicado en Santa Rosa e Ituzaingó (luego Bolívar y Avda. Caseros).

El lunes 21 de junio se libraron las acciones más cruentas de ese enfrentamiento entre hermanos. Antes del amanecer el coronel Racodo combatió en Puente Alsina con el coronel José I. Arias, de las fuerzas provinciales que defendía esa posición. Si bien las acciones hasta ese momento favorecían a este último, sus superiores le ordenaron trasladarse a Corrales donde desde temprano Hilario Lagos era atacado por tropas nacionales. El combate se prolongó hasta las 14 horas, registrándose numerosas víctimas. Ese día el coronel Levalle logró tomar el Puente de Barracas y sin encontrar mayor resistencia llegó hasta la Convalecencia, lugar

estratégico cuya posesión prácticamente decidió el fin de la Revolución del 80.

La cantidad de heridos de esa fecha obligó a habilitar como hospitales de sangre la Iglesia de la Concepción y el Colegio del Salvador. Los médicos actuantes en esos días tuvieron que enfrentarse al desafío que implicaban, las heridas causadas por los Remington y los Mauser recientemente adquiridos. Ante la triste evidencia de que los heridos caídos fuera de las trincheras o en los suburbios de la ciudad no recibían atención médica adecuada, la Cruz Roja designó delegados para que en Flores, Almagro y San Isidro se ocuparan de los mismos. En cambio fracasó la iniciativa de alcanzar socorros a los heridos que se hallaban en Luján y otras zonas alejadas, debido a la oposición que las fuerzas provinciales ejercían para impedir el desplazamiento de los voluntarios de la Cruz Roja, que también se ocupaban de la piadosa tarea de recoger los muertos. (3)

Desde el comienzo de las hostilidades las autoridades de esa institución habían ofrecido sus servicios por igual al cuerpo médico de ambos beligerantes. El de la Provincia de Buenos Aires los rechazó, alegando que disponía de los recursos médicos necesarios. Sin embargo el 22 de junio de 1880 el Dr. Manuel A. Montes de Oca (1831-1882), cirujano perteneciente a una estirpe de médicos cuyo nombre a partir de 1883 lleva una avenida porteña, solicitó la protección de la Cruz Roja para tres hospitales que la sanidad provincial había habilitado para los heridos en la ciudad. Dos días más tarde el Gobierno de la Provincia efectuó el reconocimiento oficial de la entidad, cuando ya prácticamente el armisticio estaba concertado.

En la memoria que el Dr. Pedro F. Roberts dio a conocer en 1880, figura la forma en que los 319 heridos que la Cruz Roja recogió en los combates del 20 y 21 de junio fueron distribuidos, a saber:

Hospital de sangre de la calle Paraguay...36 Hospital de Mujeres...31  
Hospital de Hombres...6 Hospital de la Aduana Lanús...47 Hospital de la Convalecencia...30 Hospital Español...28 Hospital Italiano...31 Hospital Francés...23 Instituto Frenopático...17 Casa del Sr. Picard, calle Caridad 23:...20 Colegio del Salvador...21 Iglesia de la Concepción...18 Casa de Mercedes O. de Ocampo, calle Salta 174:...8 Casa de Mercedes O. de Lohezic...2 Casa en la calle Zeballos 111:...1.

Observación: El Colegio del Salvador el 24 de junio recibió 4 heridos más y se le anunció la llegada de otros 16. El domingo 27 de junio allí falleció el Capitán de Policía Juan Rodríguez, internado desde el 22 de junio. Los heridos asistidos en el Frenopático y en casas particulares al término de la lucha fueron concentrados en el Colegio del Salvador, por ser el que poseía mejores condiciones para los que debían permanecer hospitalizados. (4)(5)

Terminada la Revolución el Dr. Carlos Tejedor presentó su renuncia. En las elecciones presidenciales de ese año resultó electo el General Julio A. Roca, para su primera presidencia (1880-1886). El 20 de septiembre el Congreso federalizó la Ciudad de Buenos Aires, que se convirtió en la Capital

del país y se comenzó a construir en La Plata la nueva Capital para la Provincia.

El 10 de enero de 1882 la Cruz Roja Argentina fue reconocida oficialmente por el Comité Internacional de la Cruz Roja con sede en Ginebra, que en ese momento presidía el Dr. Gustave Moynier. El Dr. Bartolomé Novaro que sucedió al Dr. Roberts como presidente del Consejo Supremo durante el período 1881-1882, en la memoria presentada en la Asamblea del 10 de julio de 1882, anunciaba que el número de asociados había disminuido notablemente. (6) Hasta 1890 la institución permaneció como aletargada hasta que en julio de ese año estalló una Revolución cívico-militar de cuatro días de duración que motivó la renuncia del Presidente de la Nación Dr. Miguel Juárez Celman al que reemplazó el Vicepresidente Dr. Carlos Pellegrini.

La Cruz Roja reapareció con nuevos bríos al ser reelecto para dirigir sus destinos el Dr. Pedro F. Roberts, obtuvo la personería jurídica y comenzó a poner en marcha programas para tiempo de paz, actuación en casos de catástrofe: inundaciones, terremotos, epidemias, etc. Al retirarse en 1895 el Dr. Roberts dejó a sus sucesores una entidad bien afianzada, se comenzó a capacitar personal en enfermería, socorrismo, guardavidas, por citar algunas de las especialidades que se enseñaban en las escuelas que se iban incorporando. En numerosas ocasiones traspasó las fronteras del país para tender un puente de solidaridad a pueblos hermanos. Al promediar el siglo XX la Cruz Roja tuvo importante participación en las epidemias de gripe (1918) y poliomielitis (1956) y también le proporcionó los primeros mártires caídos en cumplimiento del deber.

Hoy, junio de 2005, resulta oportuno rescatar sus nombres del olvido. El 15 de enero de 1944 un violento sismo afectó la ciudad de San Juan. Días después el 20 de enero en un vuelo de rutina un avión chileno, que colaboraba con el transporte de víctimas entre esa ciudad y Mendoza, se precipitó a tierra al despegar de la Base Militar del Plumerillo, se incendió y todos sus ocupantes perdieron la vida. Entre las víctimas se encontraba el Dr. Ernesto V. Ponce, profesor de la Escuela Central de Enfermeros de la Institución y las enfermeras María Josefina Ghiglione, graduada en 1942 en Buenos Aires que se desempeñaba en el Hospital Rawson y Blanca Julia Clermont, graduada en la Escuela de Enfermeras de la filial Córdoba que ejercía en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires. En ese accidente además murieron el Dr. Hugo Bardiani, las enfermeras Ángela Medina y Argentina Zárate que pertenecían a otra institución y tres tripulantes chilenos.(7)

El 12 de agosto de 1958 los Drs. Atilio Luis Cavallo, de 23 años de edad que acababa de graduarse y Alberto Battaglia, de 52 años, Vicepresidente del Comité Supremo de la Cruz Roja, médico escritor que utilizaba el seudónimo de Albert Titus, junto con otras doce personas, viajaban en un avión Douglas C47 de la Fuerza Aérea en misión sanitaria a raíz de las graves inundaciones que se registraban en el sur del país. A poco de despegar del Aeródromo de Trelew se estrelló. La mayoría de sus ocupantes

falleció en el acto y los restantes, por la gravedad de las quemaduras sufridas no lograron superar las horas siguientes.(8)

En lo que respecta a las distintas sedes que la entidad ha tenido en la Ciudad de Buenos Aires, se procede a citarlas en orden cronológico:

Año 1880: Sede provisoria en la calle Reconquista 93 (número antiguo), pertenecía a la Sociedad Médica Bonaerense que presidía el Dr. Pedro F.Roberts.

Año 1881: Desde octubre de ese año a 1882 funcionó en un salón cedido por el Departamento de Inmigración, previo acuerdo con el Ministerio del Interior.

Años 1890 a 1895: Retornó a Reconquista 93 que en 1894 cambió su numeración a 181.

Años 1900 a 1906: Se adquiere una propiedad en la calle Moreno 3365 (actualmente tiene entrada por el número 3363). Al principio fue destinada a depósito y almacenamiento de diversos materiales. En 1923 funcionó un gimnasio para varones a partir de 12 años de edad. En 1924 se habilitó un consultorio para enfermedades venéreas con horario de atención de 19 a 22 horas. Desde 1978 es la sede del Comité Internacional de la Cruz Roja y posee estado de Delegación Diplomática. A partir de 1997 allí se dictan “carreras terciarias” para la Escuela Central de Especialidades Paramédicas de la Cruz Roja Argentina.

Año 1920: En la calle Leandro N. Alem 526 funcionaba la Escuela de Enfermeros.

Año 1923: Figura como sede Sarmiento 643 y como Comité de Damas la calle Paraná 1227. En el mes de mayo se creó la Revista de la Cruz Roja, dirección Rivadavia 1379.

Año 1925: La Escuela de Enfermeros se traslada a Paraná 1229.

Años 1929 a 1936: La Sede Central estuvo en Cerrito 1174.

Año 1936 a 1942: La Sede Central pasa a Juncal 1635, pero desde 1939 la entrada era por Juncal 1631.

Año 1943: Desde noviembre de ese año y hasta la fecha la Sede Central está instalada en Victoria 2068 (hoy Hipólito Irigoyen).

De la lectura de los ejemplares de la Revista de la Cruz Roja publicados entre 1923 a 1956 inclusive surge que las autoridades de la institución desde el año 1923 realizaron gestiones para obtener en cesión, un predio amplio, que diera cabida a las oficinas administrativas y también a un hospital. A simple título informativo se detallan esos intentos fallidos.

Año 1923: Trámite ante la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, con el fin de conseguir un terreno de 5 hectáreas en el Barrio de Belgrano. (El Concejo Deliberante no se expidió).

Año 1930: La Municipalidad de Buenos Aires le cedió un terreno en Parque Chacabuco. (la Revolución de Septiembre de ese año dejó esa medida sin efecto).

Año 1947: La Cruz Roja que estuvo intervenida desde 1946 a 1949, solicitó al Ministerio de Guerra una parcela de terreno en el predio de la Sociedad Rural

Argentina que “por razones de interés público” en esa época estaba a disposición de ese Ministerio. (El pedido fue desestimado). (9)(10)

La Cruz Roja Argentina el 10 de junio de 2005 ha cumplido 125 años de existencia. Lograr esa continuidad no resulta fácil en nuestro medio; pudo superar los escollos que aparecieron en su camino: falta de comprensión de sus principios rectores, la indiferencia de algunos y la codicia de otros. A 82 años de pronunciadas conservan vigencia las palabras que el Dr. Raúl Ortega Belgrano pronunciara en 1923: *“Hoy día, en que la lucha por la existencia adquiere pavoroso carácter, en que partes interesadas combaten con todos los medios a su alcance para satisfacer ambiciones; conforta el pensar que hay una institución que en la paz como en la guerra ha borrado de su lenguaje la palabra enemigo”*. (11)

### **Bibliografía**

- Roberts, Pedro F.**: “Memoria presentada a los miembros de la Asociación internacional de la Cruz Roja en su Sección Argentina”. Buenos Aires, 1880. Imprenta Europea.
- “Libro del Centenario de la Cruz Roja Argentina 1880/1980”. P. 112.
- Zarranz, Alcira**: “Cruz Roja Argentina. Centenario de su fundación 1880 - 10 de junio 1980”. La Prensa Médica Argentina - Vol 67 N°8 - Pp.421/425.
- Furlong, Guillermo**: “Historia del Colegio del Salvador y de sus irradiaciones Culturales y espirituales en la Ciudad de Buenos Aires”. Año 1944. Tomo 2. Imprenta San Pablo.
- “Libro del Centenario de la Cruz Roja Argentina 1880/1980”. P. 35/36.
- Novaro, Bartolomé**: “Memoria de la Sociedad Argentina de la Cruz Roja presentada en la Asamblea del 10 de julio de 1882”.
- “Libro del Centenario de la Cruz Roja Argentina 1880/1980”. P. 51/52.
- Zarranz, Alcira**: “Aportes para una historia de la aviación sanitaria en la República Argentina”. Pág. 49. (Obtuvo el Premio Anual del Ateneo de Historia de la Medicina U.B.A. en 1987) Pág. 39/40.
- Revista de la Cruz Roja Argentina: Creada en 1923. Ejemplares consultados hasta 1956. En Biblioteca de Facultad de Medicina - Ubicación 2349.
- Zarranz, Juana A. y Zarranz, Alcira**: “Acerca de la Sede Central de la Cruz Roja en el Barrio de Balvanera (Comunicación leída en la Junta de Estudios Históricos de Balvanera el 21 de junio de 2002).
- Ortega Belgrano, Raúl**: “Llamado al pueblo”. Revista de la Cruz Roja Argentina N°1 - Año 1. Mayo 1923. P.1

